EL HOMBRE
A CARTA CABAL
LA MUJER
COMO DEBE SER

MISCELANEA
No 122

©Biblioteca Nacional de Colombia

2/726.

REPUBLICA DE COLOMBIA
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA No. 726
ANAQUEL No.
ESTANTERIA No.
SALA No. 2
MATERIA No.
ENTRO EL No.

BOGOTA,

©Biblioteca Nacional de Colombia

XX-11 60

Miscelánea Nº 122

©Biblioteca Nacional de Colombia

EL HOMBRE

A CARTA CABAL

OBRA ESCRITA EN FRANCES POR EL ABATE

V. MARCHAL

MISIONERO CATÓLICO

Y TRADUCIDA DE LA IV EDICIÓN

POR EL ILMO. SR. DR.

JUAN B. ORTIZ

OBISPO DE POPAYÁN.

Miscelanea Nº 1 82

Cop 1.

Biblioteca Nacional de Bogota

BIBLIOTECA NACIONAL BOGOTA REPÚBLICA

BOGOTA—1892

IMPRENTA DE ANTONIO MARÍA SILVESTRE

Director, Tomás Galarza.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Hoy concluyo por segunda vez la traducción de esta obrita, mirada por mí siempre con tan vivo interés, que la pérdida de los borradores de mi primera traducción no bastó á desalentarme, y volví á emprender el trabajo empleando en él ratos robados con dificultad á mis ocupaciones ordinarias.

Si he de decir verdad, no siento mucho la pérdida de mis primeros borradores: he pensado que la traducción que contenían no fué hallada correcta por el literato español á quien se envió, y tal sospecha me ha hecho poner mayor cuidado en la segunda, á fin de darle sabor castellano, conservándole al propio tiempo la elegancia y la energía de la frase original. Decir que lo he conseguido enteramente, sería una tonta presunción, pero he hecho en ese sentido cuanto estaba á mi alcance.

Hacer traducciones del francés al castellano parece cosa que pueden muchos; pero dejarlas bien hechas, no es de todos: las dos lenguas, aunque hermanas, tienen índoles diversas, que no puede dejar de tener en cuen-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ta el que quiera traducir bien. Muchas veces la frase francesa es más difusa que la frase castellana, y en otras omite muchas palabras que en castellano son indispensables para la claridad, no siendo raro hallar párrafos enteros en que el escritor parece iniciar ó bosquejar apenas su pensamiento, dejando á la penetración del lector el cuidado de adivinar, por decirlo así, lo que él deja como entre sombras. Por lo mismo, el único medio de hacer una buena traducción es apoderarse enteramente del pensamiento del autor para ponerlo en frase castellana, sin ceñirse mucho á la letra del original, pues de otro modo la traducción queda unas veces oscura y recargada de galicismos, otras veces enteramente fría y descolorida.

La obrita del Padre Marchal ofrece á este respecto dificultades desde el título, cuyo equivalente castellano fué materia de interesantes discusiones entre los literatos de Bogotá que me honraban con su amistad. *El Hombre á carta cabal* fué equivalente que ocurrió un día, si la memoria no me es infiel, á D. José Manuel Marroquín; yo lo puse en los borradores que envié á D. Antonio María Silvestre, y cuando entré en escrúpulos sobre la exactitud del tal equivalente, ya era tarde para re-

©Biblioteca Nacional de Colombia

formarlo porque el anuncio de la obra estaba en los periódicos que el señor Silvestre edita.

En unas partes he seguido bastante la letra del original; en otras me he apartado un poco de ella, ya porque no creo que los colombianos participen en un todo de los entusiasmos patrióticos de un francés; ya porque hay ciertas frases en que el autor se expresa, hablando de cuestiones sociales y de libertad, de un modo que parece sospechoso á los católicos más leales y consecuentes.

Esto, según tengo entendido, inspiró á no pocos desconfianzas y recelos con relación á todo el cuerpo de la obra; pero en ella me ha parecido siempre hallar tántas cosas buenas y aun admirables, que los pocos lunares que se le han advertido aumentan, en vez de disminírlo, el efecto que deben producir las demostraciones contundentes de la verdad católica y las censuras, tan enérgicas como bien fundadas, que hace el Padre Marchal de los vicios de nuestra época.

En las largas y frecuentes citas que hace el autor de la Sagrada Escritura he seguido la versión castellana de D. Félix Torres Amat.

Me he permitido poner algunas notas, unas veces para hacer que se adviertan las diferencias entre las costumbres francesas y las

©Biblioteca Nacional de Colombia

nuéstras, que hacen no se nos puedan aplicar algunos de los conceptos del Padre Marchal; en otras para rectificar esos conceptos, y en otras, por último, para apoyarlos y amplificarlos.

Al emprender el trabajo de esta traducción una y otra vez, me he propuesto hacer un bien, y concluyo mi advertencia declarando que, si en esta versión se encuentra algo que no sea perfectamente ortodoxo, honesto y edificante, desde ahora lo repruebo y retracto, prometiendo que no me avergonzaré de rectificar cualquier error que en mi trabajo se advierta.

©Biblioteca Nacional de Colombia

EL HOMBRE A CARTA CABAL.

Esto oír.—Sé hombre.

Señores:

Siempre que, en el curso de mi apostolado, he tenido que dirigirme á un auditorio de *hombres*, me ha sido preciso hacerme fuerza para dominar cierto encogimiento que casi me embarga el ánimo, nacido de la creencia que abrigo de que hablar á hombres es hablar á reyes. El mismo temor experimento al dirigiros este librito, y os ruego que si en él halláis algo que os parezca escrito en tono de zumba, no penséis que he intentado faltar al respeto á mis lectores sino sólo mantenerles despierta la atención.

Como católico amo á la Iglesia; pero como francés amo á mi patria y soy hombre de mi tiempo; hombre que se goza en las conquistas y las grandezas de su generación y que no suspira por la vuelta de otros tiempos aun cuando no desconozca las miserias del presente.

Estimo en gran manera el valor cívico, la amistad y el honor, y no me figuro que la piedad, para ser verdadera, necesite cortar el vuelo á nuestros sentimientos y hacernos renunciar al uso legítimo de la razón.

Prefiero el hombre de bien sin escapulario al bellaco que reza el Rosario, pero más arriba de entrambos coloco al hombre que sabe ser á la vez leal y cristiano.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Respeto todas las convicciones sinceras, pero aborrezco ese *espíritu de partido* que ciega á los hombres hasta hacerlos aplaudir cuanto hacen sus caudillos, aunque sea una maldad, y condenarlo todo en los adversarios, inclusas las buenas acciones.

En fin, os confieso que, antes de atreverme á atacar las debilidades humanas en los demás con un desenfado que raya en audacia, las he deplorado en mí mismo. Sirva esta confesión de disculpa á mi atrevimiento.

Cuentan que Horacio Vernet no disimulaba sus simpatías por los polacos ni en la corte del Emperador Nicolás. Cierto día le dijo el Czar: —Siendo tales tus sentimientos, ¿ me echarías nones redondos si te mandara pintar la toma de Varsovia? Pero el artista le contestó:—Nada de eso, señor, ¿ no veis que nosotros pintamos siempre á Cristo crucificado? Dígnese mi lector mostrarse tan paciente para conmigo como Nicolás para con Vernet, y otorgar, á las páginas que siguen, algo de la simpatía que inspiró al Príncipe la franqueza del artista.

Dicen que los hombres de nuestro tiempo no leen sino las enciclopedias y los periódicos que les propinan la ciencia por adarmes y la presunción por quintales; pero yo tengo esta afirmación por calumniosa, y para juzgarlo así me apoyo en el hecho de que de este librito se han vendido ya diez mil ejemplares, lo cual demuestra que, si nuestros queridos contemporáneos saben mostrarse enérgicos cuando reclaman sus derechos, también saben mostrarse benévolos para con el que les recuerda sus deberes.

Enero 6 de 1871.—Fiesta de la Epifanía.

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPÍTULO I.

¿QUÉ ME IMPORTA?

I. El pájaro negro.—El gran problema.—La partida aventurada.—El anciano que se duerme.—II. El azote social.—La grande Injusticia.—Peligrosa ilusión.—Lo que puede la voluntad.

I.—Así como el navegante ha menester una brújula, el hombre necesita de verdades fundamentales, de principios, porque vivir no es simplemente gozar y pasar el tiempo, sino moverse en busca del propio fin. Todo el que quiera gobernar bien su actividad debe empezar por hacerse á sí mismo esta pregunta, de cuya respuesta depende la dirección que dé á esa misma actividad: ¿Cuál es mi destino y por qué medios he de alcanzarlo? Para que pensara en eso recibió de Dios la razón que le hace hombre.

Por desgracia los hombres de nuestro tiempo con todo se preocupan menos con esto. Habladles de guerras y de intrigas políticas; de las altas y bajas de la bolsa; de las probabilidades de buena ó mala cosecha; de las crisis que amenazan al comercio, y se harán todos ojos para mirar vuestros ademanes y oídos para escucharos: bien sabéis que las noticias sobre tales asuntos les interesan tanto, que para satisfacer la impaciencia con que las aguardan es preciso que la electricidad se anticipe al vapor. Pero no les habléis de averiguar si hay Dios, Cielo é Infierno, y si la religión que nos lo enseña así nos engaña ó no nos engaña, porque al oíros proponer tales cuestiones, se encogerán de hombros, dejarán asomar á sus labios una sonrisa de supremo desdén y exclamarán: *¡qué me importa eso!*

Nuestro siglo ha descendido tánto en este pun-

©Biblioteca Nacional de Colombia

to, que ya no conserva ni el vigor necesario para producir verdaderos *impíos*, es decir, impíos de esos que aborrecen, blasfeman y discuten: lo más que produce son hombres que corren la cortina para no ver la luz, duermen sin cuidados ó se burlan cortesmente. Con perdón de los que así proceden les diré que tal conducta es propia de insensatos.

I

En el siglo séptimo de la era cristiana arribó á las costas de Inglaterra un misionero católico y se dirigió al rey de los Nortumbríos, á quien se proponía convertir con todo su pueblo; el rey juntó el gran Consejo de la nación para que deliberara sobre el partido que hubiera de tomarse, y un guerrero, levantándose en medio de la Asamblea, se expresó en estos términos:—"Te acordarás, sin duda, oh rey, de una cosa que ha sucedido algunas veces en los días de invierno, cuando te hallabas sentado á la mesa con tus capitanes y hombres de armas, y en tu sala un hogar bien prendido mantenía delicioso calor, mientras que afuera sólo había lluvia, nieve y huracán. Habrás visto presentarse de repente una avecilla que atravesaba la sala á todo volar, entrando por una puerta y saliendo por la opuesta. Calcula la delicia que sentiría el animalito mientras cruzaba la sala dejando de sentir el frío, y la lluvia y el viento; pero piensa también en lo instantáneo de tal felicidad: en un abrir y cerrar de ojos pasaba del invierno al invierno. Pues así se me figura la vida de los hombres sobre la tierra, momento perdido entre dos eternidades, cuya profunda oscuridad es para nosotros un verdadero tormento. Por lo mismo, si la nueva doctrina nos enseña algo cierto con relación á ese pasado y á ese porvenir tan desconocidos, merece que la sigamos." (1)

(1) *Conquista de Inglaterra*, por Aug. Thierry, tom. I, pág. 81.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La sabiduría misma habló por la boca del guerrero bárbaro. Ojalá muchos hombres civilizados de nuestro siglo hubieran heredado algo de su buen sentido: bastaríales una breve reflexión sobre el razonamiento que él hizo para conocer la locura de su propia indiferencia. ¿Qué es la tierra sino la sala del rey de los Nortumbríos? Al salir de la nada llegamos á esa sala como el pajarillo tímido de que hablaba el guerrero, y aun la mayor parte de los mortales no tienen ni la fortuna de calentarse por un instante las alas al amor del hogar, porque en el breve trayecto que recorren no les toca otro patrimonio que la pobreza, el trabajo y el dolor. Otros, que forman el pequeño número de los mejor dotados por la Divina Providencia, pueden sentarse por un momento á la mesa de los felices de la tierra; pero para éstos, como para los otros, el tiempo vuela con la rapidez del pájaro que hiende los aires, y presto los hombres todos, ricos y pobres, felices y desgraciados, vamos á estrecharnos en esa otra puerta que se llama la muerte.

Por cierto, si hay problema cuya solución nos interese, es sin duda éste: Dado que el presente es tan corto y el porvenir tan largo, ¿cuál es ese porvenir y qué he de hacer para procurármelo favorable, prolongando mi felicidad si aquí me fué bien, ó tomando el despique si la suerte me fué adversa? Pero plantear este problema equivale á resolverlo, porque basta tener una chispa de buen sentido para responder con el sajón: puesto que la Religión me ofrece darme luz bastante para acabar con mis perplejidades, haciéndome conocer mi fin y el camino que me ha de llevar á él, quiero mirarla como el más importante de mis negocios. Sin embargo, no es este modo de razonar el que se estila en nuestros tiempos, sino el que le

©Biblioteca Nacional de Colombia

es diametralmente opuesto. Por cuanto el presente es corto, dicen muchos hombres de talento, y sabios, y poetas que andan por el mundo; por cuanto el presente es breve, es necesario consagrarle todos los cuidados, y por cuanto el porvenir es largo, hay que guardarse bien de pensar en él. ¡Qué problemas! ¿Hay Dios, ó no lo hay? ¿Mis destinos se limitan á este bajo mundo como los de mi galgo, ó tengo alma inmortal? ¿No tengo más deber que el de seguir mis inclinaciones, ó he de arreglar mis actos según una ley fija y divina? Para todas las generaciones fueron los más importantes: sólo los hombres de nuestro tiempo quieren saberlo todo menos lo que concierne á tales cuestiones. ¡Dicen que no tienen tiempo! Saben hallarlo para satisfacer los más locos caprichos de la naturaleza, y sólo les hace falta para examinar lo que á nadie es permitido ignorar. Saben hallarlo para analizar una gota de agua y para imponerse de las más vanas fruslerías de este mundo donde apenas pasan una hora, y no lo tienen para averiguar si existe otro mundo en donde han de vivir siempre, felices ó desgraciados. Saben hallarlo para matar más presto, á fuerza de otorgarle deleites, el cuerpo que al fin ha de caer en podredumbre, y no lo tienen para averiguar si la centella que anima ese cuerpo es imperecedera ó no. Quizá, dicen, quizá la religión con todo su aparato de promesas y amenazas es tan sólo un señuelo ó espantajo que sirve para poner mi propiedad á cubierto contra la codicia de los que tienen menos que yo. Quizá los sacerdotes no son más que empleados de policía que ganan su vida predicando moral, así como yo he ganado mi caudal midiendo telas ó haciendo contratos. Y embarcado en este miserable QUIZÁ, baja el indiferente el río de la vida sin ver delante otra cosa

©Biblioteca Nacional de Colombia

que la doble perspectiva de la nada ó la desgracia eterna.

Que un hombre en tal estado se halle contento y satisfecho, es cosa á la verdad difícil de comprender; pero que su locura le envanezca, es cosa para hacer llorar. Veamos cómo razona, si es que alguna vez razona, y para verlo mejor dejemos hablar á Pascal:

"No sé quién me echó al mundo, ni qué cosa es el mundo, ni qué cosa soy yo mismo. Todo eso ignoro. No sé qué cosa es mi cuerpo, qué mis sentidos, qué mi alma, ó sea esa parte de mi sér que piensa lo que digo y que reflexiona sobre todo y hasta sobre sus propios actos. Veo los insondables espacios del universo que me rodea, y me encuentro pegado á un rincón de ese universo sin saber por qué estoy aquí más bien que en otra parte, ni por qué los pocos días que he de pasar sobre la tierra, se me han asignado en este punto más bien que en otro de la eternidad que envuelve la duración de mi vida como el espacio envuelve el volumen de mi cuerpo. Por todas partes veo infinitos en medio de los cuales nada mi sér como átomo, como sombra que pasa para no volver. Lo único que sé es que tengo de morir presto; pero la muerte, que no podré evitar, es para mí la más oscura entre las cosas desconocidas.

"Así como no sé de dónde vengo, tampoco sé á dónde voy: sólo sé que, al salir de este mundo, he de caer para siempre, ó en la nada ó en las manos de un Dios irritado; pero ignoro cuál de éstas condiciones ha de ser mi patrimonio eterno.

"Este es mi estado, por cierto bien miserable y lleno de oscuridad, y no obstante, de lo dicho infiero que debo pasar los días de mi vida sin pensar en lo que vendrá después, ni hacer otra cosa que seguir mis inclinaciones, sin ponerme á reflexio-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nar, ni inquietarme por nada, aunque haga cuanto es preciso para que, si es verdad lo que me dicen, quede asegurada mi desgracia eterna. Quizás pudiera hallar alguna luz para disipar mis dudas; pero no quiero tomarme ningún trabajo para buscarla, y prefiero burlarme de los que se ocupan en eso, desechar todo temor, no prever nada, y dejarme arrastrar á la muerte sin saber lo que haya más allá." (1)

Si proceder así no es el colmo de la extravagancia, no hay demencia en el mundo. Gentes hay que bailan á la orilla del cráter del Vesubio porque pueden prever las erupciones; y se ha visto también á algunos condenados á muerte cantar en el cadalso porque la suerte que les aguardaba era inevitable; pero lo que no se concibe es que haya hombres que, sin saber si dentro de un cuarto de hora se abrirá para ellos el abismo, y pudiendo salvarse de caer en él con sólo hacer un pequeño esfuerzo para cerciorarse del peligro, duerman tranquilos el sueño de la indiferencia sin querer pensar en él. Nadie negará que es al menos posible que la religión sea verdadera; al menos posible que ese hecho inmenso que llena el mundo y los siglos, y que se llama el Catolicismo, sea algo más que un parto de la ignorancia y de la impostura; posible que haya cielo para los justos é infierno para los malvados; pero confesar que todo esto es posible, y vivir como si no lo fuera, es delirio que hace helar la sangre al que ame algo á sus semejantes y tenga idea de lo que vale una alma. Quiero hacer más palpable mi pensamiento con una comparación: Imaginad que un poderoso os convidara un día á jugar una partida proponiéndoos estas condiciones: si la ganáis, os daré un vaso de buen vino; si la perdéis, os haré

(1) *Pensamientos*, 2.ª parte.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ahorcar. ¿Habría mentecato que aceptara tal propuesta, aunque tuviera mil probabilidades de ganar contra una sola de perder? Pues el indiferente en materia de religión juega una partida infinitamente más arriesgada. Suponed, en efecto, que la gane, es decir, que no haya cielo, ni infierno: ¿qué provecho sacará? Cuando le llegue la última hora, que vendrá para él como para cualquiera otro, tendrá el consuelo de decirse á sí mismo: Estoy contento porque viví sin doblar la rodilla ante Dios, ni poner los pies en los templos que frecuentaba la multitud, y nada me ha acontecido que no acontezca á los demás. Estoy contento porque profané los domingos y pasé en huelga los lunes, y nada me ha acontecido de más ni de menos que al resto de los hombres. Estoy contento porque escandalicé á mi sabor á las buenas mujeres blasfemando de Dios; porque me embriagué; porque hice llorar á mi esposa con mis infidelidades ó con mis cóleras, y nada me ha sucedido que no suceda á los demás. Hé aquí su ganancia, á la cual deben agregarse el desprecio de las gentes sensatas que le hayan conocido, y las maldiciones de los que hayan sido sus víctimas. Pero si pierde la partida ¡infeliz de él! porque es cosa horrible, dice el Apóstol San Pablo, caer en las manos del Dios vivo á quien no se puede desconocer sin ultrajarle. Y que el indiferente perderá la partida es cosa que no puede revocarse á duda, porque para afirmar que la ganará sería preciso trastornar todas las nociones de justicia y de buen sentido en que descansa la humanidad; sería preciso afirmar que los Apóstoles, Pontífices y doctores, son todos, ó ignorantes ó juglares; que los corrompidos tienen razón en burlarse de la virtud; los bellacos en atormentar á los justos y los verdugos en sacrificar á sus víctimas; sería preciso afirmar que los

©Biblioteca Nacional de Colombia

malvados son los verdaderos sabios, y los buenos los verdaderos tontos, y que la humanidad, y no cualquiera parte de ella, sino su parte más noble, la que forman las almas grandes, generosas y abnegadas, ha sido y es víctima de un engaño enorme, lo que equivale á afirmar que no hay Dios.

II.—Pocos son los hombres cuya indiferencia pudiera sostenerse contra estos razonamientos, si los que hacen profesión de ella se pusieran en el trabajo de reflexionar, porque pocos habrá tan mentecatos ó tan malvados que consientan á sangre fría en condenarse; pero los hombres á quienes me dirijo gastan mayor habilidad, á fin de no envenenar los placeres á que sacrifican su destino eterno: toman el partido de no pensar en el asunto y se evitan á sí mismos como el deudor entrampado evita encontrarse con su acreedor; como el comerciante desacreditado evita revisar sus cuentas por miedo de convencerse de que está en quiebra. De aquí vienen esa necesidad de estar siempre en movimiento, ese entusiasmo por los negocios, por el juego y por todo género de diversiones, ese horror á la soledad, tan común en nuestros días, y la dificultad que encuentran tantas mujeres abnegadas para tener contento al marido indiferente, que padece, se fastidia ó se hace viejo. Dice Pascal que los hombres, no habiendo podido destruír la muerte, la miseria y la ignorancia, para hacerse felices han tomado el partido de no pensar en ellas, y esto es todo lo que han podido inventar para consolarse de tantos males; pero el consuelo es bien triste, porque no alcanza á curar el mal sino sólo á ocultarlo por algún tiempo, y ocultándolo impedir que se piense en curarlo de veras. "Así, lo que parece un contrasentido es una verdad: el fastidio, que es el mal que más aflige á los hombres, viene á ser para ellos el ma-

©Biblioteca Nacional de Colombia

yor beneficio, porque los obliga á pensar en curar sus almas del mal de la indiferencia; mientras que las diversiones, miradas por ellos como el mayor de los bienes, son en realidad el mayor de los males, porque los disipan, y disipándolos los alejan de pensar en sus verdaderos intereses."

Por esto dió Dios á los hombres la vejez, que trae consigo el fastidio y la impotencia, para obligarlos á entrar en sí mismos, y el que no sabe aprovecharse de este beneficio de la Providencia causa lástima cuando no causa horror. Mirad á ese anciano que se hizo sordo á todos los llamamientos de Dios, é insensible á todos los artificios de su amor, y decidme si puede haber un espectáculo como el que él ofrece: la humanidad, que va siguiedo su camino, lo deja solitario en los linderos de una edad que presto quedará olvidada, y al pasar por delante de él le dice: déjame porque para ti llegó la hora del recogimiento. La salud que declina en él, la imaginación que se apaga, las facultades que se debilitan, los ojos que se van poniendo turbios, la cabeza que se va quedando calva, las piernas que flaquean, todo, todo le grita: tu fin se acerca El mundo, que no había tenido nunca para él sino mentirosas lisonjas, le dice ahora la verdad sin compasión, y sus contemporáneos, que van bajando á la tumba, le dicen también al pasar: hoy vamos nosotros y mañana nos seguirás tú. Pero él cierra los ojos á todas estas revelaciones; tiende las débiles manos á la fantasmagoría mundanal que se aleja, y se agarra con todas sus fuerzas á las ilusiones que huyen ya para no volver, y por eso se le ve continuamente en las fiestas del mundo, cuyos encantos no puede ya saborear, sentado por lo común y magníficamente ataviado, vengándose de la decepción con la ironía, mientras que mendiga toda-

©Biblioteca Nacional de Colombia

vía mentiras que le tranquilicen; se da aires de joven que provocan la hilaridad de los demás, y se muestra condescendiente hasta la inmoralidad para obtener que se le dediquen, como de limosna, algunos ratos baldíos. En su casa empuña con ambas manos el cetro del mando y se enamora de su autoridad con la vehemencia del último amor; se complace en los cuidados que le prodigan con hipocresía los que aspiran á heredarlo, y procura hacerles pagar con una larga tiranía las esperanzas que abrigan, al propio tiempo que por lo bajo se propone darles formidable chasco. Busca en los refinamientos del lujo y en las mil estratagemas del egoísmo algo con que distraer la melancolía que le devora, y se enreda en mil futilezas para defenderse de todo pensamiento serio que venga á decirle:—Hijo del hombre, mírate. ¿Cómo se había de mirar el que ha disfrutado de todas las alegrías de la vida y todas las ha profanado? ¿Cómo se había de mirar, privado de todo recuerdo consolador, el que no trae del pasado más que amargo disgusto ó inútiles pesadumbres, ni tiene en el porvenir más que siniestras perspectivas? Por eso se agarra del presente con todas sus fuerzas, y cuando por fin la muerte, cansada de aguardar, venga á quitar de la tierra tan ignominioso estorbo, apenas habrá una lágrima sincera que honre sus funerales.

Feliz, por el contrario, el anciano que supo tomar á la fe por guía y regocijarse en la práctica de la virtud. Su vejez será como la de los patriarcas: *esa buena vejez* de que habla la Escritura cuando nos dice hablando de Josué: *Mortuus est in senectute bona.* En verdad, en verdad, es buena la vejez cuando tiene á la virtud por corona y á la fe por consoladora: en esa vejez se junta la majestad que impone respeto con la ternura y la bondad que

©Biblioteca Nacional de Colombia

atraen el cariño; la debilidad y la gracia de la infancia con la madurez de juicio que da la experiencia. Esa vejez es como un hermoso sol de otoño que dora todavía con sus rayos melancólicos los frutos que hizo brotar y que maduró, de tal manera que es imposible tropezar con ella sin experimentar una alegría templada por la veneración: el cariño la rodea y la esperanza le sirve de báculo. Un anciano de esta clase se adelanta hacia la tumba sin miedo, porque vivió sin tacha, y lejos de aterrarse presiente el cielo en el olor de sus perfumes como Alejandro presentía la Arabia, y muere como San Luis, entonando un cántico, porque sólo la verdadera virtud, según la expresión de un pensador, *tiene majestad entre los brazos de la muerte.*

Despertad los que dormis, aunque sea sólo para aprender á morir.

II

I.—La indiferencia no es sólo una locura, sino también un crimen, y esto por muchas razones: en primer lugar porque es, con harta frecuencia, un azote social. Toda sociedad, para vivir y prosperar, necesita ver reinar en su seno la paz; pero la paz es la tranquilidad en el orden, y no hay orden sin leyes, ni leyes eficaces sin conciencia, ni conciencia sin sanción, ni sanción suficiente sin religión: florezca ésta en todas las almas, y la sociedad se mostrará por todas partes apacible y feliz, y todos gozarán en ella de sus derechos, porque todos cumplirán sus deberes; el rico hará consistir su felicidad en hacer felices á los demás, y el obrero no maldecirá ni su pobreza ni su labor. Si alguna vez esa labor le doblega demasiado, se levantará, juntará las manos, mirará al cielo y sentirá que le viene el consuelo. Cuando tiene

©Biblioteca Nacional de Colombia

hambre, cuando padece, la religión le muestra á su Dios que lo acompaña desde la cruz; cuando el remordimiento lo fatiga, la religión le presenta un sacerdote que reciba los pesados secretos de su corazón, y cuando queda inútil, la misma religión le brinda una Hermana de la Caridad para que vende sus llagas y honre más su alma por lo mismo que su cuerpo se halla en la miseria. En todo caso se resigna porque ama á Dios y espera, y deja al rico dormir en paz en su palacio sin temor de que le despierten una noche los rugidos de la tempestad.

¿Qué hace el hombre que, sin tomarse el trabajo de negar ó de poner en duda la religión, se contenta con no hacer uso de ella? Quita al pueblo, con su ejemplo, la fe, la esperanza y el consuelo; atiza sus cóleras excitando sus deseos, y le dice, aun sin saberlo:—Pueblo, no escuches á los sacerdotes cuando te digan que no mates y no robes; acuérdate sólo de que eres el más fuerte: has de saber, porque yo te lo digo, que con la muerte acaba todo; que tu esperanza es una quimera y tu cielo un engaño. ¿Y qué será cuando este deplorable ejemplo se dé al pueblo, no ya por un hombre vulgar y aislado, sino por los príncipes de la industria? ¿Quién podrá medir entonces sus desastrosos resultados? Por desgracia esto es lo que vemos en nuestros días.

Salvas algunas excepciones, tanto más dignas de elogio cuanto son más raras, la teoría religiosa de nuestros grandes empresarios de industria y de la generalidad de nuestros hombres influentes, puede resumirse así: Dios está por demás en el gobierno del mundo; quédese, si quiere, con su cielo y déjenos la tierra. ¿Para qué sirven la oración y la Providencia? La mejor oración es la actividad y la mejor Providencia el progreso de la

©Biblioteca Nacional de Colombia

ciencia económica y el perfeccionamiento de las máquinas.

Esta teoría los que no la formulan en palabras por lo menos la practican. Si alguna vez se dejan ver en nuestros templos, en ciertos días solemnes, á fin de que los obreros de la fábrica no noten demasiado su ausencia, saben tomar el despique de la molestia que se imponen faltando á toda compostura, como para enseñar á los trabajadores á burlarse de nuestros temibles misterios; y si por política ó por respeto á la libertad de conciencia, consienten en que la religión sea representada por el sacerdote en el seno de esas terribles aglomeraciones, tienen cuidado de hacer entender que no toman por lo serio ni las enseñanzas ni el ministerio del sacerdote.

Lo peor es que nuestros grandes empresarios no se contentan con practicar esta teoría, sino que la imponen: en otro tiempo el movimiento social se verificaba en tales condiciones, que en ciertos días los trabajadores de las fábricas, lo mismo que los del campo, podían suspender su labor para recobrar las fuerzas perdidas y cumplir sus deberes religiosos. El domingo era un depósito sagrado que nadie se atrevía á tocar, y el hijo del pueblo lo miraba llegar con alegría, porque estaba seguro de ser dueño de sí mismo siquiera ese día, y de poder así reposar en el seno de su familia y pensar en Dios y en su alma. Pero en nuestros días, los príncipes de la industria han tratado el domingo de muy distinta manera, estableciendo las cosas sobre un pie tal, que la santificación de este día se ha hecho imposible para los desgraciados á quienes emplean. En Francia, la industria casi en su totalidad descansa sobre la base, no menos antisocial que anticristiana, del trabajo no interrumpido, y es tan difícil libertarse

©Biblioteca Nacional de Colombia

de la autoridad fatal con que ese sistema se impone, que la multitud de víctimas de esa espantosa iniquidad se encuentra en la terrible alternativa de dejar de ser cristiana ó morir de hambre.

Y lo que tenía que suceder sucede: el pueblo, sujeto á este sistema, pierde todo freno moral, se envilece y se corrompe, y viéndose obligado á limitar á la tierra todas sus aspiraciones, hace del oro un ídolo y del placer el único fin de su vida. Jesucristo había dicho: *¿ De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?* Los maestros del siglo retuercen la palabra de Cristo, y exclaman: *¿ Qué importa perder el alma con tal que se logre acumular una cantidad suficiente para comprar el mundo ?* Una vez dicho y repetido eso, bastará que el crédito baje, que sobrevenga una crisis, que se paren las máquinas, para que pueda saberse lo que significa la cólera de un pueblo sin fe, el día en que le dá por ser lógico.

El progreso material puede asegurar cierto bienestar para la vida animal, pero con harta frecuencia nos quita la vida de la imaginación, del alma y del sentimiento, que constituye la felicidad verdadera. El hombre de los siglos de fe, el aldeano de la Edad Media, tenía en su creencia una fuente inagotable de esperanzas, y sueños y agitaciones morales que le hacían *sentir la vida* con una intensidad de que nosotros no tenemos idea. La vida material de los pobres de entonces era dura, pero apenas la sentían porque, si tenían grillos en los pies, tenían alas en el alma. Para consolarlos estaban cerca de ellos, Dios, los ángeles y los santos, y las magnificencias del culto que se ostentaban á su vista les hacían ver siempre el cielo entreabierto encima de sus cabezas. Sabían amar, sabían sentir respeto y patriotismo, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

cultivar hasta el entusiasmo todos los sentimientos generosos del corazón, á lo cual les ayudaba una imaginación rica y ardiente que paseaban con delicia por el inmenso y misterioso desconocido que los rodeaba por todas partes. La vida del más oscuro labriego era entonces una leyenda, un romance, un poema, á veces tierno, á veces terrible, pero siempre lleno de interés, en cuya trama figuraba un pueblo entero de seres sobrenaturales que lo asediaban en el hogar, en el bosque, en el campo, que en todas partes le hablaban al oído y algunas veces lo aterraban, pero en otras lo encantaban.

Hoy, gracias á los progresos de la química y de la indiferencia, la vida entera de las multitudes no es más que una línea recta, seca y correcta como el riel de un camino de hierro. Los que parecen satisfechos se fastidian y se adormecen como los viajeros que van amontonados y numerados, sin desplegar siquiera los labios, y á quienes el vapor quita el gusto de ver para no dejarles más que la impaciencia por llegar. Los otros, quiero decir esos trabajadores bien alimentados, bien vestidos y bien pagados, que saben que no hay Dios á quien temer y no creen en los ángeles, ni en los demonios, trabajan el domingo, se embriagan el lunes y acaban siempre por sentirse descontentos. Como les hace falta el pan del alma, necesitan goces materiales, conciben aspiraciones más grandes que su salario y se preguntan á sí mismos con cólera, en virtud de qué ley viajan unos sentados en la dura tabla mientras que otros duermen en cojines.

No hay que olvidar la historia: hace un siglo que la incredulidad se hizo marquesa; después descendió á la clase media, y por último se hizo del pueblo. Cuando ha tomado su puesto entre la mul-

©Biblioteca Nacional de Colombia

titud, ¡pobres de los que excitan la envidia de ésta! Hasta ahora la incredulidad del pueblo no ha dicho más que su primera palabra, y cuando la dijo en Francia en 1848, causó tal terror, que los mismos discípulos de Voltaire se vieron obligados á pedir garantías á la religión, llamando al sacerdote en auxilio de la propiedad. Este homenaje tributado á la fe era impuesto por el miedo; pero el *temor es el principio de la sabiduría*, y quisiéramos que, aun cuando fuera por este móvil, los príncipes del comercio, de la industria y de las finanzas, comprendieran sus intereses y cumplieran sus deberes religiosos, con lo cual ahorrarían á la sociedad nuevas convulsiones y dejarían de violar los derechos de Dios violando los de las conciencias.

La religión no es otra cosa que la justicia para con Dios, y por consiguiente la indiferencia no puede dejar de ser un crimen siendo así que atenta contra el más sagrado de los derechos.

Cuando en un camino solitario tropezáis con un hombre, no pasáis derecho: aun cuando no sea pariente ni amigo, ni bienhechor vuestro, sino un desconocido, al cruzaros con él le saludáis destocándoos. ¿Qué significa ese saludo? Significa que le decís: "¡Oh hombre! en vos respeto la imagen de Dios y la encarnación de una alma, y por eso me basta que seais hombre para no miraros con indiferencia." Pero con Dios tropezamos á cada paso en la vida, y pasamos sin saludarle, y aunque nos habla á cada instante, y nos solicita, y nos sigue, no tenemos una palabra para responderle.

Otra suposición: uno de mis lectores es padre, lo que equivale á decir que tiene un hijo á quien ha llamado á la vida por medio de un acto libre y soberano de su voluntad; á quien ha amado con ternura y educado con esmero, sin ahorrar sacrificio ni esfuerzo alguno, con el fin de dejarle un nombre

©Biblioteca Nacional de Colombia

respetable y una buena herencia; pero ese hijo disfruta de los beneficios que le prodiga su padre y vive bajo el mismo techo sin hacer caso alguno de él; se levanta por la mañana sin darle los buenos días; se va á sus negocios ó á sus placeres y vuelve á recogerse por la noche sin haberle dirigido una palabra, sin haberle vuelto á mirar. ¿Qué pensáis de tal hijo? Diréis que es un miserable que desconoce los derechos de su padre y olvida los deberes que le impone la piedad filial, y tenéis razón. ¿Pero no veis que, al condenar á ese mal hijo os condenáis á vosotros mismos, porque vuestra indiferencia para con Dios es mucho más culpable que la de él para con su padre?

Si nuestros padres nos aman desde que nos dieron á luz, Dios se les había anticipado amándonos desde la eternidad. El nos dió ese cuerpo cuya gracia profanamos con tanta frecuencia; nos abrió los ojos para que le viéramos en la tierra y en el firmamento, mientras llega el día de verle en su propia sustancia; nos abrió los oídos para que oyéramos su voz, y nos dió labios para que le respondiéramos. Dentro de esa obra modelada por sus amantes manos puso la razón, luz viva cuyos rayos tienen afinidad con los de su propia luz, á fin de que una y otra se buscaran ahora, para unirse después en el éxtasis de una misma visión. Y como si temiera todavía haber hecho demasiado poco por nosotros, disipó las sombras que le ocultaban á nuestras miradas y nos puso delante su persona y su vida, y por nosotros vivió pobre, y por nosotros padeció, y por nosotros lloró, y por nosotros murió en la cruz á manos de los hombres, y en cambio de tanto amor nos pide sólo una palabra, una mirada, una muestra siquiera de reconocimiento.

Pero el indiferente, hijo ingrato de una bondad

©Biblioteca Nacional de Colombia

enteramente gratuíta, huye del Dios que le pide amor por amor, se tributa á sí mismo ó tributa á las criaturas que le engañan, la adoración que sólo debe á su padre, y para no ver á éste cierra los ojos, para no oírle se tapa los oídos, y para no responderle permanece mudo. Tan dominado se halla por el cobarde egoísmo de que quizás hasta hace alarde, que no sólo come sin agradecimiento lo que le proporciona la adorable munificencia del Señor, sino que no piensa siquiera de cerciorarse de si el Señor existe. ¿Qué le importa? Puede ser, dice, puede ser que en el cielo esté realmente el Padre que me creó, y que creó para mí el sol que madura los frutos de mi campo, el aire que me refresca, el agua que riega mis prados, y el vino que regocija mi corazón; puede ser que sea verdad lo que dicen, de que un Dios dió su sangre para pagar mi rescate; la religión me lo asegura, y se obliga á demostrármelo con irrefutables pruebas, de manera que, para cerciorarme de la verdad, me basta quererlo así; pero yo prefiero darme el gusto de ofender á mi Dios sin conocerle, á tomarme alguna molestia para mostrarle mi cariño después de haberle conocido. Y así goza de la vida dando prueba continua de fría ingratitud, de ingratitud tanto más indisculpable cuanto que sabe hacerles justicia á todos excepto á aquél á quien todo se lo debe. Mientras tanto Dios le mira con indecible tristeza, porque conoce mejor que nadie la desgracia á que el ingrato se expone y la felicidad de que se despoja; cuenta las palpitaciones de ese corazón, entre las cuales no hay ninguna para El; escruta esa alma hasta en sus más íntimas profundidades, y ve todos los ídolos que reciben incienso en ese panteón donde sólo para El no ha habido lugar ni por un breve rato, y exclama:—"Cielos, escuchad! y tú, oh tierra, présta oídos! He criado hijos y los

©Biblioteca Nacional de Colombia

he engrandecido, y ellos me han menospreciado. Hasta el buey reconoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce y mi pueblo no entiende mi voz." (Isaías, capítulo I). ¡ Ay ! Llegará el día en que los papeles se cambien: ahora es Dios quien busca, quien llama, quien implora, y el indiferente permanece sordo, inflexible, inexorable; después será el indiferente quien tras tardío despertar pida misericordia á ese Dios de amor tan largo tiempo desconocido y ultrajado; pero entonces será el mismo amor despreciado quien toma la revancha contestando con indiferencia: *¡ Qué me importa !*

" El que habita en los cielos se reirá de ellos: el Señor se mofará de ellos... (1). El Señor se ríe del impío y ve que su fin se acerca.... En una noche todo cambiará para ellos, y aullarán como perros hambrientos.... ¿ Hasta cuándo, á manera de niños, habéis de amar las niñerías? ¿ Hasta cuándo, necios, apeteceréis las cosas que os son nocivas, é imprudentes aborreceréis la sabiduría ? Convertíos á la fuerza de mis reprensiones: mirad que os comunicaré mi espíritu y os enseñaré mi doctrina. Mas ya que estuve yo llamando y no respondisteis, os alargué mi mano, y ninguno se dió por entendido; menospreciasteis todos mis consejos, y ningún caso hicisteis de mis reprensiones; yo también miraré con risa vuestra perdición y me mofaré de vosotros cuando os sobrevenga lo que temiais. Cuando de improviso os asalte la calamidad, y la muerte se os arroje encima como un torbellino; cuando os acometa la tribulación y la angustia. Entonces me invocarán los impíos, y no los oiré; madrugarán á buscarme y no me hallarán." (2)

II. No se me oculta que muchos se prometen,

(1) Salmo II, Ver. 4—Prov., cap. II.

(2) Psalmo II, Ver. 4.—Prov., cap. II.

©Biblioteca Nacional de Colombia

allá para sus adentros, ser bastante hábiles para librarse de esta suerte; calculan y dicen: por ahora, lo que importa es gozar; más tarde veremos de tomar el partido más seguro. A tales calculadores les preguntaría yo si son dueños del tiempo; si pueden asegurar que Dios no les pedirá su alma en el momento mismo en que forman sus proyectos; si cada noche, al tomar el lecho, pueden estar seguros de despertarse al día siguiente; si no saben que los egoístas y amigos de sus conveniencias suelen morir de muerte súbita, porque parece que la sangre se complaciera en castigar á los que sólo vivieron para la sangre. Y aun cuando estuvieran seguros de morir tarde y de muerte lenta, ¡cómo se atreven á esperar que cumplirán bien cuando se hallen abrumados por la enfermedad y en el momento supremo que separa el tiempo de la eternidad, un deber que con dificultad se cumple en la plenitud de la fuerza y de la razón? Líbreme Dios de pretender señalar límites á su infinita misericordia, ó mostrarme más severo que la Iglesia (la cual no asegura de ninguno, por malvado que haya sido, que esté en los infiernos); pero sé que nadie puede convertirse, ni aun á la hora de la muerte, sin arrepentimiento, y no concibo cómo pueda arrepentirse en la hora suprema el que por sistema calculado lo ha diferido hasta entonces. No niego que la gracia todo lo puede; pero para volverse á Dios en esa hora se necesita una gracia particular, un favor especial del mismo Dios, y nadie podrá persuadirme de que cincuenta años de indiferencia y quizá de crímenes, sean título valedero para alcanzar ese favor. ¿Qué confianza puede inspirar el fingido arrepentimiento del que aguardó la hora de la agonía para acordarse de Dios? Más bien que penitencia será la última burla, burla con que dice á su Señor: "aquí tie-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nes á tu criatura, que mientras pudo gozar de la vida, gozó sin cuidarse de saber de quién la había recibido; que mientras pudo ofenderte, lo hizo sin que se le diera un ardite ni de tu justicia ni de tus amenazas, y que todavía lamenta que la vida sea tan corta porque no estaba cansada ni de gozar ni de insultarte. Como todo ha concluído para mí, y como el mundo me arroja y el sepulcro me reclama, me vuelvo á Ti (se entiende en el caso de que los sacerdotes tengan razón y Tú existas realmente), y como dicen que eres tan bueno, te ofrezco *mi cadáver*."

Hermanos que dormís descuidados: sed más generosos y menos ciegos. No aguardéis la última hora para despertaros, y así podréis aguardarla sin temor: Dios no os pide sino buena voluntad, porque la voluntad, cuando despliega toda su energía, puede hacer milagros. Para mostrarlo así voy á recordaros una historia.

Bernardo Palissy era un bravo mozo que no tenía, como él mismo lo confiesa, otro libro que "el cielo y la tierra que á todos nos es dado conocer y leer." Era pobre, casado, y tenía muchos hijos, y para sustentarlos concibió la idea de fabricar loza; pero como no tenía más que indicios sobre las materias que entran en la composición del esmalte, hizo muchas tentativas sin otro fruto que un gasto considerable de leña, sustancias químicas, tiempo y trabajo. Por meses y por años continuó sus experiencias, sin que fueran parte á desalentarlo ni los lamentos de su mujer, ni los chascarrillos de las vecindades; y al fin descontento de su primer horno, construyó otro, quemó más leña, gastó más crisoles y acabó por verse casi reducido á la miseria; pero no desistió de su propósito.

No teniendo ya en casa fuego para los crisoles, los llevó á una fábrica distante, donde tampoco

©Biblioteca Nacional de Colombia

tuvo resultado alguno. Ya sin recursos, pero siempre invencible, construyó con sus propias manos un horno de hacer vidrio; prendió fuego y volvió á comenzar la operación, y permaneció el día entero junto á su horno alimentando la llama con la última leña que había podido proporcionarse, sin conseguir que el esmalte se fundiera. Al día siguiente le llevó su mujer una comida escasa junto al horno donde arrojaba con desesperación el último haz de leña, y donde permaneció el día y la noche sin dejar de atizar la llama, ni apartar los ojos de los crisoles, ya con el aspecto de un demente, con la cara pálida, la mirada hosca y la barba y el cabello desgreñados. Así pasaron otro, y otro, y hasta seis días con sus noches sin que se fundiera el esmalte ni Palissy desistiera.

La leña se había consumido toda y Palissy quería mantener su hornaza prendida hasta el fin: vió las palizadas del jardín, las arrancó y las echó á la llama; pero inútilmente. Quizá con diez minutos más de fuego bastaría para conseguir el objeto por tanto tiempo perseguido; sólo que no quedaba una astilla con que mantenerlo: entonces se oyó en la casa un ruido de martillazos y hachazos, al que se unían los alaridos de la mujer y de los niños que juzgaban loco á Palissy, y las sillas y las mesas hechas pedazos fueron á activar la llama que se amortiguaba. No quedaba sino el piso de madera, y un nuevo estruendo hizo saber á la familia consternada que también estaba destinado á arder; la mujer y los niños salieron dando gritos y publicando la demencia del jefe de la casa que la quemaba toda para calentar sus crisoles, y el inventor se quedó en su sitio medio muerto de fatiga, agotado por los ayunos, las vigilias y la angustia, y con los ojos siempre fijos en el horno donde veía ya sólo la ruina de sus esperanzas,

©Biblioteca Nacional de Colombia

de su hacienda, de su salud, y la vergüenza y el ridículo que le esperaban por haberse empeñado en llevar á cima una empresa tan insensata. De repente iluminó su rostro un relámpago de alegría: la última llamarada acababa de fundir el esmalte; su voluntad enérgica y perseverante podía gloriarse de una gran victoria, y su fortuna estaba hecha.

Cristianos: ¿hemos de ser menos valientes para ir á Dios que tántos otros para obedecer á las inspiraciones de su talento?

CAPÍTULO II.

¿BASTARÁ?

I. El honor.—Es parcial en sus leyes.—Es hipócrita en su modo de proceder.—Es impotente en su acción.—II. El honor mutila el Decálogo.—Desconoce al Hijo de Dios.—No deja al alma para obrar sino motivos naturales.

Es el *honor* palabra que disfruta de tal prestigio en nuestro tiempo, que no seré yo quien pretenda menoscabar su importancia. Como fruto glorioso, aunque mutilado, de la tradición, de la conciencia y de la libertad, y rayo de la luz evangélica oculto en las almas que han olvidado el dogma pero que están todavía impregnadas de la moral, desempeña un papel tan importante en nuestra sociedad contemporánea, que constituye, junto con ciertos preceptos de la ley natural, la única religión de muchos hombres. Si no me engaño, los tales formulan su sistema de conducta poco más ó menos en estos términos: no permita Dios que yo lleve jamás esa vida grosera que embrutece al hombre y asimila el sér inteligente al animal destituído de razón; la innoble existencia del sensualista es indigna de un espíritu elevado y de un corazón bien nacido; el materialismo es

©Biblioteca Nacional de Colombia

un oprobio para la especie humana, y yo lo rechazo para tomar por guía de mi conducta la razón y no el instinto. Pero por lo que hace á las otras cosas de que vosotros los ministros del Evangelio nos habláis; á esa vida superior y sobrenatural; á ese orden sobrehumano que desenvolvéis, basado principalmente sobre un hecho tan incomprensible para la inteligencia humana como la encarnación de una persona divina; á esa felicidad eterna que nos prometéis, incomprensible también para el corazón del hombre, y á la cual hemos de llegar por medio de la fe en Jesucristo, del cumplimiento de los preceptos del Evangelio, de los Sacramentos y qué sé yo de cuántas otras cosas, admiro la elevación de miras que tal doctrina lleva consigo, comprendo que tan gran sistema puede hacer bien á la sociedad disciplinando las masas para mantenerlas en el deber (por lo cual respeto la religión), y con eso creo hacer lo bastante. Rechazo de veras todo lo que pudiera hacerme descender más abajo de mi naturaleza; pero confieso que no siento tampoco atractivo por lo que tiende á elevarme más arriba de ella: ni muy arriba, ni muy abajo; ni ángel, ni bestia, sino que me contento con ser hombre. No me siento con valor para someterme á las obligaciones que la religión me impone, y cedo de buena gana el cielo á mi cocinera. Quiero vivir según las luces de la razón y las leyes del honor; obrar con lealtad para con todo el mundo; guardarme bien de hacer á otros lo que no quisiera que me hicieran á mí, y confío en que Dios no me negará la única recompensa á que aspiro, que es la felicidad natural reservada al hombre de bien.

No quiero negar que este sistema lleva ventajas al que había analizado, porque estimo el honor y la razón tanto como cualquiera de sus panegiris-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tas; porque sé que es el honor quien evita en nuestros días muchas infamias; quien, elevando la palabra del hombre á la altura de un juramento, viene en auxilio de la justicia cuando ésta no puede apoyarse en las leyes; quien hace que muchos de nuestros contemporáneos valgan más que sus principios, obligándolos á incurrir en una inconsecuencia que es la última garantía que queda á una sociedad en que todas las creencias se han debilitado.

El honor inspira á veces inmolaciones sublimes: navegaba para las colonias un buque inglés llevando á su bordo algunas mujeres, algunos enfermos y un hermoso regimiento de soldados. De repente la tripulación consternada advirtió que el buque hacía agua por todas partes y que iba á zozobrar, y no había más que una chalupa en que podían salvarse unos pocos pasajeros: reunióse el consejo y resolvió, por unanimidad, que se salvaran de preferencia las mujeres y los enfermos; el regimiento se formó en el puente y miró desfilar á los que debían la vida á su generosa renunciación, y la chalupa bogó felizmente hacia la orilla mientras que el buque se hundía y el abismo devoraba á todos aquellos hombres llenos de vida, de quienes el honor acababa de hacer otros tantos héroes.

Aun sin hablar de esos actos heróicos que consuelan á la humanidad haciéndole saber de cuánto bueno es capaz nuestro corazón, confieso que merece mucho respeto el que sabe mostrarse lo que se llama hombre de bien sin desmentirse jamás.

"Soy cristiano, decía un hombre de grande alma, hablando del hombre de bien, y sin embargo me enternezco al oír pronunciar esta palabra, pues me parece al escucharla que veo la venerable figura de aquel que pasó por la tierra sin hacer daño;

©Biblioteca Nacional de Colombia

que no tuvo corazón para concebir la injusticia ni mano para ejecutarla, y que no sólo respetó la vida, la propiedad y el honor de sus semejantes sino también su perfección moral; guardador de su palabra, fiel en sus amistades, sincero y firme en sus convicciones; que no cambió con los cambios del tiempo, y que estuvo siempre tan distante de la obstinación en el error como de esa insolencia que es carácter distintivo de la apostasía, y que denuncia, ó la bajeza de traición, ó la movilidad vergonzosa de la inconstancia." (1)

Venero á un hombre así, y sin embargo no puedo prescindir de compadecerlo: el honor en un corazón grande es mucho, pero no es todo lo que puede desearse, porque será siempre impotente para fundar una moral sólida, y sobre todo para salvarnos en la eternidad.

I

Como el honor no conoce otra sanción que el juicio de los hombres, es para la moral harto frágil fundamento. Hay entre todas las pasiones humanas una que es acaso la más desastrosa en sus descarríos, y al propio tiempo tan poderosa que, para domarla, es necesaria mayor energía de la que puede requerirse para vencer á todas las otras juntas: no necesito nombrarla porque no hay hombre á quien no haga sufrir, ú obligándolo á hacerse violencia para sujetarla ó imponiéndole su pesado yugo. Pues bien: en todo lo que con ella se relaciona, el honor se muestra más que indulgente para con los hombres, á quienes permite cuanto puede contentar los sentidos, sin hacerse escrúpulo de que el placer que buscan exija la

(1) Lacordaire, *Conferencias de Tolosa.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

complicidad de una pobre criatura entregada á la deshonra.

Un hombre de honor que ocupa en el mundo un puesto importante, puede abusar de la estrechez en que se encuentra la pobre que solicita su amparo, y fatigarla á fuerza de citas y dilaciones hasta dejarle comprender cuál es el precio que ha puesto á sus servicios: no por eso dejará de ser á los ojos del mundo hombre de honor; sino que será cuando más hombre hábil que sabe aprovechar las ventajas de su posición, sean grandes ó pequeñas.

Otro que es joven y que recibió de Dios una hermosa figura y de su padre un rico patrimonio, encuentra á su paso, quizás en su propia casa, á una niña de corazón tan sencillo como los campos que abandonó la víspera para ponerse al servicio de su familia; la deslumbra mostrándole una joya, y si todavía halla resistencia, emplea para vencerla una promesa de matrimonio ratificada con juramentos. La víctima quedará para siempre deshonrada, y presto será arrojada sin amparo, con la carga de su desengaño y de su vergüenza, en medio de un mundo que le arrojará lodo á la frente, todo por haber sido bastante desgraciada para olvidarse de Dios en un momento de fascinación; pero también bastante cándida para creer en las promesas y los juramentos de un hombre de honor, que continuará dándose este honroso título, sin que lo hecho con ella dé á nadie el derecho de disputárselo.

De esta manera tolera el honor las traiciones más pérfidas y la violación de los compromisos más sagrados, y absuelve á los autores de hechos que han llevado la desolación á más de una familia, y que á los ojos de Dios son verdaderos crímenes; pero así como es de indulgente para con

©Biblioteca Nacional de Colombia

el hombre es de rígido é inexorable para con la mujer: á aquél le permite ser cobarde y malvado; á ésta le exige valor incontrastable y firmeza heróica, y si la fuerza llega á faltarle, aun después de larga y generosa resistencia, la condena á un oprobio irremisible, y no contento con castigarla en su persona, hace participantes de su castigo á los que con ella fueron víctimas de la perfidia del principal culpable; los escarnece sin piedad, y si quieren lavar su afrenta, los obliga á provocar un combate de que el autor de todo el mal puede salir no sólo ileso sino con gloria, con sólo que tenga un poco de destreza en el manejo de las armas.

II.—El honor es fundamento frágil para la moral, porque, no ofreciendo á la virtud otro estímulo que la aprobación de los hombres, fomenta aun sin sospecharlo la hipocresía.

Una madre cristiana decía á su hijo cuando éste iba á hacer su entrada en el mundo: *desconfía de ese honor humano que pierde su valor desde que el sol se pone.*

Esta palabra es admirablemente verdadera: el honor puede temer las faltas mientras es de día y los hombres las ven, y la opinión las juzga; pero después de la puesta del sol, cuando la opinión no está presente para hacer las veces de conciencia, sabe indemnizarse de la circunspección á que lo habían obligado las miradas de los hombres.

A los hombres de honor que no son cristianos se dirigen estas palabras del Conde de Maistre: "La noche es un cómplice natural de todos los vicios, que está siempre á su disposición, y ésta complaciente encubridora hace que, por regla general, valgamos menos de noche que de día. La luz intimida al vicio lo mismo que intimida al buho; mientras que las tinieblas le devuelven á él toda su astucia é intimidan á la virtud. La noche

©Biblioteca Nacional de Colombia

no sirve para nada bueno, y sin embargo, y por lo mismo, todos somos un poco idólatras de esa fácil divinidad."

Y no sólo en la materia de que he hablado es injusto el honor: el hombre bastante hábil para evitar la infracción de algún artículo del Código Penal puede enriquecerse aprisa por medio de injusticias, seguro de gozar en paz y sin perder su reputación, de las comodidades que ha sabido proporcionarse; pero si un desgraciado, por deplorable imprudencia, quizá por servir á un amigo y con resolución de restituír dentro de veinticuatro horas lo que tomó indebidamente, llega á ser sorprendido en una falta contra la probidad, quedará deshonrado para siempre, porque el honor es isla de orillas escarpadas, sin playa ni puerto, á donde no puede volver á subir el que una vez cayó aunque fuera sin culpa suya.

¡Cuánto mayor indulgencia y mansedumbre muestra la religión á que los hombres no quieren someterse! Esa religión condena el orgullo, pero respeta la dignidad, y á nadie obliga á humillarse delante de otro hombre, sino sólo delante de Dios; no inflige la pena de infamia ni conoce manchas que el arrepentimiento sincero no alcance á borrar; abraza á sus hijos aunque lleven el grillete al pie ó vayan al patíbulo; guarda el secreto de las faltas ocultas y lava de tal manera las públicas, que la más delicada de las madres no tiene por qué avergonzarse de dar á su hija el nombre de Magdalena.

¿De dónde viene, pues, que la mayor parte de los hombres prefieran á sus misericordiosas leyes las leyes inexorables del honor? De que contra la presencia de Dios no hay noche que proteja ni paredes que den garantías, porque su *mirada escruta los corazones y las entrañas.* En esas fieras leyes del

©Biblioteca Nacional de Colombia

honor hay más cobardía de lo que se cree: el orgullo humano no puede sufrir la vigilancia continua de Dios; sino que quiere tomar aliento de tiempo en tiempo diciéndose á sí mismo, *nadie me ve*. Quiere indemnizarse con la libertad de que disfruta en la vida privada de las trabas á que se sujeta en la vida pública, y poder decir al curioso indiscreto que se atreva á levantar una punta del velo que oculta lo que pasa allá, que en ese sagrado recinto nadie penetra sin cometer un sacrilegio. Esto hizo decir á cierto pensador, cuyas paradojas no quiero suscribir, una cosa que quizás no es más que exagerada: "No sé lo que es un bribón, porque nunca lo fuí; pero sé lo que es un hombre de honor, y os aseguro que tiene algo de abominable." (1)

Si queremos una prueba palpable de la hipocresía de los hombres de honor, podemos pedírsela á Pascal, que se horrorizaba pensando en ella. Hé aquí sus palabras: "La religión católica no nos obliga á descubrir nuestros pecados á todo el mundo, y antes quiere que á todos los ocultemos, excepto á uno á quien nos ordena descubrir el fondo del corazón y mostrarnos tales como somos. A uno sólo nos manda desengañar, y á ese le prescribe guardar tan inviolable secreto, que el conocimiento que tiene de nuestras miserias no nos perjudica más que si no lo tuviera. Nada más caritativo y suave puede imaginarse, y sin embargo la corrupción de los hombres es tal, que esta ley les parece todavía dura, y el deseo de no someter-

(1) Como alguno echara en cara á la famosa Ninon de l'Enchos su mala vida, la cortesana le respondió: *soy un hombre de bien; ¿ qué más queréis?* Esa respuesta sin réplica es la condenación inapelable del honor que no tiene ni á la fe por base ni á la virtud por término, y proclama la parcialidad de esa comodísima religión, parcialidad que bastaría por sí sola para probar que la tal religión no viene de Dios.

©Biblioteca Nacional de Colombia

se á ella fué una de las causas que movieron á una gran parte de Europa á rebelarse contra la Iglesia. ¡Cuán injusto y falto de razón es el corazón del hombre cuando tiene á mal que se le obligue á hacer, con relación á uno solo de sus semejantes, lo que, en cierto modo, sería justo hiciera para con todos, supuesto que no hay derecho para engañar á nadie! (1)

III.—Por fin, aun cuando el honor fuera tan imparcial en sus leyes como franco en sus procederes, sería todavía fundamento frágil para la moral, porque carece de sanción. No seré yo quien pretenda que los hombres sin fe son todos ladrones, ni tampoco que los que se confiesan son séres sin defecto,—porque esto sería calumniar á los unos y adular á los otros;—y hasta confesaré que muchos que no frecuentan las iglesias son más hombres de bien y más corteses que otros que las frecuentan; pero también quiero se me confiese que la probidad que sólo se apoya en la filosofía, con dificultad puede merecer una confianza absoluta.

En los días en que la Iglesia pasaba por una de sus mayores pruebas, Constancio Cloro, que gobernaba la Bretaña y las Galias, recibió un día, cuando se hallaba en medio de sus oficiales, el decreto de sus colegas que condenaba á muerte á los cristianos.—"Ya véis, dijo á los que le rodeaban, cuál es la voluntad de los Césares; como sé que muchos de vosotros os habéis hecho cristianos, quiero saber qué resuelven los que se hallen

(1) El Presidente Hainaut, hombre honrado, si los hay, decía poco después de su conversión:—"Acabo de examinar mis culpas para desembarazarme de ellas por medio de una confesión sincera. ¡Se siente uno tan bien cuando cambia de vida! Para no tener que mudar de vida huyen del santo tribunal tántos hombres de nuestros días y aparentan creer que la confesión ha sido inventada por los sacerdotes!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

en este caso, en vista de los castigos que amenazan á los que se nieguen á adorar á los dioses de Roma." Muchos declararon hallarse resueltos á morir por su fe; pero otros se prestaron á apostatar, y á éstos les dijo el romano :—"Habéis renegado de vuestra fe por complacerme, y no os quiero más á mi servicio, porque un hombre que no cumple la palabra empeñada para con su Dios no es capaz de ser fiel á su Príncipe el día que el interés le aconseje una traición."

El Emperador tenía razón, porque la virtud de un hombre que no profesa ninguna religión no puede consistir en otra cosa que en no cometer ciertos crímenes por falta de ocasión; si llega, por ejemplo, á verse reducido á la indigencia, y en ese estado se le presenta un hombre que le ofrece mucho oro en cambio de una infamia que no ha de llegar á noticia de nadie, ó yo me engaño, ó el pretendido hombre de bien tenderá la mano repitiendo la blasfemia que pronunció Bruto en los campos de Filipos :—"*¡Virtud:* no eres más que un nombre!" Y la probidad de que alardea se desplomará como la estatua de cabeza de oro y pies de barro que vió en sueños el Rey de Babilonia.

Me diréis que la filosofía da á la virtud del hombre de bien una base más sólida que el barro, porque la hace apoyarse en el sentido moral, en la conciencia. No negaré que la conciencia puede servir de apoyo á virtudes vulgares porque su voz es la misma del Verbo de Dios, *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo;* pero también sostengo que es muy fácil manchar su pureza é imponerle silencio cuando se hace importuna, y por último, que para resistir á ciertos asaltos necesita contrafuertes. Es necesario que tras ella esté de pie, para sostenerla, no el dios complaciente de los filósofos sino el Dios vivo de los cris-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tianos, el Dios que premia y castiga. Cuando el ángel de tinieblas tentó á Jesucristo mostrándole todos los reinos de la tierra y diciéndole :—*Todo esto te daré si postrándote me adorares*, Jesucristo, que sabía bien cuán fuerte es el demonio en achaques de filosofía, no invocó interés, ni ley civil, ni razón, ni conciencia, ni honor, sino la autoridad de Dios :—*Está escrito*, le dijo, *á tu Dios adorarás y á Él sólo servirás ;"* y con este argumento, más eficaz que todos los silogismos, ahuyentó al tentador: *tunc reliquit eum diabolus.* (1)

Aun cuando el honor fuera capaz de fundar en el mundo una moral sólida, no lo sería de salvar al hombre en la otra vida.

I.—Es incapaz de verificar esta maravilla, porque no supone el cumplimiento de ningún deber para con Dios, y así mutila la moral suprimiendo nada menos que la virtud que sirve de fundamento á las demás: la virtud de religión ; y se contenta con que cada cual, en sus relaciones con los demás hombres, observe el precepto de la ley natural que le ordena *no hacer á los demás hombres lo que no quisiera se hiciera con él.* Y yo pregunto, si es posible que Dios salve al que durante su vida no hizo caso alguno de Él ; al que no se mostró algo justo para con las criaturas sino con la condición de que se le permitiera faltar enteramente á la justicia para con su Creador.

El hombre, por el solo hecho de ser criatura, no es soberano : es siervo. Si el panteísmo lisonjea su orgullo hasta el punto de autorizarlo para

(1) Math. IV. Juan Jacobo Rousseau pregunta en alguna parte á su lector lo que haría si pudiese enriquecerse matando, por el sólo efecto de su voluntad y sin moverse de París, á un mandarín viejo que estuviera en la China. No sé lo que responderá el lector ; pero si aquel á quien se hiciera tal propuesta no fuera más que *hombre de bien*, con ganas de tener palco en la ópera, temería yo mucho por la vida del mandarín.

©Biblioteca Nacional de Colombia

decir de sí mismo como Dios: *yo soy el que soy;* la razón, mostrándole que no existe por sí mismo sino por otro, basta para ponerle en el corazón la oración del Evangelio: *Padre nuestro que estás en los Cielos.*

Pero este Padre dijo al hombre:—"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. (1) No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios, porque no mirará el Señor como inocente al que haya tomado así su nombre. Seis días trabajarás y harás todas tus labores; mas el séptimo día es sábado del Señor Dios tuyo. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga. Guardad, pues, y cumplid las cosas que os tiene ordenadas el Señor Dios: no torceréis á la diestra ni á la siniestra, sino que andaréis por el camino que Dios Nuestro Señor os ha mandado. Y estos mandamientos que yo os doy en este día, estarán estampados en vuestros corazones, y los enseñaréis á vuestros hijos, y en ellos meditaréis sentados en vuestras casas, andando de viaje, y al acostaros, y al levantaros." (2)

¿Son estas leyes las que se impone el hombre de honor? No: el hombre de bien del tipo que voy estudiando rechaza de propósito deliberado toda religión definida; renuncia á la bienaventuranza que el Catolicismo promete, para no tener que someterse á sus leyes, y alega, para justificar su conducta, que cada cual es libre para renunciar al beneficio que se le ofrece, y, por fin, se contenta con obedecer á las vagas inspiraciones de lo que llama religión natural, tributando á Dios en su corazón, á la manera de Juan Jacobo Rousseau, el culto que le parece mejor. Pero el tal sistema

(1) Math. XXII.

(2) Philip. II, 10-11.

©Biblioteca Nacional de Colombia

tiene el inconveniente de desconocer el soberano dominio de Dios sobre su criatura.

II.—Nadie podrá domostrar que Dios, después de haber creado al hombre con un acto de su soberana voluntad, perdiera el derecho de perfeccionar su obra elevándola á un destino más noble que el que correspondía á su condición nativa, y, por el contrario, los mismos hechos que prueban de una manera irrefragable que Dios se ha puesto en comunicación inmediata y directa con el hombre por medio de la revelación (que constituye el orden sobrenatural), nos enseñan la obligación en que estamos de no despreciar ni la gracia que nos hizo ni la gloria que nos destina, so pena de incurrir en castigos tan severos como bien merecidos. Al asignarnos una vocación sublime ejecutó un acto de amor, pero también de autoridad, pues si el barro no puede exigir cuenta al alfarero del motivo que tuviera para hacer de él un vaso de ignominia, menos puede pedírsela de la razón que le asistiera para hacerlo un vaso de honor.

Imaginad que uno de vosotros, elevado por su mérito personal no menos que por su linaje, á un alto puesto; descendiente de muchos hombres célebres; que cuenta entre sus amigos y comensales á los personajes más ilustrados de la sociedad, y á cuya felicidad ha querido poner colmo la Providencia, dándole un hijo, llama á éste un día, le recuerda los sacrificios que ha hecho por él y el amor que le ha mostrado, y en nombre del respeto que le debe y del amor que se debe á sí mismo, le exige que se muestre digno de su padre haciendo honor á su raza y á su nombre: ¿qué haría ese padre si el hijo le contestara con aire de indiferencia y de desprecio:—Gracias, padre, por vuestras buenas intenciones; sois alto personaje y queréis que yo lo sea también; pero mis gustos son otros y prefiero

©Biblioteca Nacional de Colombia

ser albañil? ¿No le diría á su turno:—Haz lo que te parezca; honroso será el oficio que has elegido, pero yo te destinaba para mejor cosa, y desde hoy te despido de mi mesa y de mi casa? Pues así obrará el Señor para con el que ha trocado el título de cristiano por el de hombre de bien.

Hé aquí lo que Él mismo nos enseña: "Las prevenciones para las bodas están hechas: id, pues, á las salidas de los caminos, y á todos cuantos encontréis convidadlos á las bodas. Al punto los criados, saliendo á los caminos, reunieron á cuantos hallaron, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron á la mesa. Entrando después el Rey á ver á los convidados, reparó allí á un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole:—Amigo: ¿cómo has entrado aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces el Rey dijo á sus ministros:—Atadlo de pies y manos, arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes." (1)

Esos convidados somos nosotros; el vestido nupcial es la vida sobrenatural, y el desgraciado que fué hallado sin él, y que no supo responder, el hombre de bien según el mundo, con su razón, su religión natural y todas esas virtudes fáciles *de que está lleno el infierno.*

II.—Suponer que Dios no pudiera ó no quisiera hacer de la vida sobrenatural, ó sea del Cristianismo, otra cosa que una institución que cada cual, según su gusto, estuviera facultado para aceptar ó rechazar, no es sólo desconocer sus derechos sobre la criatura sino también ultrajarle en su Verbo. A Jesucristo le costamos caro: para rescatar nuestras almas dió su vida; para iluminarlas dejó una doctrina; para dirigirlas dictó preceptos; para santificarlas instituyó sacramen-

(1) Mat., XX.

©Biblioteca Nacional de Colombia

tos, y sacrificio y sacerdocio, y para regirlas estableció una Iglesia consagrando treinta y tres años á esta grande obra que principió en el Pesebre y consumó en el Calvario. Y no obstante todo esto, los hombres á quienes me dirijo pretenden que les es lícito aceptar ó no su parte en las luces del Evangelio y en los méritos de la cruz. A sus ojos ni Jesucristo es legislador serio, á quien haya obligación de obedecer, ni libertador necesario, sin el cual no haya salvación, ni la cruz es más que la enseña de una escuela en que pueden afiliarse ó no, según les parezca. Pero pretender que el Hijo de Dios, después de haber sido crucificado para salvarnos, puede ser considerado en la práctica de la vida como si no existiera, y esto por aquellos mismos á quienes quiso redimir, es paradoja contra la cual protesta el buen sentido; hipótesis condenada por las palabras del mismo Jesucristo y reprobada por la tradición cristiana. Las palabras de Jesucristo no pueden ser más expresas:—"Id, dijo á los Apóstoles, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado." (1) "Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas. El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere, será condenado." (2) Los filósofos no quieren ser juzgados sino por el Padre, á quien llaman el autor de la naturaleza; pero el Evangelio les responde:—"El Padre no juzga á nadie, sino que todo el poder de juzgar lo dió al Hijo, con el fin de que todos honren al Hijo de la misma manera que honran al Padre; que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado." Los

(1) Mat., XXVIII, 19-20.

(2) Marc., XVII, 16.

©Biblioteca Nacional de Colombia

filósofos permiten á sus madres y á sus hermanas que doblen la rodilla delante de Jesucristo, reservándose para sí mismos el derecho de quedarse en pie, pero "Dios exaltó á su Hijo y le dió nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre." (1)

Para hacernos sentir mejor la necesidad de la vida sobrenatural, dijo todavía Jesucristo:—"Yo soy la vid y vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él, ese da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanece en mí será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá." (2) A estas palabras no teme agregar San Agustín, á quien llaman el más filósofo de los doctores, el siguiente comentario: "A fin de que el sarmiento no se imaginara poder llevar por sí solo ni el más pequeño fruto, el Salvador, después de haber dicho que unido á la vid dará mucho, agrega que separado de ella no dará ninguno: ni poco ni mucho. Nada puede hacer el hombre para salvarse sino con la condición precisa de estar unido á Cristo, que es la viña. Si no nace de la cepa y no recibe de la raíz la savia que lo alimenta, ningún fruto llevará. El sarmiento separado de la vid es tan inútil, como precioso cuando está unido á ella: no sirve para nada, ni al agricultor ni al artesano. Para él no hay más que una alternativa inevitable: la vid ó el fuego, y si no quiere ir al fuego debe quedarse unido á la vid." (3) No hay término medio: ó se admite la

(1) Philip. II, 9-10-11.

(2) Joan, XV, 5-5.

(3) San Aug. Tratado 81 en S. Juan 3. Estas palabras podrán parecer severas á muchos. Para que éstos no se espanten, me

©Biblioteca Nacional de Colombia

divinidad de Jesucristo, y en ese caso hay que someterse á él y aceptar su enseñanza, ó se niega, y el que tal hace no merece ni el nombre de filósofo, porque en nombre de la razón desecha lo más racional que hay en el mundo, que es el Cristianismo.

III.—Por último, diré que la religión natural y el honor son impotentes para salvar al hombre, porque manchan con la vanidad el poco bien que inspiran. ¿Qué fin se propone el hombre de honor aun en el caso de inmolarse heroicamente? Su propia estimación y la de sus semejantes: sus móviles son un vago sentimiento de deber, el entusiasmo, el amor de la gloria y sobre todo la vanidad. He oído decir con frecuencia que en el hombre hay orgullo y en la mujer vanidad; triste es decirlo, pero no todos los hombres merecen este elogio, y muchos hay que en punto de vanidad no sólo compiten con las mujeres sino que las dejan atrás. Prueba de lo que digo es el trabajo que tántos se toman y las bajezas que cometen para obtener una cinta. No seré yo quien trate de desconceptuar esa admirable legión de hombres de mérito que se llama en Francia *Legión de honor*: me complazco en creer que muchos de ellos honran la cruz mucho más que lo que la cruz los honra á ellos; pero quiero que se me confiese también que las innumerables pretensiones sin fundamento

apresuro á decirles que se dirigen á los que de propósito deliberado rechazan la vida sobrenatural. Los que viven de *buena fe* en la creencia de las principales verdades del Cristianismo, aunque pertenezcan por su nacimiento á alguna secta, con tal que practiquen lo que creen, pueden ser salvos y llegar á la vida sobrenatural, porque de hecho son católicos. Y en cuanto á los que viven en una *ignorancia invencible* de los dogmas y preceptos evangélicos, y se atienen á la religión natural, y siguen exactamente sus enseñanzas, ó Dios para recompensarles esa fidelidad les enviará las luces necesarias, ó les enviará una recompensa natural proporcionada á sus virtudes.

©Biblioteca Nacional de Colombia

obligan ya á los gobiernos á mostrarse tan pródigos como los institutores que, por no ofender ninguna susceptibilidad maternal, dan premios á todos sus alumnos: verdaderos premios de estímulo, ya que de otra clase muchos no pueden recibirlos. Para muchos la cruz no es el símbolo de un mérito real: es un adorno y nada más, y si la cosa sigue como va, llegará día en que la más honrosa condecoración sea no llevar ninguna.

Esa sed de distinciones que atormenta á ciertos hombres, es tanto más de compadecerse cuanto que el Señor no hallará nada que recompensar en ellos, ni aun lo que en sí tenga mérito, porque los que así importunan á los gobiernos y divierten á los prudentes, son ladrones que roban á Dios lo que sólo á Dios pertenece. Cuando Dios crió el mundo tuvo en cuenta sin duda nuestra felicidad, pero como fin secundario y subordinado al de su propia gloria. A él corresponden los homenajes del universo con tan perfecto derecho como la cosecha de un campo al propietario del mismo campo, y son rentas que reclama con celo supremo, de tal manera que el Profeta ha podido decir que prodiga todo lo demás, pero su gloria no se la da á nadie; y por eso aborrece al hombre que en sus actos busca sólo la propia gloria como á ladrón que se interpone entre la humanidad y su Majestad Soberana para interceptar los homenajes que sólo se deben á Él.

Por esto ninguna acción, por noble que se la suponga, será recompensada en el día de las justicias si no procede de una alma en estado de gracia é inspirada por motivo sobrenatural, es decir, por la intención más ó menos explícita, pero siempre definitiva, de agradar y glorificar á Dios.

Nuestro divino Salvador nos lo advierte así con estas palabras: *guardáos de hacer vuestras buenas*

©Biblioteca Nacional de Colombia

obras para que os vean los hombres y os alaben por ellas, porque si así lo hacéis no tenéis que esperar recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos. (1) Dios es justo y no recompensa sino lo que se hace por él, y por eso nos desgarra el corazón ver que tántas almas leales marchan por los senderos de una virtud puramente humana á perder todo el fruto de sus obras. Era esto también lo que me afligía al contemplar en los hospitales de Génova y de Milán á nuestros sublimes mutilados de Magenta y Solferino: á la vista de aquellos soldados heroicos, más grandes todavía por la paciencia que les cerraba los labios á la blasfemia y á la murmuración, que por la bravura que les había dado la victoria, me decía á mí mismo con no sé qué amargura que hacía triste mi admiración: ¡Cuánta sangre, cuántas inmolaciones sublimes perdidas para la eternidad! Pero una vez que había estrechado contra mi corazón esos robustos pechos y recibido la franca confesión de esos valientes, y al aplicar á sus labios descoloridos el crucifijo les había oído decir:—"¡Perdón Dios mío! perdón para el que va á morir de la herida que recibió defendiendo á su patria; moriste para salvarnos y te pido me concedas morir amándote!" una vez que los veía vueltos á Dios, mi angustia se trocaba en inefable delicia al ver esos corazones de héroes convertidos por la fe, la esperanza y el amor en corazones de mártires.

Hermanos queridos que guardáis con vosotros el tesoro del honor: conservadle sin mancha; conservadle de tal manera que, después de las mayores pruebas, tengáis el consuelo de repetir sin mentira la expresión de Francisco I después de la batalla de Pavía: *Todo se ha perdido, menos el honor;* es decir, no me abruma ni el peso de una

(1) Mat., 6-1.

©Biblioteca Nacional de Colombia

injusticia ni el de una bajeza. Pero guardáos de añadir: *con esto basta*, porque contentaros con esto sería para vosotros una gran desgracia. Antes bien, decid con resolución: quiero dar á mi felicidad sólido fundamento y glorioso término buscando para mis obras la única recompensa digna del hombre; quiero ser cristiano de fe y de obras. El llegar á la virtud que salva no os costará mucho, porque, gracias al honor, habréis andado la mitad del camino, y cuando llegue la hora de morir, si el tributo de lágrimas que os pagan los hombres os satisface y consuela, mucho mayor satisfacción y consuelo os dará lo que Dios ha de ofreceros: la sonrisa de la esperanza.

CAPÍTULO III.

EL FARO.

La copa.—I. Dios.—La razón.—Lo que puede y lo que no puede.—La fe.—Bases racionales del Cristianismo.—II. El Catolicismo es el verdadero Cristianismo.—¿Por qué hay tántos hombres sin fe?

Alejandro de Macedonia contrajo en cierta ocasión, por haberse bañado en las frías ondas del Cidno, una enfermedad que lo puso al borde del sepulcro. Mientras su médico le preparaba una poción, el mejor de sus amigos le hizo llegar una carta concebida en estos términos:—"No te fíes del médico: los persas lo han ganado con oro y te va á envenenar;" pero el héroe, en vez de mostrar recelos, presentó la carta al médico con una mano, mientras con la otra tomaba la copa que éste le ofrecía, y la apuraba de un trago, y los historiadores han alabado esta acción, y la posteridad la admira, porque Alejandro, exponiéndose á la muerte, hizo *un acto* de fe en la palabra de un hombre.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La Iglesia hace para con ese grande enfermo que se llama el género humano, lo que el médico Filipo para con Alejandro: le presenta la amarga copa que contiene la moral evangélica y le ordena beber con confianza, asegurándole que en ese brevaje hallará la vida para el tiempo y para la eternidad. Por desgracia, la humanidad, asustada con los sacrificios que la virtud exige, no siempre imita al Macedonio: en vez de hacer un acto de fe en la palabra de la Iglesia, vacila, duda, y antes de recibir de sus manos la copa, le pregunta si tiene promesas infalibles, si habla de veras en nombre de Dios y es en realidad la única que tiene tal privilegio. La Iglesia no puede dejar de mirar con dolor esas delicadezas, pero las respeta y no exige fe sin presentar á la razón humana sus credenciales. Vamos á tratar de resumirlas.

I

I.—No haré á mis lectores la injuria de ponerme á probarles que hay Dios. En medio de los campos, el labrador, apoyado en su instrumento de trabajo, levanta los ojos al Cielo de donde le vienen la lluvia y el rayo del sol, y enseña á sus hijos que allá está Dios, con un movimiento tan sencillo como su alma. ¿Y quién no pensará en Él? El pobre le llama, el moribundo le invoca, el malvado le teme y el hombre de bien le bendice; el vencedor le da gracias, el vencido busca en Él un socorro, y los pueblos se arman de Él contra sus tiranos. No hay lugar, ni tiempo, ni ocasión, en que el nombre de Dios no aparezca. Ni el amor, tan seguro de su poder y tan confiado en su propia inmortalidad, se atreve á prescindir de Él, sino que viene á pedirle, al pie de los altares, la ratificación de las promesas tántas veces juradas. Ni la cólera cree haber dicho su última palabra sino

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuando ha maldecido su nombre adorable, haciendo así de la misma blasfemia una protestación de fe. ¿Y qué diré del perjurio? Suponed á un hombre poseedor exclusivo de un secreto en que van envueltos valiosos intereses y de que la justicia necesita enterarse: puede ocultar la verdad, porque sólo él la conoce; pero la justicia humana sabe que la verdad tiene en Dios un cómplice eterno, y llama á ese cómplice en su auxilio exigiendo un juramento, seguro de que el interpelado no se resolverá á mentir por mucho que la mentira pudiera aprovecharle; ó si es bastante audaz para atreverse á tánto, el temblor que se apodere de él, protestará contra la acción que la conciencia le está echando en cara como propia sólo de un cobarde y de un malvado. Empleando este medio casi nunca deja la justicia de saber lo que desea. ¿Qué hay, pues, en esa palabra *juro*? Nada más que un nombre va envuelto en ella, pero es el nombre de Dios; el nombre de aquél cuya gloria cuentan los Cielos; el nombre de aquél á quien todos los pueblos han adorado; el nombre de aquél á quien todos han erigido templos, consagrado sacerdotes, elevado súplicas é inmolado víctimas; el nombre más grande, santo y popular que por gracia ha sido dado á los labios humanos pronunciar. Un ateo es un ser raro, precisamente porque es un monstruo.

Y bien: Dios dió al hombre la razón que le constituye rey de la naturaleza, es decir, esa facultad intelectual que nos enseña las primeras verdades, y de la cual derivan todas las nociones que han de guiarnos en el estudio de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. A ella debemos los grandes principios que dominan todas las ciencias, y es necesario confesar que, en lo que concierne á las verdades que nos enseña con plena evidencia, la razón es infalible, pues negarlo sería tanto como

©Biblioteca Nacional de Colombia

decir que Dios condenó al hombre al más espantoso excepticismo, destruyendo las bases de toda certidumbre; sería negar la infalibilidad del Verbo eterno que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo;* sería negar la infalibilidad de la misma Iglesia, porque la Iglesia ha condenado los ataques temerarios contra la razón.

Para saber lo que puede, miremos sus maravillas: por ella ha domado el hombre el Océano y se pasea como señor por la inmensidad de sus olas; por ella ha explorado todas las costas y hecho á todos los continentes tributarios de sus deseos; por ella ha levantado los ojos al Cielo y llamado á los astros por su nombre, y les ha señalado el camino, prediciendo sus desapariciones, anunciando su vuelta y penetrando el secreto de sus oscurecimientos.

Por ella ha descompuesto el aire que respira y desbaratado en haz de colores el rayo de luz que le alumbra; por ella ha subyugado el rayo y conducido el relámpago por un hilo para hacerlo ciervo sumiso de sus impaciencias, y no se ha detenido ahí, sino que, haciendo de los mundos visibles un escabel para su pensamiento, ha escalado los Cielos para descubrir el infinito y proclamar su existencia y sus atributos, es decir, ha visto á Dios.

Y sin embargo, después de haber concedido á la razón cuanto podía concedérsele, para ser justos y razonables tenemos que confesar que es impotente para conducir al hombre á su destino. Preguntémosle si nuestra alma es imperecedera por su naturaleza; por qué está unida á un cuerdo; por qué se separa de él en un momento dado; á dónde va al salir de la cárcel que habitó por un día; qué es la muerte y en qué lugar nos aguardan nuestros padres, y á todas estas preguntas tendrá que responder: no sé, porque para mí todos esos

©Biblioteca Nacional de Colombia

son misterios impenetrables. Al querer resolverlos la filosofía antigua, lo que afirmó Platón, Cicerón lo puso en duda y Epicuro lo negó, y cuando largo tiempo después, pasadas las edades de fe, el espíritu humano quiso restaurar la filosofía independiente, Descartes empezó por afirmar lo que Platón había afirmado; Bayle dudó como Cicerón y Voltaire acabó como Epicuro, por negar. Menos de dos siglos bastaron á la actividad filosófica para cerrar este ciclo fatal, y dejarnos, como resultado de su obra, una sociedad sin creencias seguras; rota en mil opiniones que todas se dicen verdaderas; de las cuales cada una tiene heraldos, y abriga esperanzas, y sufre contratiempos; opiniones que no pueden ponerse de acuerdo para edificar, pero sí para destruír.

¿Y de dónde viene que esa razón que puede penetrar tan lejos en los misterios de la naturaleza, se turba al tratar de conocer lo que nos es más íntimo y personal? Fácil es explicarlo: todos los fenómenos de la naturaleza son hechos que están á nuestra vista, y las leyes matemáticas que los rigen, fuera de que se manifiestan en cuerpos sensibles y limitados, pertenecen á la esencia invariable de las cosas, esencia que está presente á nuestro espíritu y constituye la luz inteligible que lo ilumina, porque Dios se nos revela por medio del universo, obligándonos á buscar para éste una causa que no puede ser otra que el infinito en estado personal, es decir, el mismo Dios. Así, por medio de la razón tenemos las dos extremidades de la cadena, lo finito y lo infinito, el mundo y Dios. Pero no sucede lo mismo con nuestro destino, que no es fenómeno presente á nuestras miradas, sino que abraza un pasado para nosotros invisible, y un porvenir tan invisible como el pasado; ni es tampoco ley que pertenezca á la

©Biblioteca Nacional de Colombia

esencia de las cosas, puesto que podíamos ser ó no ser, vivir un día ó vivir mil años; que no es, en fin, sino una relación entre dos seres libres, uno finito y otro infinito. Pero la voluntad ajena no podemos conocerla por nuestro propio esfuerzo, ni la razón puede adivinar, con certeza infalible, un acto que puede ser ó no ser; sólo puede afirmar la posibilidad de las explicaciones que se ofrecen; pero en esa misma posibilidad está el misterio. Nuestro espíritu descubre una eternidad que tenemos delante, mejor diré, que nos envuelve como horizonte natural de nuestra existencia; pero al tratar de saber si su propia vida durará una hora, ó un siglo, ó para siempre, y si el Eterno en quien tiene su principio, será también su recompensa y su fin, no ve más que oscuridad. Si viera claramente que no, no habría misterio; si viera claramente que sí, tampoco lo habría: lo hay porque la razón vacila entre el sí y el no, que entrambos son posibles, y no alcanza por sí sola á disipar la duda, porque para esto necesitaría realizar el absurdo de convertir lo *posible* en *necesario*.

II.—El alma necesita, pues, otro *faro* á más de la razón, para que le muestre el puesto donde hallará la alegría en la seguridad.

¿Y cuál es ese faro? La revelación. ¿Y qué es esta revelación? Voy á decíroslo. Imaginad que uno de vosotros va andando un camino, sentado junto á un desconocido, y que por largo espacio de tiempo ambos permanecen callados: los cuerpos se tocan, pero entre las almas hay un abismo y cada uno va diciendo para sus adentros: ¿quién será éste? hasta que al fin uno de los dos rompe el silencio y dice al otro una palabra sincera, y á esa siguen otras, y por fin una confidencia íntima. Las almas antes tan distantes, ya no sólo se tocan como los cuerpos, sino que se conocen y pene-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tran mutuamente, porque ha habido entre ellas *una revelación*.

Pero Dios ha hecho en nuestro favor lo que hacen todos los hombres para hacerse conocer unos de otros: ha hablado. Nos ha dicho lo que es Él; lo que somos nosotros, lo que de nosotros quiere; qué alegrías tiene reservadas para los que le obedecen y qué castigos para los que se obstinan en desconocer ó en violar su ley. En una palabra, nos ha revelado, con los misterios de su ser, el orden de sus pensamientos y de sus designios. Y á esta revelación se adhiere el hombre por la *fe*, base y principio de todas las virtudes que forman la vida sobrenatural; por la fe, sin la cual, según nos enseña San Pablo, es *imposible agradar á Dios*; por la fe que supone el concurso de la gracia con la libertad, razón por la cual la definió Santo Tomás, *un acto de la inteligencia que se adhiere á la verdad divina por el imperio de la voluntad movida por la gracia*.

El mundo no vive sino de fe, porque no subsiste sino por la confianza mutua; de tal modo que la mayor parte de nuestros conocimientos no se fundan en otra cosa que en nuestra adhesión al testimonio de los demás. El *crédito*, gran motor de los negocios humanos, se desvanecería como humo al desaparecer la fe. ¿Y qué más diremos? para entregar nuestro corazón y nuestra suerte por toda la vida, hacemos un acto de fe, que otra cosa no es el *sí*, palabra á la vez sencilla, solemne y de tan graves consecuencias, que la desposada pronuncia al pie del altar. Con esa palabra la joven dice á su prometido: tú eres fuerte y yo soy débil; apenas te conozco, y sé que puedes, á usanza de tántos otros, abusar de tu fuerza para hacerme desgraciada; pero tengo fe en tu amor, en tu honor y en tus juramentos, y por eso te confío sin temor mis destinos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La fe humana consiste en creer en la palabra del hombre, y la fe sobrenatural ó divina, en creer en la palabra de Dios: por eso importa saber cuál de las religiones positivas merece nuestra fe. La razón nos dice que la que contenga la revelación de Dios; pero la dificultad parece estar en saber cuál es la que contiene verdaderamente esa revelación, puesto que, si miramos en torno nuéstro, ó en la historia, sólo hallamos dioses que se insultan mutuamente, dogmas que se contradicen, cultos que reniegan unos de otros, sacerdotes que se anatematizan y altares que unos á otros se arrojan sangre. ¿Cómo distinguir, en medio de tánta anarquía, el arca santa que contiene la revelación divina?

A estas quejas de la razón responde el Cristianismo: sólo yo poseo la verdad, porque sólo yo vengo de Dios, y lo prueba de esta manera: todas las religiones que se dividen el mundo pueden reducirse á tres, la idolatría, que confunde al hombre con Dios, el mahometismo, que los mantiene á larga distancia, y el Cristianismo que los asocia. Entre estas tres religiones están el debate y la elección, de manera que todo el que no quiera ser ateo práctico tiene que ser forzosamente idólatra, cristiano ó musulmán; pero reducida la elección á estos solos términos posibles, viene á ser la cosa más fácil del mundo reconocer dónde está la religión verdadera; la que Dios instituyó y ha conservado íntegra con sus dogmas, su moral y su liturgia.

Pregunto á cualquiera hombre de buena voluntad que lea estas líneas, si, examinando la idolatría ó el mahometismo, ve que en ellos palpita algo que pueda llamarse divino; si al pensar en Júpiter ó en Mahoma la conciencia le dice algo, ó si le ocurre siquiera preguntarse á sí mismo: ¿estará Dios aquí? No; ningún hombre de buen sentido

©Biblioteca Nacional de Colombia

hará á ninguno de esos cultos el honor de vacilar pensando si serán verdaderos ó no: jamás en presencia de ellos exclamará, *puede ser*. La duda le viene de otra parte, de tal modo que si acá abajo no hubiera para representar la revelación de Dios otra cosa que la idolatría y el islamismo, ningún hombre ilustrado se daría el trabajo de negar esa revelación ni le pagaría el tributo de su odio, ni siquiera el de su desprecio, sino que la miraría con tranquila indiferencia. El Cristianismo, seguro como está de sí mismo, puede lanzar á todos esos cultos que se atreven á disputarle el imperio de las almas el sarcasmo que Mirabeau lanzó á Barnave, cuando le disputaba el imperio de la tribuna:—*Barnave: no hay en ti nada divino.*

El dilema para la razón queda, por consiguiente, reducido á estos términos: ó todas las religiones son falsas, ó el Cristianismo es divino. ¡ Qué lástima que no nos sea permitido exponer en toda su luz y con toda su fuerza las pruebas con que éste acredita serlo ! Trataremos de presentar algunas al lector, contando con su buena fe, para ahorrarle la molestia de detenerse en pormenores.

El Cristianismo es la religión que Jesucristo trajo al mundo: para saber si es verdadero, basta saber si es divino, y para saber esto, basta saber si Jesucristo es Dios. Pero para saber si Jesucristo es real y verdaderamente Dios, y no un *hombre casi divino*, empiezo por preguntar si se llamó Dios, y el Evangelio me responde que como tal se presentó delante de sus discípulos, de las multitudes y de sus jueces, y que sostuvo tan obstinadamente su dicho, que prefirió morir en el patíbulo proclamando su divinidad, á evitar esa muerte infame conviniendo en retractarse. Pero del solo hecho de que Jesucristo se llamó Dios, concluyo rigurosamente que lo es, y para probar mi conclusión

©Biblioteca Nacional de Colombia

me basta el siguiente razonamiento: O Jesucristo, al llamarse Dios, creía lo que estaba diciendo, ó no lo creía: si se creía Dios sin serlo, era (perdóneseme la palabra) un insensato—porque no hay quien pueda engañarse así acerca de su propia personalidad, á menos de haber perdido la razón;—y si se decía Dios sin creerse tal, era menos que un insensato, ¡cuánto cuesta pronunciar esta palabra! era un bellaco, un impostor, un malvado. El que en nuestros días hiciera lo que Jesucristo habría hecho al no ser Dios, iría á dar á la casa de locos ó al presidio. Para el hombre prudente no hay medio entre reconocer que Jesucristo merece las adoraciones del mundo, y afirmar que sólo merece indignación y desprecio; pero proponer este dilema, tan parecido á una blasfemia, equivale á resolverlo.

Equivale á resolverlo, porque Jesucristo no sólo se llamó Dios sino que demostró serlo. Lo demostró dándose por precursor al más milagroso pueblo que jamás vió el mundo, y haciendo que todos los acontecimientos de los imperios contribuyeran á preparar su advenimiento; lo demostró proclamando una doctrina, no sólo más sublime y perfecta que las de todos los sabios, sino de tal manera perfecta y sublime que, durante diez y ocho siglos, sólo ella ha producido santos y sabios; lo demostró presentándose á la vista de los hombres como modelo tan acabado, que de todos los santos que han procurado imitarlo, ninguno ha tenido la pretensión de igualársele; lo demostró haciéndose adorar del mundo, á pesar de ser judío, y judío crucificado, y á pesar de todas las conjuraciones de la carne y de la sangre. Este último hecho inspiró á San Agustín el siguiente tan conocido dilema:—"O el mundo, que era pagano, se convirtió por haber visto los milagros obrados

©Biblioteca Nacional de Colombia

por los Apóstoles, y entonces el Cristianismo es divino, ó el mundo se convirtió sin haber visto tales milagros, y entonces su conversión es el mayor de todos." En fin, Jesucristo demostró su divinidad ejerciendo sobre la naturaleza, la vida y la muerte, en presencia de las multitudes, un poder que sólo Dios puede ejercer ó comunicar, pues que vivió sembrando á su paso los prodigios hasta resucitar los muertos y resucitarse á sí mismo. Negar estos hechos, ó ponerlos en duda, es tanto como decir que los Apóstoles no existieron nunca, y que ese hecho inmenso, que se llama el Cristianismo, es un efecto sin causa, ó si se concede la existencia de los Apóstoles, es afirmar que fueron engañados ó engañadores: si se pretende que fueron engañados sobre hechos como la resurrección de Lázaro ó la del mismo Jesucristo, habrá que decir que nuestros sentidos no merecen crédito ni aun sobre los hechos más palpables, y dar así en el escepticismo más completo; y si se quiere que hayan sido engañadores, hay que convenir en que muchos hombres, que no esperaban nada para esta vida ni para la otra como fruto de su tenacidad, estuvieron de acuerdo en el desatino de dejarse matar por sostener hasta lo último una mentira.

El problema no se resuelve con negar al Evangelio su valor histórico y convertirlo en obra de imaginación; antes bien, crece y se hace más inexplicable, pues si hay absurdo en las hipótesis anteriores, mucho mayor lo hay en suponer que una leyenda hubiera creado la Iglesia Católica. En este caso habría que convenir con Juan Jacobo Rousseau, en que el *autor* de tal leyenda *sería más maravilloso que el héroe.*

No: la divinidad del Cristianismo no puede negarse: delante de la humanidad está Él con su

©Biblioteca Nacional de Colombia

formidable poder de razonamiento, enseñando, discutiendo y llenando el mundo con su palabra y las bibliotecas con las obras de sus defensores. En todas partes se le encuentra y en ningún terreno cede la palma: si la incredulidad hace alarde de sus filósofos, Él le opone sus santos; si de sus sabios y hombres de genio, también cuenta con sabios y hombres de genio que oponerle: á Celso, Tertuliano; á Porfirio, San Agustín; á Voltaire, Bossuet. Hace diez y ocho siglos que sigue á la humanidad paso á paso, llevando delante las tradiciones y las obras de cuatro mil años, sin dejar objeción sin respuesta ni dolor sin consuelo.

Más todavía: las costumbres públicas que los otros cultos no pudieron jamás, no diré santificar, pero ni siquiera mejorar, el Cristianismo las ha regenerado y divinizado. No niego que nuestras sociedades cristianas tienen que avergonzarse de muchas miserias; pero en medio de ellas, ¡cuánta pureza en cierto número de almas escogidas! ¡cuánto respeto por la virtud en la conciencia de todas! ¡Y qué luchas aun en los mismos que caen, y que, con la mirada fija en el modelo de toda santidad, ni aun en medio de sus vicios abandonan la esperanza de llegar á ser mejores! A destruír el mal no ha alcanzado el Cristianismo, porque el mal hace parte de la naturaleza humana caída; pero lo ha deshonrado en la opinión; lo ha arrojado de las plazas públicas; lo ha perseguido en sus guaridas; lo ha atenuado en la vida del mayor número y lo ha borrado del corazón de muchos. No hay madre cristiana que no sea instrumento suyo para comunicar á las almas que Dios le ha confiado una virtud de purificación y de honor, y de aquí el que ningún cristiano pueda corromperse sin haber experimentado antes las alegrías de la pureza, alegrías de que se conserva

©Biblioteca Nacional de Colombia

toda la vida tal recuerdo que ninguna profanación alcanza á borrarlo. Tan incompatible es el vicio con la fe cristiana, que ninguno puede entregarse del todo á él sin que esa fe se apague, ó por lo menos se obscurezca en su alma: el musulmán y el pagano no necesitan apostatar para vivir tranquilos en el oprobio de sus sentidos, y sólo el cristiano conoce un Dios que le obliga á ruborizarse, lo cual prueba de una manera palpable la verdad exclusiva del Cristianismo.

II

Pero la misma religión cristiana, merced á las pasiones de los hombres, se ha subdividido y subsiste todavía en varias ramas: el Catolicismo, el protestantismo y el cisma griego: ¿cuál de estas comuniones es la que mantiene en su integridad la revelación divina, ó para decirlo en una palabra, cuál es la verdadera? Respondo que el Catolicismo es el único Cristianismo verdadero.

Dejo á un lado el cisma griego, que no es más que el Catolicismo decapitado y convertido en momia, y manteniendo el debate con el protestantismo, digo que la Iglesia Católica es la depositaria del verdadero pensamiento de Cristo, y doy por primera prueba su antigüedad.

Para conocer el pensamiento entero de un hombre, es preciso conocer la palabra que lo manifiesta y el sentido en que esa palabra debe tomarse, y para esto es necesario haberle escuchado á él mismo, ó siquiera á los que le escucharon á él. Ahora bien: de todas las sociedades cristianas que se glorían de poseer la palabra de Cristo, ¿cuál estuvo con él en la montaña, en Tiberíades y en Jerusalén? ¿Cuál escuchó á Pedro en Antioquía, en Corinto á Pablo, y en Roma á entram-

©Biblioteca Nacional de Colombia

bos? ¿Cuál se retiró á las Catacumbas á repasar la doctrina que había oído y prepararse á morir por ella? El Catolicismo, único que estuvo representado en todas esas partes por sus apóstoles, sus pontífices y sus mártires. ¿Dónde estaba entonces el protestantismo? Dormía en su nada.

Mil quinientos años antes que Lutero viniera á decir al mundo sorprendido: "*Leed la Biblia y creed lo que os parezca;*" antes de que se hubiera inventado la imprenta, y aun antes de que existiera la Biblia entera, el Catolicismo, en la persona de los discípulos de Cristo, constituídos en jerarquías, había oído de sus labios estas palabras:—"*Id y enseñad á todas las naciones.*" (1) "*El que á vosotros escucha á mí me escucha, y el que á vosotros desprecia á mí me desprecia.*" (2) Mil quinientos años antes de que Lutero hubiera proclamado su blasfemia de que la fe sola salva y las obras no sirven para nada, el Catolicismo había oído decir á Cristo:—"*Luzca á la faz de los hombres vuestra luz, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen por ellas á vuestro Padre que está en los Cielos.*" (3) Mil quinientos años antes que los pretendidos reformadores hubieran tratado de innovación diabólica la confesión, Jesús había dicho:—"*Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me envió, así os envío. Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo y lo que desatáreis en la tierra será desatado en el cielo. A los que remitiéreis sus pecados, les serán remitidos, y á los que se los retuviéreis les serán retenidos.*" (4) Antes que el protestantismo hubiera dicho con Zwinglio, ha-

(1) Math., XXVIII, 19.

(2) Luc., X, 16.

(3) Math., V, 16.

(4) Joan., XX, 2.

©Biblioteca Nacional de Colombia

blando de la Eucaristía: *ésta es la señal de mi cuerpo*, el Catolicismo, que estaba en la mesa con Cristo, había oído decir: *Este es mi cuerpo.* Por último, mucho antes que el protestantismo se hubiera atrevido á decir:—"El pontificado es la *gran prostituta*," el primado romano había lanzado estas memorables palabras que la herejía no borrará jamás: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*" (1) El protestantismo es nuevo, luego es falso.

El Catolicismo es el único heredero de la palabra de Cristo, porque es el único que puede decir: yo he sido perpetuamente uno. Cristo es el Verbo, el Verbo es la verdad y la verdad no cambia, y por eso no cambia el Catolicismo que se ha conservado tan invariable en su dogma como en su moral. En vano han juntado sus esfuerzos el orgullo de la ciencia, el de la fuerza y el del vicio para exigirle que consienta en un cambio, porque á todos tres orgullos ha contestado siempre por la voz de sus Pontífices, doctores y concilios: no varío, porque mi voz es la voz del Verbo y el Verbo es inmutable. Por eso seré mañana como era ayer, y por eso Bossuet habló como San Agustín y Pío IX como San Pedro. No sucede otro tanto con el protestantismo, que varía como el pensamiento del hombre, y variando demuestra que no ha heredado el pensamiento de Cristo. Empeñado en ocultar su oprobio ocultando su nacimiento, ha querido darse por precursores á todos los herejes de los siglos que le precedieron, y ha amontonado sutilezas sobre sutilezas, pero en vano todo, porque con nada logrará borrar de su frente el estigma que le imprimió Bossuet: *cambias, luego no eres verdadero.*

(1) Math, XVI.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El Catolicismo es el solo heredero del pensamiento de Cristo, porque sólo él puede atribuírse la universalidad en la unidad: Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y por otra parte Cristo dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie va á mi Padre sino por mí*, (1) de donde se desprende que la Iglesia ha de ser universal ó católica, á fin de que todos puedan ver el camino, conocer la verdad y vivir con la vida que conduce al Padre. Pero el protestantismo no es universal porque no es uno, y no puede ser uno porque su principio se opone á la unidad. ¡Qué espantosa Babel! Luteranos, Calvinistas, Anglicanos, Cuáqueros, Puritanos, Mormones, Evangelistas, Metodistas, Socinianos, Arminianos, Gomaristas, Unitarios, Racionales, Supralapsarios, No conformistas, andan todos revueltos y en lucha unos con otros en el pantano doctrinal que llaman la reforma, y uno de sus adeptos confiesa que los puntos en que están todos de acuerdo, podrían escribirse en el blanco de la uña. Los católicos, por el contrario, hemos traído al través del tiempo y del espacio la túnica inconsútil del Redentor sin desgarrarla: creemos, cantamos y oramos lo mismo en París que en Roma, en Madrid que en Viena, en la China que en Oceanía, y todos los días se ve al augusto anciano que tiene su silla en el Vaticano, consultar á sus hermanos, abrir los labios y pronunciar una palabra, y que al sonar esa palabra, millones de almas se estremecen en todos los ángulos del globo y millones de bocas responden en todos los idiomas *credo*, creo.

No son nuestros hermanos separados los que realizan el deseo que manifestaba Cristo cuando exclamaba: "*Padre santo, conserva á los que me has dado á fin de que todos sean una misma cosa,*

(1) Joan, XX.

©Biblioteca Nacional de Colombia

como tú y yo. Y no sólo por ellos te ruego, sino por los que han de creer en mí por medio de su predicación, á fin de que todos sean una misma cosa en nosotros, como tú estás en mí y yo en ti."

En fin, el Catolicismo es el único verdadero cristianismo, porque sólo él ha heredado el amor fecundo de Cristo que produce la santidad. El protestantismo ha producido y cuenta en su seno muchos hombres de bien, hermosas almas, quizás corazones piadosos, pero santos no; mientras que el Catolicismo sí puede contar los suyos, y tánto que donde logra echar sus semillas, aun cuando sea como un grano entre las rocas, allí echa raíces también la santidad. Desde que Jesús se sacrificó en el Calvario, la locura de la cruz no ha cesado de escoger víctimas en el mundo; pero por una preferencia singular no las escoge sino en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Y fundados en estos hechos podemos decir á nuestros adversarios: sólo nosotros poseemos la herencia de la cruz, la herencia de los milagros, la herencia de la santidad, la herencia del amor que se hace fecundo por medio del sacrificio. ¡Luego Cristo está con nosotros! ¿Qué más diré? La Religión Católica es, entre todas las religiones, la más severa; la que ataca de frente todas las malas inclinaciones del hombre; la única que exige una mortificación perpetua, y esto prueba que es divina porque sólo Dios podía exigir é imponer á la humanidad, con tanto atrevimiento y con tan buen éxito, una moral que contraría todas sus pasiones. Es divina porque es la única que, comprendiendo las heridas de nuestra naturaleza caída, ha sabido encontrar medios para regenerar á ésta, sin desalentarse por la repugnancia que esos medios inspiran, y á esto debe el incomparable privilegio de ser amada por todos los corazones puros y aban-

©Biblioteca Nacional de Colombia

donada ó aborrecida por todos los corazones depravados.

Esto nos explica la admirable seguridad del católico en la hora suprema de la muerte: cuando vemos llegar esa hora, somos más imparciales en nuestros juicios porque no tenemos intereses á qué atender, y es cosa bien digna de notarse que se vea á tantos indiferentes, incrédulos y aun herejes volver á la Iglesia que habían desconocido y pedirle que le ponga en los pies el calzado para el gran viaje, mientras que jamás se ha visto á católico alguno ponerse á dudar de su fe en la orilla del sepulcro, sentir remordimientos por haber vivido en ella y hacerse de un momento á otro incrédulo, indiferente ó hereje. Desafío á la historia á que me muestre semejante fenómeno, y comprendo el buen sentido con que Enrique IV dijo: *abandono el partido más cómodo para tomar el más seguro.*

II. Si esto es así, ¿por qué hay en nuestro tiempo tántos hombres sin fe? porque la fe es una virtud que supone gracia y buena voluntad, y para obtener esta gracia es preciso orar, y la buena voluntad se manifiesta procurando instruírse, y los hombres sin fe ni oran ni estudian. A cualquiera de los que dudan y niegan me permitiría yo preguntarle si se ha tomado alguna vez el trabajo de leer un libro serio que le hable de Dios, de la revelación y de sus pruebas; si al entrar á una iglesia á oír la palabra santa, ha llevado alguna ocasión el propósito de buscar la verdad, deseo sincero de hallarla y corazón dispuesto á acogerla; si en sus perplejidades ha rogado á algún buen sacerdote que disipe sus dudas y le instruya, y en fin, si al ver prosternadas á su madre, á su esposa ó á su hija, le ha ocurrido imitarlas y orar con humildad, aun cuando sea sólo para pedir á Dios

©Biblioteca Nacional de Colombia

la fe que le hace falta. Si el interrogado es sincero, me responderá que ni se lo ha soñado. ¿Y cómo entonces habría de tener fe? Si la ciencia exige del que quiere adquirirla cierta aplicación del espíritu, la fe también, porque la fe es una noción, un conocimiento, y el espíritu que no se aplica á conocer una cosa deja de ser una potencia para convertirse en un ser inerte que, con relación al objeto de que se trata, funciona tanto como si no existiera. Lo que son las matemáticas para el que jamás ha pensado en las leyes del número, de la extensión y del movimiento; lo que es la filosofía para el que jamás ha preguntado qué cosa son el ente, la idea, lo absoluto, lo relativo, la causa y el efecto, eso mismo tiene que ser la fe para el alma que jamás ha pensado en las relaciones de la criatura con su Creador.

Por otra parte, para comprender se necesita quererlo, y para quererlo no tener miedo de comprender; tener la generosidad de corazón bastante para decirse á sí mismo, en el momento en que llegan la gracia y la luz: sé hombre; sacude el yugo que te abruma; restituye lo adquirido por combinaciones más hábiles de lo que la probidad permite; rompe la cadena que te retiene cautivo hace tánto tiempo, y vuelve á tu esposa para poder volver á Dios. El que no tenga bastante generosidad para esto, hallará siempre manchas en el sol y sombras en la evidencia.

¡Y cuán pocos hombres hay que tengan ese valor! ¡cuántos, por el contrario, de quienes puede decirse con el salmista: *noluit intelligere ut bene ageret;* no quiso entender por miedo de verse obligado por la verdad á abrazar la virtud! Esto es lo que desespera en nuestro tiempo á los predicadores y les hace perder casi el deseo de ser elocuentes: querrían, como en otro tiempo los

©Biblioteca Nacional de Colombia

profetas, ver abatido por los golpes de la palabra de Dios al vicio que hace mofa de la virtud, ó que la insulta con sus prosperidades, ó blasfema, ó se revuelca en el fango; pero ese vicio no concurre á nuestros templos porque huye de la verdad, y huye de la verdad porque teme los remordimientos. Esto mismo es lo que desespera á los escritores que se proponen más noble fin que el de divertir ó corromper á la humanidad: les faltan lectores, y si los tienen son de los que no tienen necesidad de ser convertidos porque aman la verdad y la virtud.

Un Capitán de navío, cuya conversión metió ruido hace algún tiempo, hallándose en Tolón entristecía á sus amigos con sus alardes de incredulidad: una persona caritativa hizo llegar á sus manos cierto libro que contenía una demostración cerrada y sucinta de la fe, y le arrancó la promesa de leerlo. El incrédulo quiso cumplir su palabra y empezó; pero viendo que los argumentos lo estrechaban y disipaban poco á poco las tinieblas de su alma, arrojó de repente el libro diciendo: —"El tunante acabará por llevarme á confesar, y yo tengo asuntos más interesantes en qué ocuparme."

Esta es la historia de muchos hombres, y si queremos persuadirnos de que es así, preguntemos á qué edad han empezado á negar las verdades religiosas y qué estudios los han conducido á esa negación. No dudaron por cierto á los cuarenta años, es decir, cuando las pasiones se debilitan cediendo á la razón que crece, ni después de largas reflexiones, sino en la mocedad. Mientras fueron inocentes, fueron también sencillos, sumisos, piadosos adoradores de lo que adoraban sus madres. Entonces no preguntaban, ni discutían, sino que creían con fe pura porque eran puros de

©Biblioteca Nacional de Colombia

corazón; pero desde que la doble pubertad del hombre se hizo para ellos tanto en los sentidos como en el espíritu, ya no pudieron tolerar misterios ni en la naturaleza ni en Dios, y empezaron á sentir vergüenza de creer, al mismo tiempo que perdían esa otra vergüenza que los había conservado inocentes hasta entonces. A los veinte años negaron, apostataron, despreciaron la fe de sus madres y convirtieron sus almas en desiertos, y consumada esa ruina, como no podían prescindir de la necesidad de dar un objeto á su vida, lo buscaron en lo que más podía halagarlos según la índole de cada uno, cuál en la gloria de las armas, cuál en la de las letras, cuál en carreras menos nobles pero más lucrativas, y fijado el objeto dieron á su actividad por único móvil el culto de su propio porvenir, sin querer aprender otra cosa que lo que podía contribuír á realizar su sueño; sueño egoísta, al cual sacrificaron sus días y sus noches, sin reservar una parte secreta, sino para ese otro egoísmo que se llama el deleite. Durante su triste sueño, la religión no se les presentó nunca sino como un recuerdo fútil de sus primeros años; como una muestra de debilidad ó una de tántas hipocresías de los hombres, sin que se dignaran dedicarle ni una hora, ni una lectura, ni un deseo. Si alguna vez la curiosidad de oír á un orador célebre los llevó á una iglesia, entraron sin tomar el agua bendita para no confundirse con el *vulgo* de los creyentes, y escucharon al predicador con la altivez de quien tiene formado su juicio sobre el asunto y no piensa mudar de parecer. Si abren un libro, es con la condición de cerrarlo en cuanto diga una verdad que no acomode á sus pasiones, y si se suscriben á un periódico, escogen siempre el que prometa más pasto á la curiosidad frívola y más seguridades á la indiferencia. ¿Cómo

©Biblioteca Nacional de Colombia

podría la fe iluminar una alma que cierra así los ojos para no ver? No la iluminará, porque la luz y la paz no han sido prometidas sino á los hombres de *buena voluntad.*

Hermanos queridos, guardáos de semejante ceguedad: orad, mirad y veréis. Cuando Israel iba cruzando los desiertos de Arabia en busca de la Tierra prometida, una columna de nube, alternativamente luminosa y oscura, guió siempre sus pasos, y el pueblo de Dios seguía con paso seguro esa columna que con su luz le alumbraba durante la noche, mientras que de día le resguardaba con su oscuridad contra los rayos de un sol sobrado ardiente. Como ese desierto es el mundo; la tierra prometida es el Cielo, nosotros el pueblo de Dios, y la fe la columna que nos guía; aprovechémonos de su luz para disipar las tinieblas que fatigan nuestra razón, y no nos escandalicemos en sus oscuridades, supuesto que Dios las ha querido para preservarnos de una luz que, alumbrando demasiado, nos quitaría la libertad y con ella el mérito. Acordémonos de que el Señor dijo: —"*Bienaventurados los que no vieron y creyeron ;*" mantengamos nuestro corazón en estado de desear que la religión sea verdadera, y éste será el más seguro medio de no dudar jamás.

La fe es un amor que cree; no es menos hija del corazón que del entendimiento, y es la mayor alegría del alma al propio tiempo que la mayor fuerza del mundo. Si la juventud es valiente y generosa, es porque tiene fe en sí misma y en el porvenir; porque todavía cree en Dios, en la justicia, en la libertad y en la abnegación: no creer en los hombres es condenarse al aislamiento, y no creer en Dios es convertir nuestra alma en horrible desierto.

Para comprender el valor del tesoro que se lla-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ma fe, escuchemos, antes de concluír, la tristísima confesión de un hombre que la había perdido, Jouffroy:—" No olvidaré nunca, dice, la noche de Diciembre en que se rompió el velo que me ocultaba mi propia incredulidad. Todavía me parece que escucho mis pasos en aquella estancia sombría y desnuda, donde tenía costumbre de pasearme en altas horas de la noche, y que veo esa luna medio velada por las nubes, que alumbraba á intervalos las frías baldosas del pavimento. Corrían las horas y yo no las sentía correr, ocupado como estaba en seguir mi propio pensamiento, que descendía poco á poco al fondo de mi conciencia y disipaba una á una las ilusiones que hasta entonces me habían ocultado su vista, haciéndome más y más visibles sus profundidades. El examen se hacía más obstinado y severo á medida que se acercaba á su fin, y sólo se detuvo cuando, habiendo llegado á él, me hizo saber que en el fondo de mi ser no había quedado nada en pie: ese momento fué espantoso. Cuando ya amanecía, me eché sin fuerzas en mi lecho y empecé á sentir como en sueños que mi primera vida, tan risueña y tan llena, se apagaba, y que empezaba otra en que había de vivir solo, sin más compañía que mi pensamiento, ese fatal pensamiento que acababa de llevarme al abismo de mi propia miseria y que yo maldecía en el fondo de mi corazón. Si al perder la fe hubiera perdido también el cuidado que inspiran los problemas por ella resueltos, ese violento estado no habría durado mucho; al fin me habría cansado de pensar y hoy dormiría como tántos otros el sueño de escéptica indiferencia. Pero por fortuna no fué así, y, muy al contrario, nunca sentí tan bien la importancia de los problemas religiosos como cuando hube perdido su solución: *era incrédulo, pero detestaba la incredulidad.*"

©Biblioteca Nacional de Colombia

Donoso Cortés, de quien alguno dijo que no podía tener con inocencia tánto talento, se convirtió en la flor de la edad, y como alguno le preguntara qué lo había decidido á volverse á Dios, respondió con sencillez:—"No sé: sólo puedo decir que nunca vi un pobre en mi puerta sin pensar que era mi hermano." Víctimas infortunadas del escepticismo y de la duda: sed caritativas como Donoso Cortés, y Dios os otorgará la alegría de creer después que hayáis experimentado la de compadecer.

CAPITULO IV.

EL BECERRO DE ORO.

I. La fiebre de los negocios.—Peligros de la riqueza.—La juventud dorada.—El lujo.—II. El avaro.—La veleta.—Los ladrones.—La dificultad.—*Sursum corda.*

Para que un hombre pueda llamarse cristiano no basta que la fe le ponga en posesión de la verdad: es preciso que sus obras den testimonio de su fe, ó en otros términos, que haga todos los esfuerzos posibles para practicar la virtud. Esa virtud consiste en poner nuestros actos de acuerdo con la ley de Dios y las inspiraciones de la conciencia; pero como todos nuestros actos tienen por móvil el amor, San Agustín define la virtud *un amor bien ordenado*, es decir, el amor que da por resultado el triunfo habitual del hombre sobre sus pasiones, obtenido por la voluntad con el socorro de la fe y de la razón. Puede decirse que en tres pasiones se resumen todas las que se disputan el dominio del corazón humano: el amor desordenado del oro, ó sea la codicia; el amor desordenado de la gloria, ó sea la soberbia, y el amor desordenado de los deleites, ó sea el sensua-

©Biblioteca Nacional de Colombia

lismo. Esas tres pasiones, que constituyen el espíritu del mundo, llenan de aflicción la tierra y de réprobos el infierno, y San Juan las llama concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. (1)

Leemos en la Escritura que Moisés, al bajar del monte donde acababa de conversar cara á cara con el Omnipotente, tuvo el dolor de hallar al pueblo adorando un becerro de oro: si hoy viniera al mundo, hallaría que ese ídolo no ha dejado de ser adorado, y que si en algún tiempo los judíos tuvieron el monopolio de ese culto abominable, hoy hay muchos otros que lo profesan como ellos, cosa que no tiene nada de sorprendente porque, cuando la fe mengua en alguna sociedad, es siempre en provecho de la idolatría del oro, y las masas que desechan las esperanzas celestiales para decir á la tierra: tú eres mi patria, y al deleite, tú lo eres todo para mí, tienen que sentir sed de oro puesto que con oro se compran los placeres. Cuando esto sucede, los que poseen experimentan aspiraciones más grandes que sus caudales, y los que no poseen, imaginándose que la única felicidad está en la riqueza, conciben una envidia que con facilidad los arrastra al crimen.

Que el oro es un recurso admirable en manos del hombre que sabe usar bien de él y ser más grande que su tesoro, es cosa que no podría negarse sin caer en el absurdo: *el oro es mal amo, pero buen servidor*, y puesto al servicio de un hombre de buena voluntad, no sólo sirve para asegurar los goces legítimos de la vida, sino también para obtener la ciencia, la libertad y el más admirable de los poderes que pueden ejercitarse en el mundo, que es el de hacer mucho bien y hacer felices á muchos. Por desgracia, para la

(1) Joan, I. Ep. II, 16.

©Biblioteca Nacional de Colombia

mayor parte de los que lo codician tánto, el oro no vale lo que cuesta.

I

I.—En primer lugar, es incapaz de asegurarles la felicidad. Cuentan que un rey de los tiempos antiguos llamó un día á su primer ministro y le dijo:—Quiero que nos preparemos á la mayor brevedad para realizar un gran designio que tengo concebido.—¿Y de qué se trata, señor? Respondió el ministro.—¿De qué? ¿No ves que el Epiro es muy poca cosa para Pirro? Me ahogo en este reinito y quiero apoderarme de la Italia. —¿Y después?—Con sólo dar un paso somos dueños de Sicilia.—¿Y después?—En pocos días podemos llegar á Cartago.—¿Y después?—Ya ricos y poderosos descansaremos.—Entonces moriremos sin haber descansado, dijo el ministro. Y el resultado probó que tenía razón.

La historia de Pirro es la de todos los hombres que se dejan dominar de la codicia. ¡Cuántos hay que se indignan como él de que la Providencia les haya asignado tan pequeño patrimonio; cuántos que, como él, se fastidian en la mediocridad, cifran su dicha en hacerse opulentos, y para realizar su sueño se meten en aventuras que ordinariamente les dan por resultado la más amarga decepción! El corazón humano está hecho de tal modo que puede devorar mundos sin sentirse harto, y no es por cierto el oro lo que alcanzará á saciarlo: á los que esperan hallar en él la felicidad completa les sucede lo que á los niños sueltos en el campo, que se imaginan hallar el cabo del mundo en los límites del horizonte, y corren á tocar los paredes azules que ven levantarse de la tierra, es decir, que después de haberse fatigado mucho ven el objeto

©Biblioteca Nacional de Colombia

tras el cual corrían á la misma distancia que cuando partieron. En nuestros deseos somos siempre niños grandes.

¿Quién no ha conocido en nuestros días ese tipo que pudiera llamarse el caballero andante de los negocios? Es un hombre que, á la manera que el Manchego hacía guerreros y gigantes de los carneros, sabe trocar en diamantes las piedras de la calle; hombre que busca con incontrastable perseverancia su fortuna, aunque haya visto ya tornarse en humo mil de los proyectos en que la cifraba, porque tiene fe en que esa fortuna lo aguarda en alguna parte, y fe tan grande que le hace hasta elocuente; eso sí, con una elocuencia peculiar, en que los números desempeñan el papel de figuras retóricas, pero que ejerce sobre los acreedores el mismo poder fascinador que la música guerrera sobre los soldados que van al combate, hasta transformar al avaro en pródigo, al tímido y desconfiado, que sólo piensa en el ahorro, en héroe que lo arriesga todo, y al negociante meticuloso que con todo se alarma, en especulador audaz. El soldado del lucro, el Cristóbal Colón de la opulencia, si por una parte domina y hace participar de sus ilusiones á los demás, por otra tiene un ánimo que no se desalienta por ningún contratiempo: acaso en el momento en que todos lo creen perdido; cuando los parroquianos de la lonja gritan en coro: ¡un hombre al agua! nuestro hombre aparece de repente encaramado en el mástil de cucaña gritando ¡tierra! y saludando con júbilo la California con que había soñado. Ya le tenemos rico; pero no le habléis de abandonar su vida de agitación y de luchas, porque la agitación y la lucha son para él elemento tan necesario como la salumbre de las aguas y la espuma de la tempestad para ciertos peces que, puestos en agua

©Biblioteca Nacional de Colombia

dulce, perecen luégo. Los grandes negocios son las cartas con que juega, y no dejará de manejarlas con mano febril hasta que haya llegado al colmo de sus deseos. Para él la inquietud es una necesidad y el tráfico un motor que le lleva como llevaba á Mazeppa por las llanuras de la Ucrania el caballo bravío á que lo habían atado: así como el caballo de Mazeppa corría, saltaba, volaba, salvando setos, riscos y barrancos, cruzando ríos y selvas en su vertiginosa carrera, así nuestro hombre anda y corre dando vueltas á todos los negocios é intereses, tocándolo todo, removiendo en confusa mezcla verdades y mentiras, mundos y átomos, realidades y paradojas, creando valores fantásticos, haciendo cosas increíbles con los billetes de banco, arruinando á unos y enriqueciendo á otros, hasta el momento en que un turbión lo arrastre para no dejar al fastidio el trabajo de consumirlo.

Sé que hay muchos que son menos difíciles de contentar, y en disfrutando de abundancia se dan por satisfechos; que nada más piden para llamarse felices que sentarse todos los días á una mesa bien servida, y disipar el fastidio que ocasionan á veces las comodidades leyendo una novela que los divierta ó un periódico que los adule, ó conversando con sus amigos de política, de economía ó de negocios, mientras llega la hora de reírse un poco en el teatro para ir luégo á dormir en blando lecho hasta muy avanzado el día. Estos tales muestran compasión cuando les cuentan los afanes que ocasionan las ambiciones grandes, y no aspiran á otra cosa que á disfrutar siempre de la misma vulgar felicidad que ahora; pero ni son menos culpables ni están amenazados de menores desgracias que los locos de que hablábamos antes. El Rey de Babilonia, Baltasar, pensaba como ellos

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuando, sentado á la mesa de su palacio y rodeado de sus cortesanos, bebía con ellos en los vasos traídos de Jerusalén, haciendo votos por la prolongación de sus placeres. Por desgracia para él, Dios no fué de su misma opinión, y en el momento mismo en que saboreaba manjares escogidos y vinos deliciosos, la mano misteriosa escribió en la pared la sentencia de los convidados, mientras que Ciro dejaba en seco el lecho del Eufrates y las hordas persas se aprestaban á derribar las mesas del festín. Ignoro cuándo escribirá el Señor la sentencia de los felices que se olvidan de Él; pero sé que los días del hombre están contados y que son pocos; pero sé que la vida trascurre tan rápidamente como las aguas del torrente que bajan de la montaña ó como la flecha que hiende los aires, y que su duración es tan efímera como la del surco que deja la nave en el mar. Sé que cuando la muerte salve el dintel de la casa del hombre que se hizo del oro un dios, los bienes que tánto codició sólo servirán para hacérsela más amarga, no sólo por la pesadumbre que le causa el dejarlos, sino por los remordimientos que le ocasiona el recuerdo de los pecados que cometió para adquirirlos, porque la riqueza es fecunda en peligros para el alma.

II.—*Beati pauperis spiritu.* Bienaventurados los que no aman las riquezas, fué la primera palabra que salió de los labios de Cristo cuando enseñó á la multitud en la montaña, y esta palabra, destinada á obrar en el mundo una revolución completa, fué confirmada más tarde con esta otra: *Vae vobis divitibus.* ¡Ay de los ricos! porque *es más fácil que éntre un camello por el ojo de una aguja que el que éntre un rico en el reino de los Cielos.* ¿Querrá decir esto que la salvación es imposible para los que poseen bienes? No, que se-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mejante interpretación sería una blasfemia contra el Dios que vino á salvar á todos los hombres, y que habiéndose hecho parvulito, sonreía lo mismo á los Reyes del Oriente que á los Pastores de Judea; contra el Dios que coronó de gloria lo mismo á Luis el rico, Rey de Francia, que á Francisco el pobre de Asís; pero el Salvador quería hacernos entender que, atendida la naturaleza del hombre, el oro viene á ser, para el que lo obtiene en abundancia, manantial de peligros que le obligan á practicar grandes virtudes, si es que quiere salvarse.

El oro es peligroso, porque pone el tiempo á disposición del que lo posee, y el tiempo libre es el primer elemento corruptor; sí, el tiempo es enemigo no menos temible para el rico que para los imperios y para las pirámides, porque el tiempo para el rico significa ocio, y el ocio es tan hermano del vicio como el trabajo lo es de la virtud. Como hijo de los campos, he recorrido con frecuencia tierras fecundadas por los brazos de los trabajadores, y he visto muchas veces á éstos anticiparse al día para ir, ora á trazar surcos, ora á segar el heno, ora á cortar el trigo, ora á cultivar la viña; los he visto tomar una comida frugal y un sobrío reposo á la sombra de un árbol ó al pie de un muro, y esto cuando el sudor había manchado ya sus pobres vestidos, y á la tarde los he mirado volver, fatigados y por cuadrillas, á sus chozas, y siempre que he visto todo esto me he sentido conmovido y he dicho para mis adentros :—Dios tendrá compasión de esas almas, porque si no todas son puras en su presencia, todas tienen por lo menos lo que causa miedo al vicio y dispone para la virtud, puesto que la primera recompensa de un día sin descanso es una noche sin pensamientos vanos. No pienso lo mismo de los que viven

©Biblioteca Nacional de Colombia

ociosos, porque la ociosidad contiene un veneno que debilita el alma hasta despojarla de toda virilidad; porque el hombre que para vivir no tiene más que hacer que vivir; el hombre que no aplica sus facultades al cumplimiento de alguna misión, tiene que descender por rápida pendiente de la languidez al fastidio y del fastidio á los desórdenes del corazón. Sólo al fin de la vida, y cuando hemos pagado nuestro tributo al trabajo, nos sienta bien el reposo y puede Dios bendecirlo. El reposo es para el anciano un derecho, y tiene en él cierta majestad, majestad que brilla cuando se le ve sentado cerca del hogar, rodeado de la familia cuyo porvenir ha sabido asegurar, hacer revivir los recuerdos de sus años juveniles y hablar del bien que ha hecho; pero el que quiere reposar cuando nada ha producido, es decir, en la juventud, no puede hacer otra cosa que entregarse en cuerpo y alma á los goces, exponiéndose á caer en espantosos desórdenes.

Al recorrer nuestras grandes ciudades he visto á veces esa que llaman juventud dorada, que se gloría de ser el adorno de la sociedad; juventud que, hallándose heredera de un nombre ilustre y de un gran caudal, pudiera servir útilmente á la patria con la espada ó con la ciencia, ó servirse del talento, del ejemplo y de la abnegación para hacer adelantar el reino de Dios en las almas; pero que á todo eso prefiere gozar. He visto á esos jóvenes sibaritas y afeminados, llenos de melindres y de perfumes, que conocen de vista y trato á todas las actrices y gastan su caudal en enriquecer á los peluqueros; á esos esclavos de sus caprichos, que han menester todos los días refinamientos nuevos, nuevas locuras, placeres frescos, espectáculos picantes y platos imposibles de obtener, y cuya vida se pasa en calentarse á la

©Biblioteca Nacional de Colombia

mesa, cambalachar caballos, probarse vestidos, acariciar perros, engañar mujeres ó dejarse engañar por ellas, pavonearse en los salones, fastidiarse en el teatro y hacer del día noche y de la noche día. Al contemplar esos viejos precoces que se hacen jóvenes á fuerza de polvos de arroz, y á quienes los tontos admiran ó envidian, he visto siempre en ellos verdaderos azotes de la sociedad, y no he podido prescindir de lanzarles, al pasar, esta invectiva de la Sagrada Escritura:—"Con piedras llenas de lodo apedrean al perezoso y el que llega á tocarle sacude la mano."

El segundo elemento de corrupción que lleva consigo la riqueza á todo corazón que no sea muy viril, es el lujo: no niego que el hombre en su calidad de rey de la creación, tiene derecho para ostentar en su persona y en su ajuar algunas insignias de su realeza, y que cuando pide á la naturaleza, á las artes ó á la industria que le hagan morada ó vestidos dignos de él y de su condición, ejecuta un acto de legítima soberanía. Por eso el lujo contenido dentro de los límites de la recta razón, tiene un sentido legítimo, y en las sociedades verdaderamente cultas y bien ordenadas, es signo natural de la jerarquía social y completa el orden en vez de destruírlo; pero esa prodigalidad insolente de adornos y de refinamientos que en vez de limitarse á lo necesario y á lo decente, olvida lo necesario y va más allá de toda decencia en busca de superfluidades peligrosas y de suntuosidades corruptoras, esa prodigalidad, digo, sí la condena Cristo y con él la razón.

El lujo, según Santo Tomás, es padre de la lujuria, porque si bien su objeto inmediato es acariciar el orgullo, tiene con harta frecuencia por efecto perder el alma halagando los sentidos, porque nada hay más á propósito para derribar aun á las almas

©Biblioteca Nacional de Colombia

fuertes, que los vestidos ricos, los muebles preciosos, los manjares delicados y el lecho demasiado blando. El cuerpo fué creado para servir al alma, y en esa sujeción consiste la virtud; pero un esclavo á quien se acostumbra al regalo, no puede dejar de rebelarse. Así nos lo enseñan de acuerdo la poesía y la historia: la túnica de Deyanira tuvo más poder sobre Hércules que la hidra de Lerma, y Salomón, antes de ir á ofrecer sacrificio á Astarte en los lugares altos, empobreció la Judea obligándola á costear sus deleites. Por eso nos dice el Espíritu Santo que la sabiduría no mora con los que viven en las delicias, y Cristo, al prescribirnos la castidad, nos muestra la cruz en donde su amor clavó su propia carne.

Por último, el oro es peligroso porque es la llave mágica con que se abren los corazones y la terrible pica que allana el camino á las pasiones, echando á un lado las virtudes que no tienen solidez. ¿Cuál es el hombre que sabe permanecer austero y humilde en medio de la opulencia? semejante hombre es un prodigio tanto más admirable cuanto más raro. "El oro, dice el Sabio, ha hecho caer á muchos, y el brillo de él ha sido la causa de su pérdida. Bienaventurado el rico que ha sido hallado sin mancha, que no ha puesto su esperanza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es? y le alabaremos, porque ha hecho cosas maravillosas en su vida. Ha sido probado por el oro y ha sido hallado perfecto, lo que será para él motivo de eterna gloria. Siendo rico pudo violar el mandamiento de Dios y no lo violó. Pudo hacer el mal y no lo hizo. Por eso sus bienes han sido afirmados en el Señor y toda la asamblea de los Santos publicará las limosnas que ha hecho." (1)

(1) Ecle. XXXI, 6-11.

©Biblioteca Nacional de Colombia

II

I.—¿Y quién podrá decir lo que ese oro, que así corrompe, cuesta á muchos de los que lo poseen? ¿Quién podría contar las bajezas, los engaños, los crímenes á que arrastra á los que lo buscan con insaciable codicia? En la descripción que hace Milton en su *Paraíso Perdido*, de la fisonomía de los ángeles que cayeron con Lucifer por haber tomado parte en su rebelión, el ángel de la avaricia, llamado Mammon, está pintado en un solo rasgo, pero rasgo sublime; aunque venía del cielo, miraba con indiferencia las maravillas de su patria, y no alzó los ojos del suelo, porque el *suelo era de oro*. Así es el genio de la codicia y así viene á ser el hombre dominado por él; alma degradada, en la que el hábito de mirar á ese suelo que se llama la tierra, y concentrar todas las aspiraciones en el lucro, llega á extinguir todo sentimiento noble; para quien la poesía, las artes, la elocuencia y hasta Dios son palabras sin sentido; á quien parecen vanos todos los ruídos, incluso el de la gloria y excepto sólo el tañido de una moneda; para quien no hay más divinidad que el oro; ni más amigo que la caja fuerte, ni otra industria que la de llenar esa caja, ni otro placer que el de contemplarla, ni otra virtud que la de conservarla llena, aun á costa de la vida; ser impuro, de corazón de metal, que vive más aislado y menos tranquilo que el verdugo. Así es el avaro, ser abyecto si los hubo; que durante su vida no presta á sus semejantes otro servicio que el de provocarlos á risa, y á la manera de ciertos animales, sólo viene á ser útil después de su muerte.

Del avaro habla el Espíritu Santo cuando dice: —"No hay cosa más inicua que el que codicia el

©Biblioteca Nacional de Colombia

dinero, porque el tal á su misma alma pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas. (1) Al hombre codicioso y avaro de nada le sirven las riquezas :—¿ Y qué le aprovechará el oro al hombre mezquino? El que amontona, cercenándoselo injustamente á sí mismo, para otros amontona, y un extraño se regalará con sus bienes. —¿ Para quién será bueno el que para sí mismo es mezquino y no sabe gozar de sus bienes? Quien es avaro contra sí mismo es el hombre más ruin del mundo y ya recibe el pago de su malicia. Que si algún bien hace, sin pensar ni querer lo hace, y al cabo viene á descubrir su malicia.... 'No se sacia el ojo del avaro ni con una porción injusta; no se saciará hasta que haya consumido y secado su vida.... Se echa en cara el pan que come y está hambriento en su propia mesa." (2)

No todos llegan á tamaños excesos, pero hay muchos que, sin ir tan lejos, inmolan á la sed del dinero honor y principios; no seré yo quien condene á todo el que modifica sus opiniones; antes bien, miro como cosa rara el que un hombre que estudie y observe piense á los cuarenta años como pensaba á los veinte, porque sé que con la edad se aprende mucho, y por lo mismo confieso que en política hay conversiones sinceras como las hay en religión, y tanto más honrosas para la bandera que el convertido adopta (salvo el caso de que lo haga por codicia), cuanto más arraigadas estaban en él las tradiciones con que ha de romper y más grandes sean los intereses que ha de sacrificar. Pero mis lectores convendrán conmigo en que inspiran desprecio los hombres que, como si fueran discípulos de Zoroastro, aguardan siempre con el incensario en la mano al sol que se levanta,

(1) Ecle. X, 9-10.

(2) Ecle. XIV, 3 y siguientes.

©Biblioteca Nacional de Colombia

y tanto desprecio que los mismos que aceptan sus homenajes no podrán prescindir de reírse de la bajeza de los que se los tributan. Vaya un ejemplo: cuando el gran proscrito de la isla de Elba volvió á Francia y desembarcó en las costas de Provenza, se dirigió á la capital con tal rapidez que apenas dió á Luis XVIII el tiempo necesario para huír dejando olvidados en Las-Tullerías muchos papeles de que Napoleón se apoderó al llegar. Los abrió, los leyó, vió que eran protestas entusiastas de adhesión y fidelidad dirigidas á su Majestad cristianísima, al representante de la legitimidad, y tomó nota de las firmas. Pocos días después empezó á recibir, con las mismas firmas, protestas aun más calurosas de adhesión á su Majestad imperial y real y se contentó con exclamar, *¡así son los hombres!* Hubiera podido añadir: El oro sirve mejor para hacer veletas que el latón y el zinc.

II.—Este culto del becerro de oro no sólo envilece á los que lo profesan, sino que los arrastra, con harta frecuencia, á violar para con sus hermanos las leyes sagradas de la justicia. Preguntará alguno qué es la justicia, y yo le responderé con los catecismos de moral, que es la virtud que nos inclina á dar á cada uno lo que se le debe, ó si se quiere el respeto inviolable que cada hombre profesa al derecho de su semejante, ó, en fin, la aplicación social del gran principio de equidad natural que dice: No hagas á otro lo que no quisieras para ti; y que por consiguiente la justicia reina allí donde cada cual goza de sus derechos al propio tiempo que cumple sus deberes. Entre los derechos del hombre hay uno que la codicia desconoce con frecuencia, y es el de propiedad.

Dió Dios al hombre la tierra según aquella palabra del Salmista:—*Coelum coeli Domino terram*

©Biblioteca Nacional de Colombia

autem dedit filiis hominum. Se la dió diciéndole: —Ve á reinar sobre la tierra que te entrego; en ella serás dueño de tu trabajo, porque tu trabajo es tu actividad y tu actividad es como si se dijera tú mismo, por lo cual quitarte el dominio de tu trabajo, ó sea el de tu actividad, equivale á quitarte la posesión de ti mismo. Si eres dueño de tu trabajo, también lo eres del pedazo de tierra que con él hayas fecundado, porque ni el trabajo tiene valor sin la tierra, ni ésta sin aquél, y tu propiedad no acabará ni con tu vida, sino que podrás trasmitirla á tus descendientes en quienes te sobrevives. Y por esto el derecho de propiedad es legítimo y no tiene su origen en la ley civil, cuyo ministerio se reduce á sancionarlo, arreglarlo y protegerlo, sino en la voluntad de Dios que lo consagró de una manera solemne en el Sinaí con este mandamiento: *Non furtum facies:* No hurtarás.

El derecho de propiedad es legítimo porque es necesario, y tan necesario como que sin él sería imposible, no sólo toda civilización sino toda sociedad organizada, y el mundo vendría á ser palenque sangriento en que lucharan todos los apetitos hasta dejarlo convertido en vasto sepulcro. Sin este derecho no habría naciones, puesto que el primer acto de cada pueblo es tomar posesión de un territorio cuya defensa considera tan sagrada, que todas las guerras de las naciones son litigios sobre propiedad, de manera que si ésta no fuera un derecho legítimo, la patria no sería más que un robo hecho á la humanidad.

Sin el derecho de propiedad no habría familia porque ésta, para establecerse, necesita un patrimonio que no viene á ser otra cosa que el fruto del trabajo de los mayores. Sin el derecho de trasmitir por vía de herencia los bienes adquiridos, la

©Biblioteca Nacional de Colombia

producción quedaría reducida á muy poca cosa porque perdería el mayor de sus estímulos.

En fin, sin el derecho de propiedad no hay libertad posible: el hombre que posee como dueño el fruto de su trabajo y el del trabajo de sus mayores, tiene en lo que posee, principalmente si es un pedazo de tierra, un elemento de independencia que lo pone á cubierto de la venalidad, y un asilo de donde pueden lanzarlo enviándolo al destierro, ó si se quiere dándole la muerte, pero donde, aun en este caso, quedarán sus hijos como depositarios de sus ejemplos y herederos de su derecho para sustentar la causa por la cual se sacrificó, y por eso el despotismo no puede arraigarse en la nación donde la propiedad es reconocida y respetada, y donde, por el mismo hecho, ni la miseria ni la corrupción obligan á nadie á venderse. El honor es hermano de la libertad y entrambos reconocen por cuna suya á la propiedad respetada y por su sepulcro al despojo.

Tan necesaria así es la propiedad; pero este sagrado derecho tiene en el mundo por enemigo al robo, y por eso los hombres han marcado tan feo delito con particular sello de infamia: muchas cosas pueden decirse sin agotar el vocabulario de las contumelias; pero cuando se ha llegado al calificativo de ladrón, el insulto no puede ir más allá; es tan grande que, si el que lo ha recibido conserva un resto de altivez, se estremecerá de indignación y de vergüenza y no podrá dormir tranquilo hasta que se haya lavado de tan odiosa mancha. ¿Y por qué así? porque al que se llama ladrón se le dice que, de hombre civilizado, nada le queda, supuesto que en materia de virtudes no conserva ni la probidad; se le rechaza del comercio y sociedad de sus semejantes declarándolo violador, no sólo de las leyes de la conciencia, sino

©Biblioteca Nacional de Colombia

de las de esa religión harto más laxa que llaman del honor; se le denuncia como enemigo público, cuya presencia pone en peligro lo más querido que tienen los hombres, y de quien todos deben recatarse; se le declara, en fin, presa vil que reclaman la cárcel ó el presidio, y en cuya palabra nadie debe creer. Por eso los mismos bellacos se espantan y se indignan de que los llamen por su nombre, y doy gracias al Señor de que así sea; porque miro la repulsión general que inspira el robo, y el sello de infamia con que la opinión lo marca, como una de las garantías que quedan á la sociedad en medio del naufragio en que tántos principios han perecido.

Y no obstante, á pesar de esta repulsión que inspira el robo, y de las leyes y de los medios establecidos para proteger á cada hombre contra la astucia ó la violencia de los codiciosos, hay ladrones que no están ni en la cárcel ni en las galeras. ¿Por qué? porque si los hay que vistan como el pueblo y anden á pie, los hay también que visten con elegancia y andan en carroza; porque si los hay poco diestros, también los hay hábiles, y si unos son rateros, otros roban en grande escala. Esto, que en verdad no es nuevo, inspiró á cierto pensador el siguiente sarcasmo que acaso no tiene otro defecto que el de ser demasiado acerbo: —"La picota es una lisonja para el género humano: de tiempo en tiempo cuelgan á tres ó cuatro miserables para hacer creer á los demás que son hombres de bien."

Cavando las ruinas de Pompeya se acaba de descubrir en la puerta de la casa de un romano envilecido esta inscripción que revela, al cabo de diez y ocho siglos, el oprobio de una época: *Salve lucro.* ¡No permita Dios que, cuando las generaciones futuras remuevan los escombros de la

©Biblioteca Nacional de Colombia

historia, al llegar á nuestra edad, puedan leer con lástima y desprecio la misma inscripción hallada entre las cenizas del Vesubio! Sin hablar de los pícaros vulgares, cuyas variedades se diversifican hasta lo infinito, muchos funcionarios hay que disfrutan de muchos honores y viven satisfechos, y á quienes pudieran aplicarse bien estas palabras de la Sagrada Escritura:—"Los regalos y las dádivas ciegan los ojos de los jueces y les cierran la boca para no corregir.... (1) El impío recibe regalos ocultamente para pervertir los trámites de la justicia.... (2) Las dádivas le allanan al hombre *(ó á la compañía)* el camino, y hácenle lugar para presentarse á los príncipes." (3) ¿Y quién contará los escritores que venden diariamente, por buenas monedas, las mentiras con que engañan á unos y arruinan á otros; quién los judíos, circuncisos ó incircuncisos, que medran en en los infames garitos de esa cocina del departamento de hacienda que llaman la bolsa?

El solo nombre de bolsa ó lonja me causa miedo:—¿Con qué la compararé? Ya veo en ella el templo de la codicia donde los especuladores en pequeño corren la misma suerte que los niños de Cartago en el templo de Moloch; ya la gran serpiente que atonta al pajarito para devorarlo; ya el estanque cenagoso donde los peces pequeños vienen á ser presa de horribles caimanes; ya una oscura caverna donde entran hombres llenos de ilusiones para sacar infamia y desesperación. Me atrevería á definirla palacio erigido al robo en grande escala, para que se practique á pesar de las leyes y á la vista de un agente de policía que finge no advertir lo que pasa; pandemonium por

(1) Ecle. XX, 31.

(2) Prov. XVII, 23.

(3) Sabid. XVIII, 16.

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuyos salones circulan hombres sin corazón ni patriotismo, que saben traficar con las desgracias públicas, sacrificar las glorias nacionales á sus ganancias, matar el entusiasmo y trasformar el capitolio en tienda, y cuya jerga, compuesta de las palabras *alta*, *baja*, *prima*, *contado*, *plazo*, y otras tales, muestra bien por dónde andan sus pensamientos.

—"Señor, ¿quién morará en tu tabernáculo ó quién descansará en tu santo monte?—Aquél que vive sin mancilla y obra rectamente. Aquél que habla la verdad en su corazón, y no ha forjado ningún dolo con su lengua; ni ha hecho mal á sus prójimos, ni ha consentido en que fuesen infamados; el que en su estimación reputa al malvado por una nonada, mas honra á aquéllos que temen al Señor: Si hace juramento á su prójimo no le engaña; pero no da dinero á usura, ni se deja cohechar contra el inocente. Quien así se porta no será conmovido por toda la eternidad." (1)

III.—Los hombres de esta especie, como bastante hábiles para escapar de las redes de la justicia humana, ó bastante fuertes para romperlas, pueden gozar del fruto de sus rapiñas riéndose con sorna de los perjudicados; pero sus maldades tienen dos testigos contra los cuales nada valen las tinieblas y á quienes nadie puede corromper: la conciencia que les grita noche y día: *Hay negocios que son robos*, y Dios, cuyos anatemas se resumen en esta sentencia: *¡ Restitución ó condenación !*

De cualquiera otra falta, por grave que sea, aunque consista en haber bebido hasta perder la razón, en haber contraído la perversa costumbre de profanar el Santo nombre de Dios ó en hacer llorar á una pobre esposa á fuerza de injusticias é

(1) Psalm. XIV.

©Biblioteca Nacional de Colombia

infidelidades, puede el culpable purificarse por medio de la confesión hecha con arrepentimiento verdadero y sincero propósito de no reincidir; pero no sucede lo mismo cuando se trata de una violación grave de la justicia: confiésese ó no se confiese, arrepiéntase ó no se arrepienta, el autor de ella arrastra una cadena de que no podrá librarse sino mediante ese sacrificio, tanto más costoso cuanto más largo tiempo diferido, que se llama la restitución.

¡Y cuántos arrastran esa cadena! Muchos de los que forman en las filas de la indiferencia y viven alejados de los Sacramentos cuentan entre las causas que los mueven á obrar así el no querer desembarazarse de ella; y entre tántos pretendidos espíritus fuertes como andan por ahí mofándose de nuestros misterios y recogiendo sarcasmos y calumnias contra los sacerdotes, hay también muchos que no se recomiendan por su desinterés. Si pudiéramos descender á los abismos de su corazón, allí encontraríamos, envueltas en la capa del remordimiento, maldades cuyos intereses se han ido acumulando. (1)

Bien sé que esta clase de hombres tienen siempre buenos pretextos para ir aplazando de un día á otro el sacrificio que la conciencia les exige: ya es el temor de menoscabar el capital, ya el de promover un escándalo que les traiga la deshonra que no temieron al cometer el robo, y que ahora

(2) Durante una misión que producía grande efecto en las conciencias, hasta el punto de arrastrar á los hombres en masa al santo tribunal, un antiguo banquero, fastidiado de ver que lo dejaban solo, preguntaba un día á uno de los que se dirigían á la iglesia, á dónde iba:—A donde van todos, le replicó el interpelado; á confesarme.—¿A confesarte? ¡Valiente tontería! No lo haría yo aunque me dieran diez mil francos.—Ya lo creo, replicó el otro, porque al confesarte tendrías que restituír por lo menos veinte mil, y harías un mal negocio, cosa que no está en tus hábitos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

los asusta, como si la restitución no pudiera hacerse también con misterio y con habilidad.—Más tarde veremos, dicen para tranquilizarse: Hablaré del asunto á mis herederos, ó dejaré una manda en mi testamento, y así, á fuerza de imponer silencio á la conciencia con excepciones dilatorias llegan á hacerla enmudecer, y cuando viene la hora á que habían remitido el cumplimiento del deber de justicia, la codicia de los interesados se encarga de hacer guardia á la cabecera del moribundo para impedir que se acerque el sacerdote cuyas advertencias temen, y así se va llenando el infierno de buenos deseos no realizados.

Hechos de esta clase presenciamos todos los días: sabe el párroco, por ejemplo, que está mortalmente enfermo un vecino notable, que no se confiesa hace muchos años; va á la casa y ruega que se lo dejen ver, pero encuentra bien guardadas todas las puertas, y á sus caritativas solicitudes contestan que toda emoción hace daño al enfermo, y persisten en sus negativas hasta que el sacerdote se retira desalentado. Por lo común al día siguiente vuelven á llamarlo porque ya nada tienen que temer de su visita: el moribundo está sin conocimiento y los herederos pueden salvar las apariencias y darse aires de cristianos sin menoscabar la herencia. Así que ha muerto le hacen suntuosos funerales y guardan el fruto de sus hábiles rapiñas; pero como á Dios no se le puede engañar, mientras los aprovechados depositan con pompa en la tierra el cadáver derramando hipócritas lágrimas, el abismo se abre para tragar el alma del infeliz difunto con sus remordimientos estériles y sus iniquidades encallecidas. En esto para con harta frecuencia la sed inmoderada de oro.

El verdadero cristiano sabe ponerse á cubierto de tan funesto destino mostrándose escrupulosa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mente delicado en materia de justicia, porque conoce que la probidad es la más elemental de las virtudes, y tiene entendido que, si la posesión de los bienes ajenos es á veces buena para vivir, no lo es nunca para morir. Defiende sus derechos cuando lo cree necesario; pero huye de los pleitos, bien persuadido de que los que andan en ellos rara vez se enriquecen y nunca se santifican. Si llega á contraer deudas, hace todos los esfuerzos posibles para pagarlas y procura por todos los medios á su alcance no llegar á reconocerse en el siguiente retrato que del mal deudor nos ha dejado el Espíritu Santo:—"El dinero prestado le reputaron muchos como un hallazgo y dieron que sentir á los que los favorecieron. Hasta tanto que han recibido besan las manos del que puede dar, y con voz humilde hacen promesas; mas cuando es tiempo de pagar, piden espera, y dicen cosas pesadas, y murmuran, y echan la culpa al tiempo; y aunque se hallen en estado de pagar, pondrán dificultades; apenas volverán la mitad de la deuda, y el acreedor deberá hacer cuenta que aquello es como si lo hubiera hallado. Y no siendo así, le defraudarán de su dinero, y sin más ni más se ganará el acreedor un enemigo, el cual le pagará con injurias y maldiciones, y por un honor y un beneficio recibido, le devolverán ultrajes." (1)

El verdadero cristiano no se contenta con ser hombre de bien, sino que, mostrándose siempre desinteresado, conserva toda la dignidad del alma y sabe mostrarse generoso; ni se inclina ante los que dan, ni se muestra inexorable para con el que le pide y hace regla de su vida, y trasmite á sus

(1) Eccli. XXIX, 4-9. Vale más á veces dar poco que prestar mucho. Un hombre pidió un día prestados á San Francisco de Sales cuarenta escudos, y el Santo le contestó: te daré regalados veinte, y así ganaremos ambos, tú esos veinte y yo otros tántos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

hijos estos consejos que Tobías daba al suyo: —" Haz limosna de aquello que tengas, y no vuelvas las espaldas á ningún pobre, que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro. Sé caritativo según tu posibilidad. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena gana aun de esto poco que tuvieres, pues con esto te atesorarás una gran recompensa para el día del apuro; por cuanto la limosna libra del pecado y de la muerte eterna y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno. Come tu pan con los hambrientos y menesterosos y con tus vestidos cubre á los desnudos. No temas, hijo mío: Es verdad que pasamos una vida pobre; pero tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, y obráremos el bien."

Viendo Filipo, padre de Alejandro de Macedonia, que éste había domado á Bucéfalo, lo abrazó entusiasmado y le dijo:—" Hijo, busca otro reino, porque el de Macedonia no te basta." Lo mismo os digo á vosotros, hombres y hermanos míos; á vosotros, espíritus sublimes encarnados en fango: es preciso que séais más ambiciosos y no améis tánto la tierra que holláis y la materia que os sirve de prisión. Sois hijos de Dios y debéis aspirar á más; alzad los ojos al Cielo, que allá está vuestra patria, y la tierra que tan grande os parece, es demasiado pequeña para bastaros.

CAPÍTULO V.

EL HÉROE.

El sensualismo.—I.—Grande enemigo de los individuos, de los pueblos y de la humanidad.—II.—La pérdida de la fuerza moral.—La ceguedad espiritual.—III.—Prudencia cristiana. Lo que hemos de evitar.—Falta uno.

Hombre merece llamarse el que puede decir como Godofredo de Bouillón: soy fuerte porque

©Biblioteca Nacional de Colombia

soy casto. ¿Pero quién lo encontrará en nuestros días? En cierto día salieron de los labios del Redentor estas palabras, *¡ay del mundo!* lanzadas como formidable anatema sobre ese teatro en que las pasiones todas, sin dejar de chocar unas con otras, hallan ancho campo donde ejercitarse, y Jesucristo las pronunció porque conocía el espíritu del mundo; porque veía sus obras, y para decirlo en una palabra, porque sabía que el mundo es presa del sensualismo, y el sensualismo es la señal que distinguió siempre de los hijos de Dios á los hijos de los hombres, el abismo que separa la ciudad del demonio de la ciudad de Cristo, y por fin la fiebre que hizo que Babilonia dejara su nombre como emblema de toda corrupción.

Para seguir adelante debo empezar por decir qué es lo que entiendo por sensualismo, que á mi ver no es otra cosa que el amor *desordenado* de los goces materiales y la victoria habitual de la carne sobre el espíritu, vicio tan encarnado en las costumbres de nuestra degenerada sociedad, que los sacrificios que se hacen para enriquecer no tienen otro fin que el de adquirir con qué comprar deleites, y al deleite se habitúan tan sin remordimiento las enervadas generaciones, que llegan á decir seriamente que la vida sin él no tiene objeto. La virtud para muchos no es más que una precaución higiénica que consiste en moderar un poco el placer para que dure más, y hasta la opinión pública se muestra más que indulgente en este punto, tánto que al propio tiempo que marca con sello de imborrable infamia al desgraciado que tomó un pan ó un óbolo ajeno, quizás acosado por la necesidad, absuelve siempre al vil y cobarde que gasta tiempo, salud y oro en la orgía, haciendo en todas partes víctimas, á las que no concede luégo ni la limosna de un recuerdo. Por poco que

©Biblioteca Nacional de Colombia

éste sepa blanquear el sepulcro, se le mira sólo como á hombre que sabe vivir y aprovechar su dinero y que no le hace mal á nadie.

El monstruo que el mundo no conoce, aunque es víctima de él, es el que quiero denunciar como el azote más terrible de la humanidad. Un hombre á quien la Iglesia venera en sus altares, San Alfonso de Ligorio, dijo una cosa que todo sacerdote experimentado puede confirmar con su testimonio:—"De todos los condenados que pueblan el infierno, no hay uno solo que no cuente entre las causas de su condenación el haber violado el sexto mandamiento de la ley de Dios, y de cada cien réprobos, los noventa y nueve no lo son por otra causa." ¿Y por qué así? Porque, según nos enseña San Agustín, este vicio tiene el privilegio de llevar á espantosas prevaricaciones por caminos que parecen sembrados de rosas, y cerrar después todas las salidas.

I

I.—Dió Dios al hombre órganos para que sirviesen á la voluntad, á la que corresponde la misión de alcanzar el fin que la razón le muestra; y para que la razón no se extraviara le dió por auxiliar la antorcha de la fe; pero el hombre sensual, que sacrifica el deber al deleite, sustituye la anarquía más espantosa al orden establecido por Dios, porque se hace esclavo de sus órganos en vez de permanecer dueño de ellos. Al ceder á cualquiera otra pasión, el espíritu es vencido por el espíritu, según la expresión de San Agustín; pero al ceder á ésta es vencido por la carne, y de este modo se hace esclavo de su esclava, incurriendo en un desorden que tiene por primera consecuencia la ceguedad. El que ha caído en él

©Biblioteca Nacional de Colombia

no conoce interés que no desprecie, honor que no pisotee, caudal que no despilfarre, dignidad que no prostituya, amistad á que no haga traición ni fama que no exponga por satisfacer sus apetitos. Si un filósofo definió al hombre inteligencia servida por órganos, el sensual podría ser definido al revés, órgano servido por una inteligencia que se agota pronto en su labor, lo mismo que el corazón, al que el abuso del sentido depravado quita lo que pudiera elevarlo á la santidad ó al heroísmo, es á saber, la energía que lo hace capaz de inmolarse por una causa noble. La pasión sensual es una de las más egoístas.

Y en verdad, ¿qué puede esperarse del hombre que en todas sus obras no busca otra cosa que el deleite? ¿Cómo contar para algo grande y noble con el que, antes de decidirse, calcula siempre el daño ó el provecho que para los sentidos ha de reportar? ¿Quién ha de hablar de sacrificios á un corazón que no palpita sino para marcar las horas vergonzosas que la crápula misma le hace más cortas? El Apóstol San Pablo conocía bien el carácter de este vicio, cuando exclamaba hablando de los idólatras: "No saben amar, porque se han hecho de su vientre un dios." (1)

Este vicio no sólo marchita al hombre sino que le envilece, siendo él la principal causa del debilitamiento de principios, convicciones y caracteres, triste patrimonio de nuestra época por otros lados tan bella. A poco que se profundice se hallará la pasión que denuncio en el fondo de la mayor parte de las apostasías que entristecen á los hombres de corazón generoso.

Trasladémonos con el pensamiento á Jerusalén y miremos al balcón del Pretorio, donde aparece, al lado de un rostro oscurecido por la ignominia

(1) Rom., XVI, 18.

©Biblioteca Nacional de Colombia

un hombre, y más que simple hombre, un Juez que dice á la multitud: *Ecce Homo.* Hé aquí al hombre. La multitud no se conmueve con la mirada divina de ese hombre, é insiste en que Pilatos lo condene; Pilatos resiste porque conoce su código como cumple á un romano, y la multitud insiste gritando:—Es preciso que muera. Pilatos se niega todavía porque su conciencia le dice que Jesús no merece la muerte; pero al fin la multitud exclama: —Si te niegas á condenar á este hombre diremos que no eres amigo del César, y al decir esto, queda triunfante, porque ha tocado la cuerda sensible en el corazón de Pilatos. En lugar de éste, un hombre austero habría dicho: nada me importa eso, perezca el mundo antes que la justicia; pero como Pilatos no lo era, pensó de otro modo.—Verme sin la gracia del César y perder con su favor mis honorarios y la posición que me permite aumentarlos, es cosa dura, se dijo: ¿Qué sería de ti entonces, pobre Pilatos; dónde hallarás moradas deliciosas, festines espléndidos y agradables pasatiempos? Antes que eso, calle la justicia, calle la conciencia, y tú, pueblo, toma á ese hombre, cuélgalo en el patíbulo y déjame el favor de César. Recojámonos delante de esa caída á que el sensualismo pudo arrastrar á un *hombre de bien*, y en el recogimiento sabremos que Pilatos no llevó al sepulcro la cobardía con que se deshonró. (1)

El hombre austero es como el atleta de cabeza rapada y miembros aceitados, á quien no se podía asir, mientras que el sensual y vividor se mostrará débil delante de una tentación que le obligue á elegir entre la pobreza y la apostasía, siempre

(1) El pensamiento del autor no está claro aquí: parece como que acepta la leyenda que se supone á Pilatos convertido al Cristianismo por obra de su esposa Claudia Prócula; pero la tradición más recibida es que se suicidó precipitándose desde lo alto de una roca en Viena del Delfinado.

©Biblioteca Nacional de Colombia

acobardado cuando el estómago le pida buenos vinos, la esposa quiera encajes ó la favorita exija diamantes.

Por último, este vicio hace con frecuencia á los hombres mártires, pero mártires sin grandeza ni consuelo. No hablaré de los sufrimientos físicos que ocasiona, aunque al acordarme de lo que he visto en ciertos hospitales y en algún gabinete célebre, me vienen ganas de desear á ciertos insensatos la provechosa lección que podrían darles tales espectáculos, y comprendo el terrible aforismo de la ciencia que se va sintiendo impotente: *los hombres no mueren sino que se matan.* No hablaré de los sufrimientos del cuerpo; pero, ¿quién podrá pintar los del alma? amar y no ser amado; desagradar cuando se trabaja por agradar; sembrar servicios, atenciones, regalos y bajezas para cosechar desdenes, son los más comunes, y los que son víctimas de ellos confiesan su locura sin poder curarla, y padecen dolores inauditos sin tener ni el consuelo de que los compadezcan. Y todavía los desdeñados son con frecuencia de mejor condición que los que se juzgan dichosos por creerse correspondidos, porque éstos compran su engañosa felicidad con la peor de las servidumbres. En los días del reinado de Luis XV, y por consiguiente cuando Versalles era copia de Stambul, un Embajador ruso que llegó á París, en vez de presentarse al Rey se hizo presentar á la señora de Pompadour. Al cabo de meses lo halló el Rey en una fiesta y le mostró su extrañeza por no haberlo visto antes:—"Cuando salí de Moscou, respondió el Embajador, pregunté á dónde había de dirigirme y me contestaron que viniera derecho á donde estuviera *el Gobierno;* al llegar, pregunté dónde estaba, me dieron las señas y allí fuí á dar." La suerte de Luis XV es la de todo

©Biblioteca Nacional de Colombia

hombre á quien domina el sentido depravado: entregar el Gobierno á la que lo domina. ¡Y á qué administradora!

¡Cuántas veces se ve á los hombres acaudalados, ó de ilustre nacimiento, á los pies de esas divinidades de rostro enjalbegado y corazón de roca, en cuyo obsequio todo lo sacrifican! Lo que les parecería demasiado precioso para una esposa ó para una hermana, apenas les parece bastante para contentar el capricho momentáneo de una de esas gitanas nacidas en un desván y destinadas á morir en una cama de hospital. Lo que una Duquesa no se atrevería á comprar sino después de regatear mucho, lo compra una de esas mujeres por lo que le piden, gracias á los *hijos pródigos*; lo que un amor casto y abnegado no puede obtener, lo obtienen ellas con una mirada ó con una postura de odalisca, y es tal su poder, que les basta una noche para convertir en infierno una casa honrada, en tonto á un hombre de talento, en niño á un hombre de estado, en mendigo á un millonario, y lo que es más triste, en personaje á un imbécil. ¡Cuántas lágrimas han hecho derramar! ¡Cuántas jóvenes dignas de cariño advierten todos los días que sus prometidos se lo van perdiendo, sin poder adivinar por qué no encuentran ya encantos en su candor esas miradas que el vicio enturbia! ¡Cuántas felicidades perdidas en un día y fortunas pilladas en una hora! Y todo porque el sentido depravado hace á muchos hombres cobardes, imbéciles, enfermos del alma y del corazón, que no saben ya amar sino á quien los engaña ó los domina. Basta conocer un poco á esta clase de hombres para explicar la constante fortuna de los déspotas y de las cortesanas.

De ellos hablaba el Señor cuando decía por el Profeta:—"Los colmé de bienes y ellos se han

©Biblioteca Nacional de Colombia

hecho adúlteros, y han desahogado su mala pasión en la casa de la mala mujer. Han llegado á ser como los caballos.... Pues qué, ¿no he de castigar estas cosas, dice el Señor, y no se vengará mi alma de una tal gente?"

II. Bajo el imperio de esta pasión y las influencias á que ella somete el hombre no sabe detenerse y consiente en representar todos los papeles, inclusive el de verdugo, y si lo dudáis escuchad una historia: "Una esposa llegó á encontrarse en su casa entre su marido y una rival, y durante muchos meses lo sobrellevó todo en silencio, primero por recato, después por altivez y por virtud cristiana, y hasta por el cariño que todavía profesaba al traidor, porque para mayor padecimiento suyo las mujeres no pueden á veces arrancarse del corazón el amor que sienten por el que las ultraja. Por fin una mañana vió entrar llorando á su aposento á un criado antiguo de la familia.—'¿Qué tienes? le dijo la señora.—No me atrevo á decíroslo.—¡Habla!—Vengo á pediros las llaves de la repostería y de la bodega porque mi amo me ha prohibido recibir en adelante vuestras órdenes, siendo otra la que mandará en la casa.' Este último ultraje acabó con la paciencia de la señora, la que se lanzó al cuarto de la que era causa de él, y con toda la autoridad que dan la inocencia y el derecho la arrojó de la casa. La otra palideció y salió, pero media hora después la escena había cambiado, y la legítima señora de la casa suplicaba á la rival, de rodillas y bañada en lágrimas, que se quedara y que tomara el mando. Tal cobardía parece repugnante, y sin embargo en este caso era una cobardía sublime que una madre puede cometer sin avergonzarse. Escuchad y juzgad: el marido, al saber lo que había pasado, corrió al cuarto de la mujer y le dijo:—'La ley pone en mis manos toda

©Biblioteca Nacional de Colombia

la autoridad paterna, y si no vas en el acto á pedir perdón á la que has insultado, y la decides á quedarse en casa, enviaré á tu hijo á las colonias y no lo volverás á ver.' El verdugo puede cortar la cabeza á su víctima, ó torturarle el cuerpo, pero no tiene el secreto de apuñalearle así el corazón."

Cuántos jóvenes, sin llegar á tamañas crueldades, podrían leer su historia en la pintura que hace el capítulo VII de los Proverbios del insensato que cae en las redes de la mujer adúltera y descarada. (1) Cuando Nelson era joven, desembarcó una vez en el Canadá, donde, seducido por un deleite culpable, iba olvidando su barco y su porvenir, hasta que algunos hombres del equipaje perdieron la paciencia, saltaron á tierra y arrancaron á su Capitán de los brazos que le retenían: —"Nelson, le dijeron, el viento sopla y la gloria te llama."—Jóvenes amigos, sabed que hay brazos que son cadenas, ósculos que matan el genio y fruiciones que traen oprobio, y si queréis ser grandes, guardáos de desoír la voz que os grita como á Nelson sus amigos: *la gloria os llama.*

La Francia cuenta en su historia muchas páginas gloriosas; y si hay alguna época de su existencia que no pueda recordar sin rubor es aquella en que uno de sus reyes pudo pronunciar aquellas palabras que revelan, al propio tiempo que el egoísmo más monstruoso, la más incurable ceguedad: "*La monarquía no se acabará antes que yo.* Esta palabra tiene su terrible traducción: es posible, si las cosas siguen como van, que al mar de fango en que chapoteo suceda un mar de sangre, y que la sangre de un nieto mío, más pura que la

(1) El autor copia entero este capítulo que ha parecido á algunos debemos suprimir por la misma viveza con que describe las cosas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

mía, inunde las tablas de un innoble cadalso, y yo podría quizás conjurar la tormenta apuntalando con un esfuerzo generoso el edificio que siento crugir por todas partes bajo el peso de mis propios vicios y de los vicios de los que me rodean; pero para esto necesitaría virtudes de que apenas conservo un recuerdo: perezca la Francia; perezca mi raza; perezca la monarquía, que todo lo acepto, con tal que me dejen reposar en el oprobio." Esta palabra de Luis XV es la que pronuncia todo corazón corrompido por los goces y arruinado por los placeres, y la que han pronunciado siempre reyes, naciones é imperios un cuarto de hora antes de su ruina. Sardanapalo la tenía en los labios el día en que Nínive cayó bajo los golpes de Babilonia; Baltasar la repetía á sus cortesanos á la hora misma en que Ciro secaba el lecho del Eufrates; los tenderos de Tiro hacían de ella su divisa cuando iban á cumplirse en la reina de los mares las amenazas de Ezequiel, y el mundo romano la cantaba en el coro de universal orgía, cuando el bárbaro, rudo pero austero, se disponía á hollar con los cascos de su yegua á los nietos envilecidos de los señores de la tierra. Salviano pintó con una sola palabra la agonía de aquel mundo á quien mataba el deleite: muere y ríe: *Roma moritur et ridet.*

No hay que olvidar lo que la historia enseña: cuando un pueblo se estremece de miedo pensando en sus destinos, y pregunta qué soplo ha agotado en él la fuerza y la vida, la historia le responde invariablemente: el soplo de Venus. La muerte no tiene más que un cómplice, y puede asegurarse que el tal pueblo ha visto á sus mujeres elegantes resucitar á las diosas de Corinto; á los herederos degenerados de sus héroes copiar las actitudes afeminadas de Heliogábalo; á su juven-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tud prostituírse en las alegrías homicidas del lujo y de los deleites, y, en fin, que ha sudado su sangre en los refinamientos de la molicie en lugar de derramarla en los campos fecundos de la abnegación. Pero la sangre que así se suda es infaliblemente vengada: en los individuos con el oprobio y con la muerte: en las naciones con la servidumbre; porque es ley de Dios y de la naturaleza, que los pueblos corrompidos estén destinados á los tiranos como los cadáveres á los cuervos. El sensualismo de nuestros días no tan sólo es enemigo de individuos, familias y pueblos, sino más que nunca enemigo del género humano.

Recordemos una historia: bailó la hija de Herodías, y Herodes perdió la cabeza, como la pierde todo hombre que une á los deleites del festín el de saciar sus miradas en las actitudes voluptuosas de una bailarina que sabe su oficio. Pero el deleite pedía una conclusión y el éxtasis un salario. ¿Y cuáles serán la conclusión y el salario? —Dáme en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Para formular semejante petición era menester una bailarina inspirada por una madre infame; pero Herodes (¡admirable delicadeza la suya!) quiso cumplir su palabra, hizo una seña á uno de sus satélites, y presto la cabeza ensangrentada del santo precursor vino á alegrar ojos que parecían decir al mirarla con dulce satisfacción: ahora podemos entregarnos al crimen con más seguridad.

Esa cabeza ensangrentada es un símbolo al propio tiempo que una realidad, porque el sensualismo necesita lágrimas, ruinas y sangre para amasar sus monstruosas felicidades. "Por él, exclama Tertuliano, derrama sangre humana el homicida; por él prepara la perfidia el veneno; por el homicidio se sostiene el concubinato, el adulterio se desembaraza del rival importuno y la mujer

©Biblioteca Nacional de Colombia

culpable de la carga que le hace temer el oprobio como castigo de sus debilidades."

Pero no es esto todo: gracias á esta pasión han hallado los hombres de nuestros días el medio de hacer salir la muerte de donde mismo debiera provenir la vida; han prestado oídos á no sé qué voz que les aconseja ser prudentes y no exponer su patrimonio á quedar muy dividido, y bajo el imperio combinado del miedo y el egoísmo, han querido conservar los beneficios del matrimonio sin sus cargas, condenando á la tumba generaciones que no tuvieron cuna; arrojando á la nada, desde el umbral de la vida, á seres á quienes Dios destinaba para las alegrías del Cielo, después de haberlos hecho pasar por las pruebas de la tierra. De aquí provienen la aflicción de los sacerdotes que toman por lo serio su misión; el debilitamiento gradual de las generaciones, la anemia de almas y cuerpos, la pérdida del espíritu de familia, y en algunos países la esterilidad, que acabará, si sigue por algún tiempo, por reducir á soledades ciertas comarcas.—Hijos de los hombres: Dios os ha mirado desde lo alto del Cielo: *Deux de coelo prospexit;* ha contado vuestras obras de tinieblas, se ha indignado con vuestros cálculos impíos y aguarda su obra: *Mihi vindicta, et ego retribuam.*

II

I.—Bien sé que no faltan quienes digan: aprovechemos la primavera de la vida; cojamos sus rosas, que cuando venga el invierno, las noches serán largas y tendremos tiempo de volvernos á Dios. Lejos de mí la idea de desalentar á una sola alma, ni exagerar nada por exceso de celo: la misericordia de Dios es infinita, y Dios conoce el limo de que está amasada la pobre humanidad, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

como es omnipotente, obra de modo que bastó un instante á su gracia para trasformar el corazón de Magdalena y purificar el de Agustín. Pecar en este punto por exceso de severidad, sería exponerme á condenar á casi todos los hombres; y cuando pienso un instante en lo que es el infierno, retrocedo ante semejante perspectiva. Pero á despecho de lo que acabo de decir, es verdad que la pasión cuyos estragos denuncio tiene con harta frecuencia por resultado hacer imposible para el corazón que domina una vuelta sincera á la virtud.

Hay cerca del monte San-Miguel una vasta playa que á la vista parece seca y transitable; pero, ¡infeliz del viajero que, confiando en las apariencias, se ponga á andar por ella cuando baja la marea! presto siente los pies pesados y el suelo pegajoso, y advierte que las huellas que dejan sus pisadas se llenan de agua; pero por lo demás nada ve que pueda inquietarlo. El piso le parece sólido, y sigue; nota que se hunde algunas pulgadas; siente miedo y se detiene para buscar un camino; pero mientras calcula por dónde podrá seguir, la arena le cubre los pies. Tuerce á la derecha, y la arena le llega á la mitad de la pierna; trata de tomar la izquierda, y la arena le llega á las rodillas. Advierte que se ha metido en un tremedal y procura aligerarse como barco en peligro, pero inútilmente. Grita pidiendo socorro, y nadie viene en su auxilio porque la costa es desierta y la playa temida. Está condenado sin remedio á ser sepultado poco á poco y á ver venir la muerte sin poder ni evitarla ni hacerla menos horrible. Trata de sentarse, de arrastrarse, y á cada movimiento se hunde más. Grita desesperado, se retuerce los brazos, levanta las manos, y la arena va cubriéndole el pecho, los hombros, el cuello, hasta que sólo

©Biblioteca Nacional de Colombia

le queda afuera la cabeza. Al fin la boca se le llena de arena al abrirla para clamar; los ojos que miran con espanto se llenan de arena también; unos minutos más tarde los cabellos se estremecen todavía en la superficie, y luégo queda la playa desierta y tranquila aguardando nueva presa.

El hombre cuya muerte acabo de pintar es la imagen viva del que es bastante cobarde para entregarse al dominio de sus sentidos: hay ciertos hábitos pérfidos é implacables como la playa del monte San-Miguel, que acaban por dar muerte á los infelices á quienes dominan, empezando por inspirarles invencible repugnancia por los sacramentos que pudieran salvarlos, ó por hacer que los profanen, si alguna vez se acercan á ellos, trocando asi el bálsamo en veneno y entregando con un beso al Hijo del Hombre. Gracias á esos hábitos, las mejores resoluciones son efímeras, porque la voluntad se encuentra como reducida á la impotencia bajo el yugo vergonzoso que le imponen.

—Hijo del hombre, ¿qué has visto?—He visto, Señor, á ese joven á quien amábais; á ese joven que inspiraba á todos un respeto mezclado de alegría por la ternura de su mirada y el candor de su frente. No sé qué ángel maldito lo ha tocado, porque todo parece cambiado en él: empezó por mirar con menos franqueza y buscar el aislamiento para saborear á gusto algún deleite; vió que el fruto prohibido era bueno y contó tantas faltas como años; después se encendió cierto fuego en sus entrañas y empezó á contar tantas faltas como días. Cuando esto pasaba, entró en sí mismo por un momento; pensó con inquietud y pesadumbre en el caudal que había disipado, y dijo:—Me levantaré. Pero se halló sin fuerzas entre las redes que lo aprisionaban, y dejándose caer en su lecho de ignominia exclamó:—Para dormir en paz mate-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mos el remordimiento. Y entonces lo vi sepultarse más, descender hasta el nivel del bruto, y decirle: me han dicho que era tu rey, pero yo prefiero ser tu hermano; me han dicho que tenía una voluntad libre, pero yo renuncio á ella, para conservar sólo el instinto, que me es común contigo: *Cum in profundum venerit, contemnit.* Cuando ha llegado á lo profundo de la abyección todo lo desprecia, y se desprecia á sí mismo sin remordimientos; y si algún pesar le queda es el del pródigo que deseaba, aunque en vano, saciarse con el mismo manjar con que se regalan los cerdos. En fin, le he visto hacerse caduco antes de tiempo, y pasar presto de la infamia de su delirio á la infamia del sepulcro: *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.*

II. Por último, la ceguedad del espíritu sirve con frecuencia de salario á la corrupción del corazón; un hombre célebre, que vió reunida un día en su salón la flor de los escritores de París, tuvo la audacia de dirigir á la brillante concurrencia esta pregunta:—Quiero saber, señores, pero es preciso que me respondáis como hombres de honor y con la mano en la conciencia, si no es verdad que tendríais valor para ser cristianos si lo tuviérais para ser castos. Muchos se sonrieron, pero no hubo uno sólo que contestara no.

¿Quién de nosotros no tropieza cada día con uno de esos hombres de carácter franco y leal, de ideas generosas, de modales corteses, con quienes no se puede conversar un cuarto de hora sin tomarles cariño, y á quienes sin embargo se oye decir con una franqueza que desgarra el alma, *no tengo fe?* ¡Ay! si al oír esa palabra tan terrible en su sencillez, les pusiéramos la mano, no en la frente sino en el corazón, podríamos decir con do-

©Biblioteca Nacional de Colombia

lorosa certidumbre: aquí está la raíz de donde brota la incredulidad; para esta clase de hombres hay un mandamiento de sobra en el Decálogo, y por eso el corazón echa á perder en ellos la cabeza.

Sí: la incredulidad es la última tentativa que hace el corazón humano para librarse del remordimiento que trata de envenenar sus deleites. Si hay en nuestros días tantas almas débiles que reniegan de Cristo, es porque Cristo es demasiado altivo, demasiado francamente Dios para entrar en avenimientos con la carne. *El hombre carnal*, como dice el Apóstol, *no comprende las revelaciones del espíritu de Dios*, y no las comprende porque entre ellas y el predominio de la carne hay incompatibilidad. ¿Cómo queremos que el esclavo de la carne sea accesible á las luces del Evangelio, si por más que dé tormento á las palabras, á los ejemplos, á la vida, á la muerte, á la sangre del Salvador, no puede arrancarles la palabra que busca, *sensualismo*, sino la que le causa miedo, *mortificación?* Al oírla, la pasión aulla: si no quieres ceder, prescindiré de ti,—que es la expresión de la indiferencia,—y luégo para tranquilizarse mejor, irá más lejos: recogerá como tesoro hallado cuantas objeciones, sarcasmos y escándalos pueden regocijar al incrédulo, y exclamará por lo bajo: ¡pretenden que eres Dios; pero no eres más que un mito! ¡Dicen que hiciste milagros; pero todos ellos son sólo fantasmagoría! Y tu Iglesia, ¿no es acaso la que hizo la San Bartolomé; la que prendió las hogueras de la Inquisición y la que ahoga el pensamiento y oprime la libertad? *¡Aplastemos al infame!*

Por fin, cuando el hombre carnal ha acabado de perder la gracia; cuando Dios, el alma, la justicia y la eternidad han venido á ser para él cosas

©Biblioteca Nacional de Colombia

problemáticas, una sola realidad le queda, una sola realidad que se le impone con tanto mayor fuerza, cuanto que barridas por el egoísmo todas las otras, nada queda para servirle de contrapeso: el apetito animal, hallándolo solo, se abre paso por todos sus poros y se asegura un imperio invencible. Entonces el infeliz, despojado de todo lo demás, pobre y desnudo, se arroja sobre el impuro resto de su naturaleza que escapó del naufragio; entonces la razón no le sirve ya sino para comunicar á los sentidos algo de infinito, que los hace más insaciables, multiplica su brutalidad y despierta necesidades de tan poderosa energía que, si estuviera en su mano, les inmolaría el universo. Entonces la playa del monte San-Miguel ha consumado su obra.

III. ¿Y qué hará el hombre para ponerse al abrigo de semejante degradación y permanecer héroe? Llamar en su ayuda la fuerza de Dios por medio de la oración y de los sacramentos, y mostrarse siempre prudente y austero; moderar sus apetitos y guardar la templanza en todas las ocasiones, evitando llegar á ser glotón, sibarita ó vividor, y, en fin, tomar precauciones contra los dos enemigos de que nos habla la sagrada Escritura cuando dice: *El vino y las mujeres hacen caer en la apostasía á los mismos sabios y en el oprobio á los hombres sensatos.*

Para renovar las fuerzas del hombre y aliviar las penalidades que provienen para él de su misma realeza, le dejó Dios el vino que fortifica y regocija; pero mientras más precioso es un don, más virtud se necesita para no abusar de él, y el hombre abusa del vino trocándolo de bálsamo en veneno, bajo cuya influencia pierde la conciencia y la razón. El pobre abandona su hogar para lanzarse á la puerta de la infame sentina donde la

©Biblioteca Nacional de Colombia

codicia le vende, por el precio de sus sudores, un instante de vergonzosa fascinación, y hasta el rico cede á veces á este gusto abyecto, buscando en la fruición que en él encuentra, un medio de ahogar el remordimiento que le ocasiona su vida inútil. ¿Pero qué digo? ni las letras, ni las ciencias, ni la filosofía, bastan en todo caso para librar al hombre de la degradación, porque la luz, cuando no viene de Dios, trae consigo amarguras que castigan al que desconoció su fuente, atormentando á la inteligencia hasta hacerla hallar placer en librarse de ellas ahogándolas en el mismo naufragio en que ahoga la razón. (1)

El vino tomado con exceso trae consigo las rebeliones de la carne, según esta palabra del Espíritu Santo: *El vino lleva á la lujuria, á la embriaguez y al tumulto*, y, en fin, provoca la cólera de Dios, que exclama por el Profeta: *¡Ay de vosotros los que os levantáis por la mañana para beber y embriagaros hasta la tarde pidiendo al vino sus ardores!*

"¿Para quién son los ayes? ¿para qué padre son las desdichas? ¿contra quién serán las riñas? ¿para quién los precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno? ¿quién trae los ojos encendidos? ¿No son éstos los dados al vino, y los que hallan sus delicias en apurar copas? No mires al vino cuando bermejea; cuando resalta su color en el vidrio: él entra suavemente, mas á la postre muerde como culebra, y esparce veneno como el basilisco; cuando hayas bebido se irán tus ojos tras de la mujer ajena y prorrumpirá tu corazón en palabras perversas, y vendrás á ser como el que está dormido en medio del mar, y como el

(1) El vino hace ahogar las pesadumbres, y éste es su más dulce encanto. Una esposa buena sabrá portarse de modo que su marido no sienta la tentación de beber mucho, para olvidarse de que es casado.

©Biblioteca Nacional de Colombia

piloto soñoliento que ha perdido el timón; y dirás: me han azotado, pero no me han dolido los azotes; arrastráronme, mas yo nada he sentido: ¿cuándo quedaré despejado para volver á beber? (1)

Para permanecer puro, el cristiano debe evitar las lecturas licenciosas, los bailes lascivos, los espectáculos corruptores y todo lo que es capaz de hacer desfallecer su voluntad calentándole la sangre; debe sobre todo aprovecharse de estos consejos del sabio: "Hijo, escúchame: huye de la mujer extraña y no te acerques á la puerta de su casa, á fin de que no entregues tu honra á gente extraña ni tus años á una cruel; no sea que los extraños se harten con sus riquezas y tengas que decir un día: ¿por qué detesté yo la corrección y cómo mi corazón ha despreciado las lecciones de la sabiduría? Los labios de la mujer extraña destilan dulce miel y sus palabras son untuosas como el aceite; pero sus dejos son amargos como el ajenjo y penetrantes como espada de dos filos. Sus pies se encaminan hacia la muerte y sus pasos van á parar al infierno." (2)

Para resumir: durante la persecución del Emperador Licinio, cuarenta soldados cristianos fueron llamados al tribunal de un procónsul de Asia, que les ordenó apostatar, y no habiendo podido triunfar de su constancia, ordenó como última prueba que los arrojaran desnudos en un estanque helado, y los hicieran pasar así una noche de invierno, cuidando de mantener en la orilla baños tibios para refugio de los que perdieran el valor. Todos permanecieron fieles, excepto uno que fué á morir al baño tibio, y el soldado que hacía la guardia en la orilla vió bajar del cielo cuarenta

(1) Prov. XXIII-29 y siguientes.

(2) Prof. V.

©Biblioteca Nacional de Colombia

brillantes coronas de las que una quedaba suspendida, y oyó una voz que decía: *falta uno*, visto lo cual se declaró cristiano, se juntó á los mártires y participó de su triunfo después de haber participado de su combate. El baño tibio, suprema tentación del hombre, es el sensualismo, y la constancia en sufrir el rigor del frío á la vista del placer que se desdeña por virtud, se llama la castidad, victoria suprema que caracteriza á los cristianos y es el distintivo de los héroes de quienes dijo Jesucristo: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.*

CAPÍTULO VI.

¿Á DÓNDE VA LA GLORIA?

I. El orgullo y la humildad.—II. La fatuidad.—Los descontentos.—El cortesano.—La cólera.—La envidia.—Mal cálculo. El desprecio.—III. Dios resiste á los soberbios.—Los ciegos.—El divino modelo.

Después de haber triunfado gloriosamente en Salamina, se paseaba Temístocles con uno de sus amigos por la orilla del mar Ejeo, á donde las olas arrojaban todavía despojos de los persas vencidos. Al ver esos despojos dijo el héroe al que le seguía: —Toma para ti esos collares de oro y esos brazaletes que te tocan, *porque no eres Temístocles;* palabra profunda que quería decir: tú puedes todavía amar esos dijes y juntar tesoros, porque la victoria no te ha coronado; pero á mí, que he vencido á los persas y salvado á mi patria, me basta mi gloria y no me importa el oro. El amor de la gloria es la primera de las pasiones del hombre, y sería una injusticia hacerle de ello un crimen, porque es noble pasión, si las hay; porque es la que forma á los sabios, á los artistas, á los héroes y sobre

©Biblioteca Nacional de Colombia

todo á los santos, y el mismo Dios, lejos de tratar de ahogarla, la fomenta prometiéndonos la gloria como premio de la virtud.

I

I.—La gloria, en sentir de Santo Tomás, no es otra cosa que el homenaje que el ser racional y libre tributa á su propia *excelencia* conocida. Desde luégo todo hombre tiene, no sólo el derecho sino el deber de buscar la gloria que le resulta del testimonio de su propia conciencia, y debe obrar, pensar y amar de manera que obtenga ese íntimo y glorioso certificado, del cual hablaba el Apóstol cuando decía: *nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia.* Tiene también el derecho de procurarse la estimación de sus semejantes, con tal, nos dice el Angel de las escuelas, con tal que al hacerlo no se proponga otro fin que la gloria de Dios y la utilidad propia ó de sus hermanos. El deseo que tenemos de ser estimados proclama en alta voz nuestra grandeza; sentimos, como dice Pascal, que *la razón que se impone es la más hermosa plaza del mundo*, y por esto nadie se da por satisfecho mientras no haya logrado ocupar esa plaza, y aun los mismos que afectan desprecio por el resto de los hombres, los mismos que en sus sistemas los igualan á las bestias, obrando con una contradicción que hace justicia á sus teorías, se empeñan en ser admirados.

Por desgracia el amor de la gloria, como tántos otros amores, es con frecuencia desarreglado, y desde que lo es se trueca de virtud en pasión funesta que pierde innumerables almas y turba el reposo del mundo, suscitando tempestades en él. El amor desarreglado de la gloria tiene por principio el orgullo, que consiste en formarse idea

©Biblioteca Nacional de Colombia

exagerada del propio mérito, y muchos hombres padecen de este mal, motivo por el cual se ven tántas nulidades importantes que se creen ruedas indispensables para la armonía social, y tántos mentecatos que representan seriamente el papel de personajes, y de quienes puede decirse que, para hacer gran negocio, bastaría comprarlos por lo que valen y venderlos por lo que piensan valer.

El orgullo estriba en un grande *error*, y es además una grande *injusticia*, porque el que padece de esta enfermedad no sólo es á sus propios ojos una maravilla; no sólo cierra los ojos sobre sus defectos para no ver en sí mismo otra cosa que perfecciones, sino que, cuando encuentra lisonjeros que lo alaban por las cualidades que se imagina tener, respira el humo del incienso con una complacencia que lo hace ingrato; olvida referir á Dios los homenajes que le tributan á él, porque olvida que todo lo que tiene de bueno se lo ha dado Dios, y apropiándose la gloria por lo que ha recibido, roba á su Creador lo que le pertenece.

Al error y á la injusticia del orgullo opone el cristiano la verdad y la justicia que se llaman humildad. ¿Pero en qué consiste ésta? ¿Acaso en dejarse hollar con indiferencia y en beber la vergüenza sin sentirla? No por cierto, porque la humildad nunca se confundió con el cinismo. Tampoco en ignorar absolutamente nuestras cualidades, porque pretender esto sería exigir un imposible en provecho de un error. Santo Tomás dice que la humildad no está en ignorar ni en despreciar los dones que de Dios hemos recibido, y así es, porque Dios, sin ser orgulloso, es la misma excelencia y lo conoce; es Dios natural y simplemente, y no desprecia á ninguno de los seres que ha creado. Si ha habido criatura humilde, María lo fué, y sin embargo, al recibir las ardo-

©Biblioteca Nacional de Colombia

rosas felicitaciones de Isabel, no negó los prodigios que en ella había obrado la virtud del Altísimo ni la grandeza incomparable á que acababa de elevarla escogiéndola para Madre del Redentor; antes bien, aceptó los homenajes que se la tributaban, pero para referirlos al Señor, y por eso respondió:—"Soy en realidad grande y todas las naciones me llamarán bienaventurada, *porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso.*" Este es el pensamiento en que se resume el *Magníficat.*

No hay en realidad ser más noblemente altivo que el verdadero cristiano que sabe humillarse delante de Dios, pensando en sus culpas y en su nada, pero no doblegarse á las exigencias de los hombres, y tiene de sí mismo una idea sublime porque conoce lo que Dios ha puesto en él y reflexiona sobre la grandeza de la misión que ha recibido y de la responsabilidad que esa misión le apareja. Ese cristiano conserva siempre la actitud que mantenía en las cadenas San Luis, Rey de Francia, á quien uno de sus carceleros se presentó un día, cimitarra en mano, á decirle: *hazme caballero*, obteniendo por respuesta: *hazte antes cristiano*, respuesta que hizo al infiel retirarse diciendo: ¡jamás habíamos visto cautivo tan orgulloso!

La humildad consiste en tener de sí mismo una opinión verdadera, así como el orgullo en tenerla falsa, y tener de sí mismo una opinión verdadera es estimarse cada uno en su justo valor, viendo lo bueno y lo malo que hay en él; lo bueno para tributar gracias á Dios, de quien lo ha recibido, y lo malo para detestarlo y procurar corregirse de ello. El humilde se dice á sí mismo: soy en verdad grande; soy la obra maestra de las manos de Dios, porque poseo una alma inmortal dotada de facultades maravillosas que me elevan sobre todos

©Biblioteca Nacional de Colombia

los seres de la creación; soy grande porque fuí rescatado á precio tan alto como la sangre de un Dios; porque la tierra es sólo mi escabel, y mi patria el Cielo. Así se dice el humilde, pero para exclamar con San Agustín: *enumerar nuestros méritos, ¡oh Dios mío! es enumerar vuestros dones.* Se dice también: por favorables que sean las apariencias, soy pequeño, muy pequeño; mejor dicho, por mí mismo no soy nada ni tengo otra cosa propia que las enfermedades que resultan del pecado y el abuso que he hecho de los dones de Dios para ofenderle; de manera que, si su mano, al propio suave y fuerte, no me detuviera, sorprendería con mis escándalos á los que me confunden con sus elogios. Así habla el hombre de corazón humilde, porque se conoce y se hace justicia, y por eso mientras más santa y ferviente es una alma, en menos se tiene, y así suelen compararse esas almas á los árboles fecundos cuyas ramas se inclinan tanto más cuanto más cargadas están de frutos. Al mirarse á sí misma en presencia de Dios, el alma humilde ve desaparecer sus buenas cualidades, como desaparecen las estrellas al levantarse el sol.

Pero el hombre verdaderamente humilde va más lejos todavía: no se contenta con estimarse á sí mismo en su justo valor, sino que consiente en que los demás lo estimen también así y obren en consecuencia, y por eso, lejos de buscar los honores, los evita; recibe una afrenta sin extrañeza, porque está convencido de merecerla, mientras que las atenciones y homenajes que se le tributan le sorprenden siempre, porque nunca se cree digno de ellos, ni los acepta alguna vez sino lleno de confusión y exclamando con David: *non nobis, Domine; non nobis, sed nomini tuo, da gloriam.* Pero ¡cuán raros son los hombres á quienes la

©Biblioteca Nacional de Colombia

alabanza sorprende así! ¡Cuántos hay, por el contrario, que adorándose á sí mismos, se admiran de que los demás se contenten con estimarlos!

II.—El orgullo es el *gran perturbador del reposo del mundo*, porque es el principio de donde nacen todos los vicios: si la vanidad hace cometer faltas á las mujeres, el orgullo hace cometer á los hombres verdaderos crímenes. Y por el contrario, la humildad es principio de paz y de santidad, porque es el fundamento de todas las virtudes, y por eso Nuestro Señor, que lo sabía, nos la enseñó prácticamente desde el Pesebre hasta el Calvario, principio y fin de sus largos abatimientos voluntarios: se anonadó, dice San Bernardo, á fin de estimularnos con su ejemplo á practicar lo que había de enseñarnos de palabra; á lo que pueden agregarse las palabras de Santo Tomás: sabía que el mundo se había perdido por el orgullo, y quiso salvarlo por medio del abatimiento; sabía que el hombre había caído por haber querido, en su locura, elevarse á la altura de Dios, y quiso rehabilitarle descendiendo hasta él y haciéndose el más pequeño de los hombres.

Al ejemplo agregó la doctrina, diciéndonos: —*Aprended de mí*, no á crear mundos, ni á sembrar de astros el firmamento, ni á calmar tempestades, ni á resucitar muertos, sino *á ser mansos y humildes de corazón*. Y en otra ocasión:—"Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto de pie, oraba así en su interior:—'Gracias te doy, Dios mío, porque no soy como el resto de los hombres, ladrón, injusto, adúltero: no soy como aquel publicano; ayuno dos veces en cada semana y pago el diezmo de todo lo que poseo.' El publicano se mantenía á lo lejos sin atreverse á levantar los ojos del suelo; y se hería el pecho diciendo:—'Ten

©Biblioteca Nacional de Colombia

piedad de mí, Dios mío, porque soy un gran pecador.' Y yo os digo que éste, y no el otro, volvió á su casa justificado; *porque cualquiera que se exalte, será humillado, y el que se humillare será exaltado.*" (1) Palabras son estas admirables por su verdad, y profecía infalible que se realiza en el tiempo y en la eternidad: la humillación seguirá siempre al soberbio y la gloria será patrimonio del humilde de corazón, porque el de corazón humilde se hace amar de todos, mientras que el soberbio se hace aborrecer de Dios y detestar de los hombres.

II

I.—El primer motivo por qué el orgulloso recoge oprobio, es que se hace rídiculo, porque la sed de ser alabado lo lleva á cometer mil necedades. A cada paso, y venga ó no á cuento, habla de sí y de lo que le concierne, poniendo delante ese *yo* que, según Pascal, es siempre odioso; habla de lo que ignora con tono de maestro, siendo muchas veces él mismo el único que no se ríe de su tontería, y en su afán de decir cosas que llamen la atención, cuando nada sabe, dice desatinos. Si diserta ó discute, ha de dársele la razón, aun cuando él mismo esté convencido de no tenerla, y cuando en realidad la posee se conduce de tal modo que la pierde. Cuando manifiesta algún pensamiento se le ha de aceptar sin vacilación; y si el adversario se retira por prudencia ó se bate en retirada por cortesía, él hace ostentación de su triunfo, juzgándose más infalible en todo que el Papa en lo que concierne á la doctrina católica. A tales hombres, el que de ellos no se mofa, no se digna ni aborrecerlos; de ellos habla el Espíritu Santo cuando dice:—" Como ciudad abierta y sin muros, tal es

(1) Luc., XVIII, 10.

©Biblioteca Nacional de Colombia

el hombre que, ofreciéndose hablar, no puede reprimir su verbosidad. (1) Los razonamientos del necio son como un fardo para el que anda de viaje. (2) El hombre cauto encubre todo lo que sabe; mas el corazón de los imprudentes descubre su necedad. (3) Quien guarda su boca, guarda su alma; pero el inconsiderado en hablar sentirá los perjuicios. (4) Al tonto la boca es lo que lo pierde; y sus labios son la ruina suya." (5)

A falta de mérito real, el orgulloso hace motivo de vanidad de cualquiera cosa; procura distinguirse por la afectación de su lenguaje, de su vestido, de su andar, y si llega á encontrarse rico de un día para otro, por la muerte de algún tío, se cree de raza superior á la del resto de los hombres. A los que se sientan enfermos de este género de fatuidad voy á contarles una historia: Bayaceto, Emperador de los Turcos, era cojo, y Tamerlán, Emperador de los Mogoles, tuerto. Vencido aquél por éste en la batalla de Ancira, el vencido fué presentado al vencedor que, al verle cojear, se puso á reír. Bayaceto, creyendo que el tártaro se burlaba de él, exclamó:—¿A qué viene esa risa inmoderada, oh Tamerlán? ¿No sabes que la fortuna que hoy sonríe puede mañana mostrarse esquiva? Pero el tártaro le replicó:—No he pretendido reírme de tu desgracia; sino que al ver tu deformidad y la mía he dicho para mis adentros: muy poco deben valer los imperios y las riquezas á los ojos del que está allá arriba, cuando los prodiga á hombres tan contrahechos como nosotros.

El apetito desordenado de gloria expone al hom-

(1) Prov., XXV, 28.
(2) Eccli., XXI, 19.
(3) Prov., XII, 23.
(4) Id., XIII, 3.
(5) Id., XVIII, 7.

©Biblioteca Nacional de Colombia

bre al oprobio, en segundo lugar, sugiriéndole pasos que lo envilecen, porque hay alturas á donde los más no llegan sino arrastrándose y honores que se compran con genuflexiones. Ese deseo inmoderado de honores hace la fortuna de los pasamaneros (1) y de los gobiernos que se levantan, y hace también que el pueblo más generoso, bravo y amable de la tierra, sea el menos gobernable y el más gobernado. (2) Las pretensiones sin títulos no le dejan hallar reposo, y las revoluciones que lo agitan no son ordinariamente otra cosa que las explosiones de cólera de las vanidades descontentas contra las vanidades satisfechas. A esa sed de figurar han debido y deben las cortes esa elegante ignominia que se llama un cortesano; ¿veis á ese hombre que ahoga sus sentimientos, que disimula sus opiniones, que impone silencio á su conciencia, que hace traición á sus amigos y vive tendiendo el oído á ver de dónde viene el viento para soplar del mismo lado, y aguardando para hablar á que se le dé la señal? es el cortesano, siempre dispuesto á vender á su Dios y á su propia alma por un favor; encorvado por el hábito de inclinarse, arrugado por la contracción habitual que imprime á su semblante la falsa sonrisa, enflaquecido por la envidia y pálido por efecto de las inquietudes; el cortesano que no conoce otro Dios que su ambición; que no tiene atrevimiento sino para calumniar; que sólo teme desagradar diciendo la verdad, y por fin, que no se propone otra cosa en todas sus obras que medrar para vengarse del suplicio que le ocasiona el conocimiento de su propia abyección; el cortesano que se parece á la luciérnaga, porque, como ella, se arrastra

(1) Fabricantes de cintas. Alude á las de la Legión de Honor. (Nota del traductor).

(2) Habla siempre de Francia.

©Biblioteca Nacional de Colombia

y brilla. Si hubo algún tiempo en que la Iglesia tuviera que velarse la faz con tristeza, fué cuando Dios permitió que se hallaran entre sus ministros, como en otro tiempo en Bizancio, algunos seres de esta especie, y si hay alguna cosa que haga temible el despotismo es el ser él el pantano que los produce ó por lo menos el estercolero que los alimenta.

¡Oh santa humildad que sabes inspirar al hombre la aceptación, con ánimo regocijado, del lugar que le está señalado en la jerarquía de los seres: tú serás siempre la más segura guardadora de su reposo y de su dignidad, porque haciéndolo modesto, paciente, manso y bueno, le inspiras el secreto de hacerse amar, y de todos los caminos que conducen á la gloria ninguno es más corto que éste!

II.—Por el contrario, el orgullo expone á la humillación porque tiene por cortejo las más odiosas pasiones: el orgulloso es susceptible hasta el exceso y no soporta la más pequeña contradicción, de modo que, para conservar su amistad, es necesario alabarlo siempre, motivo por el cual el que no quiere engañarlo lo evita, viendo que no comprende estas palabras del Sabio:—"La reprensión dada al sabio, y al hombre de dócil oído, es una arracada de oro y perla reluciente. (1) Mejores son las heridas que vienen del amigo, que los besos fingidos del enemigo. (2) El que ama la corrección, ama la ciencia; mas el que aborrece las reprensiones, es un insensato. (3) Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las lisonjas de los viciosos." (4)

El que finge admirarnos nos engaña, y, por el

(1) Prov., XXV, 12.
(2) Ibid., XXVII, 6.
(3) Ibid., XII, 6.
(4) Eccles., VII, 6.

©Biblioteca Nacional de Colombia

contrario, nos ama el que procura hacernos dignos de admiración; pero el orgulloso no lo entiende así, y á la reprensión que le sería útil prefiere la alabanza que le venda los ojos para hacerle traición. Nada puede sobrellevar y por todo se irrita, bastando para ponerle fuera de sí una palabra imprudente, una desatención, una conducta que no lo lisonjee, ó el más pequeño padecimiento, la más insignificante contrariedad, porque la cólera que tántas tempestades suscita, es casi siempre hija del orgullo ofendido. "Como la brasa enciende el carbón, y el fuego las astillas, así el hombre iracundo enciende las riñas." (1) Una vez montado en cólera, el orgulloso pone en consternación á sus hijos, hace llorar á su esposa, divierte á los malignos y justifica estas palabras del Espíritu Santo:—"La lengua que jura mucho hará erizar el cabello, y su irreverencia le hace á cualquiera tapar las orejas." (2)

El colérico en sus accesos habla y obra desatinadamente, y es raro que no tenga luégo de qué arrepentirse; un árabe se dejó arrebatar un día hasta dar un abanicazo al embajador francés, y ese abanicazo le costó su corona, (3) y la historia de ese árabe es, proporción guardada, la de todo hombre que no sabe reportarse. Entre todas las pasiones, ninguna turba tánto la razón como la cólera, y por eso el que se halla bajo su imperio ve desfigurados hombres y cosas; habla y obra sin pensar en el resultado posible de lo que dice y hace, y se crea no pocos embarazos. "Mejor es el varón sufrido que el valiente, nos dice el Sabio, y quien domina sus pasiones, que un conquistador

(1) Prov., XXVI, 21.

(2) Eccli., XVII. 15.

(3) Habla sin duda de Abd el Kader.—(Nota del traductor).

©Biblioteca Nacional de Colombia

de ciudades." (1) La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca á los enemigos; y la lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso. (2)

Del orgullo herido procede la envidia; esa tristeza huraña y cruel que Santo Tomás define, *pesar del bien ajeno*, y el Espíritu Santo llama, *podredumbre de los huesos*. "Cuando volvió David, después de haber muerto al filisteo Goliat, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel á recibir al Rey Saúl, cantando y danzando, y mostrando su regocijo con panderos y sonajas. Las mujeres en sus danzas cantaban y repetían:—'Saúl ha muerto á mil, y David á diez mil.' Semejante expresión irritó á Saúl en gran manera, y le dejó sumamente disgustado, y dijo:—'A David le han dado diez mil, y á mí me han dado mil: ¿qué le falta ya sino ser Rey?' Por este motivo desde entonces en adelante, ya no miraba con buenos ojos á David. Otro día sucedió que el espíritu malo, permitiéndolo Dios, volvió á apoderarse de Saúl, que andaba por su palacio hablando como un frenético. David tañía el harpa delante de él como todos los demás días. Y teniendo Saúl á mano una lanza, arrojóla contra David, pensando poderle clavar en la pared." (3)

La historia de Saúl es la de muchos hombres, á veces muy *respetables*, y muchos Davides podrían quejarse de los sinsabores que les ocasionan con harta frecuencia las aclamaciones indiscretas de las hijas de Sión. La fama ajena mortifica siempre; pero los Saúles deben convencerse de que hay reputaciones que crecen con los esfuerzos que se hacen para amenguarlas, y aclamaciones que resuenan tanto más cuanto más se las trata de

(1) Prov., XVI, 32.

(2) Eccli., VI, 5.

(3) I. Reg., XIX, 6 á 11.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ahogar: las torres se miden por la sombra que arrojan, y la talla moral de los hombres por el número de sus detractores.

No siempre tiene Saúl á la mano la lanza para satisfacer sus rencores; pero á falta de lanza esgrime la lengua, y la maledicencia, la calumnia, el chisme, el discurso hábilmente envenenado, le sirven para sembrar la discordia y destruír la reputación que le importuna. Así se atraen los envidiosos estos anatemas de la Eterna Sabiduría:—"El detractor oculto es semejante á la sierpe, que pica sin hacer ruído. (1) Seis son las cosas que abomina el Señor, y otra además le es detestable:—'Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que maquina perversos designios, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso que forja embustes y el que siembra discordias entre hermanos.' (2) Parecen sencillas las palabras del chismoso; mas ellas penetran hasta lo más íntimo de las entrañas. Los labios hinchados (y coléricos), acompañados de un corazón pésimo, son como plata muy tomada, con que quisieras adornar una vasija de barro. Por sus labios se da á conocer el enemigo cuando está maquinando engaños en su corazón. (3) El chismoso contamina su propia alma, y de todos será odiado. (4) El murmurador y el hombre de dos caras es maldito, porque mete confusión entre muchos que vivían en paz. El golpe del azote deja un cardenal; mas el golpe de la lengua desmenuza los huesos." (5)

III.—Aun cuando el orgulloso sea bastante

(1) Eccles., X-II.
(2) Prov., VI, 16 á 19.
(3) Ibid., XXVI, 22-24.
(4) Eccli., XXI, 31.
(5) Ibid., XXVIII, 15-21.

©Biblioteca Nacional de Colombia

hábil para preservarse de estos excesos abominables, siempre tiene que trabajar mucho para alcanzar su objeto, pues si él tiene sed de honores, los demás tienen amor propio que les impide otorgar al que la solicita, la gloria que cada cual quiere para sí. ¿Qué es el mundo, sino la arena en que luchan todas las ambiciones, y en la que cada cual dice al otro:—Si tú quieres ser el primero, mi amor propio no me consiente á mí contentarme con el segundo lugar; si tu vanidad te grita, ¡sube! la mía me dice, no cedas el puesto? No pudiendo todas las pretensiones mantenerse en el mismo escalón, no queda más partido que el que se toma con harta frecuencia: romper la escala. Un Rey de Roma llevó un día á su hijo á un jardín, y mostrándole las cabezas de adormidera que se destacaban sobre las demás, le ordenó cortarlas, dándole por razón que gustaba de la igualdad: el orgulloso, como Tarquino, gusta de la igualdad cuando no está en la cima, y como en este mundo todos tenemos orgullo, el que quiera evitar el peligro de ser recortado no tiene otro medio seguro que mostrarse modesto. Condé solía decir cuando hablaba de sus victorias, los *batimos*, y cuando hablaba de sus derrotas *huí;* pero en esa modestia había más habilidad que otra cosa, porque con ella realzaba su gloria en vez de rebajarla.

Por último, aun cuando el orgulloso sea bastante feliz para alcanzar la gloria que busca y los honores que desea, no por esto debe creerse más elevado; porque la gloria, como dice Santo Tomás, es vana cuando proviene de los homenajes de aquéllos que no tienen el juicio sano, y el mundo casi nunca lo tiene, como que juzga según las apariencias, y las apariencias son engañosas, y, en fin, porque toma por guía para dictar sus fallos, ora

©Biblioteca Nacional de Colombia

sus preocupaciones, ora sus intereses. Por eso se le ve con frecuencia prodigar elogios á lo que merece censura, y muy raras veces pesar á los hombres en la balanza del santuario, que es la de la justicia, y por eso sus honores, lejos de ser siempre tributados al verdadero mérito, son ordinariamente patrimonio de los perversos que tienen habilidad, ó de las medianías bien protegidas.

¿Ha de inferirse de lo que hemos dicho que deba buscarse el desprecio? No, el desprecio debe temerse como el mayor de los males. Cuentan que á un Emperador romano que había obtenido grandes victorias, le decretaron el triunfo, y que, cuando recorría la vía triunfal entre las aclamaciones de la multitud, palideció de repente y luégo se puso á llorar, y agregan que, habiéndole preguntado alguno la causa de ese llanto, mostró la inscripción de una tumba y contestó:—"Allí hay un hombre que me despreció un día." Ese pensamiento bastó para envenenar su alegría, y lo comprendo, sobre todo si el desprecio había sido sincero y merecido.

El desprecio pierde todas las causas que toca, y por eso Jesucristo, á pesar de ser el más humilde entre los hijos de los hombres, no quiso que se hallara una gota de él ni aun oculta en las heces de su cáliz: tenía contra sí un odio más vasto y más hondo que el mar, y por eso sufrió toda clase de insultos y de dolores; pero en el fondo de esa conjuración formidable, sobrevivía la estimación. Pilato dió testimonio de ella lavándose las manos; las mujeres de Sión llorando; el Centurión golpeándose el pecho y la naturaleza entera estremeciéndose, y todas esas voces formaron como una protesta suprema que dejó en respetuosa expectación al mundo sorprendido. Desde aquel memorable día, la actitud de Cristo en pre-

©Biblioteca Nacional de Colombia

sencia del mundo no ha cambiado: se le ultraja ó se le adora, pero nadie le desprecia.

III

I.—En fin, el juicio de los hombres debe ser tenido en poco por quien de veras ame la gloria: el de Dios es el que importa tener favorable, porque á Él sólo corresponde discernir la gloria y el oprobio que no perecen, y para desgracia del orgulloso, Dios tiene á ese vicio un horror supremo, que le hace complacerse en humillar á los soberbios, como se complace en exaltar á los humildes. Ordinariamente les retira su gracia, y así permite que se abandonen á monstruosos apetitos y se revuelquen en el fango de las más grandes ignominias; pero cuando por cálculo y habilidad evitan la vergüenza que sirve de castigo á los más, pierde la paciencia y los aplasta.

"Yo tomaré residencia, dice el Señor, de las empresas del altivo corazón del Rey asirio, y de la jactancia de sus altivos ojos. Ya que ha dicho: con el poder de mi mano hice lo que hice, y con mi sabiduría lo tracé, y he mudado los límites de los pueblos, y despojado á sus príncipes, y con el poder que tengo he derribado á los que estaban en altos puestos; y el poderío de los pueblos fué, respecto de mi valor, como una nidada de pajarillos; y como se recogen los huevos que han sido abandonados, así reuní yo bajo mi poder toda la tierra, y no hubo quien moviese una ala, ni abriese el pico, ni piase. ¿Por ventura se gloriará la segur contra el que corta con ella, ó se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? Eso es como si se levantase la vara contra el que la maneja, ó se envaneciese el bastón, que al cabo no es más que un palo. Por esto el Señor de los

©Biblioteca Nacional de Colombia

ejércitos enviará la extenuación á sus robustos guerreros, y arderá debajo de sus galas como una hoguera de fuego que los consuma." (1)

La historia está llena de esas impaciencias del Altísimo provocadas por el celo de su gloria: El da gracia á los humildes, pero resiste á los soberbios, y á todos ellos reserva la suerte de aquel Rey de Babilonia que cayó de las alturas de la gloria al nivel de los brutos. A todos pueden aplicarse estas palabras de Isaías:—"El Señor ha hecho pedazos el cetro de los impíos, la vara de los que dominaban: al que indignado azotaba á los pueblos haciéndoles llagas incurables, y tiranizaba furiosamente las naciones, y las maltrataba con crueldad. Toda la tierra está en silencio, y en paz, y se huelga y se regocija: hasta los abetos y cedros del Líbano se divierten á costa tuya. Desde que tú feneciste, dicen, nadie sube á cortarnos. El infierno allá abajo se conmovió á tu llegada; al encuentro tuyo envió los gigantes; levantáronse de sus tronos todos los príncipes de la tierra, todos los príncipes de las naciones. Todos, dirigiéndote la palabra, te dirán:—'¡Con que tú también has sido como nosotros, y á nosotros has sido hecho semejante!' Tu soberbia ha sido abatida hasta los infiernos; tendido yace por el suelo tu cadáver; tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos. ¿Cómo caíste del cielo, oh lucero que brillabas por la mañana? Fuiste precipitado por tierra, tú que has sido la ruina de las naciones. Tú que decías en tu corazón: escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; sentaréme sobre el Monte del Testamento, al lado del Septentrión; sobrepujaré la altura de las nubes; semejante seré al Altísimo. Pero tú has sido precipitado al infierno, á la más honda mazmorra." (2)

(1) Isaías, X, 12–16.

(2) Isaías, XIV, 5–15.

©Biblioteca Nacional de Colombia

No nos sorprendan estas terribles amenazas del Señor, ni esta indignación suya, porque los orgullosos se hacen enemigos suyos queriendo ser sus rivales. El mundo es su obra; obra de la cual Él solo es principio, fuerza y vida, y en la que el hombre es apenas instrumento suyo, y por lo mismo á Dios sólo se debe todo honor y toda gloria, y ese honor y esa gloria son los únicos bienes que reclama como suyos y que no da á nadie. Por lo mismo, el soberbio que se complace en sí mismo es á sus ojos un usurpador que disfruta de lo que ha recibido en administración sin pagar al dueño la renta que produce. Aun hace más: como el Emperador de los turcos, que se atrevió á sentarse sobre el altar mayor de Santa Sofía á recibir los homenajes de un pueblo envilecido, toma para sí el incienso que debe subir al trono de Dios.

Aquí está el secreto de la predilección del Señor por los humildes, á los que se complace en colmar de favores porque no teme que le sean infieles; á los que gusta de colocar en las alturas, *posuit humiles in sublime*, porque sabe que la elevación los hace agradecidos y no los desvanece.

II.—El orgullo conduce al hombre á una confusión eterna, porque le aleja de lo que pudiera llevarle á la eterna gloria, es decir, de la virtud, que es la obediencia del corazón, y de la fe que es la obediencia del espíritu. Grabado está en el corazón del hombre, con la conciencia de su fuerza, el sentimiento de su realeza, y si no vela sobre sí mismo, ese sentimiento será precursor de un orgullo que le lance en la rebelión haciéndole olvidar su condición de criatura. Esto es lo que sucede hoy con un gran número de hombres á quienes la opinión exagerada que tienen de su fuerza hace mirar como tiranía capaz de envilecerlos la mayor

©Biblioteca Nacional de Colombia

parte de los deberes que la religión impone, y que, como si tuvieran rodillas de acero, experimentan invencible repugnancia á doblarlas para implorar el favor de Dios con una oración humilde, ó para pedirle perdón por medio de una confesión sincera; hombres para quienes toda obligación es un yugo pesado, no sólo porque su cumplimiento exige algún esfuerzo, sino también y principalmente por ser una autoridad la que la prescribe y la impone, porque la divisa de los tales es la de los soberbios: *Non serviam.* Por desgracia para ellos Dios no coronará sino á los hijos dóciles, y sólo *el hombre obediente cantará victoria.* (1)

El hombre obediente cantará victoria por haber sido bastante humilde para doblegar su voluntad bajo el yugo de la ley y someter su entendimiento á la fe, cuyas misteriosas claridades revela Dios á los pequeños, mientras que las oculta á los soberbios. Según el dicho de un hombre célebre, poca ciencia aleja de la fe, y mucha ciencia acerca á ella, convengo en esto siempre que la humildad sea compañera y guardiana de la ciencia, porque la ciencia orgullosa fué siempre cómplice de la incredulidad.

El orgullo de la ciencia es la infatuación de esos espíritus embriagados con su propio mérito, que se miran en sus conocimientos como Narciso en su lago, y viendo en todo límite que se ponga á su sabiduría una injuria hecha á sus *capacidades*, quieren tratar con Dios de igual á igual. Los que *padecen de esta manía* no estudian para buscar la verdad sino para armarse contra ella

(1) Nada es más frecuente para el sacerdote que hallar hombres de éstos que parece creen hacer demasiado favor á Dios con reconocer en teoría su existencia, y si alguna vez, por condescendencia, le hacen el alto honor de tributarle un pequeño homenaje, hacen de él tan grande alarde como si Dios hubiera de sentirse enaltecido y ponerse ufano.—(Nota del traductor).

©Biblioteca Nacional de Colombia

y se sienten felices cuando logran levantar una nube ó crear una objeción que la oscurezca; si miran á los astros, es para robarles el secreto de la eternidad del mundo y probar que Moisés mintió ó se equivocó; si descienden á las entrañas de la tierra á estudiar capas y depósitos, es para buscar argumentos con que negar el diluvio, y si examinan las necrópolis de Egipto ó las ruinas de Babilonia, no buscan otra cosa que alguna inscripción que desmienta las tradiciones más auténticas, de manera que su ciencia es sólo encarnizada lucha entre ellos y el Dios vivo de los cristianos. Otras veces no ven en la ciencia otra cosa que lo que ella muestra por sí misma, ó mejor dicho, lo ven todo, excepto la causa y el fin de las cosas que examinan, como aquel célebre y desgraciado astrónomo muerto hace poco sin haber descubierto, entre las estrellas que había observado, la que hubiera de conducirle, como á los Magos, á la cuna de Jesús. (1) Pero hay todavía otra cosa que se opone aun más á la fe, y es esa depravación, harto común por desgracia, que me atrevo á llamar el *orgullo del vicio*. Las debilidades de nuestra enferma carne no siempre son obstáculo invencible para la fe, y antes bien la fe, que á veces subsiste en medio de ellas, puede engendrar la castidad, como lo declaró Jesucristo á los fariseos cuando pronunció estas palabras tan consoladoras para los corazones extraviados: *las mujeres de mala vida os precederán en el reino de los Cielos*, (2) y esto procede de que hay un vicio humilde que se conoce, se desprecia y se da golpes de pecho. No digo que este vicio sea querido de Dios, aunque sí puede Dios curarlo como lo curó en el buen ladrón; pero creo que Dios aborrece particularmente

(1) El autor alude tal vez á Laplace.—(Nota del traductor).
(2) Math., XXI, 21.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ese otro vicio envenenado de orgullo, fresco, rosado, satisfecho de sí mismo, que se yergue, ríe y hace mofa de la virtud, y que éste constituye un obstáculo invencible para la fe, porque es la reunión de dos perversidades que parecen incompatibles, y que, uniéndose, quitan al alma los últimos recursos con que pudiera contar para obrar el bien. Si el orgullo sólo es tan insufrible para Dios que prefiere el vicio humilde á la virtud soberbia: ¿qué será el vicio ensoberbecido? Y por desgracia nada es menos raro que esto en nuestros días: gentes que viven subyugadas por las más viles inclinaciones y entregadas á las más vergonzosas prácticas, levantan con altivez la frente protestando que la sienten inmaculada; hablan con ostentación de probidad, de honor, de ingenio, y cubren con el nombre de amables debilidades la prostitución de todos sus sentidos al deleite infame. Después de haber gastado medio siglo en pervertir á cuantas jóvenes se ponían á su alcance, abusando de la ignorancia de unas, ultrajando la belleza de otras; después de haber precipitado en un abismo de abyección muchas almas cuyas ruinas no respetan, en lugar de exclamar con David: —*¡ Ten misericordia de mí, Señor !* se mantienen de pie, miran á Dios con altivez y le preguntan, en son de mofa, por qué ha puesto tan poca luz en sus obras. Dios no se apresura á responder á tan insolente pregunta; se calla para dejar á los perversos que duerman contentos de sí mismos, y este es el primer castigo que les inflige: para infligirles el segundo aguarda su hora, y puede aguardarla con paciencia porque es eterno: *patiens quia aeternus.*

Hermanos que leeis estas líneas: evitad las confusiones que tienen reservadas á los soberbios la justicia de los hombres y la de Dios, y procurad

©Biblioteca Nacional de Colombia

mostraros siempre mansos y humildes de corazón, siguiendo este consejo del Señor: "No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan á sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado, y el que quiera ser el primero entre vosotros, ha de ser vuestro siervo, al modo que el Hijo del Hombre no ha venido á ser servido, sino á servir y á dar su vida para redención de muchos." (1)

¡Adorable Salvador! Parece como que se hiciera escrúpulo de imponer á nuestra naturaleza un sacrificio sin hacerlo antes para darnos ejemplo. "Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su Tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, á Dios volvía, levantóse de la mesa y quitóse sus vestidos, y habiendo tomado una toalla, se la ciñó. Echó después agua en un lebrillo y púsose á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla que se había ceñido .... Después que les hubo lavado los pies, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo á la mesa díjoles: —'¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro, porque ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho con vosotros lo hagáis vosotros también." (2)

(1) Math., XX, 25-28.

(2) Joan XIII, 1-15.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Imitemos lo mejor que podamos á este divino modelo, procurando estar contentos con hacer el bien por amor al bien, y buscando, como única satisfacción, el testimonio de nuestra conciencia: dejemos que el barro incensee al barro, sin imitar la bajeza del uno ni envidiar la dicha del otro. Digamos: Dios me ve, apruébeme Él, y esto me basta.

Un oficial joven, del ejército francés de Africa, leyó un día este hermoso consejo de la *Imitación de Cristo*: "Gústa de vivir desconocido y de ser tenido por nada," y agregó: "Áma el puesto en que nadie te vea: el tiro hecho en el foso; practica el heroísmo de la noche, y júzgate feliz cuando, perdido en la fila, siguiendo la bandera y los tambores, veas que nadie se fija en ti, porque entonces buscarás la gloria que ilumina el alma y no la quema."

CAPÍTULO VII.

LA PERLA DE LOS MARIDOS.

El matrimonio.—I. Saber escoger.—La justicia.—La libertad. Lo que ha de amarse.—II. El anillo nupcial.—La fidelidad. El respeto.—La protección.—Debe amarse lo bastante para hacerse amar.

Cuando el Omnipotente hubo concluído la obra de la Creación, haciendo al hombre á su imagen, se dijo á sí mismo: *no es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él;* es decir, pongamos la gracia al lado de la fuerza y la ternura al lado de la autoridad, y envió al primer hombre un sueño misterioso; y durante él le puso la mano sobre el corazón, arrancó una parte del escudo que lo cubría y *edificó* á la mujer, *ædificavit*. Tal es la maravillosa palabra que emplea el

©Biblioteca Nacional de Colombia

Espíritu Santo, como para darnos á entender que el Artista Supremo quiso hacer una obra maestra, una cosa grande, graciosa, completa, prodigando hasta en los pormenores los tesoros de su sabiduría. Al despertar Adán, le presentó á la que debía duplicar su dicha participando de ella, y Adán, arrebatado al verla, se miró á sí mismo en ella y pronunció esta primera palabra de amor :—" Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Llamarse há, pues, hembra, porque del hombre ha sido sacada. Por cuya causa dejará el hombre á su padre y á su madre, y estará unido á su mujer, y los dos vendrán á ser una sola carne ;" (1) y Dios bendijo á la feliz pareja, y le dijo :—*Creced y multiplicáos.* Tal fué el primer matrimonio celebrado en presencia del cielo, que estaba atento, y de la tierra que lo miraba conmovida: Dios lo quiso y Dios lo bendijo, y nada más podía hacer para enseñar á los esposos cómo debía reinar entre ellos una igualdad subordinada, y cuán íntima, tierna y sagrada debía ser para siempre su alianza.

Jesucristo vino más tarde á honrar esta unión con su asistencia á las bodas de Caná, y á proscribir para siempre el divorcio y la poligamia, proclamando de nuevo la unidad é indisolubilidad del lazo conyugal, y por fin, á elevar este lazo á la dignidad de sacramento que simboliza la unión de Cristo con la Iglesia, y que los fieles deben recibir en estado de gracia. Los Padres de la Iglesia han alabado la dignidad del matrimonio, sin desconocer por eso las angustias y peligros que lleva consigo. " La Iglesia forma su nudo, dice Tertuliano ; la ofrenda del augusto sacrificio lo confirma ; la bendición del sacerdote le pone el sello, los ángeles sirven de testigos y el Padre Celestial lo ratifica." (2)

(1) Génes. II. 23-24.

(2) Tertul. *Ad rexorem*—lib. III.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Visto por su lado serio, este estado moraliza al hombre que entra en él, atándole á sus deberes con los lazos más fuertes y sagrados con que puede atársele. Como esposo y padre, el casado tiene en torno suyo un mundo al cual le toca proteger, amar, servir, edificar y hasta regocijar; un mundo que ha de vivir de sus labores, fortificarse con sus ejemplos, honrarse con sus obras y ser feliz por él, y tánto puede el sentimiento íntimo de esta misión y de la responsabilidad que ella apareja, que basta para afirmar al hombre en el partido del orden, ó para atraerle á él, y no pocas veces trueca al impío en cristiano. (1)

¡Pero cuán raros son los hombres que saben comprender lo que hay de grande en ese estado; abrazarlo con discernimiento y cumplir como cristianos los deberes que de él se derivan! Hay hombres que se casan por medrar; otros que lo hacen por vengarse de sus parientes, y no faltan algunos que se casen por casarse: el sabio se casa por corresponder á una vocación y consulta á la prudencia para elegir.

I

"I. Entre las jóvenes una es mejor que otra. Quien posee una buena esposa, comienza á formar un patrimonio; tiene una ayuda semejante á él, y una columna de apoyo. Dichoso el marido de una mujer virtuosa, porque será doblado el nú-

(1) San Francisco de Sales honraba en los casados el sacramento que habían recibido. A un mercader de París que fué á verle, le dió alojamiento en su propia casa, y todas las noches, después de la cena, lo acompañaba hasta su alojamiento. Como el hombre, confundido al ver tanto honor, le suplicara que no obrara así, el Santo Obispo le preguntó si era casado.—Nunca lo he sido, contestó el mercader.—Pues siendo así, le dijo San Francisco, ya que ambos somos solteros, os trataré con más familiaridad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

mero de sus años. La mujer fuerte es el consuelo de su marido, y le hace vivir en paz los años de su vida. Ora sea rico, ora sea pobre, tendrá contento el corazón, y se verá alegre en todo tiempo su semblante. La gracia de la mujer hacendosa alegra al marido y le llena de jugo los huesos. Lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa." (1)

Pero si estas son palabras del Espíritu Santo, también lo son las siguientes:

"Sufrirá uno cualquiera llaga, mas no la llaga del corazón, y cualquiera maldad, mas no la maldad de la mujer. No hay ira peor que la ira de la mujer. Gime el marido en medio de sus vecinos, y escucha lo que dicen de ella, y suspira con disimulo. La mujer de mala ralea aflige el ánimo, y abate el semblante, y llaga el corazón del marido. La lengua de la mujer celosa es un azote que alcanza á todos. Como el yugo de bueyes que está flojo, así es la mujer mala: quien la toma cuente que toma un escorpión. Más vale habitar en el desierto que vivir con una mujer rencillosa y colérica. Casa con goteras en tiempo de invierno y mujer rencillosa, son dos cosas que van á la par: quien quiere contenerla á ésta, es como el que intentare detener al viento ó trabajare para estrechar el aceite dentro de su mano. El padre y la madre dan las casas y las riquezas; pero sólo el Señor da al hombre una mujer prudente." (2)

II.—El joven cristiano hace más, porque toma sus medidas para llevar á su hogar, como primer elemento de felicidad, la justicia. Se sorprenderá alguno de lo que acabo de decir, pero es verdad que la justicia está desterrada de muchos matri-

(1) Eccli. XXXVI y XXVI - passim.

(2) Eccli. XXV - XXVI.

©Biblioteca Nacional de Colombia

monios. No basta que las formalidades exteriores se llenen en debida forma, porque el matrimonio consiste esencialmente en la convención mutua de dos seres que se dan el uno al otro y excluye el engaño y la perfidia. Y engaño, perfidia, iniquidad hay en tántos casos en que la esposa se ve obligada á trocar el vestido blanco y la corona de azahares por la librea de enfermera, porque no se ha casado sino con enfermedades, con escombros; porque le ha tocado uno de esos jóvenes viejos que no dan á un ser puro, en cambio de su juventud y de su sinceridad, sino una alma marchita, un corazón estragado, un cuerpo gastado por el desorden, y venas en que circulan, más bien que sangre, las medicinas con que se curan males vergonzosos. (1)

"Amigo, hijo de tu madre y hermano de tu hermana; hijo de tu madre que te dió á luz guardando la sagrada honestidad del matrimonio; hermano de tu hermana, cuya virtud honras y guardas: no deshonres en ti mismo eso que respetas en tu madre y cultivas en tu hermana, ese gran bien que te hace hombre! Sé casto, amigo, y conserva en la carne frágil el honor de tu alma, la fuente de donde se derrama la vida y donde florece el amor. Guarda para tu futuro tálamo intimidades santas y caricias que el cielo y la tierra puedan bendecir: sé casto para que puedas amar por largo tiempo y ser amado de la misma manera. Hay en el mundo, entre tu madre y tu hermana, entre tus mayores y tu posteridad, una criatura débil y bondadosa que te está destinada por Dios y que, oculta á las miradas de todos, alimenta en silencio la fidelidad que ha de prome-

(1) Si hay tantas mujeres desgraciadas es porque hay muchos maridos de quienes puede decirse que salieron jóvenes de la juventud.

©Biblioteca Nacional de Colombia

terte un día; una criatura que vive ya para ti, aunque no te conoce, y que te sacrifica sus inclinaciones y se echa en cara, como una falta, lo que pudiera contrariar más tarde el más pequeño de tus deseos. Guárdale tu corazón como ella te guarda el suyo; no le lleves ruinas en cambio de su juventud, y ya que ella se sacrifica por ti con amor anticipado, haz á ese amor un justo—aunque te parezca sangriento—sacrificio, allá en los repliegues de tus pasiones." (1)

III.—El joven cristiano no se contentará con llevar á su matrimonio la justicia, sino que buscará para su prometida la libertad. No seré yo quien ataque en lo más pequeño la autoridad sagrada de los padres, que en asunto tan grave como el matrimonio, son los guías naturales de sus hijos, á quienes deben sus consejos; consejos que los hijos han de escuchar con la mayor deferencia, como que ordinariamente son dictados por el más sincero de todos los amores, auxiliado por una experiencia larga. No seré yo quien ataque la autoridad paterna; pero es preciso que los padres se acuerden de que abusar de su autoridad en circunstancias de que dependen la felicidad ó la desgracia de sus hijos para toda la vida, es cometer una especie de infanticidio. Guárdense de oponer, por razones de interés, su propia voluntad á la de Dios, apartando á la doncellita de las bodas que aspira á contraer con el divino esposo, para imponerle un yugo que aborrece, y si es que ella consiente en dar su corazón á un hombre, hagan de modo que ese corazón tenga voz en el consejo cuando se trate de elegir. Así la niña encontrará en sus padres la luz del amor y nunca la tiranía del egoísmo.

Por desgracia no todos los padres comprenden

(1) Lacordaire, Conf. LXI.

©Biblioteca Nacional de Colombia

así su deber, y hay muchos que no consultan en este negocio sino las conveniencias de familia ó de posición; muchos que, en su conducta, no tienen otro móvil que su propio interés disfrazado con apariencias de ternura. Inglaterra y Francia pueden gloriarse de haber suprimido ese oprobio de las naciones civilizadas que se llama *la trata de negros;* pero no han borrado otro oprobio de las naciones modernas que se llama.... ¿me atreveré á decirlo?... se llama *la trata de blancas.* (1)

Gracias á estos innobles mercados se ve todos los días á una multitud de víctimas adornadas para el sacrificio y arrastradas al altar á pronunciar temblando una mentira. Gracias á este azote, se ve á tantas infelices mujeres condenadas á maldecir en su corazón á los autores de su martirio, mientras beben gota á gota el amargo cáliz que no acabarán de apurar sino cuando acaben de vivir.

Un joven generoso jamás se hará cómplice de estas malvadas combinaciones, y si consiente en dar su corazón á la que le destinan, será con la certidumbre de que ella consiente por su parte en aceptarlo, impulsada por un motivo más dulce, y al propio tiempo más fuerte que el de la obediencia, porque sabe que la libertad recíproca es condición indispensable para el amor, y que un matrimonio sin amor es una zarza sin rosas. La elección recíproca es la que da sabor á las más nobles

(1)—Mamá: yo no lo quiero; lo aborrezco, ¡es tan feo!—Así es, hija.—¿Pero qué quieres? Esto tiene que hacerse, porque en este matrimonio todo es bueno, *menos él.*

Entre nosotros, el abuso que denuncia aquí el autor es harto raro, si existe; pero en cambio, y gracias á los dramas, á las novelas y á la mala educación, empieza á ser común que las niñas contraigan esponsales sin consultar á sus padres y se casen violentando la voluntad de éstos. Aquí no son las niñas las que sufren violencia, sino los padres, y los jóvenes suelen fomentar la mala disposición de las niñas, entablando y manteniendo con ellas sus relaciones de prometidos esposos de una manera clandestina. (Nota del traductor).

©Biblioteca Nacional de Colombia

alegrías del corazón, porque hay dicha en escoger y mayor dicha en ser escogido. En la inmensidad del tiempo y del espacio, y por entre las mil combinaciones de la creación, llegan á encontrarse dos seres: no se conocían, pero se reconocen á la primera mirada como si se hubieran dado cita desde la eternidad, y se ligan por medio de una preferencia recíproca que á entrambos los honra, y que, si lisonjea su orgullo, lo lisonjea por el lado más puro y venerable que puede hallarse en él. Nada sobrepuja al encanto virginal de este instante solemne; las tempestades de la vida pueden llevarse muchas otras impresiones, pero ésta nunca pierde la frescura, y, por el contrario, retrotrae á los esposos cristianos, cada día con nuevo encanto, al instante en que tuvieron la dicha de elegir y de ser elegidos. Pero la elección es imposible sin la libertad, y la libertad es la que da valor á la preferencia que no confiere honor ni engendra gozo sino porque es acto de soberano. (1)

IV.—El joven cristiano hará todavía más, porque pedirá al objeto de su preferencia garantías de perpetuidad para su amor.

Podrá buscar la riqueza, porque la riqueza sirve para mucho en manos de un hombre prudente y generoso, pero no porque en ella se encuentre la felicidad, pues en muchos casos no se encuentra ni aun la fortuna, siendo no pocos los que pueden repetir después de triste experiencia: *si quieres arruinarte, cásate con mujer rica.*

Podrá, dentro de cierta medida, dejarse guiar en su elección por el atractivo de la belleza; de la belleza que, sin traer siempre la felicidad, vale más que la riqueza, porque es la que inspira amor.

(3) Nobleza obliga, sin duda; pero el respeto que merecen las almas debe sobreponerse, en ciertos casos, al que merecen las jerarquías sociales: si el Verbo de Dios hubiera temido tanto las alianzas desiguales como ciertos marqueses, jamás se habría casado con la naturaleza humana.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Puede un hombre hacer por otro cuanto la bondad más ingeniosa es capaz de inspirar; pagar sus deudas; salvarle el honor, granjearle una brillante reputación, y hasta exponer su vida para sacarle de un peligro: con todo esto le inspirará sin duda gratitud ardiente; le hará soñar con los medios de pagar el beneficio y afligirse por no poder igualarlo en las manifestaciones de su reconocimiento; pero no alcanzará lo que la belleza puede alcanzar en un momento y con una sola mirada. Ante la belleza el joven olvida su orgullo y se prosterna sin sentir rubor. Basta que ella le haga una señal para que considere como una dicha dar la vida por una nonada, ó que le devuelva una sonrisa en cambio de un servicio para hacerlo delirar de alegría. Al encontrar á Beatriz en el Paraíso, el Dante quedó de tal manera ahogado en la alegría de su visión, que Beatriz, para sacarlo de su éxtasis, hubo de emplear las palabras sublimes que pintan, más que ninguna otra cosa, el encanto mágico á que sólo la virtud es capaz de sobreponerse: mira un poco los esplendores que te rodean, porque no todo el cielo está en mis ojos.

Puede un joven ser prudente sin despreciar este encanto; pero el que lo es de veras buscará ante todo otra cosa, otro tesoro que no tiene reemplazo cuando se trata de dar la felicidad haciendo estable el amor: si queréis saber cuál es, voy á decíroslo.

Abraham, siendo ya viejo, envió á su siervo Eliécer á buscar una esposa para su hijo Isaac, y el fiel criado, cuando llegó á Mesopotamia y á la ciudad de Nacor, se detuvo á la entrada, cerca de un pozo, á la caída de la tarde y hora en que las mujeres iban á coger agua, haciendo á Dios esta oración:—" Señor Dios de mi amo Abraham, asísteme, te ruego, en este día, y sé propicio á Abra-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ham mi amo. Hé aquí que yo estoy cerca de esta fuente, y las hijas de los moradores de esta ciudad vendrán á sacar agua. La doncella, pues, á quien yo dijere:—Baja tu cántaro para que yo beba, y ella respondiere:—Bebe, y aun á tus camellos también daré de beber, esa es la que tú tienes preparada para tu siervo Isaac, y en eso conoceré que has sido propicio á mi amo." (1) El fiel criado no dijo:—"Señor, destina para esposa de mi amo á la que sea más rica ó más hermosa, sino que estableció, como señal de la elección del Altísimo, un acto de virtud: no excluyó ni la belleza, ni la riqueza, pero quiso para corona de ambas la bondad.

La virtud, belleza de una alma inmortal y pura, es la perla preciosa que un joven prudente no hallará nunca demasiado cara. Así lo juzgaba en otro tiempo el joven Luis de Turingia, prometido esposo de Isabel de Hungría, y conocedor de las críticas de que su prometida era objeto entre los señores de la Corte. Cierto día en que cazaba, uno de sus caballeros, que se había tendido cerca de él sobre la yerba, le dijo de repente:—"¿Qué pensáis hacer, señor, con la señorita Isabel: casaros con ella, ó restituírla á su padre?" Luis se puso de pie, y señalando con la mano á Incelberg, le contestó:—"¿Ves esa montaña? Pues bien: si fuera de oro puro y me la dieran con la condición de que despidiera á mi Isabel, ni por eso lo haría. Piensen y digan los demás lo que les parezca, que por lo que á mí hace, digo que la amo, y que no amo otra cosa en la tierra. Quiero poseer á mi Isabel, más cara para mí por su virtud y su piedad que todas las riquezas del mundo. Díselo así, y dále esto como una nueva prenda de mi fe." Al decir esto esculcó su escarcela y sacó un espejito de Oriente que tenía pintado un Cristo en el vi-

(1) Génesis, XXIV.

©Biblioteca Nacional de Colombia

drio, y lo dió al caballero que se lo llevó á Isabel, á quien repitió palabra por palabra lo que le había dicho Luis. Isabel sonrió mostrando grande alegría, abrió el espejo, y al ver la imagen de Cristo la besó con amor y la estrechó contra su corazón.

Joven que esto lees: admira, imita este ejemplo y no te burles. Presto te hallarás al pie del altar, y allí prometerás á tu novia amarla *siempre;* si te casas con la virtud puedes pronunciar esta palabra con seguridad y sin temor de mentir, porque tu amor podrá resistir á todas las tempestades y á todas las pruebas, hasta á la del tiempo que trae consigo el cansancio y el deseo de cambiar, y por cortejo las arrugas, las enfermedades y ese desmedro universal que se llama vejez, y desafiará á este enemigo, porque la virtud es como el buen vino, que se pone mejor haciéndose añejo, ó más bien diré que, sostenida por la belleza de Cristo, que es su aroma, no envejece sino que puede decir en todo tiempo como el sacerdote: *me acercaré al altar del Dios que regocija mi juventud.* Pero si te casas con un poco de oro ó con ese don frágil que se llama belleza corporal, no prometas amar siempre, porque mentirás. Cállate: un contratiempo bastará para reducir á la nada la fortuna que te sedujo, y una pesadumbre ó una enfermedad para poner pálido el rostro, hacer caer los dientes ó encanecer los cabellos que te cautivaron, y trocar tu palacio en una pocilga. ¿Qué te quedará entonces para amar? nada, y á tus alegrías del primer momento sucederá el disgusto; y la eternidad que habías jurado se volverá nada porque te habías casado con la materia, y la eternidad no pertenece á la materia.

El mundo, sin embargo, no lo comprende así, y todos los días vemos acciones que se casan con acciones, campos que se casan con viñas, ó títulos

©Biblioteca Nacional de Colombia

que se casan con oro, y á hombres cobardes que miran esto como una industria lícita, y que emplean para conseguir su objeto la astucia y la hipocresía, curándose de todo menos de saber si son amados, y que consienten, para conseguir su objeto, en labrar la desgracia de una mujer y hacerse aborrecer de ella, porque se reservan el derecho de consolarse en otra parte del desprecio que le inspiren.

Otras veces son caras las que se casan con caras, ó actitudes las que se casan con actitudes bajo el imperio de la fascinación que les ha ocasionado la lectura de una novela ó el entusiasmo pasajero de un baile. Pero por lo que hace á la virtud pocos hay que la busquen, y muchos que le tienen miedo; muchos que en lugar de llamar, como Tobías, la bendición de Dios sobre el misterio que, por muchas alegrías que traiga, espanta al alma honesta, comienzan por ofenderle con una fiebre que no sabe aguardar. Por esto se oyen tántos suspiros que espantan á los ángeles custodios del hogar doméstico, y por esto tántos desgraciados cuentan sólo dos días felices: el de las bodas y el del entierro. (1)

II

No basta que al tiempo de recibir el Sacramento del Matrimonio se llenen las condiciones

(1) No sabemos que haya mentecato que revuelque en el fango, antes de estrenarlo, el vestido de gala que se ha mandado hacer para los días de fiesta; pero lo que ninguno hace con el pedazo de tela que al fin irá á parar en un basurero, por rico y vistoso que parezca el día del estreno, muchos lo hacen con la que destinan para compañera de su vida, guardadora de su honra y gloria de su hogar, y así, por no saber sobreponerse á una pasión insensata, envilecen á la que más debían honrar, matan los sentimientos de dignidad y recato de que tánto han de necesitar después y se tejen con frecuencia para luégo una corona de dolor y de ignominia.—(Nota del traductor).

©Biblioteca Nacional de Colombia

que exigen, de acuerdo con la fe, la razón recta y el corazón: el cristiano debe ser bastante generoso para cumplir las obligaciones que ese estado le impone, y que consisten, para el hombre, en procurar que se llenen los fines con que debió tomarlo. Esos fines se reducen á tres: perpetuar la especie, apaciguar los sentidos y obtener lícitamente las fruiciones propias de la vida de familia. Nada diré de los dos primeros, no sea que me queme los pies por andar en un suelo demasiado ardiente, y paso al último.

Cuando los novios comparecen ante el sacerdote, el varón le presenta un anillo que el sacerdote bendice y le devuelve para que lo ponga en el dedo á su prometida. ¿Qué significa ese anillo? ¿Es acaso un poco de oro sin palabra ni vida? No: es el símbolo de una grande idea; símbolo del cual se desprenden grandes deberes. ¿Veis esa bandera que flota en la cima de los monumentos públicos? materialmente es un pedazo de trapo puesto en la punta de un palo; pero en ese trapo flotan, se agitan y viven todas las glorias nacionales: en los pliegues de ese harapo tricolor están los corazones de millones de ciudadanos, que palpitan con los mismos recuerdos, se estremecen con el mismo orgullo y sienten la fiebre de un mismo amor, y cuando es preciso lavar un insulto hecho al harapo, millares de hombres ofrecen su sangre. Pues bien, si las cosas pequeñas admiten comparación con las grandes, en el anillo bendito debe ver el esposo cristiano su bandera, el memorial de sus juramentos, el símbolo de la unión de dos almas que no han de hacer en lo sucesivo más que una, lo mismo en los sacrificios que en las alegrías de un amor perpetuo.

I. De ese anillo, ó más bien del amor á que sirve de símbolo, se desprende, como primer deber

©Biblioteca Nacional de Colombia

para el esposo, una inviolable fidelidad. El matrimonio fué, desde su origen, uno é indisoluble, y si en la serie de los tiempos las pasiones desconocieron en él estos dos caracteres, Cristo, que todo lo restauró, devolvió á la alianza conyugal su santidad primitiva y le dió nueva fuerza con sus palabras: *Serán dos en una misma carne*, no más que dos, y tan íntimamente unidos, que harán como uno solo; mejor dicho, no serán ya dos: *Jan non sunt duo*, sino uno. No son ya sólo sus destinos sino sus naturalezas las que se hallan íntimamente unidas, y de aquí concluye el Señor: *lo que Dios unió no lo separe el hombre.*

La Iglesia, como fiel heredera de las enseñanzas de su Autor, ora así por los esposos en la ceremonia nupcial: "¡Oh Dios, que consagraste con tan excelente misterio la unión de los esposos, que su alianza representa la sagrada alianza de Cristo con la Iglesia! ¡oh Dios, por quien la mujer se une al varón, y que habéis bendecido su unión, de tal manera, que ni por la pena del pecado original, ni por la sentencia del diluvio fué destruída! ¡oh Dios, que tenéis en vuestras manos los corazones, y cuya Providencia conoce y gobierna todas las cosas, de suerte que ninguno puede separar lo que habéis unido ni hacer desgraciados á los que bendecís! os suplicamos unáis las almas de estos esposos, siervos vuéstros, é inspiréis á sus corazones sincero y mutuo afecto para que no hagan más que uno en vos, que sois el solo Dios verdadero y el solo omnipotente." (1)

En este punto el corazón está de acuerdo con la Iglesia, con el Evangelio y con el Génesis; no puede haber amor entre tres, sino sólo entre dos,

(1) Esta oración tiene algo de la que se reza después del *Pater Noster* en la misa nupcial, pero no es la misma, y se usa sin duda en Francia.—(Nota del traductor).

©Biblioteca Nacional de Colombia

ni es posible representarse un afecto que una tres almas, semejante en naturaleza al que une á dos. El amor es exclusivo, y cuando el corazón se da, no se da más que á uno, de tal manera que ha sido necesario todo el poder de Jesucristo para ensancharlo por la caridad, sin disminuír su energía. No puede amarse más que á uno, y no por tiempo determinado, porque cuando el corazón ama, quiere amar siempre. ¿Dónde se dará un sér bastante cobarde para calcular el tiempo en que dejará de amar, ó bastante indigno de concebir y de merecer afecto para vivir con la persona que ama, en el supuesto de que su cariño durará sólo por cierto tiempo? No: el que ama una vez está persuadido, en ese momento al menos, de que amará siempre con el ardor de la juventud, y si en esto hay una ilusión que frecuentemente se desconoce, es ilusión que nos honra.

Bien sé que el corazón tiene sus inconstancias, y no se me oculta que la vida de familia tiene sus pruebas,—cosa natural, como que estamos amasados con imperfecciones;—pero el matrimonio, que no es otra cosa que la subordinación del amor á la justicia y del apetito al deber, se ha establecido precisamente para oponer un dique á las inconstancias del corazón y á las aspiraciones del egoísmo. Al contraerlo presta el hombre un juramento como medida de precaución contra sí mismo: recibe un corazón en cambio del que da, y declara que no podrá ser infiel sin hacerse perjuro y ladrón al propio tiempo que cruel.

Esposos que esto leeis: ahorrad á vuestras esposas la angustia con que debe decirse á sí misma la mujer á quien se ha hecho traición:—"Ya no me quiere: Dios no me dotó con bastante mérito para que pudiera obligar á permanecerme fiel á ese corazón que me pertenece, y ahora serán para

©Biblioteca Nacional de Colombia

mí las cargas y las cadenas en medio del abandono y de las lágrimas, y para otra su amor y todos los tesoros que contiene." Practicad este consejo del Sabio: "Vive alegre con la esposa que tomaste en tu juventud. Sea ella para ti como cierva querida y como gracioso cervatillo: busca siempre tu placer en su amor." (1)

II.—El anillo nupcial debe traer á la memoria del marido, como segundo deber, el respeto. El afecto más caro, profundo y tierno; el que da mejor idea de la felicidad, hasta donde el hombre puede gozarla sobre la tierra, es el que une á un esposo con su legítima esposa; pero allí donde hay afecto, hay comunicación de dignidad. El verdadero amor no ultraja nunca, sino que respeta, honra y hasta venera, de tal manera que si el alma se complace á veces con la idea de fijar su cariño en un objeto que esté más abajo, es para darse el placer de levantarlo hasta su propio nivel. Dios mismo experimenta este delicado sentimiento, y por eso ha hecho por el hombre lo que ha hecho. Tan verdadero me parece esto, que me figuro al hombre de corazón magnánimo, buscando la gloria que le procuran el valor ó el talento, únicamente para proporcionarse la alegría de enaltecer á una esposa querida poniendo á sus pies esa gloria.

Por otra parte, los derechos de la mujer al respeto del hombre se apoyan en dos títulos que el hombre no puede desconocer jamás: su grandeza y su debilidad, y por esto el hombre de corazón generoso se miraría como degradado si llegara á

(1) Prov. V, 18-19. Para mantener fiel á la esposa, el esposo debe desconfiar de sus amigos, acordándose un poco de estas palabras de Labruyere: "No hay rival que no sea presente llevado por el marido á su mujer." Por lo demás, el hombre tiene un medio seguro de ser confiado sin peligro, y es portarse de modo que no puedan establecerse con él comparaciones.

©Biblioteca Nacional de Colombia

olvidarse de sí mismo hasta poner manos violentas en su compañera. Semejante brutalidad le excluiría del mundo civilizado; haría de él un bárbaro y un bárbaro infeliz, porque el acto de golpear á la esposa constituye una especie de suicidio. El esposo cristiano no sólo no llegará á este exceso, sino que llevará su delicadeza hasta no permitirse dirigir á su esposa una palabra hostil ú ofensiva en presencia de un tercero, y hasta imitará la circunspección de Tobías guardándose de hacerle sentir demasiado presto que es señor y que tiene derechos.

La esposa que entra por primera vez á la cámara nupcial puede compararse á Cristóbal Colón cuando se aventuraba en mares desconocidos, y el esposo cristiano debe acordarse de que, si el amor es la más dulce de todas las armonías, la mujer es una lira tanto más admirable cuanto más delicada, y que es preciso conocer sus cuerdas sensibles y pulsarlas con tiento, estudiando antes el diapasón, no sea que se rompan esas cuerdas con un mal proceder, con una falta de miramiento ó siquiera con un olvido, y menos aún con la impaciencia febril de un amor que cesa de ser legítimo á fuerza de delirar. "Maridos, diré á los hombres con San Pedro, vivid prudentemente con vuestras mujeres, tratándolas con honor y discreción como á sexo más flaco y como á coherederas de la gracia que da la vida." (1)

III.—El anillo debe recordar al esposo todavía otro deber, que es la protección. Alguien ha definido al niño ángel que necesita de los hombres, y yo creo que podría definirse á la mujer ángel que necesita protector, y que el protector natural es el marido que debe apoyarla, haciéndose de su gracia un motivo de alegría, como el olmo sostie-

(1) I de San Pedro, III-7.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ne la viña al propio tiempo que se engalana con sus racimos. Para cumplir esta misión recibió de Dios inteligencia más vasta, brazos más robustos y valor más perseverante.

Su compañera es para él ángel de buen socorro y de consuelo: á ella corresponde gobernar en los pormenores el estadito que se llama casa, y llevar á él, al propio tiempo que la gracia, la fuerza que da la paciencia y el bienestar que produce la animación. A ella toca enjugar el sudor de la frente del esposo; presentarle su regazo para que recline en él la frente fatigada; calmarlo cuando está agitado y aplacarlo cuando está colérico, hasta hacerlo perdonar. A ella devolverle la esperanza cuando se halla vencido, culpable ó de otro modo humillado; á ella sola hallarle entonces motivos de excusa y pedir perdón para él, sin que por eso crea rebajar su altivez; á ella, en fin, aliviarlo cuando está enfermo, haciéndose para él como el hada de la fábula que todo lo adivinaba, que todo lo reanimaba con su soplo, que todo lo preveía y á quien el amor defendía de la necesidad de dormir. (1)

Tanta delicadeza debe pagarla el hombre con el apoyo que dé á su esposa como más fuerte, protegiendo en ella vida, honor y salud, y rodeándola de todos los cuidados que el débil puede esperar del que tiene vigor. Esto lo hará principalmente trabajando para proporcionarle no sólo la subsistencia sino el bienestar, tarea que no puede dejar de ser grata para el esposo que se siente amado. Cuando el labrador ó el artesano quiere tomar aliento en medio del trabajo, un buen espíritu le toca la frente, le enjuga el sudor, le fortifica la mano desfalleciente, y hace todo esto porque le

(1) ¡Cuántos esposos, vencidos en el juego de azar, ó en el de las pasiones, han visto en su esposa la carta salvadora!

©Biblioteca Nacional de Colombia

dilata el corazón: ¿Sabéis *cuál es ese ángel bueno?* es el recuerdo de la esposa querida que quedó en casa meciendo la cuna del niño; preparando la comida para la noche, y que lo aguarda allá para pagarle, con una caricia, el mejor salario del trabajo del día. Ese era el salario de San José, á quien María pagaba con una mirada inefable, y Jesús con una sonrisa venida del cielo, la pena que se había tomado para ganarles, sin quejarse, el pan de cada día.

No quiere decir esto que el marido abdique sus derechos; derechos que debe conservar intactos hasta para cumplir su ministerio de protector: es el jefe de la familia y ha de saber mostrarse tal y desplegar las cualidades de señor,—sin ser por eso déspota,—para que la esposa lo respete y lo estime, porque la mujer no ama sino al que ve grande y fuerte. Para que el amor viva en su corazón es preciso que vea en su marido un hombre á quien no falta para ser grande más que la ocasión, porque sabe que debe tener en él un protector, y que el ser en que otro ser se apoya ha de ser capaz de resistir todo ataque. La esposa es como el astro de la noche, que sólo brilla con la luz que recibe del sol, y por eso se complace en resplandecer con la gloria de su marido y no le perdona que se parezca á ella. La mujer que ha llegado á reírse de su marido, presto pasa del desprecio al odio, y se ríe de él siempre que lo ve pequeño. (1)

IV.—Finalmente el anillo nupcial, al decir al esposo que debe amar á su esposa, le enseña también que debe mostrarse bastante amable para

(1) Ciertos maridos hay que no temen la prosa y descansando con deplorable seguridad en su título de maridos, no se curan de cultivar la poesía en sus personas ni en su conducta. Los que así proceden no advierten que el título de marido, por glorioso que sea, no basta para hacerlos amables si en ellos se ven miserias.

©Biblioteca Nacional de Colombia

hacer la feliz. "El amor, dice San Juan Crisóstomo, es el alma de la mansedumbre, de la templanza y de todas las virtudes domésticas, y no hay nada capaz de resistirle, porque es fuerte como la muerte. Nunca digáis, durante vuestra unión, que tenéis una mujer altanera, colérica, llena de defectos y de caprichos, porque debéis tener en cuenta que la mujer es débil por naturaleza y que en el hombre reside la fuerza. El día que la mujer se dió á su esposo, lo reconoció por su cabeza y le entregó el cetro para que gobernara al ser más débil. Esposos: no cambiéis vuestra tutela en opresión; honrad vuestro mandamiento y no olvidéis que la autoridad se envilece cuando se cambia en tiranía. Acordáos del día en que la recibisteis por esposa de manos de los que le habían dado el ser: su padre la confió como depósito sagrado á vuestra fidelidad y á vuestro honor; de los brazos de su madre pasó á los vuéstros; de vuestra casa hizo su casa y así vinisteis á serlo todo para ella. Después de Dios, ella es la que, dándoos hijos, os ha elevado á la gloriosa categoría de padres, y por todas estas razones no debéis haceros sus tiranos. Si os ocasiona alguna pena, no la agravéis con vuestros arrebatos, que con ellos lo echaréis á perder todo, porque la mayor desdicha que puede haber para un esposo es no poder vivir en paz con su esposa. (1)

En cuanto cabe esta comparación, puede decirse que el marido desempeña para con su esposa la función que San Pedro para con los elegidos, es decir, que tiene en su mano las llaves del cielo; pero para abrir á su compañera tan feliz morada, es preciso que el esposo cristiano se acuerde de que esa compañera tiene alma y alma que necesita vivir y tiene derecho de vivir, y que,

(1) S. Crist., Homilia 26, in epist., 1 ad Corint.

©Biblioteca Nacional de Colombia

en vez de cortarle las alas, inicie y favorezca su vuelo. La mujer aprende lo que ve en aquél á quien ama, y por eso el marido, según que comprenda su misión ó que la olvide, puede hacer de ese niño grande que tánto lo quiere, inquieta mariposa que lo arruine y acaso lo deshonre para matar el fastidio, ó mujer admirable que lo comprenda y regocije. Ha de mostrarse atento y consagrado á su esposa, aunque sea sólo para evitarse la mortificación de concebir celos; ha de dar al corazón que depende de él lo que Dios se complace en dar á las flores: los rayos del sol y las perlas del rocío. Así se ahorrará el dolor de ver consumirse ese corazón y oír cierta voz que le grita en presencia de la lámpara que se apaga: has hecho de una criatura delicada y amante un mueble vulgar; has ahogado en el sudario del fastidio una alma que quería vivir para consagrarse á ti, y trocado en cadena de cautivo el lazo indisoluble destinado por la Providencia á evitarnos caídas y atarnos al Cielo. El amor ha sido hecho para dar la vida, y tú has dado á tu compañera la muerte porque sólo quisiste gozar y no supiste amar.

Para hacer la felicidad de una esposa, el marido se guardará de incurrir en ciertos defectos, aunque algunas mujeres los estimen más que las mismas virtudes; por ejemplo, si la esposa teme ser madre, le hará comprender que teme una gloria muy grande, y que se espanta con lo que debe mirar como una gran felicidad; si quiere arrastrarlo á bajezas para satisfacer deseos ambiciosos, sabrá decirle: querida, permanezcamos oscuros si así es preciso para ser honrados; si trata de mezclarlo en sus querellas y hacerlo participar de femeninos rencores, sabrá evitar el lazo y conservar los amigos que merecen su estimación, y por fin, cuando quiera realizar dispendiosos caprichos, sa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

brá mostrarse inflexible, sin ser duro, aun cuando ella, viendo inútiles los halagos, apele á las lágrimas y á los desmayos.

Si la mujer tiene el derecho de detestar ciertos defectos, debe tener también el de exigir que su marido muestre las virtudes que á ellos se oponen: uno de los peores entre esos defectos es tener un carácter impaciente y arrebatado. San Francisco de Sales tenía un hermano, también sacerdote, pero de una índole que formaba contraste con la del Santo Obispo, y en cierta ocasión en que el tal hermano se había mostrado más áspero que nunca, el Santo acabó por decirle:—"¿Sabéis que habéis hecho feliz á una criatura?—¿A cuál? replicó el otro.—A la mujer con quien os hubiérais casado á no tomar otro camino. ¡Cuántos maridos hay que podrían merecer el mismo elogio si se hubieran hecho recoletos! ¡Cuántos á quienes sus mujeres desearían ver en un convento para no sufrirlos disipadores, maniáticos, regañones, desaseados ó celosos." (1) A éstos decía con sobra de razón una mujer de talento:—"Los hombres nos predican á todas horas la sumisión porque les parece más cómodo enseñarnos á sobrellevar sus defectos que aplicarse á corregirlos."

Esposos cristianos, miráos con ojo imparcial y preguntad á la conciencia si no habrá, en vuestra conducta ó en vuestro carácter, algo que sirva para hacer contraer méritos á vuestras esposas ejercitando su virtud. No les seais amargos. *Nolite amari esse ad illas;* procurad, haciendo esfuerzos generosos, reemplazar en vosotros cada defecto con una cualidad y cada vicio con una virtud, en primer lugar por amor de Dios y en segundo por

(1) Hay hombres que huyen de su casa como de una cárcel, para convertir en su hogar el café ó el corrillo. Estos deberían pensar que una esposa sola y abandonada necesita mucha virtud para no aceptar la compañía que le ofrezcan.

©Biblioteca Nacional de Colombia

amor á aquella á quien debéis la felicidad. Otorgadles sobre todo la alegría, que quizás hace largo tiempo piden á Dios en silencio, de veros caminar á su lado por la senda que conduce al eterno amor.

En nuestros días más que nunca la mirada del Altísimo, al caer sobre nuestras ciudades, puede contemplar un espectáculo por cierto bien doloroso: bajo el mismo techo, en la misma mesa, en la más grande de todas las intimidades, hay con frecuencia un elegido y un réprobo; una mujer fiel y piadosa y un marido indiferente y por lo mismo infiel; una mujer que ora todos los días, que comulga con frecuencia, y, en una palabra, que practica su religión porque la ama, y la ama porque la conoce, y un marido que ya no sabe persignarse, que no comulga jamás y que desprecia ó calumnia la religión que practica su esposa, porque no la conoce. ¡Qué contraste y qué tormento para la mujer cristiana! ¿Y cómo ha de establecerse comunión perfecta de corazones entre dos seres cuyos pensamientos, creencias y esperanzas difieren tánto? ¿Cómo pueden esperar amarse siempre los que andan por distintos caminos, ó cómo se amarán á gusto los que saben que presto han de quedar separados, y eternamente separados?

Hermanos que esto leeis: ¿no habéis creído notar algunas veces en la sonrisa de vuestra angelical compañera, y en medio de las delicadas atenciones con que embalsama vuestra vida, una sombra de melancolía con la que os da á entender que su dicha no es completa? Se calla por consideración ó por timidez y se contenta con orar en silencio, y acaso con llorar en secreto; pero si se atreviera á hablar os diría lo que yo acabo de deciros, y os haría entender que aguarda, para celebrarlo como el más feliz de su vida, el día en

©Biblioteca Nacional de Colombia

que le digáis:—Angel mío, tu Dios será mi Dios, tu fuerza será mi fuerza y tu guía será mi guía, porque quiero amarte á mi gusto poniéndome en estado de amarte siempre.

El anillo nupcial de San Luis, Rey de Francia, tenía grabado un Cristo en el centro de una corona de lirios y margaritas, ingeniosa alusión á la corona de Francia y al nombre de su esposa, y bajo este gracioso emblema las siguientes palabras, que fueron su divisa y resumieron todos sus amores:—*Dios, la Francia y Margarita.* Esposos cristianos y hermanos míos, haced de la divisa de San Luis vuestra divisa, y la paz descenderá á vuestros tabernáculos con la bendición de Dios; vuestras esposas serán como viñas fecundas en el recinto de vuestras casas; (1) en el hogar de la familia gustaréis alegrías bastante dulces para indemnizaros de todas las pruebas de la vida, y tendréis un asilo contra todas las tempestades de fuera; al rededor de vuestra mesa estarán vuestros hijos como pimpollos de olivos, (2) y recrearán vuestros ojos creciendo en gracia y sabiduría como la esperanza á la sombra del amor, y, en fin, podrá decirse de vosotros lo que el Espíritu Santo dice de Jacob y de Raquel:—"Tánto se amaban, que los años les parecían días."

CAPÍTULO VIII.

EL PADRE.

La paternidad.—I. El derecho de bendecir.—II. Proveer y prever.—Educar.—Suavidad y firmeza.—Ejemplo.—Vocación.—III. Lo que el hijo debe al padre.—Frutos de una bendición.

¿Hay, por ventura, nombre más respetado que el de *padre?* El de Rey ha perdido su prestigio, y

(1) Psalm., CXXVII, 3.

(2) Ibid.

©Biblioteca Nacional de Colombia

no es mucho que esto suceda cuando el mismo nombre de Dios no se halla á cubierto del insulto, sino que mas veces se ve profanado por la audacia de los hombres, y en otras despreciado por los hijos del orgullo que hacen cuanto pueden para no pronunciarlo; pero los siglos y las revoluciones han sido impotentes para destruír la veneración que inspira el título de padre, que por eso se aplica á cuanto lleva consigo la idea de la grandeza ó de la santidad. Al héroe que despliega valor ó talento bastante para fundar una nación ó salvar á su país, la gratitud de los pueblos no encuentra título más hermoso que conferirle que el de *padre de la patria*, y el nombre mismo de patria significa que ésta crea, conserva, protege, y es para el ciudadano lo que el padre para sus hijos. El Senado romano, que pareció á un embajador Congreso de Reyes, se componía de padres conscriptos; los hombres incomparables que, en los días de prueba por que ha pasado la Iglesia de Jesucristo, la han defendido no menos con la santidad de su vida que con el talento que revelan sus escritos, se llaman los Padres; el Jefe de esa misma Iglesia, y Vicario de Cristo, se denomina el *Papa*, y es en la tierra el más grande de los Padres, y por fin, el que es principio de todo sér, fuente de toda vida y resumen de toda perfección, es adorado é invocado con el nombre para siempre bendito de *Padre eterno*.

Dios es Padre de todos los seres y principio de toda fecundidad. El sólo posee la plenitud de la vida que afluye incesantemente á su seno y se derrama de allí sobre todos los seres en olas inagotables. De El saca su nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra; en el cielo, por la generación del Verbo, y en la tierra, por la infusión del espíritu de vida en los hijos de los hombres.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Al recibir de Dios la vida, recibió también el hombre la facultad de comunicarla á otros; ¡y qué vida! la de una alma simple, indivisible, que está servida por un cuerpo formado de órganos admirables, y tiene, como Dios en el universo, la facultad de estar toda entera en todo él y toda en cada una de sus partes, y que, como Dios, ha de vivir siempre. Si Dios, en la inaccesible luz de su esencia, puede decir á su Verbo, que es como otro yo: *tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy;* el hombre, formado de alma y cuerpo, ha recibido el poder de evocar, por medio de un acto libre y soberano, un cuerpo y una alma formados á su imagen, y decirles también: tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. En ese momento el hombre viene á ser como un segundo creador á quien Dios confiere una dignidad de indisputable grandeza; pero dignidad que lleva consigo, al propio tiempo que derechos imprescriptibles, formidable responsabilidad.

I

I.—De este título de creador proviene, como consecuencia necesaria, la realeza del padre en la familia; si el Rey, para ser cristiano ha de mostrarse padre, el padre es Rey por derecho, y derecho que no puede enajenar ni abdicar, porque es inherente á su título de creador. Al comunicar al hombre la paternidad, y por ese solo hecho, le comunicó Dios la autoridad más sagrada que existe después de la del mismo Dios.

II.—El primer privilegio que deriva el padre de su título de creador, y como atributo de su soberanía, es el incomparable privilegio de bendecir, que es propio de Dios. Padres que esto leeis: ¿habéis reflexionado alguna vez sobre lo que significa este derecho y la grandeza que confiere ó que supone?

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Qué privilegio! El Magistrado puede vengar la justicia protegiendo al inocente; pero no bendecir á éste, cosa que no puede hacer ni el Príncipe más poderoso y absoluto, porque tal función sólo corresponde á Dios, al sacerdote y al padre. ¿Pero qué cosa es bendecir? Cuando es Dios quien bendice, ejecuta una obra en que muestra á la vez su poder y su amor, y con la cual no desea el bien que la bendición expresa, sino que lo hace: en el principio de los tiempos bendijo á nuestros padres, y de esa bendición nació el Género humano, así como cuarenta siglos más tarde nació la Iglesia de la que Jesucristo impartió á sus apóstoles desde la montaña que le servía de escabel para subir al cielo. El hombre no puede obrar así con la palabra y el deseo; pero el que es depositario de las bendiciones de Dios puede llamarlas sobre aquellos á quienes da la suya, y el padre lo es en la familia.

Aun en nuestros días, á pesar de hallarse tan debilitado el sentimiento religioso, es raro el padre que puede usar de este privilegio sin sentirse hondamente conmovido; sin comprender que ejecuta una acción santa, y temblar de miedo cuando la ejecuta con la conciencia manchada. Imaginad lo que experimentará el padre á quien esa conciencia echa en cara un crimen contra la justicia ó contra el honor, el día en que su hijita de diez años se le presenta vestida de blanco, fresca y pura como el lirio de los valles, y poniéndose de rodillas, y clavando en él una mirada en que se lee la inocencia, le pide que la bendiga, porque va á hacer su primera comunión. Probablemente huirá enjugando una lágrima furtiva, pero no se atreverá á bendecir, y si lo hace, temblará, conociendo que comete un sacrilegio. Por el contrario, el padre en cuyo corazón honrado no despierte el candor de la niña

©Biblioteca Nacional de Colombia

ningún remordimiento capaz de turbar la alegría del alma, bendecirá; pero al bendecir comprenderá la alteza de su dignidad, la grandeza de su deber, y experimentará el deseo de hacerse mejor, es decir, dará un paso que lo acerque á Dios. El poder que ha ejercido, y la grandeza que ese poder le confiere, suponen en el padre una misión tan sublime, que le es común con el mismo Dios.

II

I.—Dios no se ha contentado con haber creado el mundo, sino que lo conserva y gobierna, al mismo tiempo que con fuerza, con suavidad: con su Providencia atiende á las necesidades de todas las criaturas, dando á la flor su gota de rocío y su rayo de sol; enviando al pájaro el insecto para que alimente con él á sus hijuelos, y por fin, dando al hombre la naturaleza entera para que celebre con ella su festín; y el padre, como creador de sus hijos, debe ser para ellos una segunda providencia. Es preciso que provea, no sólo á la conservación sino al desenvolvimiento de su existencia, y que para ello despliegue fortaleza y llame en su auxilio á la prudencia.

La prudencia sirve para prever y para proveer; para ver el porvenir, y en ese porvenir las consecuencias de nuestras acciones, y dirigir estas acciones á un fin y apartar los obstáculos que pudieran alejarnos de él. Así forma un padre el porvenir de su familia, cuyo destino es ordinariamente obra de él mismo, aun cuando tantos acusen á la fatalidad cuando es adverso. La prudencia es virtud propia del padre porque es virtud de rey.

La conciencia de su responsabilidad hará sin duda al padre cristiano evitar los extravíos y preservarse de los vicios que ponen en peligro el

©Biblioteca Nacional de Colombia

porvenir de tántas familias y hacen sentir á tántos desgraciados hijos el dolor de conocer que han descendido del lugar que debían ocupar. Ese padre no derrochará en el juego el patrimonio de los suyos, ni lo dejará perder por incuria, ó por pereza, ni será, como tántos hombres, buenos ó condescendientes en demasía, mina que exploten todos los estafadores, sino que aprovechará estos consejos de la Eterna Sabiduría: "Donde hay muchas manos, echa por todo la llave, y todo cuanto entregares, cuéntalo y pésalo, y apunta aquello que das y aquello que recibes." (1) "No introduzcas en tu casa toda suerte de personas; pues son muchas las asechanzas de los maliciosos." (2) "No quieras aconsejarte con aquel que te arma asechanzas, y encubre tus intentos á los que te envidian. Todo el que es consultado, da su consejo: mas hay consejero que le da mirando á su propio interés. Mira bien de quién te aconsejas: infórmate primero de qué necesita, pues también él lo pensará dentro de sí: no sea que él fije en el suelo una estaca, y te diga: bueno es tu camino, y se esté en frente para ver lo que te acontece." (3)

El padre que merece este nombre sabe mostrarse bueno y generoso para con sus hijos, cifrando su propia felicidad en hacerlos felices á ellos, y por consiguiente, si sus recursos le permiten de tiempo en tiempo el lujo de una fiesta, quiere que su familia tenga en ella la parte principal. Un padre así no sabe gozar sino con los suyos, á diferencia de aquellos padres desnaturalizados que prodigan su dinero fuera de casa para satisfacer los caprichos de un innoble egoísmo. Si esos desgraciados padres supieran reflexionar, no se atreverían á acer-

(1) Eccli. XLII, 7.

(2) Ibid. XI, 31.

(3) Eccli. XXXVII, 7-11.

©Biblioteca Nacional de Colombia

carse á los labios la copa en que beben, con el embrutecimiento, el olvido de los más sagrados deberes y de los más legítimos afectos, porque la conciencia y el corazón les dirían que es necesario ser muy vil para resolverse á beber, por disfrutar de un placer egoísta, la alegría y hasta la substancia de una familia entera á quien el infame bebedor llamó á la vida para legarle como patrimonio la miseria.

II.—Dios gobierna sus criaturas elevándolas á la vida moral por medio de la conciencia y la razón, que deben servir de freno á la libertad con que las dotó; pero hace todavía más que esto, porque las eleva á la consecución de su fin, por medio de la vida sobrenatural. No se contentó con ser creador de los hombres, sino que quiso ser su preceptor, y para serlo les dió la revelación que puede definirse *la alta enseñanza de Dios*, y fundó la Iglesia, que no es otra cosa que el mismo Jesucristo, que prolonga su vida por todos los siglos y habita en todos los lugares, lleno de luz y de amor, á fin de hacer que la humanidad alcance sus destinos.

En esta grande obra el padre es el auxiliar natural de Dios y de la Iglesia; iba á decir su ministro, y todavía me quedaría corto, porque San Agustín lo proclamó Obispo de la familia.

El padre está llamado á educar el alma de su hijo, por medio de esa revelación que se llama enseñanza, enseñanza que puede, sin duda, abarcar todas las ciencias que elevan y perfeccionan el entendimiento, ensanchando sus horizontes; pero que debe tener por fundamento la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la que no puede suplirse con ninguna otra, quiero decir, la de las creencias verdaderas y los verdaderos deberes, la ciencia que da el conocimiento de Dios y del hom-

©Biblioteca Nacional de Colombia

bre, en una palabra, la Religión. Pero para enseñar una cosa es necesario saberla, y, ¡cuántos padres hay en nuestros días que todo lo saben menos lo que á ningún cristiano es permitido ignorar!

Para el niño tiene tánto valor la palabra de su padre, como para el creyente la del Papa, y esa infalibilidad de que disfruta el padre á los ojos del niño entra en los designios de Dios, que quiso fuera el padre el primer iniciador de su hijo. Al padre dirige el niño sus preguntas, y las respuestas que él recibe no las pone en duda: verdaderas ó falsas, tienen á sus ojos bastante autoridad para destruír cuanto en contrario pudiera decírsele. ¡Qué bien puede aprovecharse un padre de este prestigio para inspirar á sus hijos las virtudes propias del cristiano; esas virtudes viriles, tan raras en nuestros días, que forman los verdaderos hombres de honor y los verdaderos héroes! ¡Cuánto haría con sólo decir al niño, eso sí confirmando las razones con los ejemplos, estas ó semejantes palabras:—"Hijo mío, ama á tu Dios, á tus hermanos y á tu Patria; ama la justicia hasta morir primero que faltar á ella; inclínate ante Dios, pero no ante los hombres, y no compres jamás ni riquezas ni honores con una bajeza ó con una traición. Consérvate fiel á tus principios, aun cuando no te sirvan para medrar, y prefiere en todo caso la pobreza á la cobardía. Acuérdate de que hay una cosa que tiene más precio que el oro, que da más gloria que el favor, y es más dulce que el placer, y es el testimonio de una conciencia pura y altiva que puede servirnos para responder al malvado, cuando éste hace ostentación de sus prosperidades:—Sería tan rico como tú si me cansara de ser hombre de bien y cristiano generoso.

Así hablaba en otro tiempo el heroico anciano

©Biblioteca Nacional de Colombia

Matatías á sus hijos los Macabeos, cuando sintiendo que iba á morir, les decía:—"Ahora domina la soberbia y es el tiempo del castigo, y de la ruina, y del furor é indignación. Por lo mismo ahora, ¡oh hijos míos! sed celosos de la ley y dad vuestras vidas en defensa del Testamento de vuestros padres; acordáos de las obras que hicieron en sus tiempos vuestros antepasados, y os adquiriréis una gloria grande y un nombre eterno. Abraham, por ventura, ¿no fué hallado fiel en la prueba que de él se hizo, y le fué imputado esto á justicia? Joseph, en el tiempo de su aflicción, observó los Mandamientos de Dios, y vino á ser el señor del Egipto. Phinées, vuestro padre, porque se abrasó en celo por la gloria de Dios, recibió la promesa de un sacerdocio eterno. Josué, por su obediencia, llegó á ser el caudillo de Israel. Caleb, por el testimonio que dió en la congregación del pueblo, recibió una rica herencia. David, por su misericordia, se adquirió para siempre el trono de Israel. Elías, por su abrasado celo por la ley, fué recibido en el Cielo. Ananías, Azarías y Misael, fueron librados de las llamas por su fe. Daniel, por su sinceridad, fué librado de la boca de los leones. Y á este modo id discurriendo de generación en generación: todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no descaecen. Y no os amedrenten los fieros del hombre pecador, porque su gloria no es más que basura y gusanos. Hoy es ensalzado y mañana desaparece, porque se convierte en el polvo de que fué formado, y se desvanecen todos sus designios. Sed, pues, constantes vosotros, ¡oh hijos míos! y obrad vigorosamente en defensa de la ley, pues ella será la que os llenará de gloria." (1)

El padre que conoce sus deberes sabe hacer

(1) Mac. II, 49 y siguientes.

©Biblioteca Nacional de Colombia

eficaces sus enseñanzas, sosteniéndolas á fuerza de energía, y haciendo sentir á sus hijos el freno de la disciplina, sin permitir que se relaje en sus manos el nervio de la autoridad.

"¿Tienes hijos? Dice el Sabio: adoctrínalos y dómalos desde su niñez. (1) El que ama á su hijo, le hace sentir á menudo el azote, para hallar en él al fin su consuelo, y procurarle que no haya de ir mendigando de puerta en puerta. (2) Un caballo no domado se hace intratable; así un hijo abandonado á sí mismo se hace insolente. Halaga al hijo, y te hará temblar; juega con él, y te llenará de pesadumbres. No te rías con él, no sea que al fin tengas que llorar, y te haga rechinar los dientes. No le dejes hacer lo que quiera en su juventud, y no disimules sus travesuras. Dóblale la cerviz en la mocedad, y dále con la vara en las costillas, mientras es niño: no sea que se endurezca, y te niegue la obediencia, lo que causará dolor á tu alma. (3) Vela atentamente sobre la hija que no refrena sus ojos; no sea que hallando oportunidad, desfogue sus pasiones. Séate sospechosa toda inmodestia de sus ojos, y no te maravilles si después no hace caso de ti. Ella, como un caminante sediento, aplicará la boca á toda fuente, y beberá del agua más cercana, sea la que fuere, y se sentará junto á cualquier esquina, y abrirá la aljaba á cualquiera saeta hasta que más no pueda." (4)

Pero, ¡cuán raros son los padres que se inspiran en estos consejos! Gracias á la indulgencia que el debilitamiento de las costumbres ha introducido en las leyes; el poder paterno, casi desarmado, no

(1) Eccli., VII, 25.
(2) Ibid., XXX, 1.
(3) Ibid., XXX, 8-12.
(4) Ibid., XXVI, 13-15.

©Biblioteca Nacional de Colombia

es ya aquella magistratura reverenciada que sabía reprimir con fuerza y condescender con dignidad; no es ya aquella realeza patriarcal que repartía con medida los estímulos y las censuras, y á la que bastaba una mirada para hacer respetar sus órdenes; no es ya, en fin, aquel augusto sacerdocio que hacía al padre ser mirado por sus hijos como representante de la divinidad para recompensar y para castigar: el dogma de la igualdad ha pasado de la sociedad pública á la sociedad doméstica y engendrado en los padres esos hábitos de incuria que los hacen preferir cerrar los ojos sobre ciertos desórdenes, á verse obligados á corregirlos con una energía que sería para su pereza costoso sacrificio; ha engendrado esa sensibilidad cruel que prefiere preparar al niño grandes amarguras para más tarde hacerle derramar algunas lágrimas.

Enhorabuena sea el padre indulgente y bondadoso, pues no soy yo capaz de pretender que haya de fruncir á todas horas el entrecejo á sus hijos, sin sonreír jamás al ver los esfuerzos que hacen; sin perdonar cosa alguna á la ligereza de la edad, y llevando su rigor hasta desesperar la buena voluntad. Pretender tal cosa sería desconocer el espíritu del Evangelio y ofender á la naturaleza en sus más legítimos sentimientos. ¡Desgraciado el padre que no sepa reprender á sus hijos sino con la imprecación en los labios, el trueno en la voz, la llama del furor en los ojos y el látigo en la mano! Semejante rigor y tamaños arrebatos agrian el carácter de los niños y los vuelven estúpidos, ó embusteros, ó hipócritas, y quitan al padre todo imperio sobre su corazón dando á la justicia las formas de la venganza.

Pero para que un padre sea bueno no es necesario que mire en su hijo una pequeña divinidad, á quien complazca en todo, ni que adore su sober-

©Biblioteca Nacional de Colombia

bia y se haga humilde siervo de sus antojos; no es necesario que se muestre arrepentido cuando alguna vez ha llegado á castigar, y pida gracia humildemente al hijo culpable; no es necesario que admire hasta la exageración ciertas ocurrencias en que se le figura descubrir agudeza, cuando por lo común no son más que impertinencias; no es necesario, en fin, que, cuando el hijo ha crecido, haga como que no ve sus modales hoscos, sus aires de independencia, la aspereza de sus respuestas, lo tarde que vuelve á casa, su reunión con malos amigos, su entrada frecuente á casas sospechosas y todo lo que revela perversas inclinaciones. No, mil veces no: el padre es juez, y no es bueno que de los atributos de la justicia conserve sólo la venda y abandone la balanza y la espada.

Ved los árboles que adornan nuestros jardines, y cómo necesitan de un ojo observador que estudie su naturaleza y sus necesidades; de una mano previsora que los enderece, que los pode, que active la vegetación cuando es lenta y les procure la porción de riego y de sol que á cada uno conviene. Lo que hace el jardinero con los árboles, eso hace el padre vigilante con sus hijos: procura estudiar el carácter de cada uno para darle lo que le conviene, aliento al tímido, estímulo al indolente, flexibilidad al indócil, represión al que es demasiado ardiente. El padre cristiano sabe mostrarse indulgente cuando se trata de faltas nacidas del aturdimiento propio de la infancia ó de la juventud; pero sabe también mostrarse inexorable cuando se trata de lo que atañe á las buenas costumbres ó á la religión. Usa de la reprensión con sobriedad, para conservarle su eficacia; pero con mayor sobriedad usa de la alabanza para no proporcionar combustible al orgullo que tan temprano nace y se desarrolla en los niños,

©Biblioteca Nacional de Colombia

sin que por esto deje de recompensar toda buena acción, ya con una mirada, ya con una sonrisa, ya con una palabra, guardándose eso sí de estimular á las acciones santas con la promesa de profano galardón. Un padre cristiano no dice jamás á su hijo:—Te daré un reloj si haces bien tu primera comunión.

Si la madre es piadosa—¿y qué madre no lo es?—el padre digno de su nombre obra de concierto con ella; confirma sus órdenes, le presta el apoyo de su autoridad y no revoca nunca las sentencias por ella pronunciadas, porque sabe que con esto haría ineficaces sus esfuerzos.

El padre que comprende su misión hace todavía otra cosa aun más importante, y es dar fuerza á sus consejos, poniendo de acuerdo con ellos su propia conducta, y evitar así á sus hijos la triste alternativa de escoger entre lo que les aconseja y lo que le ven hacer. ¿Sabéis lo que hacéis vosotros á quienes la Providencia ha conferido el glorioso sacerdocio de la paternidad, cuando dais á vuestros hijos el espectáculo de una vida cristiana, sostenida por la práctica de virtudes cristianas? Hacéis en el interior de la familia lo que los buenos sacerdotes en el mundo, es decir, demostrar con vuestra conducta la divinidad de la religión que se os ve profesar, y decir á vuestros hijos, quizás sin sospecharlo, pero con maravillosa autoridad:—Hijos míos, hay allá abajo un infierno para los malos; allá arriba un cielo para los buenos, y para todos un Dios que nos mira. Dentro de vuestras rubias cabecitas y de vuestros pechos juveniles hay una alma que Cristo rescató con su sangre, y no os engañan los sacerdotes que os lo dicen así en la iglesia, ni los maestros que os lo repiten en la escuela, que si os engañaran, yo, que sé más que vosotros, porque tengo experiencia, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

que os amo porque soy vuestro padre, os desengañaría, y entonces no me veríais hacer lo que hago; ni rezar por las noches con vosotros y con vuestra madre, ni oír misa los domingos, ni comulgar en las fiestas más solemnes.

Pero si el joven que os ama y os observa, recibe de vosotros lecciones enteramente contrarias; si no os oye hablar sino de acciones, de capitales, de bolsa, de avances y combinaciones para medrar; si cuando estáis coléricos os oye blasfemar del santo nombre de Dios, y nunca os ve doblar la rodilla para adorar; si os oye anunciarle los proyectos que tenéis con relación á él para cuando se haya desocupado de su primera comunión; si todo esto oye, ¡desgraciados de vosotros! porque ahogáis el alma tierna de vuestro hijo bajo el peso formidable de la autoridad con que Dios os ha investido. Esa alma, al despertarse á la vista de vuestra impiedad ó de vuestra indiferencia, tiene que decirse á sí misma: la Religión es sin duda una mentira; los sacerdotes tontos ó engañadores; la virtud un nombre vano y el infierno una invención, puesto que mi padre en nada de eso parece creer. Cuando las cosas han llegado á este punto, es inútil que la madre hable, gima y llore, porque el padre destruye con una mano lo que ella edifica con otra, y el hijo le responde en són de mofa:—"Madre, la Religión puede ser buena para las mujeres, y así debéis contentaros con que os imiten mis hermanas; pero no os empeñéis en obligarme á mí á condenar á mi padre, haciendo lo contrario de lo que le veo hacer á él. Este razonamiento en los labios del hijo proclama tanto mejor el crimen de su padre, cuanto que no tiene réplica: si Dios pudo decir una vez á Caín: —¿Qué has hecho de tu hermano? á muchos padres podría decir hoy:—¿Qué has hecho de tu hijo?

©Biblioteca Nacional de Colombia

III. En el gobierno de sus criaturas libres, Dios subordina siempre los intereses temporales de éstas á sus intereses eternos, y por eso permite con frecuencia que la prueba visite al justo en este mundo para purificarlo, y deja á la fortuna que visite al impío, aunque no sea más que para engordarlo, adormeciéndolo para el día de la justicia. El mismo principio debe guiar al padre verdaderamente cristiano, haciendo que el lema de su conducta en el gobierno de su familia sean estas palabras del Evangelio:—*Buscad el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura*, y que sepa decir: quiero ante todo que mi hijo sea ciudadano del Cielo, aun cuando para ello tenga que dejar de ser millonario, académico ó alto funcionario público; quiero que anteponga á todo otro interés los de Dios y su alma; la fortuna vendrá después, y si no llega, mi hijo habrá aprendido á no necesitar de ella.

Como primer fruto de este modo de pensar, el padre elegirá para su hijo los maestros que le den más garantías desde el punto de vista moral y religioso; no averiguará á la sombra de quién puede hallar ese hijo la llave que le abra el camino para las regiones en donde están el oro y la gloria, sino en dónde estarán su corazón, sus principios y su virtud libres de un naufragio, contentándose, en último caso, con que ese hijo no salga de la condición en que nació, por oscura que sea, si es la que ofrece más garantías de salvación para su alma. Por último, si el Señor quiere á ese hijo para sí, y deja ver en él las señales de una vocación cierta, el padre cristiano tendrá buen cuidado de no oponer á la voluntad santa de Dios los cálculos de su ambición ó los temores de una falsa ternura, que en este caso se convertiría en crueldad, sino que permitirá al hijo seguir su vocación, y si puede,

©Biblioteca Nacional de Colombia

le proporcionará los medios de contestar á su Dios como Samuel: *adsum*, héme aquí.

No es ésta, sin embargo, la conducta que observan la mayor parte de los padres de nuestros días, para quienes lo único importante es que sus hijos aprendan las letras humanas, á fin de que lleguen á ser médicos, magistrados, generales ó cuando menos negociantes por mayor: si después de esto el hijo quiere darse el lujo de ser cristiano, ese es negocio suyo.

En fin, para muchos padres, un hijo que quiere hacerse sacerdote es un hijo engañado á quien miran como muerto. Le oponen cuantos obstáculos pueden, y si los vence á fuerza de energía, lo lloran como perdido ó lo maldicen. No sucedía lo mismo cuando la Iglesia era rica, poderosa y honrada; cuando ofrecía á las grandes familias la perspectiva de opulentas abadías, de ricos beneficios, y una parte considerable en los honores y en los poderes que son patrimonio de los grandes del mundo: entonces las grandes familias manchaban la milicia santa arrojando al santuario sus hijos menores y sus hijos bastardos, y ya se sabe lo que sucedió. En nuestros días el clero, purificado y rejuvenecido por las persecuciones, aparece en su puesto armado de buenas obras, de ciencia y virtudes, y aunque puedan echársele en cara algunas de esas faltas parciales inseparables del hombre en todas sus condiciones, es á todas luces el cuerpo más ilustrado y virtuoso del Estado y la más firme de las tres columnas que sostienen el edificio social, siendo las otras la magistratura y el ejército; pero como es pobre porque está mal retribuído; como no se ve ya respetado por su carácter, sino á lo sumo por sus virtudes; como se ve obligado á luchar sin descanso con una sociedad racionalista y sensual que lo espía á todas horas

©Biblioteca Nacional de Colombia

y lo calumnia siempre que puede; como lleva las cargas de su grandeza sin obtener los beneficios correspondientes á ellas; en una palabra, como está más cerca del cielo y disfruta menos de los bienes de la tierra, esta condición suya es á los ojos de muchos padres un crimen, ó por lo menos una desgracia, y el clero cuenta en sus filas muy pocos elegidos de la fortuna. Salvas algunas excepciones, tanto más admirables cuanto más raras, el pueblo honrado que suda y ora, tiene hoy el glorioso privilegio de dar á Dios sacerdotes y á la patria soldados.

III

I. Dios, por el hecho de ser Creador, tiene sobre su criatura derechos imprescriptibles: como soberana autoridad, tiene el de ser obedecido; como soberana perfección, el de ser adorado; como soberana bondad y belleza por esencia, el de ser amado, y así también el padre como creador de sus hijos, tiene derecho á ser por ellos obedecido, respetado y amado con un amor que los lleve á socorrerlo, amor en el cual se resumen todos los deberes del hijo para con su padre.

¡Pero cuántos hijos desnaturalizados hay que violan todos estos derechos, desconociendo cuántos deberes tienen para con los que les dieron la vida! ¡Cuántos que les desobedecen y que violan sus consejos aun en las circunstancias más graves! ¡Cuántos que se avergüenzan de ellos, ó los insultan, ó los obligan á entregarles su patrimonio para dejarlos luégo perecer de miseria! Los que tal hacen muestran grande ruindad de alma, porque carecen de esa memoria del corazón que se llama piedad filial, y á éstos diremos que, si en algún tiempo fuera permitido á los hijos ser ingratos, sería cuando eran pequeños y débiles, porque

©Biblioteca Nacional de Colombia

entonces eran ellos los protegidos, los padres los protectores, y el amor debía bajar; pero jamás cuando se han cambiado los papeles por haber llegado el padre á la vejez, que es como un retorno á la infancia, porque es un retorno á la debilidad: entonces el padre, de protector, pasa á ser protegido, y el amor que había bajado debe volver á subir.

Porque muchos hijos olvidan esto, dice el Sabio á los padres: "Al hijo... jamás en tu vida le des potestad sobre ti; ni cedas á otro lo que posees, para que no suceda que, arrepentido, hayas de pedirle rogando que te lo devuelva. Mientras estés en este mundo y respires, ningún hombre te haga mudar de este propósito, porque mejor es que tus hijos hayan de recurrir á ti, que no el que tú hayas de esperar el auxilio de las manos de tus hijos. En todas tus cosas mantén tu superioridad, á fin de no manchar tu reputación, y reparte tu herencia cuando estén para terminarse los días de tu vida, al tiempo de tu muerte." (1)

No ignoro que la ingratitud de los hijos para con sus padres es con frecuencia justo salario de la ingratitud de los padres para con Dios; pero un crimen no justifica otro crimen. "Quien honra á su padre, tendrá consuelo en sus hijos, y al tiempo de la oración será oído. El que honra á su padre, vivirá larga vida. Quien teme al Señor, honra á sus padres, y sirve como á sus señores á los que le dieron el sér. Hijo, honra la vejez de tu padre y no le des pesadumbres en su vida, y si llegare á volverse como un niño, compadécele, y jamás le desprecies por tener tú más vigor que él. ¡Oh, cuán infame es el que á su padre desampara! ¡Y cómo es maldito de Dios aquel que exaspera á su madre! (2) Acuérdate que si no fuera por ellos

(1) Eccli., XXXIII, 20-24.

(2) Eccli., III.

©Biblioteca Nacional de Colombia

no hubieras nacido, y correspóndeles lo mucho que han hecho por ti. (1) Acuérdate de tu padre y de tu madre, aunque estés sentado entre los magnates. (2) A quien hace mofa de su propio padre, y desprecia los dolores que al darle á luz padeció su madre, sáquenle los ojos los cuervos que viven á lo largo de los torrentes, y cómanselos los aguiluchos." (3)

Hijos: las palabras que acabáis de leer, oráculos son del Señor, que no se engaña ni nos engaña; practicad los preceptos que en ellas se os intiman, y evitaréis los anatemas que en ellas mismas se contienen. Presto llegará un día en que ese padre venerable haya dejado de existir; el día en que dejéis de verle venir, apoyado en su báculo, á buscar para sus miembros, ya sin calor, un poco de movimiento á los rayos del sol. Presto habrá recitado el sacerdote sobre su ataúd la oración de los muertos, y ya no veréis ese semblante apacible y esa cabeza cana que regocijan ahora vuestro hogar con sus visitas. ¡Quiera el Cielo que, en el momento supremo de decirle el adiós eterno, sean vuestras lágrimas las del corazón amante que se aflige, pero no las que arranca tardío arrepentimiento á una conciencia culpable!

II. Acordáos, sobre todo, de esta sentencia á la vez consoladora y terrible: *la bendición de un padre afirma la casa de los hijos, y la maldición de una madre la destruye hasta sus fundamentos*, y evitad ésta como la más terrible de las calamidades, y esforzáos por merecer la otra como el más precioso de los patrimonios.

Si queréis comprender qué tesoros de desgracia y de felicidad se contienen en estas dos palabras,

(1) Eccli., VII, 30.
(2) Eccli., XXIII, 18.
(3) Prov., XXX, 17.

©Biblioteca Nacional de Colombia

maldición y bendición paterna, prestad atención y leed: "Y Noé, que era labrador, comenzó á labrar la tierra, y plantó una viña. Y bebiendo de su vino, quedó embriagado, y echóse desnudo en medio de su tienda. Lo cual, como hubiese visto Cham, padre de Chanaan, esto es, la desnudez vergonzosa de su padre, salió fuera á contárselo á sus hermanos. Pero Sem y Japhet, echándose una manta sobre sus hombros, y caminando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre. Luégo que despertó Noé de la embriaguez, sabido lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: *Maldito sea Chanaan; esclavo será de los esclavos de sus hermanos.* (1)

Cuarenta siglos han pasado, y todavía veis al negro de cabellos apretados, boca descomunal y frente deprimida, prosternarse delante de un fetiche á quien tiene miedo; insultar al sol que le quema y obedecer al tirano que le da muerte por capricho ó lo vende por codicia; ó bien, si ha llegado á ser cosa de otro hombre, labrar una tierra que no es la suya, bajo los ardores de otro sol y el látigo de otro tirano que le desprecia, y alimentar con sus sudores los refinamientos de un lujo en que no tiene parte, sin tener en su abyección ni aun el último recurso de los esclavos, que es el pudor que se avergüenza de la servidumbre y aspira á la libertad. Ese negro se llama Chanaan, el maldito. (2)

"Y dijo Noé: bendito sea el Señor Dios de Sem, y sea Chanaan su esclavo. Extienda Dios las po-

(1) Gen., IX, 20-25.

(2) Cuando el autor dice todo esto, consigna un hecho; pero no aprueba lo que no es justo: no hay raza ni nación por quien Jesucristo no muriera; ni raza, ni nación que el Cristianismo no rehabilite.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

sesiones de Japhet y que habite en las tiendas de Sem, y sea Chanaan su esclavo." (1)

Alzo á mirar ahora y encuentro en todos los mares y en todos los puertos los pabellones y los colores de Japhet. Japhet está presente del uno al otro polo en sus navegantes, sus mercaderes, sus soldados, sus cónsules y sus apóstoles; Japhet da la ley á las naciones; Japhet les lleva la paz y la guerra, y lleva en los pliegues de su túnica los destinos del mundo. Si Japhet levanta la voz, oigo á los continentes nuevos y viejos conmoverse y decir, ¿quién nos ha sacudido? Quien los ha sacudido es Japhet, por medio de sus poetas, sus sabios, sus oradores ó sus heroicos soldados; Japhet con sus caminos de hierro, sus puentes suspendidos, sus fragatas encorazadas y sus cañones rayados; Japhet que se alimenta y se viste á expensas de Chanaan, y se bate para darle la libertad, sin resolverse por eso á estimarlo. Si algún hombre que habla la lengua de Japhet y lleva en el semblante los rasgos de su fisonomía, se lanza á alguna playa lejana desde el puente de una chalupa aventurera, el negro, el hijo de Cham, no se atreve á mirarle de frente, sino que se inclina y reconoce en el blanco á su amo, porque ha visto en la seguridad de su paso y en la altivez de su mirada al hijo de la bendición.

¡Oh padres, cuán grande es vuestro poder! Si vuestros hijos han de procurar que ese poder se ejercite siempre en bien de ellos, á vosotros os toca no formular sino deseos cuyo cumplimiento no tengáis que temer. Bendito sea el hijo que honra á su padre, y bendito el padre que desempeña en su familia el oficio de sacerdote venerado, y deja á sus hijos, junto con el fruto de sus fatigas y sudores, el tesoro aun más precioso de sus con-

(1) Gen., IX, 26-27.

©Biblioteca Nacional de Colombia

sejos y sus ejemplos. En él se cumplirán estas palabras del Sabio: "Instruye bien á tu hijo, y será tu consuelo y las delicias de tu alma. (1) Quien instruye á su hijo, será honrado en él, y de él se gloriará con la gente de su familia." (2) Y á él podrán aplicarse también estas otras: "Viene á morir el padre, y es como si no muriese, porque deja después de sí otro semejante. En vida suya lo vió y se alegró en él: al morir no tuvo por qué contristarse ni confundirse á vista de sus enemigos, pues que ha dejado á la casa un defensor contra los enemigos, y uno que será agradecido á sus amigos." (3) Un padre así morirá sin duda; pero con la alegría de haber hecho lo bastante para merecer un epitafio como éste, que vale más que todas las oraciones fúnebres: *aquí yace Pipino, padre de Carlo Magno.*

CAPÍTULO IX.

LA ESTRELLA.

I. ¿Por qué hemos de avergonzarnos?—Hacerlo es sacrificar el deber al miedo.—La libertad.—La verdadera grandeza.—La ingratitud.—II. Poder del buen ejemplo por la convicción que revela.—Por la fuerza que supone.—Por la gracia que lo acompaña.—III. La actividad en el bien.—Es un deber.—Es una necesidad.—Dios lo quiere.

No es el hombre un ser aislado, antes bien, lleva una vida que le es común con otros, y está llamado á contribuír, más ó menos según el lugar que la Providencia le haya asignado, á la armonía del mundo. A la manera que la estrella fulgura en el cielo al cual sirve de adorno, debe el cristiano fulgurar en el orden moral á los ojos de sus her-

(1) Prov., XXIX, 17.
(2) Eccli., XXX, 2.
(3) Eccli., XXX, 4–6.

©Biblioteca Nacional de Colombia

manos para regocijarlos ó estimularlos con la profesión generosa de sus principios; con la fidelidad incontrastable que guarde en el cumplimiento de sus deberes y la actividad perseverante que despiegue en la práctica del bien. Los justos, según la expresión de San Gregorio, son astros destinados á conducirnos, con sus ejemplos, por los senderos de esta vida, y en el mismo sentido hemos de entender este precepto del Salvador: *Luzca á la faz de los hombres vuestra luz, para que vean vuestras obras, y glorifiquen por ellas á vuestro Padre que está en los cielos.* (1)

I

I. En el momento en que Jesús comparecía delante de Caifás, pasaba en el patio de la casa del sacerdote una escena cuyo recuerdo nos aflige todavía: una criada que había reconocido en Pedro á uno de los apóstoles del Salvador, le decía: —*Y tú también andabas con el Galileo*, y el apóstol, en vez de confesar su fe con la frente alta, se mostraba débil hasta negar á su Divino Maestro, contestando:—*Mujer, no conozco á ese hombre.* Hace diez y ocho siglos que se lee el Evangelio, y en los diez y ocho siglos no ha disminuído la impresión de disgusto que produce el recuerdo de tal apostasía. ¿Y cuál fué el crimen de Pedro? ¿Era acaso impío en aquel momento, ó había caído en la incredulidad ó en la indiferencia? No, y antes bien, había ido á la casa del pontífice por cariño á Jesús en quien creía: su crimen consintió en ser cobarde cuando debía mostrarse valeroso; en tener vergüenza cuando no había motivos sino para gloriarse, y en ser ingrato cuando había llegado la hora de mostrarse agradecido.

(1) Math., V, 16.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Y bien: la historia de Pedro en esa noche es la de muchos cristianos de nuestros días; hombres pusilánimes, cuyo corazón es mejor que su conducta, y que tienen miedo de poner sus actos en armonía con sus convicciones, como si al proceder así cometieran un crimen. A éstos les diremos que obrar como ellos obran es mostrar grande cobardía. Se llama cobarde al soldado que huye en presencia del enemigo, porque sacrifica su deber al temor de la muerte; porque puestos en el un plato de la balanza el grito de su conciencia, la voz de sus jefes, el honor de su bandera y el amor de su patria que le ordenaban marchar y morir si era preciso, y en el otro el miedo al plomo del enemigo y el deseo de ahorrar su sangre y su vida, que le aconsejaban huír, ha elegido lo último cuando debía elegir lo primero y pelear hasta morir ó vencer. Del que tal hace se dice que no es soldado, pero ni siquiera hombre. ¿Y qué pasa en el alma del cristiano que teme confesar su fe delante de los hombres? Algo que supone mayor vileza, porque ese cristiano pone en el un plato de la balanza á Dios, su conciencia, sus juramentos, sus más caros intereses que le imponen el deber de darse á conocer por lo que es, y en el otro un temor pueril.—Si me confieso, dice, si comulgo, si llevo mi heroísmo hasta observar una abstinencia, ¿qué dirán de mí?.... Bien sé que vale más obedecer á Dios que obedecer á los hombres; pero esto no me importa, porque es tanto lo que temo las censuras de los hombres que me resigno á ofender á Dios más bien que á dejar á mis amigos ó á desafiar sus burlas. Y ahoga su conciencia, reniega de su Dios, hace traición á sus juramentos y sacrifica su alma, no como el soldado para evitar la muerte, sino para no exponerse á sarcasmos que sólo deshonran al que los

©Biblioteca Nacional de Colombia

lanza y son un elogio para el que es objeto de ellos. Un hombre que obra así sacrifica al miedo no sólo su deber sino la más santa de las libertades.

La libertad de conciencia, sin excluír la del error y el mal, hace parte, como se sabe, de lo que ha dado en llamarse principios ó conquistas de 1789, y por eso mismo no sólo ha sido consignada en los códigos de las naciones sino que ha pasado á las costumbres. No entra en mi plan decidir si tal libertad es buena ó es mala: bástame consignar el hecho de que existe, y que lo que se hace contra ella parece afirmarla más. (1) Pero hay una libertad más legítima é incontestable que la del mal, y es *la del bien*, que no tuvo por cuna la *declaración de los derechos del hombre*, sino la revelación imprescriptible de sus deberes; que no fué proclamada sobre las ruinas de la Bastilla sino conquistada en los anfiteatros del Imperio Romano, Termópilas inmortales donde diez millones de mártires escribieron con su sangre:—*Pasajero, ve á decir al mundo que hemos muerto aquí por conquistar para nuestros hijos el derecho de amar á Dios y servirle con libertad.*

Y precisamente en la época en que, después de tántas luchas, la libertad del mal es absoluta, es cuando hay hombres que renuncian á la libertad del bien y se esfuerzan por parecer más malos de lo que son, por miedo de desagradar á otros hombres que no valen más que la criada que intimidó

(1) Aunque este modo de decir las cosas contribuye quizás á dar fuerza á las razones con que en este párrafo y en los siguientes se combate el respeto humano, no ha de creerse que el autor mire como posible la bondad de una institución que otorga á los hombres el derecho de pensar en religión y en moral lo que á bien tengan, y el de obrar según lo que piensan. La doctrina que proclama esa institución parte del principio de que no hay religión verdadera ni otra fuente de verdad moral que las convenciones humanas. (N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

á Pedro; á hombres que ordinariamente les inspiran desprecio; á hombres inconsecuentes y viles que no se cansan de acusar de intolerante á la Iglesia, ni de declamar contra la inquisición, mientras que ellos mismos se permiten ejercer, olvidados de toda urbanidad, la más insoportable tiranía sobre la conciencia ajena. Y lo más digno de admirarse es que los que se resignan á sufrir esta esclavitud lo hagan porque temen ser tenidos por espíritus débiles y quieren darse aires de espíritus fuertes; como si fuera debilidad hacerse conocer cada cual por lo que es, desafiando las censuras, y fortaleza fingirse lo que no es, permitiendo á otro que haga de agente de policía en el inviolable santuario de su alma. Sin duda Pedro quería también pasar por fuerte cuando, para hacer callar á la criada, le decía en voz baja:—Mujer, no conozco á ese hombre, es decir, ¿cómo podría confesarme discípulo de Jesús sabiendo que tú no lo amas, ó mostrarme fiel á mis convicciones sabiendo que no son las tuyas? ¡No, mujer! ¡Soy demasiado valiente para eso! ¡Oh locura! ¡Oh irrisión!

Hermanos pusilánimes, mártires del miedo: sed buenos y amables si os parece, y evitad lo que pueda ser de veras ridículo en una piedad mal comprendida ó en una religión mal practicada; pero por lo demás sed francos y estad seguros de que os lo perdonarán, porque si el ridículo mata, el valor se hace estimar infaliblemente.

Esta debilidad de carácter que invade y paraliza la vida pública es una enfermedad de la época, hablando de la cual dice un grave historiador: "Una de las más graves llagas de nuestro tiempo es que muy pocos hombres conservan bastante firmeza de espíritu y de carácter para pensar libremente y obrar como piensan. La independencia intelectual y moral de los individuos desaparece

©Biblioteca Nacional de Colombia

bajo el peso de los acontecimientos ó cede á los clamores y deseos de las multitudes exaltadas, y en medio del servilismo general que dicta pensamientos y acciones, no puede hacerse ya distinción de hombres rectos y hombres falsos, de hombres previsivos y hombres temerarios, de jefes y soldados, porque todos ceden á la misma presión y se doblegan al impulso del mismo viento. La común debilidad á todos los nivela y hace desaparecer toda disciplina al propio tiempo que toda jerarquía. Los últimos llevan á los primeros porque son los que pesan y los que arrastran, siendo ellos mismos arrastrados por la tiranía del bien parecer, á la que sirven de instrumentos tan apasionados como ciegos." (1)

A vosotros cristianos os toca ejercer poderosa reacción contra ese apocamiento de los caracteres, porque avergonzaros de vuestros principios y de vuestros actos, sería avergonzaros de vuestros más hermosos títulos de gloria.

II. Cuando un hombre llega á decir "soy francés," jamás lo hace sin sentirse orgulloso, y tiene razón, porque esas dos palabras envuelven gloria, como que quieren decir: pertenezco á un pueblo que ha tomado á sus enemigos bastantes cañones para hacer con ellos la columna Vendome y el

(1) *Memorias de M. Guizot.*—Tomo I, pág. 204. (*)

(*) En las palabras de M. Guizot se ve bien que el autor es protestante; pero el hecho que consigna merece que se fije la atención en él: ninguna edad se había presentado en que tanto alarde se hiciera como en la nuestra de libertad de pensamiento y de independencia de carácter; pero ninguna tampoco en que, bajo apariencias de tanta altivez, hubiera tanto servilismo. Es verdad que no se otorga fe á Dios ni á la Iglesia; pero en la época de mayor entusiasmo religioso, en plena edad média, Dios y la Iglesia no encontraron un asentimiento tan dócil y absoluto como el que se presta hoy al primer charlatán que tenga bastante audacia ó bastante habilidad para hacerse mentor y oráculo del libre pensamiento por un día. Las adoraciones que se niegan á Jesucristo se otorgan al dios pueblo, al dios opinión, al dios moda y á otros de la misma estofa, y la fe que se niega al catecismo se concede al periódico, en términos que si Bossuet, hablando del antiguo paganismo, pudo decir que para él todo era Dios, excepto el mismo Dios, nosotros, hablando del moderno paganismo, podemos decir que para él todos merecen fe ciega, excepto el único que no puede ser ni engañador ni engañado.

(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

templo de Nuestra Señora de Francia, y bastantes banderas para tapizar con ellas la iglesia de los Inválidos; pertenezco á un pueblo que mueve al mundo cuando se mueve y le causa miedo cuando entra en cólera; á un pueblo que tiene todavía la sublime locura de derramar su sangre generosa por una idea. Soy francés quiere decir: mi patria es la Francia, Sinaí desde donde el Omnipotente promulga sus oráculos y del cual decía Jefferson: todo hombre tiene dos patrias, la propia y la Francia; esa Francia que, aun en los días de su desgracia, inspiraba este pensamiento á un emperador teutón: si yo fuera Dios y tuviera dos hijos, haría dios al mayor y al otro rey de Francia. (1)

Y sin embargo, por glorioso que sea el título de hijo de una nación antigua y poderosa, es más glorioso poder decir sin mentira: *soy cristiano*, porque, si bien se miran las cosas, decir esto equivale á decir: soy *sabio* y *héroe* en toda la extensión de tales palabras.

El cristiano es el verdadero sabio porque ve mejor que ninguno otro las cosas, y las ve mejor porque las mira desde más arriba. Posee una razón que, iluminada por la fe, se lo revela de antemano todo y le permite abarcar con una mirada el tiempo y la eternidad; ver la nada de las criaturas por entre el fausto que las rodea y adivinar en todo caso la falsedad de sus halagos. Por eso ve tras el placer el remordimiento; tras del afecto,

(1) Cuando se escribió la obrita que traducimos, Francia no había pasado por las humillaciones y desdichas que le han quitado parte de su poderío; pero aun después de ellas, el patriotismo no permitiría á un buen francés emplear otro lenguaje que el que emplea aquí el autor; y lo que dice un francés hablando de Francia, lo dice, más ó menos, cualquiera hombre de corazón, sea cual fuere su nacionalidad, hablando de su patria: el que llega á avergonzarse de ella, ó á negarla, es mirado por todos como hombre vil. ¿Y no lo será el que niega su religión ó se avergüenza de ella? (N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

la inconstancia; tras de la gloria, el desengaño; tras la riqueza, el fastidio, y por fin, tras de todo goce, el ataúd, y ese conocimiento de las cosas lo hace el más prudente de los hombres y le proporciona el privilegio incomparable de no hallarse nunca desprevenido para lo que pueda venir.

El cristiano es el verdadero héroe, en primer lugar porque debe hallar en sí mismo, sin otro socorro que el de la gracia, los medios de vencer. El soldado en el campo de batalla tiene muchas cosas que le sirven de estímulo: la mirada de sus compañeros de armas, la voz de sus jefes, los ecos de la música guerrera, el humo de la pólvora, el tronar de los cañones, los pliegues de la bandera, el entusiasmo por su causa, y, por fin, la esperanza de galones y de estrellas; pero el cristiano debe combatir en oscuro teatro y sólo á la vista de Dios, y está obligado á temer la gloria que viene de los hombres en vez de buscarla. Como cristiano obraba Tancredo cuando, después de haber ejecutado grandes hazañas sin otro testigo que su escudero, se arrodillaba ante éste y le decía: —Señor, por amor de Dios y de Nuestra Señora, prometedme que no contaréis á nadie lo que habéis visto.

El cristiano es el verdadero héroe, porque no le basta serlo en una ocasión dada sino que tiene que serlo todos los días. Para que el mundo dé este título glorioso á un hombre, basta que el tal hombre ejecute una acción brillante, después de la cual puede darse descanso y hasta permitirse ser en la vida privada muy distinto de lo que fué cuando muchos ojos se fijaban en él; pero el cristiano debe ser héroe lo mismo á los ojos de los que lo tratan familiarmente, que á los ojos de los demás.

Por último, el cristiano es el héroe verdadero,

©Biblioteca Nacional de Colombia

porque combate contra sí mismo, viéndose obligado á vigilarse sin descanso y á observarse en todo; á inmolar al deber gustos y repugnancias; á armar la mitad de su ser contra la otra mitad y vivir en permanente combate contra su propio corazón; en una palabra, á llevar noche y día hasta la tumba una vida de continua inmolación. Si hay heroísmo en la tierra, tal vida es heroica, y en realidad, lo es en tanto grado que los mismos que han expuesto su vida veinte veces en los campos de batalla, se sienten cobardes cuando llega la hora de vencerse á sí mismos; triunfan de los enemigos exteriores y son vencidos por sus propias pasiones; son capaces de derramar toda su sangre por el honor ó por la patria; pero no tienen fuerza bastante para reprimir un movimiento de cólera ó para resistir al encanto de la belleza. Dígasenos después de esto si hay algo que pueda autorizar al cristiano para avergonzarse de serlo, ó al impío para lanzarle sarcasmos.

¿Qué es un impío? Es tan sólo un ignorante que, para librarse de creer en Cristo, cree en Voltaire, porque prefiere el error que halaga sus pasiones á la verdad que pudiera salvarlo; un insensato que se ríe de su alma, del cielo, del infierno y del mismo Dios, en una palabra, que se ríe de todo lo serio para concentrar su atención en las niñerías de que debiera reírse; un perjuro que hace consistir su gloria en blasfemar del Dios á quien invocaba sobre las rodillas de su madre y en violar los juramentos de su bautismo renovados el día de su primera comunión; y por último, un cobarde que, viéndose sin energía para practicar la virtud, á la cual tiene miedo, procura ahogar sus remordimientos insultando á aquellos cuyo valor contrasta con su propia debilidad. ¡Y éstos son, gran Dios, los hombres á quienes muchos

©Biblioteca Nacional de Colombia

cristianos temen! Cuando Leonidas defendió su patria y murió fiel á sus juramentos, las hordas persas, testigos de su valor, no lo insultaron sino que lo admiraron, y si se hubieran atrevido á insultarlo, él habría despreciado sus sarcasmos como despreció sus javalinas. El cristiano debe hacer otro tanto porque, como dice Bossuet: "Es preciso ser muy loco para no atreverse á ser sabio por miedo á las burlas de los locos."

III. El cristiano que tiene miedo de confesar su fe delante de los hombres no sólo es un cobarde que se avergüenza de lo que le honra, sino también un ingrato. Imaginad que un padre de familia pobre, á fuerza de sacrificios y economías, ha llegado á dar á su hijo, con la ayuda de Dios, una educación brillante, á favor de la cual se ha elevado á una alta posición, y que cuando ese padre, regocijado con el éxito de sus esfuerzos, viene á la opulenta morada del hijo esperando que éste se sentirá más feliz al verle participar de su dicha, el hijo, en vez de recibirle con respeto y con alegría, se ruboriza en presencia de los amigos de verle pobremente vestido y oírle expresarse en lenguaje incorrecto, y acaba por hacer que los criados lo arrojen de la casa. ¿Qué pensáis del tal hijo? Diréis que es un hombre sin entrañas, para quien los títulos de perverso y villano son demasiado suaves, y el mundo será de vuestra misma opinión; pero yo os declaro ahora que el que se avergüenza de su fe delante de los hombres comete para con Dios el mismo crimen que ese hijo medrado para con su padre.

Cuando un cónsul romano había obtenido una victoria insigne, la patria le decretaba el triunfo: el día de la ceremonia subía al Capitolio en un carro de marfil precedido de los legionarios que llevaban los trofeos, y seguido de los prisioneros

©Biblioteca Nacional de Colombia

atados; pero ese día, como para templar el brillo de la gloria del vencedor, era permitido á los esclavos decirle injurias. El triunfador despreciaba esas injurias con las cuales realzaban su gloria los mismos que querían amenguarla, y subía, con la frente altiva y el corazón rebosando de gozo, las gradas del templo donde debía consumarse su triunfo. Lo mismo hacen los cristianos de alma grande: la virtud es para ellos el carro de triunfo en que hacen el camino de la vida; á ese carro llevan atadas sus pasiones vencidas, y saben subir al Cielo despreciando, como lo hicieron en otro tiempo Paulo Emilio y Pompeyo, los insultos de los esclavos.

II

El cristiano brilla para edificación de sus hermanos por la fidelidad generosa con que cumple su deber.

I. Un buen ejemplo vale mucho más que una buena palabra y tiene poder en cierto modo irresistible, en primer lugar por la convicción que revela, convicción bastante firme para darnos el valor de hacer un esfuerzo contra la naturaleza y obtener una victoria sobre nuestras pasiones. El hombre que se rodea de todas las delicadezas del lujo; que nada niega á sus sentidos y da al mundo el espectáculo de una vida enteramente material, sin otra regla que las de una sabia higiene, no revela convicción profunda, porque para obrar así la voluntad no tiene que hacer ningún esfuerzo, y no necesita por lo mismo ningún apoyo, bastándole dejarse deslizar por la pendiente de la naturaleza. El escepticismo más completo basta para imprimir movimiento á la vida del que no acepta ni se impone sacrificio alguno; pero para que un hombre sepa triunfar de las tentaciones más

©Biblioteca Nacional de Colombia

delicadas, á fin de mantener puro su corazón; para que sepa permanecer fiel á su esposa y dejar á sus hijos un nombre sin mancha delante de Dios y de los hombres; para que sepa dedicarse al alivio de sus hermanos, ocultando la gloria de sus obras entre las sombras de la modestia, es necesario que tenga no sólo una razón firmemente convencida sino una fe viva que su conducta hará conocer á los que vean sus obras, y digo fe viva porque hay virtudes que imponen sacrificios tan heroicos que la razón sola no se atrevería jamás á exigirlos.

Aquí está la razón por que la doctrina católica no puede parecer sospechosa á ninguna alma imparcial. ¿Cómo había de juzgársela tál sabiendo que tuvo por cuna el corazón de un Dios crucificado y por apóstoles á hombres que se dejaron dar la muerte por confesarla? ¿Cómo había de suponérsela tál, sabiendo que ha sido sellada con la sangre de tántos mártires, y que la sangre libremente vertida constituye la más poderosa de todas las afirmaciones? Aun en nuestros días, en medio de los escándalos que nos afligen y de las miserias que han sido siempre compañeras de todo lo que es humano, la Iglesia Católica lleva en la frente la doble corona de la ciencia y de la virtud. Bien sé que hay hombres que dudan de la sinceridad de nuestras creencias porque no creen en la virtud del sacerdote; pero á los que tal piensan podemos responderles con firmeza capaz de imponerles silencio, que, por más que duden y digan, abonan nuestra sinceridad la falta de interés que tenemos en engañarlos; la sangre y los sudores con que á esta misma hora riegan nuestros misioneros las playas más inhospitalarias del globo; la buena voluntad con que acudimos á la cabecera de los apestados en los días de epidemia y con

©Biblioteca Nacional de Colombia

que renunciamos para toda la vida, y para consagrarnos al servicio de los demás, á las sagradas alegrías de la familia. Confesaremos que somos engañadores cuando los que dudan de nuestra sinceridad se resuelvan á llevar por unos días, para bien de su filosofía, la vida que nosotros llevamos perpetuamente para obrar lo que á nuestro juicio puede dar salud al mundo.

II. La virtud que brilla es poderosa porque obliga á sacar esta conclusión: *luego es posible*, ó como decía San Bernardo: *monstrat factibile quod suadetur*, y como prueba de esto recordaremos un hecho: el día de la batalla de Moscow, en lo más fuerte de la refriega, y cuando tronaban mil doscientos cañones, un Coronel se sintió de repente sin valor y quiso echar pie atrás con su regimiento; pero el Rey de Nápoles, tomándolo por el brazo, le dijo:—Coronel, ¿pensáis en mostraros cobarde?—Príncipe, le respondió el otro: mirad ese suelo arado por las balas y cubierto de cadáveres: ¿quién puede quedarse aquí?—¡Yo! le replicó el príncipe, y esa palabra, cayendo en una alma que vacilaba, se hizo superior al miedo. Aquel campo de batalla era imagen de otro teatro que se llama el mundo, donde la vida y la virtud están frecuentemente en competencia; donde se juegan, no sólo los destinos de un hombre ó de un imperio, sino otros que valen mucho más: los destinos de las almas. Muchos se espantan con el combate, y al ver las exigencias del Evangelio exclaman:—¡Huyámos, porque es imposible permanecer aquí! ¿Sabéis, cristianos generosos, lo que hacéis con esos hombres acobardados mostrándoles vuestras obras y vuestras virtudes? Lo que Murat con el Coronel que quería volver las espaldas. Les decís, despertando con esto en sus almas un remordimiento que los importuna:—Yo per

©Biblioteca Nacional de Colombia

manezco firme, luego vosotros podéis hacer otro tanto.

Esa palabra, capaz de detenerlos en el camino de sus extravíos, la oyen con frecuencia aun los hombres que se pierden. Cuando un joven corre á precipitarse en el abismo, el recuerdo de una madre piadosa ó de una hermana angelical es como una voz que le dice al oído del corazón: yo permanezco firme. Los millares de anacoretas que en otro tiempo hicieron ilustres los desiertos con sus virtudes y supieron mantenerse castos á pesar de los ardores del clima, enviaban como sublime protesta á las ciudades sensuales del Oriente la misma palabra, y la misma lección daba Luisa de Francia á los cortesanos de Luis XV mostrándoles su tosco lecho, su sayal, y entre pobres tocas una cara radiante de felicidad, y de una felicidad cuyo secreto no poseían ellos.

Al ver esa protesta que un ejemplo generoso lleva siempre consigo, muchos hacen para sí la reflexión que en otro tiempo hizo San Agustín: ¿Y por qué no habría yo de poder hacer lo que éstos y éstas? Y otros, que no tienen el valor de decirse esto, se sienten al menos inquietos con la advertencia que reciben y hacen ver con su inquietud la verdad de esta expresión de un Santo Padre: *Gravis est semper pravis moribus vita bonorum.* Por eso los malos aborrecen siempre á los santos, cuya vida les quita el sosiego, mientras que baten palmas al escándalo, porque el escándalo sirve para tranquilizarlos. El corazón culpable siente miedo cuando se halla solo, y si alguna vez disfruta de reposo es cuando puede mezclar sus desórdenes á los desórdenes de los que le rodean como el arroyo mezcla sus aguas con las del río que las lleva al mar. Entonces cobra ánimo y dice por lo bajo al Salvador:—"¡Pobre Jesús!

©Biblioteca Nacional de Colombia

Ya ves que todos te abandonan, y que, según va el mundo, presto no te quedarán más que algunos clérigos, monjas y viejas. Tú tienes la culpa porque te obstinas en no condescender con las exigencias del tiempo. Creeme: es necesario que muestres rostro menos severo y que cambies tu vestido por otro más nuevo, porque ya ves que la humanidad progresa y que no gusta de que le impongas con tanta rigidez ese sexto mandamiento de tu decálogo, ni de que la obligues á confesar sus pecados. En vano procuras espantarnos con los fuegos inextinguibles de tu gehenna, dogma viejo que pasó como tántos otros, porque la razón nos dice que Dios es demasiado bueno para condenar á tanta gente." ¡Tanta seguridad engendra el escándalo en una alma criminal ahogando en ella los remordimientos! Esto explica, en parte al menos, la emoción que causan en nuestra sociedad contemporánea ciertos libros y ciertos procesos: que un sacerdote, por ejemplo, se doblegue por un momento bajo el peso de su grandeza y se haga culpable, y se verá que si algunas almas piadosas gimen y oran, el mundo ríe, comenta el hecho, y emplea para difundir la *buena nueva* la prensa y el telégrafo, porque la caída de un sacerdote no es para los malvados simplemente la desgracia de un hombre que desciende al nivel de ellos por un día, y acaso por un instante, sino un hallazgo, una buena fortuna en presencia de la cual pueden decir: está visto que hay virtudes imposibles, como que son contrarias á la naturaleza, y cuando la sal se hace insípida, ¿quién puede echarnos en cara á nosotros que lo seamos también?

III. La virtud que se manifiesta con el ejemplo, edifica por medio de la amabilidad, que es como su aureola, y constituye su tercer elemento

©Biblioteca Nacional de Colombia

de poder. Dios es lo más amable que puede concebirse, porque es lo más perfecto, y como la virtud tiene por fin y resultado acercarnos lo más que sea posible á ese modelo, se sigue de aquí que, después de Dios, nada hay tan bello y amable como una alma en que brillan todas las virtudes y unas á otras se equilibran y completan. Por desgracia esa belleza de la virtud falta á ciertos cristianos á quienes sin duda excusa su buena fe. San Pablo, escribiendo á los Romanos, les decía: "Cada uno de vosotros procure dar gusto á su prójimo en lo que es bueno y puede edificarle;" pero hay muchos cristianos que parecen ignorar este precepto, y que, siendo bastante generoso para combatir las grandes pasiones que siembran la desolación entre los hombres, no se toman el cuidado necesario para triunfar de las pequeñas con que mortifican frecuentemente al prójimo. Son humildes, fervorosos y aun abnegados; pero tienen la triste habilidad de hacerse insoportables á las personas que se ven obligadas á vivir con ellos, mostrándose escrupulosos, exigentes y susceptibles, ó la de hacer creer á los mundanos que los observan que la fe no tiene imperio sino sobre las almas pequeñas. Otros parecen enteramente desprovistos de ese encanto que se llama bondad; miden su fervor por la aspereza de su intolerancia, y soñando con un ideal imposible, más abajo del cual no conciben nada bueno, querrían reducir la Iglesia á un grupito de gente arisca, y hacer la puerta del cielo aun más estrecha de lo que la pintó el Señor. Para ellos, la moderación es debilidad, la benevolencia traición y la censura amarga un deber y un medio de glorificar á Dios, sobretodo cuando hiere á los contemporáneos. (1)

(1) Como queremos que la obra que traducimos haga bien, y no mal, hemos modificado, sobre todo hacia el fin de este pá-

©Biblioteca Nacional de Colombia

Nada hay tan desastroso como este modo de comprender y practicar la religión, que obliga á ciertas almas leales á preguntarse si pueden hacer causa común con los que así piensan y obran, mientras que á los indiferentes los llena de orgullo estimulándolos á hacer comparaciones, siempre en ventaja propia, entre ellos mismos y esos hombres á quienes llaman hipócritas cuando sólo son tontos. Los hijos de la Iglesia no pueden menos de afligirse á la vista de las divisiones que la exageración de algunos suscita, y mucho más cuando se ven obligados á ser víctimas de la solidaridad que con ellos les impone el amor que profesan á la misma Iglesia. *El espíritu del Señor es bueno y suave en todo, nos dice el Sabio*, y San Agustín agrega que la trompeta del insulto sólo mueve discordias estériles. Por amor á nuestra madre, protestaremos con toda la energía de nuestra alma contra las exageraciones con que algunos la perjudican imaginándose que la sirven, aunque nos privemos de ser por ellos alabados y tengamos que sufrir sus sentencias de condenación, que si ellos las fulminan contra nosotros, nosotros nos acordamos de estas palabras del Apóstol: *Es la ro-*

---

rrafo, el lenguaje del autor, porque se resiente de las ideas que lo llevaron hasta el extravío de que por la misericordia de Dios ha vuelto. Justo es sin duda condenar el celo intolerante y amargo que no sabe distinguir entre lepra y lepra; entre los extravíos de entendimiento y corazón que nacen del engaño ó de una educación mal dirigida y los que proceden de verdadera perversidad, y aplica el hierro y el fuego donde deberían emplearse el aceite y el bálsamo; justo es también condenar á los que exigen de los simples fieles la austeridad y perfección propias de los religiosos, y á los que quieren identificar la causa de la Iglesia con ciertas causas políticas; pero un escritor católico no olvidará jamás que quien quiere conservar ese glorioso título no puede ceder un ápice, ni en materia de creencias y principios aceptando algo de las ideas revolucionarías, ni en materia de costumbres transigiendo con el espíritu de mundanidad. (N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

luntad de Dios que obrando bien tapéis la boca á la ignorancia de los hombres necios. ¿Y cómo? Evitando envilecer nuestro ministerio con ofensas gratuítas, y acordándonos de que las virtudes que nos hacen amables á los hombres, nos merecen también el amor de Dios.

III

El cristiano debe brillar por la actividad con que practique el bien.

I. Nuestros primeros padres habían oído una palabra cuyo cumplimiento, manteniéndolos en los límites del deber, les habría conservado la felicidad de que disfrutaban: *Si tocáis á este fruto, moriréis;* pero el espíritu de tinieblas opuso á la afirmación de Dios esta negación suya: *No moriréis, sino que seréis como dioses*, y desde aquel día la humanidad se dividió en dos corrientes opuestas y quedó hecha objeto de un doble proselitismo. Del un lado está la afirmación de Dios, y con ella la verdad y el bien, y del otro la negación de Satanás, y con ella el error y el mal. Los partidarios del mal se asocian para dar á su acción más poder dándole unidad, y los hijos del bien se asocian á su turno en esa grande unidad que se llama la Iglesia, y las dos asociaciones, focos é instrumentos de dos apostolados contrarios, forman la Babilonia y la Jerusalén de que habla San Agustín en la *Ciudad de Dios.*

Todo hombre que viene á este mundo se encuentra, sin que le sea dado evitarlo, con estas dos fuerzas en actividad, y entra, si no como Capitán al menos como soldado, en la gran lucha en que la neutralidad sería un crimen, si fuera posible guardarla, porque guardarla es tan imposible que apenas habrá hombre que se salve ó se pierda

©Biblioteca Nacional de Colombia

solo. Por espesas que parezcan las tinieblas en que se oculte nuestra vida, esa vida despide una luz benéfica ó funesta é influye sobre muchas generaciones. Nada se pierde del movimiento comunicado por una criatura libre á las otras criaturas libres, y el más pequeño de los hombres, aunque parezca frío y olvidado en su sepulcro, se sobrevive, y para siempre, en el bien ó en el mal que hizo y en las lecciones que dió. Todos, aun los más desconocidos, derramamos en el limo de la humanidad una gota que le sirve para amasar sus destinos, y esa gota la volveremos á encontrar, convertida en alegría ó en remordimiento, el día en que el Señor juzgue á las naciones. Por desgracia hay muchos cristianos que olvidan estas verdades y ponen todo su conato en no perder el sosiego, para lo cual procuran no inquietarse por nadie ni por nada y evitar todas las grandes luchas; cristianos cuya virtud no es más que una prudente higiene, bastante laboriosos para evitar el fastidio que proviene de la ociosidad, bastante afectuosos para que no se les paralice el corazón, bastante benéficos para sentirse satisfechos y bastante religiosos para calmar los temores que pudiera causarles la muerte. Cristianos y hermanos míos: renunciad á esas habilidades del egoísmo y que luzca vuestra luz y vean los hombres vuestras buenas obras.

Hay muchos para quienes la actividad es un deber de gratitud tanto más estricto cuanto mayores gracias han recibido. Si éstos caminan á la luz de la fe y sienten el corazón embalsamado con las alegrías de la virtud, es porque el Señor ha cuidado particularmente de ellos; si no han naufragado en el mar de este mundo, en el que tantos barcos se hacen pedazos, es porque Dios colocó al lado de su cuna una madre piadosa que destiló

©Biblioteca Nacional de Colombia

gota á gota en sus almas tiernas la luz pura de la fe y el suave amor de Dios que la ayudaban á amarlos á ellos mucho á pesar de los dolores que le ocasionaban; porque luégo, cuando vino la tempestad de pasiones de los quince años, el mismo Dios les puso cerca los ejemplos de un padre venerado ó de un amigo fiel que los enseñaron, practicando á su vista las virtudes cristianas, á no reírse de las cosas santas; porque más tarde, cuando llegaron á la edad en que la vida empieza á mirarse por su lado serio, vino á unírseles, enviada también por Dios, una esposa santa que sabía multiplicar sus alegrías, adormecer sus dolores, y cuyas cariñosas palabras, cuyos piadosos sacrificios, cuyas ingeniosas delicadezas fueron como brisas que les trajeron á la tierra perfumes del cielo. Pero cuando Dios los favorecía de este modo, contaba con que se le mostrarían agradecidos trabajando por extender su reino y glorificar su nombre; esperaba mucho de ellos para el día de las santas batallas y por eso los armaba sus caballeros.

Católicos y hermanos míos: estáis llamados á combatir por la salud de nuestra sociedad moderna, á la que debéis comprender y amar, y á combatir por ella sin pactar con ninguna de sus debilidades, con ninguna de sus mentiras, con ninguna de sus tiranías, sin desaliento, ni vacilación ni miedo; pero también sin orgullo ni amargura, y combatiendo así debéis esperar mucho, porque si nada hay tan débil y estéril como la cólera que se sirve de la injuria; nada hay más fuerte que un ejército, aun poco numeroso, que tiene por guía á la fe, por móvil la caridad y por divisa estas palabras bordadas en el estandarte de los Macabeos: *Auxilium Dei.*

II. Para otros la actividad gloriosa en la práctica del bien es una necesidad. Hay un trabajo

©Biblioteca Nacional de Colombia

que para los hombres fuertes es el más penoso de los trabajos: ¿ Imagináis cuál es ? Matar el tiempo. Y á ese trabajo están condenados, por la posición y riqueza de sus familias, muchos jóvenes á quienes la ociosidad desespera, y que viven diciendo como Saulo cuando fué derribado en el camino de Damasco:—Señor, ¿ qué quieres que yo haga ? Lo que Dios quiere que hagan puedo yo decírselo: quiere que den apoyo á la prensa que milita por la causa de la verdad, con su dinero en todo caso, y si tienen talento, con su talento también; quiere que, dejando á un lado los cálculos de una prudencia egoísta, tomen su puesto en la cruzada que se organiza para hacer guerra á la miseria, y se esfuercen por darle vigor y actividad y por extender su acción, sin que los asusten ni el lodo del camino ni el olor del desván; quiere que, cuando el buen tiempo los convida á salir al campo, procuren obtener más bien las bendiciones que la tonta admiración de los aldeanos, socorrerlos, tener cuidado de ellos y enseñarles con sus ejemplos que la religión que consuela á los pequeños, trueca también en padres á los señores de tierras. (1)

Es triste talento el que muestra el hombre que apenas sabe gozar solo, porque si algún don de Dios debiéramos apreciar, y por alguno debiéramos mostrárnosle agradecidos, sería por el que nos hace, poniéndonos en capacidad de contribuír á la

(1) Siempre nos ha preocupado la reflexión que hace aquí el autor sobre la conducta que debieran observar las familias notables de las ciudades, que salen al campo en la buena estación. Dios querría que ejercieran un verdadero apostolado; pero los habitantes de los pueblos pequeños sólo las ven ordinariamente divertirse, faltar á misa el domingo, aunque vivan cerca de la iglesia; burlarse sin compasión de lo que en la iglesia encuentran pobre y acaso grotesco, y burlarse y murmurar del Cura; de manera que, cuando no sea de libertinaje, esas familias que tanto bien pudieran hacer, siembran semillas de impiedad y de disipación. (N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

felicidad de nuestros semejantes. Una limosna dada con delicadeza; un servicio oportuno prestado á favor de nuestras influencias; una buena palabra con la cual hemos podido hacer salir la alegría á un rostro y quizás resucitar una alma, son obras que nos proporcionan á nosotros mismos tánta dicha como mérito, y así cuando Tito se lamentaba de haber perdido el día en que no había hecho algún beneficio, no manifestaba otra cosa que la pesadumbre que debe experimentar todo hombre á quien ha faltado la ocasión de enriquecerse y de ser feliz.

Cuando el hombre de corazón noble ha hecho el bien á la vista de Dios, siente algo más dulce que todas las alegrías del mundo; algo que le eleva y le consuela más que todas ellas, porque siente la certidumbre de que su vida es útil; de que no está de más en el mundo sino que ha puesto su piedra en un edificio eterno erigido á la gloria del mismo Dios. El que tal hace se parece á aquellos generosos obreros del siglo XIII, que sabían alejarse por cuadrillas de su patria y de su hogar, para darse en cuerpo y alma á la construcción de alguna espléndida catedral que se edificaba á la orilla de algún río en tierra extranjera. Cada tarde miraban cuánto había avanzado la obra hacia el cielo, y se mostraban contentos de su día porque había sido útilmente empleado, y cuando después de veinte ó de treinta años de trabajar como obreros desconocidos, veían al fin que la cruz aparecía en la punta de la flecha maravillosa que coronaba el edificio, colocada entre la tierra y el cielo como himno ú oración, le dirigían, llorando de alegría, la última mirada, y tomando consigo á sus hijos y sus recuerdos, sin dejar ni su nombre en las piedras inmortales que quedaban vivificadas por su genio é impregnadas

©Biblioteca Nacional de Colombia

de su fe, se iban á morir en paz sonriendo de felicidad al pensar que habían hecho algo por la gloria de Dios y el honor de Nuestra Señora.

III. Para otros, en fin, la actividad fecunda es deber de justicia.

En un día del siglo undécimo se hallaban congregados Obispos y guerreros en representación de la Europa cristiana en los campos de Clermont, y trataban de saber si el Santo Sepulcro había de quedar por más tiempo en poder de los musulmanes, y si las naciones que Cristo había regenerado con su sangre podían continuar asistiendo impasibles á las profanaciones de que ese sepulcro era objeto. De repente apareció sobre un estrado un monje que había llorado sobre la piedra regada con las lágrimas de Magdalena, y después de un discurso tan vehemente como la indignación que ardía en sus venas, exclamó:—*¡ Soldados del demonio, hacéos soldados de Cristo !* Y al oír esta palabra, se escapó de las profundidades de aquellos pechos en que tenía su nido el remordimiento, este grito que los ecos de las montañas enviaron á las edades posteriores: *¡ Dios lo quiere ! ¡ Dios lo quiere !*

Hermanos á quienes la gracia ha tocado, quizás después de largos extravíos: permitidme que os diga como Pedro el Ermitaño á los hombres congregados en Clermont: ¡ Soldados de Satanás, hacéos soldados de Cristo ! Quizás habéis perdido muchas almas, ya abusando de su sencillez; ya aprovechándoos de su imprudencia, ya sacando partido de su vanidad, ya disipando sus justos temores para triunfar de su recato, y ha llegado la hora de reparar lo hecho, afirmando á esas mismas ó á otras en la virtud, alentándolas en el combate, ó disipando sus preocupaciones para allanarles el camino que conduce á la gloria. Qui-

©Biblioteca Nacional de Colombia

zás habéis servido á los intereses de Satanás con vuestras máximas licenciosas, con vuestras relaciones criminales, con el refinamiento culpable de vuestras costumbres: hacéos soldados de Cristo; de ese Cristo á quien el mundo insulta porque no lo conoce, y que, al perdonaros, os mira como á Pedro y os dice:—Hijo mío, ha llegado la hora de la reparación, y cuento contigo para limpiar mi rostro del polvo con que el mundo lo tiene cubierto.—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! No dudo que responderéis á la mirada con que implora vuestro auxilio, á esa voz con que os llama. ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Mereciendo así á fuerza de abnegación y para el día de las justicias, este epitafio que resume la vida mortal de nuestro divino Maestro: *Pertransiit benefaciendo.*

CAPÍTULO X.

¿VACILAREMOS?

La tentación.—I. El mal rico.—¿Por qué para siempre?—II. El espiritismo y las reencarnaciones.—Refutación.—Las pasiones.—La virtud.

En el cuarto siglo de la éra cristiana vivía en Cesaréa un joven de noble cuna, y provisto de todo lo que á los ojos del mundo puede constituír la felicidad; un día se sintió movido de la gracia é iluminado por la luz que la reflexión engendra, y se dijo: todo pasa y sólo el alma subsiste, y vendió sus bienes, los distribuyó á los pobres y se retiró á la soledad. Algún tiempo después, como no se hablara en la ciudad de otra cosa que de las virtudes del joven solitario, una mala mujer juró dar con él en tierra, se vistió de mendiga y se dirigió á la ermita situada en la montaña. Llegó en tiempo de tempestad y pidió asilo al solitario

©Biblioteca Nacional de Colombia

para pasar la noche; asilo que el solitario le negó al principio, pero que luégo, más caritativo que prudente, tuvo la debilidad de otorgar á su porfía. Instalada la mujer, el solitario le encendió fuego para que se calentara y se retiró á cantar salmos; pero pasadas algunas horas, la supuesta mendiga se le presentó vestida con primor, y dejándole comprender lo que deseaba, le dijo:
—"¡Nadie nos ve!"

El solitario se turbó, se estremeció; iba á sucumbir, cuando una idea, sugerida por la fe, vino en auxilio de su virtud: tomó una brazada de sarmientos, la arrojó á la llama y se precipitó encima, y como el dolor le pareciera insufrible, exclamó:—"¡Y qué, Martiniano! ¿no puedes sufrir este fuego mortal, y por un instante de placer ibas á caer en un fuego eterno? ¿En qué pensabas?" Al ver esto, la que había querido seducirlo se le echó á los pies; juró, desecha en llanto, reparar con la penitencia los desórdenes de su vida, y cumplió su palabra.—¡El infierno! Por cierto que con sólo pronunciar esta palabra tendríamos fuerza para triunfar de las más poderosas tentaciones, si supiéramos llamarla en nuestro auxilio, como el joven de la historia que precede, en vez de emplear todos los recursos del sofisma para evitar el temor que nos inspira.

¿Hay infierno eterno, ó no lo hay? Antes de pasar adelante, haré notar que, en vez de plantear así la cuestión, debiera planteársela de este otro modo:—¿Es bien seguro que no haya infierno? Pero así planteada, desafío al impío más abroquelado á que me responda con la seguridad de la evidencia:—Sí.—Juan Jacobo Rousseau respondía:
—No sé; Diderot desafiaba á sus compañeros á que le probaran la no existencia del infierno, y Voltaire respondía á cierto joven que se gloriaba

©Biblioteca Nacional de Colombia

de poder probarla:—"Sois muy feliz, porque yo no he llegado á tanto." La Iglesia deja á los filósofos que duden y establece esta afirmación formidable:—Hay para los impíos obstinados un infierno eterno.

I

I. Dejando á un lado los innumerables testimonios de nuestros libros santos que proclaman el terrible dogma, pregunto al que dijo: *Yo soy la verdad*, y me responde con la siguiente parábola: —"Hubo cierto hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía á la puerta de éste, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas nadie se las daba; pero los perros venían y lamíanle las llagas. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al Seno de Abraham. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando estaba en los tormentos vió á lo lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno; y exclamó diciendo:—'Padre Abraham, compadécete de mí, y envíame á Lázaro para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.' Respondióle Abraham:—'Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así ahora éste es consolado, y tú atormentado; fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar á vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá.' —'Ruégote, pues, ¡oh Padre! replicó el rico, que le envíes á casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les su-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ceda á ellos el venir también á este lugar de tormentos.' Replicóle Abraham:—'Tienen á Moisés y á los Profetas: escúchenlos.'—'No, dijo él, ¡oh Padre Abraham! pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia, Respondióle Abraham:—'¡Si á Moisés y á los Profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito!" (1)

El dogma entero está contenido en esta parábola: todo está ahí, el fuego y la eternidad; y como si esto no fuera bastante, Cristo, para ser más claro y conciso, puso en otra de sus instrucciones, en boca del Juez Supremo, esta sentencia que pinta el infierno al propio tiempo que proclama su existencia: *¡Discediti a me, maledicti, in ignem aeternum!* ¡Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno!

La Iglesia, como heredera de las enseñanzas de Cristo, repite en su nombre esta terrible verdad, y el que se niegue á admitirla queda por el mismo hecho separado del aprisco, fuera del cual no hay salvación.

¿Y qué adelantaría con separarse de la Iglesia? ¿A qué doctrina ó á qué religión iría á pedir consuelos? Si recurre al protestantismo, que ha echado por tierra tántas verdades, lo verá detenerse temblando de temor y respeto en los umbrales del infierno, cuyas puertas ha ensanchado, en vez de cerrarlas, con la negación del purgatorio, y si quiere pasear su escepticismo fuera de los dominios cristianos, puede recorrer países y

(1) Luc. XVI.—¿Cuál es la naturaleza de ese fuego que atormenta las almas? Nadie lo sabe; pero hay fuego espiritual, como hay fuego material. Cuando un hombre se enamora perdidamente de una criatura que lo rechaza, arde, y á veces muere. Si esto es así, ¿cómo arderá el alma del réprobo deseando amar á la belleza soberana que la rechaza y la maldice eternamente?

©Biblioteca Nacional de Colombia

siglos, llamar á la puerta de todas las religiones, sacudir el polvo de las tradiciones todas, preguntar á la historia y á la literatura de todos los pueblos: dondequiera tropezará con el dogma que le espanta, y á todos oirá repetir con el poeta romano:

...Sedet aeternumque sedebit
Infelix Thaeseus. (1)

¿Y cómo explicar la universalidad de esta creencia? ¿Habrían podido inventar los hombres un dogma que es para todos sus vicios una amenaza; para sus placeres un veneno y para sus pasiones freno terrible? No: la fe universal en el infierno proviene de los restos, en todas partes conservados, de la revelación primitiva que enseñó al hombre, desde el principio, cuál era la sanción establecida para las leyes divinas, y también del sentimiento de la justicia que las generaciones conservan vivo, á pesar de las variaciones del espíritu humano.

II. Entre mil hechos atroces que podría citar, recuerdo el de Catarina de Rusia, cuando hacía abrir el vientre á las mujeres polacas para meter en él un gato furioso, en vez del fruto que llevaban, y pregunto á cualquier hombre de buena fe, qué le grita la conciencia al oír ese, que es uno de los crímenes que la historia atribuye á la Princesa divinizada por Voltaire. El grito consolador de la conciencia es este: ¡hay un Cielo eterno para las víctimas y un infierno eterno para los verdugos! grito que brota tanto más frecuentemente del alma, cuanto más frecuente es el contraste que ofrece el vicio satisfecho que triunfa, se mofa de todo y recibe el incienso de los aduladores, con la virtud modesta que padece, llora y

(1) Virgilio *Eneida*, libro VI.

©Biblioteca Nacional de Colombia

sucumbe. Ese contraste llena la historia de todos los siglos, y aun de todos los días, y es preciso que en alguna parte triunfe la justicia.

Ya oigo que me decís: comprendemos que así debe ser, y no negamos que haya un castigo, pero castigo temporal, justicia que corrija y se apacigüe; porque castigo sin fin, justicia que hiere siempre y no se enternece jamás, pena que no purifica, son cosas que hacen estremecer.

Confieso que á mí mismo me espantan; pero sigamos adelante: lo primero que me llama la atención es que, cuando tántos reclaman contra la eternidad de las penas, no se haya levantado una sola voz para protestar contra la de las alegrías del Cielo. Si la eternidad parece demasiado larga para castigar el crimen, ¿por qué no se acusa á Dios de pródigo al oír que tiene reservada una eternidad de dicha para recompensar la virtud? La verdad es que el hombre no encuentra repugnancia en ser feliz, aunque sea por una eternidad, y sí la encuentra en ser desgraciado; pero esto prueba que sus argumentos no tienen la fuerza que les daría el desinterés.

No olvidemos que si Dios nos ha dado alguna luz, nos la ha dado para dirigirnos á nosotros mismos, pero no para juzgarle á Él. Entre Dios y el hombre podría repetirse el diálogo que tuvo lugar en cierta ocasión entre Alejandro y uno de sus Tenientes, llamado Parmenión:

—"Si yo fuera Alejandro, decía Parmenión, aceptaría las proposiciones de Darío.

—"Y yo también, le respondió Alejandro, si fuera Parmenión."

Es demasiado atrevimiento en el hombre querer cortar la justicia de Dios á la medida de sus propios conceptos.

Dios no es solamente justo, sino infinitamente

©Biblioteca Nacional de Colombia

sabio, y me atrevo á decir que no lo sería si el infierno tuviera fin, porque castigaría el pecado con una pena insuficiente para contener al pecador. El legislador que, para impedir el homicidio y aun el asesinato, amenazara al autor de tales delitos con una pequeña multa, nos parecería un tonto, y tonto en tales términos, que diríamos: mejor hubiera hecho en dejar esos delitos del todo impunes, que en querer castigarlos con una pena verdaderamente irrisoria. Y yo os digo que Dios sería como ese legislador, si sólo hubiera establecido penas temporales para castigar el pecado.

En sus obras Dios se ha propuesto dos fines, que son su propia gloria y nuestra felicidad, y para alcanzarlos nos ha dado leyes, de cuya perfecta observancia resultan, no sólo la gloria del Altísimo, sino la armonía social en este mundo y nuestra salud en el otro; pero siendo Dios infinitamente sabio ha debido tomar los medios más eficaces para triunfar de la libertad del hombre sin destruírla, y hacerle observar las leyes de cuyo cumplimiento habían de pender tan valiosos intereses. Para esto era necesario que diera á sus leyes la sanción más capaz de poner freno á nuestras concupiscencias, sanción que no podía ser otra que un castigo eterno, porque cualquiera otra, por terrible que se la suponga, habría sido insuficiente. ¿Qué hombre se abstiene de cometer pecados veniales por miedo al purgatorio? ¡Y cuenta! que las penas del purgatorio son espantosas; pero como no son más que temporales, apenas se preocupan con ellas las almas más delicadas, es decir, las menos capaces de turbar la paz del mundo, pues los demás ni piensan en tal cosa. Un filósofo alemán decía que daría con gusto dos millones de años de su felicidad eterna por obtener cierta cosa, y como él ha-

©Biblioteca Nacional de Colombia

blarían muchos otros si tuvieran ocasión, porque el corazón humano está hecho de tal modo, que todo lo que ha de acabar es como nada para él. "¡Qué me importa, dice, lo que puede acabar! lo que suceda de aquí á sesenta años está junto á mí. No me gusta lo que se prepara, se acerca, llega y pasa. Quiero un bien, un sueño, una esperanza, que esté siempre delante de mí, más grande que el mismo afán con que la espero; más grande que todo lo que pasa." (1) Y lo que se dice de la esperanza y de la felicidad se puede decir también del temor y de la pena: del mismo modo que un cielo limitado no sería cielo, un infierno temporal no sería infierno, y por eso los que combaten este dogma, con tal que concedamos un fin para la pena, no tienen inconveniente en admitir todos los suplicios que queramos imaginar y toda la duración que nos plazca darles. Lo que no pueden aceptar es la eternidad, y quitada ésta, salvarán gustosos, en provecho de sus pasiones, cualquier abismo. Así, pues, lo único que puede contener á los hombres es precisamente aquello contra que se rebelan.

Por otra parte, para querer que el suplicio de los condenados tenga término, es preciso suponer que basta padecer por cierto tiempo en el otro mundo para expiar los crímenes de esta vida, y en tal suposición hay un error. La pena por sí sola no expía nada porque no cambia nada en el corazón: la pena que expía es la que el culpable acepta en señal de arrepentimiento, y esa aceptación, y el arrepentimiento de que nace, suponen dos cosas que faltan al condenado, es á saber: la gracia y la libertad, elementos indispensables de la contrición de que la muerte priva al alma culpable. El condenado ve y siente su estado con

(1) De Senancour, *Obermann*.

©Biblioteca Nacional de Colombia

una certidumbre que le quita la libertad; conoce que no merece la gracia, y no la pide, y en vez de volverse arrepentido á Dios, le aborrece y le maldice, y así permanece, como permaneció durante su vida, amando el mal y despreciando el perdón. ¿Y se querría que Dios viniera á él en una hora dada, á traerle una indulgencia que no ha solicitado, ni quiere; que Dios tomara á Judas, lleno de odio, para colocarlo al lado de San Juan en las inefables dulzuras de un amor sin fin? Tal pretensión es un insulto hecho al buen sentido.

II

I. Se nos dirá que á Dios le quedan muchos medios de conciliar su justicia con su misericordia, por ejemplo, hacer volver á la nada al culpable ó hacerle recorrer nuevos ciclos de pruebas por medio de sucesivas reencarnaciones; pero voy á demostrar que semejantes combinaciones no resuelven el problema.

Decir que Dios hace volver á la nada al alma que se obstina en el mal, es hacer una suposición absurda, por las siguientes razones: Dios creó á esa alma inmortal por naturaleza; la creó para que fuera inmortal, y le mostró el fin que debía alcanzar y la misión que había de llenar: ¿podría ella, haciéndose rebelde, obligar á Dios á cambiar de designio? ¿Podría la criatura decir á su Creador: conozco tu voluntad, tus leyes y designios; pero si tú quieres una cosa, yo quiero otra; lo que á mí me place es reírme lo mismo de tus promesas que de tus leyes; cifro mi felicidad en ofenderte á mi gusto, y no aspiro á otra cosa que á la nada; la nada es mi derecho, y cuando lo reclamo tú estás obligado á hacer mi voluntad? ¿Y Dios estaría obligado á someterse? No: Dios es dema-

©Biblioteca Nacional de Colombia

siado altivo para resignarse á ser burlado así, y nos ama demasiado para dejar al crimen un estímulo como el que le proporcionaría esa esperanza. (1)

Queda el sistema de la purificación progresiva del alma culpable por una serie más ó menos larga de reencarnaciones, sistema ingenioso que tuvo por cuna el Oriente; que fué formulado en Occidente por Pitágoras, bajo el nombre de metempsícosis, y ha sido resucitado en nuestros días con el de espiritismo, bien que con notables modificaciones, debidas al progreso de las ideas y á las pretendidas revelaciones de los espíritus. Este sistema se resume así:

"Los seres materiales constituyen el mundo visible ó corporal, y los seres inmateriales el mundo invisible ó espírita, es decir, de los espíritus. Los espíritus se revisten temporalmente de una cubierta material y perecedera, cuya destrucción por la muerte les devuelve la libertad. Entre las diferentes especies de seres corpóreos, Dios ha escogido la especie humana para la encarnación de los espíritus que han llegado á cierto grado de desenvolvimiento, y esto es lo que le da la superioridad intelectual y moral de que disfruta con relación á las otras especies. El alma es un espíritu encarnado á que sirve de cubierta el cuerpo; pero en el hombre hay tres cosas: el cuerpo ó sér material, semejante á los animales y animado por

(1) El anonadamiento sería, por otra parte, una nueva forma de castigo eterno, porque envolvería la privación del mayor de los bienes, que es la existencia, y es digno de notarse que las sectas ó escuelas que admiten la posibilidad de ese anonadamiento, miran la vida como un mal y el acto de darse la muerte á sí mismos, ó darla á otros, como un acto laudable. Tal sucede con los naturales del Indostán, que esperan el Nirvana como término de toda pena, y aun con los nihilistas, que se juzga participan de la misma idea, como su nombre parece indicarlo.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

el mismo principio vital que ellos; el alma, ó sér inmaterial, espíritu encarnado en el cuerpo, y el lazo que une al alma con el cuerpo, principio intermedio entre la materia y el espíritu. El lazo ó *perispíritu*, que une al cuerpo con el espíritu, es una especie de cubierta semimaterial. La muerte es la destrucción de la cubierta más grosera; pero el espíritu conserva la otra que constituye para él un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en el estado normal; pero que en ciertos casos puede hacerse visible, y aun tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones. Así el espíritu no viene á ser un sér abstracto é indefinido, que sólo el pensamiento pueda concebir, sino un sér real y circunscrito, que en ciertos casos es apreciable por los sentidos de la vista, el oído y el tacto.

"Los espíritus pertenecen á diferentes clases, y no son iguales ni en poder, ni en inteligencia, ni en saber, ni en moralidad. Los del primer orden son los espíritus superiores que se distinguen de los demás por su perfección, sus conocimientos, su proximidad á Dios, la pureza de sus sentimientos y su amor al bien, y éstos son los ángeles ó espíritus puros. Los espíritus de las otras clases se alejan más y más de la perfección, y los de las inferiores son inclinados á la mayor parte de nuestras pasiones, tales como el odio, la envidia, los celos, el orgullo, y se complacen en el mal. Entre éstos hay algunos que no son ni muy buenos ni muy malos; enredadores y traviesos más bien que malvados, que parecen tener por patrimonio la malicia y las inconsecuencias, y son más que otra cosa atolondrados y ligeros.

"Los espíritus no pertenecen perpetuamente á la misma clase; sino que todos mejoran al pasar por los diferentes grados de la jerarquía espírita, y esa mejora tiene lugar por medio de la encar-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nación que se impone á unos como expiación y como misión á otros. La vida material es una prueba por la que han de pasar muchas veces hasta que hayan alcanzado la perfección; es una especie de filtro en que se depuran, quedando al pasar por él más ó menos purificados.

"Al separarse del cuerpo, el alma entra en el mundo de los espíritus, de donde había salido, para volver á tomar vida material después de un lapso de tiempo más ó menos largo, durante el cual permanece en el estado de espíritu errante.

"Como el espíritu tiene que pasar por muchas encarnaciones, todos nosotros hemos tenido muchas existencias y tendremos otras más ó menos perfeccionadas, ya sea en la tierra, ya en otros mundos. La encarnación de los espíritus tiene lugar siempre en la especie humana, y sería un error creer que el alma, ó el espíritu, puede encarnarse en el cuerpo de un animal. Las diferentes existencias corporales del espíritu son siempre progresivas y jamás retrógradas; pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hagamos para llegar á la perfección.

"Las cualidades del alma son las del espíritu que ha encarnado en nosotros, de manera que el hombre de bien es la encarnación del espíritu bueno, y el perverso la del espíritu impuro. El alma tenía su individualidad antes de encarnar, y la conserva después de separada del cuerpo, y al entrar en el mundo de los espíritus encuentra en él á los que conoció en la tierra y adquiere el recuerdo de sus existencias anteriores con el de todo el bien y todo el mal que hizo en ellas. El espíritu encarnado está siempre bajo la influencia de la naturaleza; pero el hombre que supera esta influencia por la elevación y depuración de su alma se acerca á los espíritus buenos, con los cua-

©Biblioteca Nacional de Colombia

les estará algún día; mientras que, el que se deja dominar por las malas pasiones, y coloca todas sus alegrías en la satisfacción de los apetitos groseros, se acerca á los espíritus impuros, dando la preponderancia á la naturaleza animal. (1)

"Los espíritus encarnados habitan los diferentes globos del universo, al paso que los espíritus no encarnados, ó errantes, no ocupan región determinada y circunscrita sino que están dondequiera, en el espacio y á nuestro lado, nos ven y nos codean sin cesar, y forman una población invisible que se agita en torno nuéstro. Los espíritus ejercen acción incesante sobre el mundo moral, y aun sobre el mundo físico; obran sobre la materia y sobre el pensamiento, y forman una de las potencias de la naturaleza, siendo causa eficiente de una multitud de fenómenos que hasta ahora han quedado sin explicación, ó han sido mal explicados, porque sólo el espiritismo tiene para ellos solución racional.

"Las comunicaciones de los espíritus con los hombres son unas veces ocultas y en otras ostensibles: las comunicaciones ocultas tienen lugar por la influencia buena ó mala que ejercen sobre nosotros sin que lo sepamos, pero dejando á nuestro juicio el discernir entre las inspiraciones buenas y las malas, y las comunicaciones ostensibles, por medio de la escritura, de la palabra ó de otras manifestaciones materiales, y más frecuentemente por la intervención de los *mediums*, que les sirven de instrumentos.

(1) Aquí salta ya á la vista una de esas contradicciones en que incurren tan fácil y frecuentemente los que están fuera de la verdad. Arriba había dicho: "Las diferentes existencias corporales del espíritu son siempre progresivas y jamás retrógradas," y ahora dice: "El que se deja dominar de las malas pasiones, se acerca á los espíritus impuros," es decir, retrograda, y si no se quiere que la cosa sea una burla, reencarnará en una condición inferior.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

"Los espíritus se manifiestan unas veces espontáneamente, y otras á virtud de evocación, y todos los espíritus pueden ser evocados; lo mismo los que animaron á hombres oscuros que los de los personajes más ilustres, y sea cual fuere la época en que vivieron; lo mismo los de nuestros padres y amigos que los de nuestros enemigos, para obtener de ellos, por comunicaciones escritas ó verbales, consejos, noticias sobre su situación de ultratumba, ó sobre lo que piensan con relación á nosotros, lo mismo que sobre las revelaciones que les es permitido hacernos. (1)

"La moral de los espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica:—'Obrar para con los demás como querríamos que ellos obraran para con nosotros; hacerles bien y no hacerles mal.' En este principio encuentra el hombre la regla universal de su conducta, aun para sus menores acciones. Esos espíritus nos enseñan que el egoísmo y la sensualidad son pasiones que nos acercan á la naturaleza animal atándonos á la materia, y que, por el contrario, el hombre que desde aquí abajo se desprende de la materia por el desprecio de las futilidades mundanales y el amor del prójimo, se acerca á la naturaleza espiritual; nos enseñan que cada uno debe hacerse útil á los demás según sus facultades y los medios que Dios ha puesto á su disposición para experimentarlo, y que el fuerte y el poderoso deben apoyo y protección al débil, porque el que abusa de la fuerza y del poder para oprimir á sus semejantes, viola la ley de Dios. Enseñan por fin que, como en el mundo de los espíritus

(1) Bien poca cosa deben de ser las tales revelaciones, porque está por ver la primera noticia importante y cierta con que los espíritus hayan contribuído á disipar la ignorancia ó las dudas de los hombres.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

nada puede quedar oculto, todas las torpezas que ocultaba la hipocresía serán en él descubiertas; que la presencia inevitable y continua de aquéllos á quienes hicimos mal, es uno de los castigos que nos están reservados, y que al estado de inferioridad y superioridad de los espíritus van unidos tormentos y goces que aquí nos son desconocidos. Pero nos enseña también *que no hay culpas irremisibles, ó que no puedan ser borradas por la expiación.*" (1)

Según esta doctrina, la humanidad, tomada colectivamente, se parecería á una gran procesión que fuera gravitando de mundo en mundo y por encarnaciones sucesivas, hacia la perfección y la felicidad; el infierno eterno quedaría suprimido para no dejar más que una especie de purgatorio, constituído por esa marcha ascendente que había de costar á las almas mil esfuerzos é incalculables padecimientos. Pero el tal sistema, tan seductor para ciertos hombres, como contrario á la Religión á que pretende dar apoyo, ¿resuelve el problema de la eternidad de las penas? No: lo único que hace es alejar un punto la dificultad. O la impresión del castigo que el espíritu culpable

(1) *El libro de los Espíritus*, por Allan Kardec. Al leer este trozo, escrito por el apóstol del espiritismo, saltan á la vista varias observaciones que no queremos pasar en silencio: la primera es que en ese hermoso Código de moral, dictado por los espíritus, no se hace mención chica ni grande de deberes para con Dios; la segunda, que no hay diferencia esencial entre la suerte de los buenos y la de los malos, puesto que todos han de irse perfeccionando por medio de sucesivas encarnaciones, y la tercera, que no se conoce ni el principio ni el término del perfeccionamiento que constituye la ley común. No se necesita, por lo mismo, gran perspicacia para adivinar que la mención de Dios y de su ley, de ángeles, de tormentos de la conciencia como pena de los espíritus culpables etc.; es un simple artificio con que se alucina á los tontos, y que consiste en arrancar girones del dogma cristiano para disfrazar con ellos el panteísmo evolucionisia, verdadera doctrina de la secta bárbaramente denominada *Espírita*.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

recibió queda profundamente grabada en su memoria, y entonces la virtud no habita en él sino á expensas de la libertad, ó el espíritu pierde el recuerdo de ese castigo lo suficiente para permanecer libre, y entonces puede abusar de la segunda encarnación, como abusó de la primera, y seguir abusando de todas. ¿Y qué hará Dios en este caso? ó perder la paciencia, é infligir, por último, una pena eterna á ese espíritu que se obstina en el mal—y volvemos á caer en el abismo que queríamos evitar—ó conceder indefinidamente nuevos plazos para que el impío vuelva á comenzar la serie de sus iniquidades. Así el malvado, en lugar de sentirse sobrecogido ante la perspectiva del juicio que hace de la muerte el escollo solemne de la vida, se irá á la tumba con la tranquilidad del viajero que va á pasar una puerta, porque sabe que puede presentarse á su Dios y decirle con la ironía del soberbio, seguro de la impunidad: "Aquí me tienes con las manos vacías de buenas obras y el corazón hambriento de placeres; hazme cielos y mundos nuevos para que goce en ellos hasta saciarme, aun cuando haga gemir á todos sus moradores con mi egoísmo; porque si tú estás cansado de aguardarme, yo no lo estoy de gozar, ni de prescindir de ti, ni de maldecirte."

Juan Jacobo Rousseau sentía la fuerza de este razonamiento, cuando en un momento de sinceridad, dejaba escapar la siguiente confesión:—"Los malos estorban en este mundo, porque turban su reposo; y en el otro, porque Dios no sabrá qué hacer con ellos, á menos que los condene para siempre."

II. Por otra parte, nada verdaderamente misericordioso ha imaginado el espiritismo, que no se encuentre en el plan cristiano de la Providencia: nuestra vida, tal como Dios la ha dispuesto, es

©Biblioteca Nacional de Colombia

una serie de transfiguraciones, que tienen todas por objeto conducirnos á Él, ya por medio de advertencias, ya por medio de pruebas, pudiendo decirse que durante ella pasamos como por muchas existencias, en las que el bien se ofrece al alma bajo aspectos diversos y lo solicita por medio de encantos que no se parecen el uno al otro. La infancia, la juventud, la edad madura, la vejez y la misma muerte son otras tantas fases de esa vida, que nos van trayendo nuevas y nuevas revelaciones; fases que se encadenan unas con otras, y que, á pesar de sus diferencias, y por efecto de los mismos acontecimientos que se suceden, forman un todo armónico, y llevan al alma por la senda de un progreso verdaderamente sobrehumano. De esto no siempre nos percatamos; pero hay ciertas horas en que el tejido de nuestra existencia se sacude todo entero y nos hace sentir, de un solo golpe, la vida con todas sus formas. ¿ Quién no ha sentido algunos de esos como golpes mágicos con que Dios sacude á todo el hombre, poniéndole delante, en un momento, los mundos que ha recorrido ? ¿ Quién al ver á un niño en los brazos de su madre no ha exclamado alguna vez: ¡ qué bueno es el Dios que nos hace comenzar por aquí el viaje á la eternidad ! ? ¿ Qué joven no ha encontrado, en el fondo del cáliz en que creía libar sólo la alegría del corazón, la gota de amargura que lo ha obligado á echar menos la perdida inocencia ? ¿ Cuántos hombres no han aprendido á los cuarenta años á creer y á humillarse, por haber sentido el peso de las inquietudes que trae consigo la paternidad ? Cuando estas revelaciones no son suficientes para vencer las tinieblas del alma, viene la vejez, que la hace ver claro, obligándola á recogerse, porque el anciano es como un marino que ha sondeado todos los escollos acercándose á todas las costas,

©Biblioteca Nacional de Colombia

y á quien basta acordarse para profetizar, y cuando se resiste á las enseñanzas de la vejez, viene por fin la muerte como último rayo de luz. El moribundo, desde la orilla del abismo, mira el mundo que se va, la eternidad que viene, las ilusiones que se desvanecen, y en ese punto, al dar el tremendo paso, encuentra al Dios de su madre y de su esposa, que lo solicita con una última mirada, y le grita, quizá por los labios de una hija querida: mírame, implora mi clemencia, que aún es tiempo de repararlo todo.

¡Oh, sí! Dios es bueno y paciente, y lejos de apresurarse á castigar al pecador, lo llama, lo aguarda, de manera que puede asegurarse que ningún hombre se pierde, á quien no acompañe el pesar de haber frustrado con su perversidad las mil estratagemas del eterno amor. Pero la bondad, aunque es amor gratuíto, no excluye la justicia: el que ama primero, el que ama sin interés, el que ama hasta morir por el amado, es y será siempre bueno; pero el amor aspira á ser retribuído en amor, y sabe perdonar todas las injurias, menos la indiferencia. Si se ve desconocido y despreciado después de solicitar una y otra vez, y aun después de sacrificarse generosamente, se replega sobre sí mismo y se va para no volver, y cuando se siente herido, es más inexorable que la justicia. El Dante lo comprendió así cuando puso en la puerta de su infierno esta inscripción sublime: —"Por mí se entra al eterno dolor; por mí se entra á la ciudad del llanto; por mí se llega á la nación perdida. Los que entráis dejad aquí toda esperanza, que á mí me hicieron la eterna justicia y *el primer amor*."

III. ¿Y por qué senda llega el hombre perverso á esa eterna angustia? ¿Será por un camino siempre sembrado de flores? La razón y la expe-

©Biblioteca Nacional de Colombia

riencia, de acuerdo con el Espíritu Santo, nos dicen que no; que no siempre está sin aflicción el que se condena, porque cada una de nuestras pasiones tiene, aun acá en la tierra, un castigo, por medio del cual Dios nos hace conocer que la senda por donde nos llevan es falsa, y que en el término de las alegrías engañosas que nos procuran no está la felicidad. Si la impureza mata el vigor de la juventud y agota las fuentes de la vida, el juego destruye, en medio de angustias atroces, los caudales más saneados; la embriaguez, después de turbar muchas veces la razón, acaba por degradar la inteligencia y convertir al hombre en un imbécil que inspira á la vez risa y lástima; los insomnios y los deseos de venganza viven con el orgullo descontento, y la ambición no satisfecha produce espasmos dolorosos y ocasiona llagas mortales.

El camino de los impíos es engañoso. Si en la satisfacción de sus deseos hallan á veces un éxtasis pasajero ó una alegría culpable, detrás viene ordinariamente la desesperación. Y la desesperación es suplicio tan espantoso, que se podría dudar de su realidad si diariamente no nos diera solemne testimonio de ella un hecho famoso que es á la vez su comprobación y su efecto: el suicidio. Cuando un hombre deja de creer en el mundo presente, y la fe no le da valor mostrándole las perspectivas, alegres por un lado y aterradoras por otro, del mundo futuro, la vida se le hace insoportable carga. ¿A qué fin vivir cuando todo ha muerto para nosotros? ¿Para qué vivir cuando la verdad no alumbra la inteligencia; cuando el amor ha cesado de conmover el corazón; cuando los mismos sentidos, á fuerza de abusar de los placeres han llegado á hostigarse con ellos? ¿A qué fin vivir cuando uno llega á verse desheredado de

©Biblioteca Nacional de Colombia

las alegrías que proporcionan la fortuna y la gloria; cuando no halla un amigo que le ofrezca protección ó dinero, ni tiene otro consolador que el remordimiento devorado en la soledad? Cuando un hombre ha llegado á este punto, la demencia viene en auxilio de su desesperación para animarle á entregar de un golpe su cuerpo á los gusanos y su alma al Supremo Juez.

Poned el oído para escuchar lo que grita la multitud de los que ayer se burlaban de Dios y de su justicia nadando en las delicias que juzgaban felicidad, y decidme qué oís, ¿una queja ó un cántico? Oiréis el grito de una sabiduría demasiado tarde abrazada; el grito de que habla el sabio cuando dice:—"Luégo descarriados hemos ido el camino de la verdad: no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición; andado hemos por senderos fragosos, sin conocer el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia, ó qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas, y como mensajero que va en posta; ó cual nave que surca las olas del mar, de cuyo tránsito no hay que buscar vestigio, ni la vereda de su quilla en las olas; ó como ave que vuela al través del aire, de cuyo vuelo no queda rastro ninguno, y solamente se oye el sacudimiento de las alas con que azota al ligero viento y corta con fuerza el ambiente, por el cual se abre camino; ella bate sus alas, y vuela sin dejar detrás de sí señal ninguna de su rumbo; ó como una saeta disparada contra el blanco, corta el aire, y luégo éste se reúne sin que se conozca por donde aquélla pasó; así también nosotros, apenas nacidos, dejamos de ser; y ciertamente ninguna señal de

©Biblioteca Nacional de Colombia

virtud pudimos mostrar, y nos consumimos en nuestra maldad. Así discurren en el infierno los pecadores." (1)

Cuando Pilato presentó á Jesús ensangrentado y cubierto de llagas y cardenales de los pies á la cabeza, y dijo al pueblo: *Ecce homo*, parece á primera vista que sólo quiso decir: hé aquí al hombre cuya muerte me pedís tal como le han puesto los látigos de mis soldados y el furor de sus enemigos; pero una alma que, iluminada con las claridades celestiales hubiera visto en Jesús al representante de la humanidad, cuyos pecados tomaba sobre sí, habría podido entender las palabras de Pilato de este otro modo: hé aquí al hombre tal como le han puesto las pasiones. El hombre es en realidad una gran víctima que está siempre delante de nosotros, desfigurada, cubierta de cardenales, gimiendo entre las garras de la enfermedad ó del remordimiento: la vemos en la morada del pobre sin resignación que blasfema ó que llora en el desamparo; la vemos cubierta de úlceras y agonizando en el lecho de hospital; la vemos en los presidios arrastrando cadenas y rencores; la vemos, en fin, en el joven cuyos vicios, denunciados por una vejez prematura, se ofrecen desnudos al desprecio de la tierra y del cielo. *Ecce homo*, hé aquí al hombre, no como salió de las manos de Dios sino como le ponen cada día las pasiones egoístas, la embriaguez, el juego y los deleites. *Iter autem impiorum decipiet eos.*

¿Hemos de quejarnos contra Dios por esto, mirando como dón fatal la sensibilidad con que nos dotó? No, pues semejante queja sería tan injusta como todas las que se elevan contra Dios, de quien nada hemos recibido que no sea un bien. Un día en que Lenôtre, viejo ya, se prosternó ante

(1) Sap. V. 6-15.

©Biblioteca Nacional de Colombia

el Vicario de Cristo, éste le dijo levantándolo y echándole los brazos al cuello:—¿Qué podría yo concederte, hijo mío, que te diera gusto?—Si podéis, Santísimo Padre, dadme pasiones, le respondió Lenôtre, porque sin ellas no se hace nada. Lenôtre tenía razón, porque las pasiones son un don precioso para quien ha recibido de Dios, al propio tiempo que un corazón capaz de sentirlas, la fuerza suficiente para gobernarlas.

Convidar al hombre á las alegrías eternas, como lo hace Dios, poniéndole por condición que practique la virtud, es ofrecer una dicha sin fin como salario de las alegrías más suaves que pueden gustarse acá en la tierra. Por la virtud subsiste el orden, se establece el respeto y circula el afecto en las venas de la humanidad; todo filósofo que la desdeña cae abrumado por el desprecio; todo partido que la rechaza puede considerarse vencido; toda amistad en que no tiene parte carece de raíces; toda felicidad á que ella no sirve de fundamento, es ilusión engañosa, y toda gloria que no recibe de ella su corona está de antemano perdida.

En fin, la virtud proporciona la paz, poniendo en equilibrio todas las facultades del alma: por ella la imaginación que colora y abulta las cosas, se hace humilde sierva de la inteligencia, y la inteligencia, libre de los extravíos á que el desenfreno de la imaginación la expone, lleva su mirada, pura ya, al fondo del mundo invisible; por ella, la memoria, en lugar de evocar recuerdos que hagan daño, aprende á respetar el pudor que reina en los deseos, y los sentidos mismos se hacen menos prontos para despertarse y menos insaciables en sus apetitos. El alma en que domina la virtud, disfruta de una libertad que ningún poder de la tierra es capaz de arrebatarle; el corazón que la virtud embalsama vive en continuo festín; la

©Biblioteca Nacional de Colombia

conciencia en que habita, está al abrigo de los remordimientos, y, por fin, el hombre á quien gobierna, inclinado siempre ante la razón, se mantiene en la actitud sumisa de la criatura que conoce sus deberes; pero al aceptarlos, obedece á su propia soberanía.

Alfieri comienza su tragedia de *Nerón* con esta palabra sublime:—Dueño del mundo, ¿qué te falta? la paz. El que carece de ese tesoro puede ser dueño del mundo y ser desgraciado, y el que lo posee, es feliz aunque carezca de todo: del favor de la suerte y del favor de los hombres. El que posee la paz, puede desafiar todas las tempestades y conservar serenidad en medio de todas las pruebas, aun cuando necesite morir por la causa de la justicia. En el momento supremo oirá la palabra que regocijaba al joven Víctor en el martirio: —Venciste Víctor; venciste.

Así, la alternativa inevitable para el hombre es ésta: ó llegar á la muerte eterna en medio de los tormentos que ocasionan las pasiones desencadenadas; ó asegurarse una felicidad perfecta é infinita por medio de las alegrías inefables que vienen siempre tras de los sacrificios que impone la virtud. Dos caminos se abren ante sus ojos: la muerte viene á su encuentro; el cielo y el infierno le miran, y Dios le llama, pero dejándole la libertad. A él le toca escoger: ¿vacilará?

CAPÍTULO XI.

EL SACERDOTE.

I. Ministro del sacrificio.—Organo de la verdad.—Propagador de la gracia.—II. ¿Por qué vive solo?—Para ser el camino, la verdad, la vida.—III. ¿Qué prueba esto?—¿Por qué le tienen miedo?

Hay un hombre que vive en el mundo sin pertenecer al mundo; que á unos inspira confianza

©Biblioteca Nacional de Colombia

sin límites y á otros invencible repulsión; que tiene, como Cristo, el singular privilegio de pasar por la vida recogiendo por un lado bendiciones sin tasa y por otro espantosas calumnias; hombre á quien los potentados de la tierra adulan á veces y á veces persiguen, pero cuyas inviolables prerrogativas no pueden usurpar sin hacerse ridículos á los ojos de todos, aun de los mismos que los aplauden: he nombrado al sacerdote católico.

¿Qué es, pues, el sacerdote católico? Sé que hay muchos hombres que responden á esta pregunta: el sacerdote es el propagador asalariado de la ignorancia; el representante oficial de la edad media; el enemigo jurado de todo progreso; el minotauro temido con justicia por los maridos; mientras que otros, más benignos ó menos ardientes, lo definen funcionario obligado por la Iglesia al celibato y pagado para que predique moral al pueblo y lo engañe con habilidad á fin de mantenerlo en la obediencia.

El sacerdote católico no aceptará jamás semejantes definiciones, porque nada hace para merecerlas, y antes bien es un hombre más ó menos generoso que ha recibido de Dios, á la vez que un poder maravilloso y un carácter indeleble, la sublime misión de salvar las almas por medio de un doble sacrificio, doble porque el sacerdote desempeña unas veces la función de depositario y otras la de víctima.

I

I. Yo soy el camino, la verdad y la vida, dijo el Salvador; y en estas palabras resumió todo el programa de nuestra redención. Para salvar al mundo era necesario, en primer lugar, reconciliarle con la justicia divina, pagando su rescate, y el Salvador, por la mediación omnipotente que

©Biblioteca Nacional de Colombia

ejerció con su oración y su sacrificio, fué como un puente gigantesco echado sobre el abismo que separaba la tierra del cielo. *Ego sum via.* Para salvar á los hombres era necesario mostrarles el camino de la salvación, haciéndoles conocer su origen, su naturaleza y sus destinos, y para esto encendió la antorcha de la verdad en el mundo, disipando con su doctrina las tinieblas que lo envolvían. *Ego sum veritas.* En fin, para que el mundo fuera salvo era preciso que la vida de Cristo fuera su vida y que el amor de Cristo lo animara, y esa vida es la que Cristo derrama en el mundo por los siete canales que se llaman sacramentos, y cuya fuente brota sin cesar de su corazón abierto en el Calvario. *Ego sum vita.*

Pero el sacerdote, vicario del amor de Cristo en la tierra, según la expresión de San Ambrosio, continúa la misión del mismo Cristo: es mediador por cuanto es heredero del poder que perpetúa su sacrificio; es la verdad, porque es dispensador de la luz, y es la vida porque es propagador de la gracia.

La humanidad debe á Dios un triple sacrificio de reconocimiento, de propiciación y de expiación; pero la gratitud debe igualar á los favores recibidos; la ofrenda de propiciación debe durar tanto como las debilidades que la reclaman, y la expiación debe ser proporcionada á las iniquidades cuyo perdón se pide, y el mundo no piensa en ofrecer ese triple sacrificio, y aun cuando lo pensara, sus súplicas y homenajes no tendrían jamás á los ojos de Dios valor suficiente para darles eficacia. Lo que no puede el mundo, lo puede Cristo, y Cristo confió al sacerdote la misión de pagar las deudas de la humanidad, y para que pudiera cumplirla lo constituyó órgano de su oración y ministro de sus altares, colocándolo así entre Dios y el hombre,

©Biblioteca Nacional de Colombia

entre la tierra y el cielo, para que sirviera á los intereses de ambos y fuera el anillo misterioso que los reconciliara.

Hé aquí cómo cumple el sacerdote su misión: á cada hora del día, mientras el mundo trabaja ó se divierte, abre el libro de la oración, el *Breviario*, que es para él lo que para el soldado la espada, y reza el *Oficio divino* que derrama en su lámpara el aceite del fervor. Repite los cánticos siempre nuevos de David; los oráculos de los Profetas, de Cristo y de los Apóstoles; se entusiasma recordando los altos hechos de esos héroes que se llaman Santos, y por fin pide perdón para su pueblo, implorando en favor de él el rocío de la gracia que refresca las almas, y el de las nubes que hace germinar las mieses. Al despuntar de cada aurora, mientras el artesano vuelve á su trabajo, el labrador á su campo, y mientras tántos voluptuosos descansan en el blando lecho de los placeres de la víspera, el sacerdote deja la pobre cama donde ha descansado solo; se recoge un rato á meditar y después sube las gradas del altar, y una vez en él, levanta las manos, esas manos por donde corrió el óleo santo, y pronuncia una palabra, palabra de tal eficacia, que al brotar ella de sus labios los cielos se inclinan y se entreabren, porque el sacerdote, más poderoso que Josué, ha ordenado, no al sol que se detenga sino al autor del sol que renueve su inmolación, y Dios, encadenado por su palabra, palabra de honor si las hay, juramento de un Dios, obedece á su sacerdote. Suspendido entre la tierra y el cielo como el día de su pasión en la cruz, el divino Mediador, en manos de su ministro, y en el solemne momento de la elevación, resume la gratitud, los votos y arrepentimiento de toda la tierra, y dice á su Padre, como en el gran día de su muerte: *Parce, Domine,*

©Biblioteca Nacional de Colombia

parce populo tuo. Cuando pienso en esto no me sorprende el grito de admiración y de espanto que exhaló el Areopagita:—Sacerdotes de la nueva ley, sois más grandes que los ángeles, porque para crear esos espíritus celestiales le bastó á Dios quererlo, mientras que para formar un sacerdote que pudiera inmolarlo cada día le fué preciso morir.

II. El sacerdote es el propagador de la verdad, porque es el órgano de la palabra de Dios. Muchos sabios, filósofos, literatos, periodistas, cuenta el mundo en su seno; ¿ve por eso más claro? Es permitido dudarlo. En nuestros días un periódico tiene mucho menos de idea que de negocio, y los que en ellos escriben, más bien que apóstoles, son con frecuencia sirvientes ó cómplices más ó menos bien pagados. Los sabios, los filósofos, los literatos, pueden divertir á la humanidad, y si se quiere, crearle nuevos recursos á fuerza de analizar los elementos de este mundo en que vive; pero serán siempre impotentes para hacerla reposar en la verdad, porque ese reposo no puede venirle sino del conocimiento de sus destinos.

La verdadera luz del mundo; la antorcha de que no puede prescindir sin extraviarse en las tinieblas, es la palabra de Dios. *Ego sum lux mundi.* ¿Y qué es la palabra de Dios? Es la verdad que enseña todo lo que se refiere al mismo Dios, al hombre, á su naturaleza, origen y fin; es el conjunto de todos los principios regeneradores, cuya aplicación progresiva constituye la verdadera civilización y bastaría para conducir al género humano á la eterna paz, después de haberle dado, á su paso por la tierra, la que resulta de la armonía de todos los elementos sociales. Pero la palabra de Dios está encerrada en el magnífico sepulcro que se llama la Biblia, y en ese sepulcro cerrado,

©Biblioteca Nacional de Colombia

auténtico, mudo, la entregó Jesucristo á la Iglesia antes de subir á los cielos, á fin de que, llegado el día, un ángel rompiera los sellos y quitara la piedra que la retenía cautiva y en silencio. Ese ángel que abre el sepulcro á la palabra divina para que resucite gloriosa é inmortal, es el sacerdote á quien Jesucristo llamó, como se había llamado á sí mismo, luz del mundo. *Vos estis lux mundi.*

Al sacerdote corresponde *comer* el libro de la ley, como lo hiciera en otro tiempo Ezequiel, es decir, dar la vida á la palabra de Dios, haciéndola pasar por su propio corazón para arrojarla luégo palpitante de calor, y al mismo tiempo llena de suavidad, á la multitud hambrienta. A él le toca subir á la cátedra de la verdad, donde siente que la sangre huye de sus extremidades y afluye al pecho cuando abre los labios para hablar al pueblo no de sus derechos sino de sus deberes. La religión es un pensamiento y la palabra es el sol que lo hace visible, le da vida y lo hace comunicable, y por eso, así como el sol da cada día la vuelta al mundo para alumbrar los cuerpos, la palabra, hija primogénita de Dios, la da para alumbrar las almas. La primera palabra de Dios en el principio de los tiempos fué *Fiat lux*, sea la luz, y esa palabra ha continuado expresando su función y sirviéndole de divisa, y así continuará sucediendo hasta que venga el siglo futuro en que el Verbo de Dios iluminará directamente la asamblea de los espíritus. Mientras llega ese día, el ministerio de la palabra independiente, sincera y verdadera, continuará siendo el primer ministerio del mundo, y el imperio que en él se funda la más bella de las dominaciones.

III. Al propio tiempo que sacrificador y apóstol, el sacerdote es padre, porque propaga la vida. Tomada en su sentido más elevado, la palabra

©Biblioteca Nacional de Colombia

vivir no significa sólo existir sino pensar, amar y obrar, y aun más todavía: estar en relación con la verdad suprema por medio de la inteligencia, con la belleza suprema por el afecto y con el supremo bien por la voluntad, y sumergirse en la luz de ese triple sol por el poderoso movimiento, por la ardiente aspiración que se llama amor, para realizar sus leyes inmortales por medio de actos que colocan al hombre á infinita distancia del animal, como que son actos que tienen por principio la libertad sostenida por la gracia; por antorcha la conciencia robustecida por la fe; por fruto la virtud que forma los santos y por término la felicidad de los bienaventurados. ¿Y quién ejerce por ministerio la paternidad que da por fruto la propagación de esa vida? El sacerdote. El sacerdote, cuya misión es tan alta y tan benéfica, que la misericordia corporal, tan exaltada y admirada hoy, no es más que su lado secundario. Sin duda debe esforzarse por socorrer, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, aun aquellas necesidades que sólo afectan á la vida temporal, y ¡desgraciado de él si emplea el pan y el vino del altar en atesorar para otros herederos que los pobres, que si la avaricia es en todos sórdida, mucho más odiosa y criminal es en el sacerdote que se deja dominar por ella! Su bolsillo y su corazón deben estar al servicio de los indigentes; pero el socorrerlos no es su principal ministerio, y por eso sin duda permite Dios con frecuencia que las miserias que quisiera aliviar sobrepujen á sus recursos.

La misión esencial del sacerdote consiste en propagar y mantener el vigor de las almas y la vida sobrenatural, y mirado desde este punto de vista, su poder no tiene otro límite que el que pueda ponerle la voluntad de los hombres, y por lo demás á todo alcanza. Mirad á ese niño á quien

©Biblioteca Nacional de Colombia

su madre acaba de contemplar por la primera vez con un alborozo que no conoce otro mayor sino en el cielo: existe, respira y sonríe, pero no tiene la vida que salva. Es necesario que se la dé el sacerdote á quien lo presentan para que le derrame en la frente unas gotas de agua; lo haga así hijo de Dios, y lo devuelva á la madre que desenvolverá, suavemente y día por día, esta primera iniciación, hasta que llegue el tiempo de volverlo á enviar al pastor que ha de prepararlo, con ternura más viril, para las alegrías de la primera comunión, recibida la cual el pontífice lo arma para las santas batallas por medio del sacramento de la confirmación. Si el nuevo soldado cae herido, se presenta de nuevo al sacerdote que, á la manera del buen Samaritano, cura sus llagas derramando en ellas el aceite y el vino de la penitencia, y después da á su corazón, en la sagrada eucaristía, el cordial que lo vigoriza. Cuando han llegado los veinticinco años, y el joven siente la necesidad de tener á su lado un ángel que le ayude á sobrellevar las pruebas de la vida que empiezan á hacerse más terribles con la edad viril, viene todavía á pedir al sacerdote que fortifique sus esperanzas bendiciendo sus juramentos. Por fin, cuando la enfermedad ha postrado al anciano ó al enfermo en el lecho que presagia la sepultura, y el médico se ve obligado á confesar que el mal es más poderoso que su arte y no le deja esperanza, el rostro apacible del pastor viene á recoger la última mirada del moribundo. El que había estado junto á la cuna se halla también á la orilla de la tumba, y entonces viene para dar aliento con la absolución al peregrino que hace sus preparativos de viaje; viene á ungirle los pies y á decirle: párte, alma cristiana; párte con confianza y con valor, que si aquí dejas los pesares, te llevas los

©Biblioteca Nacional de Colombia

méritos; ve á recoger á la casa de nuestro Padre común el fruto de tus trabajos, y á gozar de la paz que ha prometido á los hombres de buena voluntad. Mañana confiaremos á la tierra, de un modo honroso, esta cárcel arruinada en que tanto has padecido; pero nuestro corazón te seguirá más allá de la tumba y nuestras oraciones subirán por largo tiempo hasta el trono de la Eterna Misericordia, pidiendo para ti la eterna dicha, y no dejarán de subir hasta que nos sea dado juntarnos allá.

Aquí tenéis al sacerdote; al hombre á quien tienen tanto miedo muchos de nuestros contemporáneos, y á quien la codicia ó la indiferencia alejan tan frecuentemente de la cabecera de los enfermos; al sacerdote á quien tantos se complacen en desacreditar, no sólo en su persona sino en su carácter. Por donde quiera oímos decir que el sacerdote hace su negocio: sea así, si á bien lo tienen; pero deben confesar que el negocio que consiste en salvar al mundo es un negocio sublime. No sé lo que quieren decir con esas palabras; pero me figuro que quieren dar á entender con ellas que el sacerdote es un hombre como cualquiera otro hombre, que gana dinero practicando religión y predicando moral; en una palabra, que es hombre sin convicciones. A esto respondo que el cumplimiento de un deber supone convicción, y convicción profunda, cuando ese deber no puede ser cumplido sino por quien sea capaz de inmolarse, y que el sacerdote es sincero porque no puede cumplir los que le impone su ministerio sin hacer costosos sacrificios.

II

I. El sacerdote no se pertenece á sí mismo porque es hombre de Dios y de la humanidad, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

como tal tiene que darse á todos y darse siempre, imponiéndose para esto un sacrificio que sólo el Catolicismo, por incomparable prodigio, ha podido realizar: el que consiste en renunciar á los goces de la familia. En la familia están la fuerza de las sociedades y la garantía de su porvenir; pero también se hallan en ella las alegrías más puras que es dado al hombre gozar acá en la tierra: si hay dicha en ella, esa dicha se encuentra en el seno de una familia verdaderamente cristiana.

Aunque haya muchos que lo ignoren ó lo olviden, la felicidad está en el hogar doméstico; está en torno de esa lumbre que nos calienta en las noches de invierno mientras descansamos de las fatigas del día entre dulces conversaciones ó juegos inocentes; al rededor de esa mesa frugal que el obrero provee con el sudor de su frente, y á la cual se sienta junto á una buena esposa y rodeado de niños alegres; en ese gabinete inviolable, donde el magistrado, el médico, el abogado, después de haber despedido á los que los importunaban de tantos modos, oyen la voz conocida que los llama á la mesa; en esa sala á donde vienen á vernos los amigos, y donde el niño juguetea, recibiendo unas veces los cariños del padre, otras veces los regaños fingidos de la madre, ó escucha con tamaños ojos abiertos los cuentos de la tía ó los de la abuela. Pero el sacerdote no debe conocer esas alegrías sino por los recuerdos de su propia infancia, y si alguna vez le es dado ser testigo de ellas, es apenas para que las admire y bendiga á Dios, pues por lo que á él respecta, ha de vivir sólo en medio de la multitud que le confía sus secretos y le espía; ha de ser virgen y sin familia, como Cristo, para poder ser, como Cristo, camino, verdad y vida.

Cuando Moisés oyó en el Desierto la voz de

©Biblioteca Nacional de Colombia

Jehovah que lo llamaba desde la zarza ardiente, se quitó el calzado de los pies porque pisaba tierra santa, y es de pensarse que en aquel momento se espantó de verse simple hombre: la zarza ardiente en que reside Dios es el altar, cuyas gradas sube el sacerdote todos los días, y desde allí le dice una voz—y lo dice también á los que le miran—que debe ser hombre de labios castos, y de manos tan puras como los paños en que reposa el cáliz; como los ángeles que le rodean; como la víctima que ofrece, engendrada sin mancha desde la eternidad, nacida, en el tiempo, de una virgen inmaculada, virgen durante su vida, y tan amante de la pureza, que su última mirada descansó sobre el discípulo á quien había amado particularmente, porque era virgen. ¡Sí! en el momento solemne en que el sagrado bronce se deja oír, y en que las frentes se inclinan y adoran en silencio, la voz del corazón, más infalible que la de la razón, nos dice que el hombre de Dios está colocado demasiado arriba para ser el hombre de una mujer!

II. El sacerdote necesita ser virgen para ser *la verdad*, como su maestro. Si quiere ser órgano digno de la palabra que salva, es preciso que sus labios sean guardianes de la ciencia, y hallándose obligado por deber á difundir la luz y á refutar la mentira, debe tener conocimiento perfecto de la una y de la otra; en una palabra, tiene que ser *teólogo*, lo que quiere decir que en su alma han de juntarse una vasta ciencia, una razón poderosa y una fe viva. Pero para esto es necesario que no sea casado, porque las grandes musas se alimentan de la austeridad y las fruiciones de la vida conyugal las matan: en medio de las alegrías domésticas es tan difícil entregarse á un trabajo asiduo y conservar la libertad de la inteligencia,

©Biblioteca Nacional de Colombia

que la mayor parte de los hombres de genio que han ilustrado á la humanidad, desde Platón hasta Santo Tomás, y desde Santo Tomás hasta Bossuet y Leibnitz, han confirmado con su conducta la verdad de esta máxima de Cicerón: Los placeres del cuerpo son incompatibles con los grandes pensamientos. Por el contrario, la virginidad hace brillar la centella del talento así como favorece las intuiciones del éxtasis.

Los labios del sacerdote deben ser atrevidos porque están encargados de hacer recordar sus deberes lo mismo á los grandes que á los pequeños. Como campeón incorruptible de la eterna justicia, el hombre de Dios debe saber condenar el robo, el adulterio y el homicidio, aun cuando los culpables se llamen Achab, Herodes y Teodosio; debe saber intimar al proletario, devorado por la envidia y confiado en la fuerza del número, este mandamiento del Altísimo: *no hurtarás;* y al rico que consume sus fuerzas en los deleites, este otro: *no fornicarás.* Pero el que combate las pasiones se hace objeto de las cóleras que ellas excitan, y por eso el sacerdote es con frecuencia blanco de los rencores de los poderosos, y para que no sienta la tentación de sacrificar su deber al temor ó al interés, es preciso que no tenga mujer ni hijos, cuyas lágrimas ó cuyos recuerdos puedan tener más dominio sobre su voluntad que la conciencia; es preciso que sea solo para que se sienta independiente y fuerte; es preciso que sea capaz de decir mirando su crucifijo: poco me importan los odios y las amenazas de los hombres, porque, suceda lo que suceda, no habrá más víctima que yo. Si me niegan el pan de cada día, yo sólo seré el pobre; si me aprisionan para ahogar mi voz, esa voz resonará más porque el padecimiento despierta el ingenio, y si me dan la muerte, el ca-

©Biblioteca Nacional de Colombia

dalso me servirá de escabel para subir al cielo y no dejaré huérfanos en la tierra. (1)

Por el contrario, un clero casado será siempre del gusto de los malos, porque será siempre mudo (y en este punto los déspotas no se engañan); pero no sólo no sabrá reprender á los poderosos, sino que será impotente para dar vida á las almas, porque carecerá de dos elementos indispensables para la fecundidad de su ministerio: la confianza de las mismas almas y la caridad.

III. Para ejercer el oficio de médico de las almas y confidente íntimo, á quien se da cuenta de todas las miserias y todos los dolores, el sacerdote ha de inspirar una confianza sin límites, y dar, por consiguiente, entera garantía de que guardará el más inviolable secreto; pero esa confianza es imposible si el sacerdote no es célibe. Para probaros esto no tengo necesidad de argumentos: apelo al corazón de mi lector, y le pregunto si se atrevería á confesarse con un sacerdote casado, y á hablar de su mujer, al que tuviera mujer; si cree que alguna madre se atrevería á llevar á ése su hija, ó alguna esposa á confiarle los misterios dolorosos de su existencia. ¡Oh! nó: todos tendrían miedo á los labios y á los oídos del tal sacerdote, porque no podrían creer que fuesen ni sabios ni discretos, teniendo tan cerca otros labios y otros oídos.

Para propagar la vida, el sacerdote ha de estar animado, no sólo de la caridad vulgar, que consiste en dar, llegada la ocasión, sino de esa otra

(1) Ezzelino el feroz, impacientado por la libertad con que San Antonio de Padua predicaba, llamó á uno de sus satélites, y, poniendo en sus manos ricos presentes, le dijo:—"Tóma ésto y llévalo al apóstol: si lo rechaza, déjale en paz, porque tiene derecho para decirlo todo. Si lo acepta, mátale." San Antonio contestó al enviado:—"Guarde tu señor para sí sus presentes, que yo conservaré mi libertad." Si hubiera sido padre de familia habría perecido.

©Biblioteca Nacional de Colombia

caridad que lleva á sacrificarse, y cuando digo esto, no hablo sólo de aquellos sacerdotes heróicos que se sacrifican todos los días por la salud de los pueblos infieles, sino de aquellos á quienes ha tocado la misión de cultivar con cuidado la viña de la patria. Es preciso que tengan bastante amor á la numerosa familia que la Providencia les ha confiado, no sólo para abrir la bolsa al menesteroso, sino para exponer diariamente su salud y su vida en beneficio de los que reclaman su asistencia. Pero el matrimonio corta el vuelo al corazón, concentrando los afectos en el círculo de la familia—y esto por ley de la naturaleza—y, por consiguiente, resfría la caridad del apostolado, si es que no la extingue, y hace casi imposible la inmolación gratuíta y diaria de sí mismo, que es uno de los deberes del sacerdote.

Imaginad á un buen pastor que se halla rodeado de su mujer y de sus hijos, sustentados con el pan y con el vino del altar, cuando llaman á la puerta y gritan :—" Venid, señor, presto, ¡ presto! que en la extremidad de la parroquia se muere un pobre hombre ; " ó quizá :—" Venid presto, ¡ presto ! que la peste devasta la ciudad y por todas partes hay desgraciados que reclaman vuestros auxilios." Quizá el buen hombre se levanta y se dispone á salir ; pero su cara mitad y sus hijos queridos le detienen diciéndole :—" No os afanéis ; aguardad, que van á servir la comida," ó quizás estas palabras más convincentes :—" No salgáis, ¡ por Dios ! papá, que la noche está oscura, llueve, hay barro en los caminos, y puede haceros daño. Papá, dicen que ese hombre huele mal ; que lo que tiene es tifo, ó quizá cólera ; cuidáos : ¡ qué sería de nosotros si nos faltarais ! " Es bien seguro que el buen pastor evitará exponerse, aunque no sea más que para obedecer á su corazón de esposo y á su conciencia de padre.

©Biblioteca Nacional de Colombia

III

I. Ya oigo que muchos de vosotros me decís: así debiera ser sin duda el sacerdote, pero nosotros no vemos reproducido el modelo en los que conocemos, y, por el contrario, vemos que en el Santuario se agitan muchas pasiones mezquinas, muchas rivalidades miserables; vemos muchos sacerdotes que carecen de dignidad, ya en sus personas, ya en su lenguaje; muchos cuya virtud se doblega bajo el peso de una corona que para ellos se ha convertido en carga; muchas caídas, y, en una palabra, muchos escándalos, ya en el presente, ya en la historia.

¿Pensáis que voy á negar estas inconsecuencias, ó debilidades, ó escándalos, para evitar la objeción? No me tomaré tal trabajo para haceros una injuria, porque me acuerdo de estas palabras de Job, dirigidas á los amigos que tan mal sabían consolarlo:—"¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras para que defendáis su conducta con sofismas?" Y de estas otras de San Gregorio:—"Más vale suscitar el escándalo que falsificar la verdad." Acepto vuestra observación como fundada, y como justos vuestros gemidos, sin replicaros otra cosa sino que desearía fueran sinceros: sí, sería de desearse que no se viera reinar en el Santuario ninguna mala pasión, ni grande ni pequeña, y que todo sacerdote copiara el modelo que el mundo mismo se complace en crear *para él*, mostrándose en todo caso manso, al propio tiempo que firme, digno y bueno, casto y abnegado; sería de desearse que no se viera jamás al ministro de Dios sino á la sombra del Santuario, en el tugurio del pobre, ó á la cabecera del enfermo, y hay que confesar que no siempre sucede

©Biblioteca Nacional de Colombia

esto, porque el sacerdote es hombre y no podría verse exento de miserias sino cambiando de naturaleza. Pero á mi turno quiero preguntar: ¿Los que tánto lamentan nuestras caídas, pueden siempre ofrecerse á sí mismos como modelos en su condición de esposos, de padres ó de ciudadanos? ¿Nunca habrán sido engañadores, ni egoístas, ni cobardes, ni infieles? ¿Los que hacen traición cada día á la esposa á quien juraron fidelidad; á la que les ofrece, con el medio lícito de dar satisfacción á los sentidos, las alegrías del corazón, pueden exigir que se crea en su sinceridad cuando ponen el grito en el cielo al saber que un desgraciado sacerdote ha sido bastante cobarde para parecerse á ellos por una hora? ¡Se admiran de que no todo sacerdote alcance la perfección propia de su estado, que es como la cima de elevado monte, los que no pueden alcanzar la perfección del que abrazaron, que no pasa de la altura de una colina!

¿Habéis pensado alguna vez en lo que es un buen sacerdote? Es un hombre que lleva perpetuamente una vida sobrenatural, es decir, sobrehumana; es un cuerpo imantado por la gracia y por la virtud de la sangre de Jesucristo, que le vivifica todos los días, que vence continuamente la ley de gravedad, á fuerza de vigilancia y de energía; es algo como la cúpula de San Pedro de Roma, sostenida en el aire sin apoyo de pilares; es, en una palabra, un milagro vivo que ha dejado de llamar la atención á fuerza de ser común. Por el contrario, un mal sacerdote es un ángel que cae por un día, y quizá por una hora solamente, hasta el nivel de los hombres, y esto las más de las ocasiones por imprudencia, á veces por exceso de bondad, y aun por exceso de candor.

No obstante ser la caída de un sacerdote un he-

©Biblioteca Nacional de Colombia

cho tan natural, es un verdadero acontecimiento que llama la atención y da que decir á las gentes, prueba segura de que tal fenómeno, aunque sea frecuente, no es de todos los días, porque las manchas no se ven ni se cuentan bien sino en fondo blanco. A pesar de todo lo que se dice, la fe de las generaciones, que no se engaña porque todos nos miran con atención, cree en nuestra virtud porque la tiene bien experimentada, y á nosotros vienen los pecadores después de quince y aun más años de no confesarse; á nosotros viene la madre con su hija; á nosotros viene la esposa á confiarnos sus inquietudes precoces ó sus pesadumbres envejecidas. Lo que el esposo no sabe; lo que el amigo íntimo no sospecha, lo oímos nosotros á la faz del mundo que nos observa y del impío que nos maldice: una confianza milagrosa nos introduce cada día en el hogar más sagrado de las almas para descubrirnos sin temor sus manchas invisibles y sus bellezas, invisibles también, y en el lugar donde recibimos esas confidencias permanecemos como cautivos voluntarios, no para arrebatar en provecho propio, como tántos se complacen en decirlo, el aroma más puro de los corazones, sino para derramar en las llagas de éstos un bálsamo inagotable. Allí inspiramos á muchas esposas la fuerza con que apuran sin quejarse el cáliz que les ofrecen los que nos calumnian, y las persuadimos á que les sean fieles hasta en el aislamiento en que las dejan los que les hacen traición.

No niego que allí hacemos uso de un terrible privilegio, y que sería mostrar demasiada sencillez admirarme de que ciertos celosos se asusten, y ciertas plumas empapadas en hiel denuncien con rabia los peligros de nuestro ministerio. Un sacerdocio obligado al celibato y consagrado á confesar á las mujeres es, sin duda, la institución

©Biblioteca Nacional de Colombia

más atrevida que ha concebido el Catolicismo; pero los sacerdotes mismos se han encargado de justificarla á fuerza de prudencia, de delicadeza y de virtud.

II. Por último, queremos suponer que los escándalos que la historia y la prensa de nuestros días cuentan sean tan verdaderos y numerosos como se pretende: ¿qué deberá concluír de ahí un hombre razonable? ¿que su fe le engaña y que la Religión es falsa? No, sino todo lo contrario.

Imaginad que llega á vuestra noticia que un barco, bien construído y bien manejado, ha surcado con rapidez las olas del Océano y llega al puerto después de haber dominado las tempestades y evitado los escollos. ¿Qué pensaréis del hecho? Que nada tiene de sorprendente, porque es perfectamente natural; porque un buque nuevo, que tiene viento en popa, buena tripulación, piloto hábil y buen timón, debe llegar al puerto. Pero si el viento cae, el timón se rompe, el piloto se duerme, el navío pierde sus aparejos, y á pesar de todo esto evita los arrecifes, triunfa de la tempestad y llega al puerto, diréis que ha habido milagro. Pues bien: la santa Iglesia es el barco misterioso echado al agua por Cristo, y que hace más de diez y ocho siglos está desafiando las tempestades y recogiendo todas las almas perdidas: si nunca hubiera estado dirigida sino por buenos Papas, Pontífices santos y sacerdotes sin tacha, podría pensarse, al verla atravesar los siglos triunfando de la fuerza, del talento y de la carne, conjurados contra ella, que el hecho no pasaba de ser natural y humano. Pero Dios no lo ha querido así, y ha permitido que su Esposa pasara por todas las pruebas, aun por la de ser dirigida por hombres malos; ha permitido, de tiempo en tiempo, que el viento cese y la tripulación duerma, á fin de

©Biblioteca Nacional de Colombia

que la humanidad, al ver al arca santa seguir siempre su marcha evitando los escollos, pueda decir: aquí está el dedo de Dios, *Digitus Deis est hic.*

Otra inculpación hacen frecuentemente al Clero en nuestros días: hablan mucho de su independencia, de sus privilegios, de sus conjuraciones tenebrosas, de sus invasiones hábiles. Hubo, sin duda, un tiempo en que el Clero era poderoso, libre y privilegiado; pero no es en el nuéstro cuando puede con justicia hablarse de tales cosas: ahora el sacerdocio no confiere beneficios sino cargas, y sólo atrae al que con él está investido el respeto que puedan conciliarle sus condiciones personales ó sus virtudes, porque al carácter no se tributa ya ninguno. La Iglesia, despojada de sus propiedades en la mayor parte de las naciones, y embarazada en su acción por multitud de leyes restrictivas, apenas recibe del Estado un pobre socorro, mientras que los pueblos ejercen sobre ella vigilante y continua inquisición. ¿Dónde están, pues, los privilegios que tánto censuran los meticulosos? ¿dónde los peligros de dominación que tánto temen? No seré yo quien me queje de nuestra actual situación: me gusta que todo se vea y se examine, lo mismo en la Iglesia que en el Estado, porque sé que la excesiva seguridad engendra la corrupción, y que quien todo lo puede no está lejos de quererlo todo. Quiero para todos lucha y libertad, porque creo que Capua no es buena para nadie y menos lo es todavía para el sacerdote que para Aníbal. (1)

(1) Se entiende que los sacerdotes celebramos la vigilancia que ejercen sobre nosotros, porque nos obliga á la circunspección y á la virtud, y nos da medios para defendernos de la calumnia; pero no que tengamos por bueno ni el despojo, que nos ha dejado en la pobreza, ni la falta de libertad que nos ata las manos para hacer el bien, ni menos el atrevimiento, hijo frecuentemente de una ignorancia presuntuosa, conque los discípulos quieren trocarse en maestros, y las ovejas en Jueces de sus pastores.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

Después de hacer estas reflexiones, me pregunto: ¿en qué consiste que el sacerdote católico tiene el privilegio de despertar odio implacable en el corazón del impío? Es hijo del pueblo; vive enmedio del mismo pueblo, participa de sus trabajos, lo consuela en sus penas, habla la misma lengua que él y está animado del mismo patriotismo: ¿por qué, pues, lo aborrecen? Si es bueno, merece amor y respeto: si es malo, compasión; pero odio, ¿por qué? Si es bueno, es un héroe á quien todos deben admirar y un ángel á quien deben bendecir; y si ha sido débil y cobarde por un día, acaso por desaliento, es el más desgraciado de los hombres, y no hay infortunio comparable con su infortunio. El carácter indeleble con que se halla marcado, hace también indeleble su oprobio, obligándolo á arrastrar por toda su vida la cadena de su sacerdocio deshonrado, á la vista de un mundo que le arroja lodo á la cara. La dignidad de su estado sólo sirve para hacer más punzantes los remordimientos que lo atormentan y más profunda su abyección, quedándole por última tabla de salvación un arrepentimiento que lo lleve á la Trapa, antes que la desesperación lo arrastre al crimen, y del crimen al presidio.

Comprendo que una caída así sea deplorada é inspire compasión; pero no veo por qué haya de servir de pretexto para aborrecer á todo sacerdote, bueno ó malo; para desconfiar de todos é insultarlos á todos. Este fenómeno tiene otra causa que voy á decir: los hombres del mundo aborrecen al sacerdote, porque le tienen miedo. Bien pueden el ministro protestante, el bonzo, el rabino y el marabut acercarse al corrillo donde departen los impíos ó los libertinos: al verlos llegar se sonreirán quizá, pero no les vendrán

©Biblioteca Nacional de Colombia

tentaciones, ni de insultarlos, ni de aborrecerlos. Y, ¿por qué habían de venirles, si saben que cualquiera de esos hombres es representante de una doctrina suficientemente absurda para no merecer la pena de que nadie se preocupe ni conciba temores por ella? Pero si se acerca ese hombre vestido de negro, que no tiene mujer ni hijos, que predica con aire convencido, ora con fervor y se sacrifica alegremente; ese hombre, en una palabra, que no será como cualquiera otro hombre, diga el mundo lo que dijere y haga lo que hiciere, la cosa es distinta, porque ese sí hace á los hombres temer. Al verle, todos miran en él al representante de una doctrina lógica; de una religión tan antigua y tan vasta como el mundo; de una Iglesia que afirma su propia verdad; que discute, consuela y bendice, y el corazón depravado hace este razonamiento más ó menos explícito: si este hombre tiene razón, estoy perdido, porque él afirma que hay infierno, y yo hago cuanto puedo para merecerlo. ¿Qué haré, pues? No tengo prueba evidente de que él se engañe, puesto que tiene que conocer mejor que yo la Religión, por haberla estudiado; no puedo tampoco estar cierto de que quiere engañarme, porque la vida que lleva —como la llevan todos los del mismo estado—no me autoriza para creerlo impostor.... ¿Qué haré, pues? Tengo demasiado buen sentido para ponerme á afirmar, con seguridad, que el infierno no existe, y no me siento ni con valor para resignarme á caer en él, ni con la energía de voluntad que habría menester para cambiar de conducta. Un partido me queda, y es alejar, ó por lo menos desalentar á fuerza de insultos, odio y calumnias, al hombre que, con su palabra, con su presencia y hasta con su vestido, envenena mis placeres mezclando en ellos el remordimiento. Hé aquí

©Biblioteca Nacional de Colombia

la razón profunda, íntima de la mayor parte de las conjuraciones que se traman contra el Clero, ó por lo menos, de la mayor parte de las antipatías que inspira: nos aborrecen como los fariseos aborrecían á Cristo, porque los asustaba con su doctrina, y confirmaba su doctrina con milagros. Sin dejar de lamentar ese odio, tenemos derecho para enorgullecernos y regocijarnos con él, porque es brillante homenaje que los malos tributan así á la fe que desconocen, como á la virtud que repudian; porque es maldición semejante á la que caía sobre la gran víctima la antevíspera de su resurrección.

Hermanos queridos que leeis estas líneas: perdonad al que las ha escrito, la energía con que os habla. Ha sido franco, porque quiere parecerse á vosotros, y porque sabe que con su franqueza no os hace agravio, puesto que sus reprensiones no os cobijan; puesto que, en vez de aborrecer al sacerdote y mirarle como un espantajo, le amáis como al símbolo de vuestras más dulces esperanzas. Tema enhorabuena el vicio al que le presagia el castigo, que la virtud no tiene motivo para temer al que le trae á la memoria la recompensa. El sacerdote es vuestro hermano; ha nacido en el mismo suelo que vosotros; participa de vuestro patriotismo, ama, como vosotros, la luz, el progreso y la libertad, (1) y no ambiciona otra alegría que la de veros felices y salvarse á sí mismo salvándoos á vosotros. ¿Queréis que sea siempre la sal de la tierra? Estimuladle á trabajar, mostrándole, con vuestra buena voluntad, que no trabaja sin provecho; acordáos de que condenarle á la inacción es exponerle á caer por desaliento; mientras que, por el contrario, se siente fuerte cuando puede repetir, con el corazón dila-

(1) Pero tomando estas palabras en su sentido cristiano.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

tado por la fecundidad de su ministerio, la palabra que servía de divisa á los antiguos monjes: *Deo et paci militantibus.* Dios y la paz son el fin de nuestros esfuerzos y el objeto de todas nuestras conjuraciones: Dios, porque trabajamos por su gloria, y la paz, porque la ofrecemos á las almas consolándolas, con la esperanza del Cielo, de las penas de esta tierra, donde hasta la alegría se manifiesta llorando.

CAPÍTULO XII.

JESUCRISTO.

I. Su dominio sobre las inteligencias.—Lo que éste produce.—II. Su dominio sobre los corazones.—Cómo lo obtiene.—Resultados que produce.—III. Su imperio sobre las voluntades.—Los ataudes.—La resurrección.—Plegaria.

Al escribir el nombre adorable de Jesucristo, mi alma se prosterna y adora, dudando si debe hablar ó callar. Para describir la fisonomía exterior de nuestro divino Maestro y levantar á su divinidad un monumento que la proclame y la demuestre sin dejar réplica, me falta espacio; y para penetrar su fisonomía interior y revelar algunos de los tesoros que oculta su corazón, necesitaría haber reposado en su seno como el discípulo amado. La perfección del carácter divino del Salvador está muy arriba de las concepciones del espíritu humano, y deja atrás, no sólo lo más perfecto que hasta su venida se había visto, sino cuanto después ha podido producir el deseo de imitarla. Cuando se pregunta cuál es el más grande capitán, ó el más grande orador, ó el más grande artista, ó el mayor santo, muchos nombres se presentan á disputarse la palma y mantener suspenso el juicio; pero cuando se ha pronunciado el nombre de Jesu-

©Biblioteca Nacional de Colombia

cristo, todo otro nombre queda en la sombra, porque Jesucristo es el único con quien no puede compararse á nadie. No es la expresión de ninguna sociedad, de ningún siglo: es *Él*. En todas partes ha tenido imitadores; pero por más esfuerzos que éstos hagan, quedan tan abajo del modelo, que sería no menor locura que impiedad establecer paralelos. Al hacer su panegírico la exageración es imposible, y en esto se hallan los hombres tan de acuerdo, que aun los impíos ven sin repugnancia que se le elogie hasta adorarle.

Nuestro divino Salvador, que fué crucificado para que nosotros fuéramos redimidos, no aspira á otra cosa, ni por otra cosa trabaja en la tierra que por reinar sobre las almas, que son conquista suya, á fin de elevarlas, por la unción de su gracia, á la participación de su gloria. Teniendo en mira este fin, gobierna el mundo, y con el mismo objeto llama á la puerta de los corazones y los solicita con una perseverancia que no se desespera por nada. Muchos le han respondido en el curso de los siglos y le responden todavía: aquí me tienes; bienvenido seas; pero otros, que por desgracia son los más, se muestran rebeldes á su misterioso atractivo y contestan como los judíos: —*Nolumus hunc regnare super nos!* Para estimular á los unos é ilustrar á los otros, nos proponemos decir, en pocas palabras, qué verdades demuestra Jesucristo y qué efectos produce con reinar sobre los entendimientos por medio de su palabra, sobre los corazones por medio de su amor y sobre las voluntades imponiéndoles su ley.

I

No es pequeño milagro hacerse rey de las inteligencias. El hombre que piensa como quiere, no

©Biblioteca Nacional de Colombia

cree sino lo que tiene voluntad de creer, es señor de su propio pensamiento y estima en alto grado esa realeza, motivo por el cual el título de *librepensadores* tiene encantos para nuestro orgullo. Con frecuencia nos basta ver que se nos trata de imponer una idea para que la rechacemos con tenacidad; pero en cambio, si el cielo nos ha concedido, aunque sea en pequeña escala, el don de una palabra fácil, no podemos prescindir del deseo de hacer participar á los demás de nuestras propias opiniones. Esto es lo que se ve diariamente en las discusiones de todo género, que á veces nos irritan y á veces nos divierten, porque una discusión no es otra cosa que un combate entre dos inteligencias que se disputan el imperio del pensamiento, imperio más difícil de conquistar y de conservar que ningún otro. ¡Cuán raros son los espíritus que han logrado reinar sobre otros espíritus, y cuán imposible para el hombre, por poderosas que sean su dialéctica y su elocuencia, modificar enteramente, no diré la fe, pero siquiera las opiniones de otro hombre! Los reyes de la tierra han podido oprimir el pensamiento impidiéndole manifestarse, pero no gobernarlo, y los sabios, á fuerza de talento, han logrado á veces reinar por un día en una escuela de pocos discípulos; y nunca más que por un día, porque el pensamiento del discípulo no ha tardado nunca en destronar el pensamiento del maestro.

Pero eso que los hombres no han podido obtener jamás, ni empleando la discusión, ni apelando á la fuerza, ni usando del prestigio que da el talento, sino acaso por poco tiempo, en pequeña escala y en favor de alguna idea accesible á la razón, Jesucristo lo ha obtenido sin fuerza, y á pesar de la fuerza; sin el socorro del talento, y á pesar del talento; no en favor de una idea que la

©Biblioteca Nacional de Colombia

razón abrace, sino en favor de un cuerpo entero de doctrina que espanta al espíritu humano con sus misteriosos abismos; no, en fin, sobre pocos hombres, sino sobre la flor de la humanidad entera. Hace poco menos de veinte siglos el espíritu humano creía en todo, menos en él; pero algunos pescadores galileos vinieron, en nombre de Jesús de Nazaret, á pedirle que creyera, no sólo en la palabra de éste sino en su divinidad, y desde entonces, para millares, y últimamente para centenares de millones de inteligencias, el pensamiento de Cristo ha venido á ser el centro y la regla de todos los pensamientos. Su vicario no tiene más que hacer que levantar la voz para hablar en su nombre, y del uno al otro polo se oye el concierto de las almas que contestan *Credo*, creo.

Y un prodigio como éste ha dado por resultado otro prodigio, y es que el imperio que Jesucristo ejerce sobre las almas, lejos de ahogarlas, les da alas, ensanchando sus horizontes, porque la fe no comienza sino donde la razón acaba y no muestra sino lo que la razón no alcanza á ver. La fe no impone á la razón un yugo, sino que le pide su asentimiento presentándole sus títulos, y al pedírselo le propone una alianza en que la razón lo gana todo y nada pierde; la fe no insulta á la que mira como su hermana, porque es también hija del Verbo: le muestra sus pruebas para convencerla, y no le pide sino lo que la lógica no le permite negar.

Al admitir la revelación de Cristo, la razón siente satisfecha la inagotable necesidad de correspondencia con lo infinto, que constituye, al propio tiempo que su nobleza, su tormento, y se ve preservada de los mil errores á que en otro caso la expondría esa terrible facultad religiosa que no puede ahogar sin degradarse, y á la que no puede

©Biblioteca Nacional de Colombia

abandonarse sin perderse. Así salva la fe á la razón de la alternativa, fuera de ella inevitable, de caer en uno de dos abismos: el escepticismo ó la superstición, la impiedad ó la demencia.

Gracias á la revelación evangélica, la razón ha readquirido el conocimiento y la posesión segura de una multitud de verdades de primer orden que estaban como en sus confines, pero sepultadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo olvido había hecho perder el recuerdo de otras verdades que con ellas se enlazan. La fe ha hecho más, porque al devolver á la razón esas verdades madres, no sólo las ha certificado sino que las ha popularizado de tal modo que nadie podrá ya ponerlas en duda, y serán para siempre la fortuna pública del género humano. A favor de este socorro, y no hallándose ya ocupada en buscar verdades que posee, la razón ha podido tomar un gran vuelo y marchar en el dominio de las ciencias, de progreso en progreso, de descubrimiento en descubrimiento, proclamando con sus conquistas la verdad de estas palabras: servir á Dios es reinar.

Aun más ha hecho Cristo, porque ha dotado á la razón con verdades enteramente nuevas que jamás habría descubierto por sí sola, haciendo de su palabra reveladora algo como un telescopio para el espíritu humano. Como la ciencia de Cristo abraza de una sola mirada el tiempo y la eternidad, la tierra y el cielo, á Dios y al hombre, el cristiano que cree en la palabra que la revela ve desde más arriba y por consiguiente mejor y á mayor distancia que todos los pretendidos sabios que se niegan á aceptar esa palabra. "Así como puede afirmarse, dice Leibnitz, de la razón que es una revelación natural que tiene por autor á Dios, así puede decirse de la revelación que es una razón sobrenatural, ó sea una razón que se extiende

©Biblioteca Nacional de Colombia

por un nuevo campo de descubrimientos emanados inmediatamente de Dios. Pero esos descubrimientos suponen que tenemos un medio de discernirlos, y ese medio no puede ser otro que la misma razón, por lo cual querer proscribir á ésta para que se reciba la revelación, sería como querer arrancarse los ojos para ver mejor con el telescopio los satélites de Júpiter."

La fe no es para el cristiano ciencia especulativa sino virtud práctica, porque para ser deveras cristiano, no le basta aceptar con el entendimiento la revelación que ha recibido de Cristo, sino que ha de hacer de ella la regla de la vida. El cristiano no puede dirigirse por los razonamientos ó los instintos de la naturaleza, sino que tiene que conformar en todo su pensamiento con el pensamiento de Jesucristo, y juzgar como Él de todo, de Dios, de los hombres, de los acontecimientos, de la vida y de la muerte, teniendo en poco los intereses del momento y la opinión de los hombres. El modelo del cristiano es Jesucristo, y como Jesucristo es la verdad y la justicia, el cristiano es el más sabio de los hombres, porque sigue, con la más perfecta seguridad, el camino más seguro.

"Allí donde la fe se encuentra íntegra, dice San Ambrosio, allí enseña el Salvador, allí vela y regocija; allí está el reposo, allí la tranquilidad del alma, allí el remedio de todos nuestros males." Esto lo comprendió bien un escritor de nuestros días y lo expuso en un libro que será siempre mirado como la blasfemia que se ha escrito con mayor elegancia contra nuestro divino Redentor.

"Jesús, dice el citado autor, fundó ese alto espiritualismo que durante siglos ha llenado las almas de alegría en este valle de lágrimas. Vió con perfecta exactitud que la falta de atención, de

©Biblioteca Nacional de Colombia

filosofía y de moralidad nacía en los hombres, más frecuentemente que de otras causas, de las distracciones á que se dejan llevar y de los cuidados que los asedian y que la civilización multiplica exageradamente. El Evangelio, por lo tanto, ha sido un remedio supremo para los disgustos de la vida vulgar, un perpetuo *sursum corda*, una poderosa distracción que alivia de los miserables cuidados de la tierra, un dulce llamamiento como el de Jesús al oído de Marta:—'Marta, Marta, andas cuidadosa y te inquietas por muchas cosas; pero una sola es necesaria.' Gracias á Jesús la vida más prosaica, más absorbida por deberes tristes ó humillantes, ha tenido como una válvula de escape para un punto del cielo. En medio de nuestras civilizaciones recargadas de negocios, el recuerdo de la vida libre de Galilea ha sido como un perfume de otro mundo, como un rocío de Hermon que ha impedido que la ceguedad y la vulgaridad invadieran enteramente el campo de Dios." (1)

II

La ambición del Salvador no se ha limitado á la conquista de las inteligencias: ha querido conquistar también los corazones y les ha pedido que lo hagan dueño de su amor. ¿Habéis pensado en lo que significa ser dueño del amor? ¿Qué hombre ha podido gloriarse jamás de reinar sobre el corazón de otro hombre hasta el punto de que éste se halle siempre dispuesto á sacrificarle su vida? Un corazón que nos ame es el más hermoso trono del mundo; pero trono que es harto difícil de conquistar y todavía más difícil de conservar. Hay corazones que parecen darse á todos, pero que en realidad no se dan á nadie; hay otros

(1) Renán, *Vida de Jesús.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

que se dan pronto—y me complazco en creer que con sinceridad—pero que se retiran aun más pronto, porque no hay suelo más deleznable que el del amor, ni historia más fecunda en revoluciones súbitas que la de ese frágil imperio que llamamos el imperio de los corazones.

Pero Cristo ha hecho el incomparable milagro de conquistar para sí un amor supremo, perpetuo y universal. Magdalena, impulsada por ese amor, vino á purificar sus labios besándole los pies, y después permaneció cerca del sepulcro con una fidelidad que no le permitió apartarse de él; Pablo, en el arrebato del mismo amor exclamaba: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*, quiero morir para estar con Cristo; los mártires han derramado siempre con alegría su sangre, porque se sentían felices al poder decirle con este supremo testimonio: *te amo;* é innumerables vírgenes han renunciado á todas las alegrías del mundo y se han hecho cautivas voluntarias para poder exclamar, besando con trasporte los estigmas de su cuerpo frío y acardenalado: *aut pati, aut mori*, ó padecer ó morir por ti, ¡oh Jesús!

Jesús es amado lo mismo por los hombres fuertes que por las mujeres dotadas de delicada sensibilidad; lo mismo por los ancianos, á cuyo carácter han dado madurez las pruebas de la vida, que por los niños cuyo candor es hijo de la aurora, y por eso cada día vemos á millones de almas seguirle á los lugares de su peregrinación, rodear el establo de Belén, acompañarle á Egipto, sepultarse con él en Nazaret, navegar en el mar de Galilea, escucharle en el pozo de Jacob, subir al Tabor y últimamente al Calvario; por eso cada mañana escuchamos á millones de ángeles que le dicen al despertarse:—Dios mío, te doy mi corazón; y si fuera preciso repetir la prueba de los primeros

©Biblioteca Nacional de Colombia

días, Jesús hallaría otra vez millones de mártires que dieran por él su vida.

Este milagro es el que arrancó al gran proscrito de nuestros días, cuando se hallaba en la roca á donde la Providencia lo había enviado para que recibiera el último título al calificativo de grande que el mundo le ha discernido, junto con la postrera lección, estas incomparables palabras: "Jesucristo quiere el amor de los hombres, es decir, lo más difícil de obtener que hay en el mundo; lo que el sabio pide inútilmente á algunos amigos, el padre á su hijo, la esposa á su esposo, el hermano á su hermano; quiere, en una palabra, el corazón; lo quiere para sí solo, lo exige de un modo absoluto y lo obtiene en el acto. De aquí deduzco yo su divinidad. Habla, y desde entonces las generaciones le pertenecen y se ligan á él con lazos más estrechos que los de la sangre; con unión más íntima, imperiosa y sagrada que ninguna otra unión. Enciende la llama de un amor que prevalece sobre cualquiera otro, y tiene poder hasta para dar muerte al amor propio. ¿Cómo no reconocer en este acto de su voluntad al Verbo creador del mundo? Los fundadores de religiones no han tenido ni la idea de ese amor místico que, bajo el hermoso nombre de caridad, forma la esencia del cristianismo. Buen cuidado tuvieron de no estrellarse contra un imposible, porque en una empresa tal como la de hacerse amar, no hay hombre que no conozca y sienta su impotencia, y por eso el mayor milagro de Cristo es haber hecho reinar la caridad. Sólo él ha conseguido hacer que los hombres levanten su corazón hasta lo invisible, hasta el sacrificio de todo bien temporal; y sólo él ha podido crear, por medio de esa inmolación, un lazo entre el cielo y la tierra. Todos los que creen sinceramente en él sienten ese amor verdadero, so-

©Biblioteca Nacional de Colombia

brenatural, superior, y esto constituye un fenómeno inexplicable y que no está al alcance ni de la razón ni de las fuerzas del hombre, porque tal amor es como el fuego sagrado dado á la tierra por el desgraciado Prometeo, fuego contra el cual ni el más poderoso destructor, que es el tiempo, puede nada, porque no alcanza ni á gastar su fuerza ni á limitar su duración. Yo, Napoleón, admiro esto más que ninguna otra cosa, porque he pensado en ello frecuentemente, y es lo que me convence de la divinidad de Jesucristo."

¿Y cómo habrá hecho Cristo para obtener semejante resultado? ¿Habrá obtenido el imperio del corazón humano á fuerza de halagarlo? En nada ha pensado menos, y lo que pasa cada día entre él y nuestro corazón se parece á lo que pasó entre el judío Mardoqueo y los cortesanos de Azuero: la Escritura nos cuenta que Mardoqueo se dirigió al palacio de Azuero, llevando por vestido un saco lúgubre en señal de duelo, y que, al llegar á la puerta y solicitar que se le dejase entrar, un eunuco lo detuvo diciéndole:—"Mardoqueo, á la casa del rey nadie entra con ese traje, y si quieres que yo te abra, debes quitarte ese silicio porque nada puede ponerse delante del monarca que sea capaz de entristecerlo." El palacio de Azuero es nuestro corazón, y Mardoqueo con su saco y su tristeza, Jesucristo con su cruz, su corona de espinas, su rostro magullado y su moral severa. Cuando llama á la puerta, el eunuco sale infaliblemente á disputarle el paso diciéndole: —Si quieres, Jesús, que te abra, deja esa cruz que me espanta y perfuma ese rostro que me causa miedo. Hagamos un pacto: te abriré, pero con la condición de que has de mostrarte siempre amable como en el pozo de Jacob; radiante de gloria como en el Tabor; lleno de mansedumbre

©Biblioteca Nacional de Colombia

como en casa de Simón, ó gracioso como en Caná. Te abriré con tal que sepas disimular las debilidades del corazón en lugar de proscribirlas, y no nos pongas en la alternativa de desagradarte ó quitar su colorido á nuestra existencia, renunciando á lo que le da encantos y la hace poética.

Tal es el pacto que nuestra miserable naturaleza querría celebrar con Jesucristo cada vez que nos pide el corazón: querríamos que transigiera con nuestras miserias, y Él se niega á transigir, porque jamás lo ha hecho, y sin hacerlo, ha entrado y entra todavía á los corazones, no disfrazado ni mutilado sino entero y con sus propios distintivos; con su cruz, con su corona de espinas, con sus llagas, con su moral que hace violencia á la naturaleza y pone miedo á la carne. Entró á Roma, á pesar de Nerón; á Corinto, á pesar de Venus; á Antioquía, á pesar de su ardiente cielo y sus bosques de Dafne; entra á todas partes y en todas partes se mantiene á pesar de cuantos se conjuran contra él. Hay veces que importuna; pero los corazones que una vez han recibido su yugo no se resignan por nada del mundo á despedirlo.

II. ¡Mil veces feliz el que, habiendo encontrado á Jesús, le da su corazón y se lo guarda con fidelidad, porque éste podrá gozar, en la paz de un alborozo perpetuo, la dicha de amar la única belleza que no engaña ni se marchita jamás! Sólo Jesús llena el corazón: cuando contemplamos otra cosa, la luz que la ilumina, por clara que se la suponga, da sobre un objeto susceptible de cambiar y de corromperse; pero cuando miramos á Jesús, vemos el rayo de luz que ilumina una belleza inalterable. En Él se ve realizado, en toda su perfección, el ideal más exento de mancha, y por eso Él sólo engendra en las almas la pasión más

©Biblioteca Nacional de Colombia

intensa en el seno de la más pura virtud, virtud que embalsama é inmortaliza la pasión. Mientras que los otros afectos, por muy caros que sean, se alteran y resfrían con el tiempo, y aun con los menores accidentes, el amor de Jesucristo se alimenta de nuestras aflicciones y saca provecho de nuestras debilidades; reemplaza lo que en nosotros se disminuye y descolora cada día; habita en nuestras ruinas para darles apoyo, y hasta se regocija de vernos abandonados de todos para reservarse la alegría de consolarnos por sí solo; es, en una palabra, la esperanza de los que ya viven sólo de recuerdos.

¿Cuál es la propiedad del amor? La virtud del amor consiste en confundir los que se aman sus alegrías y sus tristezas hasta hacerlas comunes; en mezclar sus deseos, sentimientos y pensamientos hasta tal punto, que cada alma lea cuanto hay en la otra, y entregue á ésta, á su turno y sin miedo, la llave que ha de abrirle los más misteriosos senos de su propio espíritu y su propio corazón. El amor pone á cada alma en posesión de la otra, porque sin esa posesión no hay amor, y aun va más lejos, pues por una inspiración que parece hacernos pretender un poder sobrehumano, é indignarnos porque no lo poseemos, penetra hasta la substancia del sér amado, para adherirse á ella con fuerza tan invencible como ardiente, y crear entre los dos amantes una inefable unidad. Por eso el cristiano que ama á Jesús se hace participante de la misma naturaleza divina, según la expresión del Apóstol. (1) Esta unidad, hija del amor, es la que Jesús pedía para los suyos cuando decía al Eterno Padre:—"¡Que todos sean una misma cosa, oh Padre! y que como tú estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa, á fin

(1) II St. Petr., I, 4.

©Biblioteca Nacional de Colombia

de que sean consumados en la unidad." (1) Por eso la gracia que produce ese amor, se llama la semilla de Dios, *Semen Dei*, semilla de vida sobrehumana y verdaderamente divina, que produce, como jugando, todos los géneros de heroísmo, todas las inmolaciones, y engendra los Santos.

¿Hemos pensado bien alguna vez en lo que es un Santo? ¿En eso que ha venido á ser como un milagro de todos los días, obrado por el amor de Cristo? La filosofía puede producir hombres que tengan derecho al título de honrados, con tal, eso sí, que no se los mire muy de cerca; pero jamás producirá un Santo, porque sólo Cristo posee el secreto de transformar al hombre y conservarle en ese estado en que todos los malos instintos de la naturaleza quedan como ahogados, y el bien, en el sentido más general y absoluto de esta palabra, se hace objeto único de todos los deseos y profesión de todos los instantes de la vida, y en que el alma, tendiendo siempre, y siempre con ahínco, á la perfección, se abstiene de lo prohibido, se despoja de lo permitido, se mortifica, se circuncida, no hace uso de los sentidos sino para morir á la vida de los sentidos, y por estos medios nace para otra vida, y crece en ella, y se eleva hasta tal punto, que llega á inmolarse sin dejar de sentir desprecio por sí misma y á creerse inútil cuando está obrando prodigios.

No nos admire un ardor tan grande, inspirado por tan sublime locura, porque á los que saben amar los domina tan imperioso sentimiento, que no se contentan con erigir magnífico pedestal en su corazón al objeto de su cariño, sino que quieren siempre levantarle altar, y si después aspiran á la riqueza, ó á la gloria, es sólo para darse el contento de poner esos trofeos á los pies del que es

(1) Joan, XVII, 21-23.

©Biblioteca Nacional de Colombia

dueño de su alma, diciéndole:—"¡Te amo, y creo estar bien pagado de mis esfuerzos si logro que tus ojos me digan: me causas placer!" Pues bien, eso que los hombres sienten con tánta frecuencia por seres que no lo merecen, lo sienten los Santos por Jesús, con mayor intensidad. Para ellos la gloria y la dicha están en amar y glorificar á Jesús, cuya dulce y adorable mirada es el móvil de todos sus esfuerzos, la ardiente aspiración de sus corazones, la más grata recompensa de sus sacrificios, la que los inunda de gozo aun enmedio de los suplicios y en presencia de la muerte.

Y la más admirable maravilla es que á Jesús todo le sirve para hacer Santos, pudiendo decirse que se complace en hallar las mayores dificultades para mostrar, venciéndolas, el poder de su amor. Si quiere hacer brillar la caridad del apostolado, derriba á un perseguidor en el camino de Damasco para hacer de él un vaso de elección; si quiere ofrecer el espectáculo de una constancia heroica, toma para ello una niña de trece años, como Santa Inés; si quiere mostrar á la humildad triunfante del orgullo, de la fuerza y del ardor de la sangre, manda á Carloman á fregar los platos al monte Casino, y si quiere realzar el atractivo de la gracia, toma á Luisa de Francia en la Corte de Luis XV y la encierra en un convento de Carmelitas. Él sabe poner la sencillez de su fe en el alma de un filósofo y la más sublime filosofía en el alma de un aldeano. (1)

Pero después de haber escrito esto, me ha ocu-

(1) Alguien manifestaba á un campesino del pueblecito de Angelmodi que sentía mucho la desgracia que le había sobrevenido, aludiendo á la destrucción de sus cosechas por un granizal:—No diga usted así, replicó el anciano cultivador sonriendo y sacudiendo su cabeza cana: he padecido un daño, pero no una desgracia. Sólo pecar es desgracia. (De Stloberg, *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*).

©Biblioteca Nacional de Colombia

rrido una reflexión bien desconsoladora: he mirado, he puesto el oído para saber cuántos hombres aman á Jesucristo, no diré como á sus mujeres ó á sus amigos, pero siquiera como á sus caballos ó á sus perros, y no he columbrado casi ninguno. ¡Si los hombres amaran á Jesús, temerían un poco más desagradarle, y cesarían de oírse los sarcasmos de los egoístas, las risas de los disolutos y las quejas de tántos corazones sin esperanza! ¿Y por qué no aman los hombres á Jesús? Porque no se toman el trabajo de mirarle, siquiera por un cuarto de hora cada día, ó en el Evangelio ó elevando á Él el corazón; porque huyen del santo tribunal como de cosa que impone miedo, y se niegan á acercar los labios á la copa del divino amor; porque no piensan ni siquiera en pedirle el favor de los favores, que es el de amarle. ¡Hijos de los hombres: rondáis noches enteras al pie de una ventana con los pies en el lodo y suspirando, perdidos el sueño y el reposo, por alcanzar una sonrisa, ó quizá una seña, de una criatura que os engaña hoy ú os engañará mañana; derramáis el oro á manos llenas para cubrir de diamantes y de encajes al objeto de vuestros sueños, cuya belleza durará menos que la de una rosa, y nada hacéis para obtener que la belleza eterna se revele á vuestros ojos y os enamore descubriéndoos siquiera el menor de sus encantos! Santa Teresa amaba á Jesús, y lo amaba con esa locura que llega hasta hacer morir de dolor ó de alegría, y que, tratándose de un amor espiritual, no comprendéis y os hace quizás sonreír; le amaba así porque veía en su belleza como en una luz viva; pero para obtener ese incomparable privilegio había hecho por Jesús lo que vosotros por las hijas de Eva que os arruinan y engañan: le había hecho de sí misma un perfecto holocausto.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Hermanos á quienes dotó Dios con un corazón sensible: ¿no os ha sucedido, cuando recorréis el campo en un hermoso día de primavera, aspirando el aroma de las flores, figuraros que esas flores os sonríen, y ver alguna — que os llama particularmente la atención porque su adorno es más modesto y gracioso, y sobre todo, porque parece deciros que la améis mostrándoos su hermosa corola? Ambiciona sin duda demasiado, y podrías responderle: ¿qué has hecho, florecita, para merecer mi amor, y con qué encantos pretendes cautivar mi corazón? pero responderle así os parecería una crueldad. La cogéis para tenerla más cerca de los ojos, y también de los labios; la miráis, y ella parece miraros, y así se establece un comercio en que el corazón tiene su parte. Pero á Jesús, que es el amigo más tierno, gracioso y fiel; á Jesús, que es quien dió á los prados su vestido, le amamos menos que á la flor con que Él mismo adornó el prado, y en vano nos pide, con su dulce mirada y el recuerdo de sus beneficios, lo mismo que tan fácilmente otorgamos á la más pequeña de sus criaturas.

Somos hijos de Dios: si no sabemos resistir á la sonrisa de una flor, no seamos rebeldes á la mirada de Jesús; hagámosle en nuestro corazón un tabernáculo donde pueda encontrar asilo y reposar con agrado, y vendrán á embalsamar nuestra existencia alegrías que el mundo no conoce, y podremos cantar con el Salmista:—"Hirviendo está mi pecho en sublimes pensamientos. Al Rey consagro yo esta obra. Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligero. Oh tú el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, derramada se ve la gracia en tus labios; por eso te bendijo Dios para siempre. Cíñete al lado tu espada (la espada de tu amor), ¡oh Rey poten-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tísimo! Con esa tu gallardía y hermosura, camina, avanza prósperamente y reina por medio de la verdad, y de la mansedumbre, y de la justicia; y tu diestra te conducirá á cosas maravillosas. Tus penetrantes saetas traspasarán, ¡oh Rey! los corazones de los enemigos; rendiránse á ti los pueblos. El trono tuyo, ¡oh Dios! permanece por los siglos de los siglos; el cetro de tu reino es cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió, ¡oh Dios! el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia á tus compañeros. Mirra, y aloe, y casia, exhalan tus vestidos al salir de las estancias de marfil en que con su olor te han recreado. Hijas de reyes son tus damas de honor." (1)

III

En fin, Cristo ha querido para sí el imperio de las voluntades, y por un prodigio no menos admirable que los otros, lo ha obtenido.

I. Hay una palabra mágica que parece venida del Cielo; palabra de que se abusa fácilmente, pero que en todo caso produce en el alma humana una conmoción eléctrica: la libertad. El hombre se hace fácilmente opresor; pero no se resigna á ser esclavo sino con invencible repugnancia, y la libertad es el celestial patrimonio que los oprimidos han reclamado siempre con un ardor á veces estéril, pero que no por eso deja de ser perseverante. Si en los días de las grandes catástrofes que destruyen los imperios y hacen pedazos los antiguos tronos; cuando los pueblos convierten el polvo en lodo sangriento con las pisadas de su cólera; cuando el ángel exterminador trastorna las ciudades, haciendo de cada casa una ciudadela ó un sepulcro, pongo el oído para escuchar el

(1) Psalm., XLIV.

©Biblioteca Nacional de Colombia

motivo de todo, los cuatro vientos traen á mi alma, por entre el humo y el rayo, la palabra libertad. La libertad es como el Judío Errante: anda siempre, nunca llega, pero nunca desespera.

¿Hemos de echarle esto en cara como un crimen? Yo compadecería al que tuviera el triste valor de hacerlo, porque nada hay tan peligroso para las almas como el despotismo. La esclavitud, aun aceptada, quita al hombre la mejor parte de su ser, y de todas las esclavitudes, ninguna hay más deplorable que la que, á fuerza de envilecer las almas, acaba por hacerse amar. (1)

Pero esto no se entiende con Cristo. Cristo ha pedido á los hombres que sacrifiquen su altivez obedeciéndole, y la celosa independencia de voluntad, que tánto los complace, aceptando su ley, y no cualquiera ley sino la que reglamenta los movimientos más íntimos del alma; la que ata al hombre de noche, lo mismo que de día, y más frecuentemente de noche que de día; una ley que condena lo que naturalmente aprobamos, y aprueba lo que naturalmente condenamos; (2) que nos ordena amar lo que aborrecemos, y aborrecer lo que amamos, lo ha pedido y lo ha obtenido. ¿Y qué medios tiene para imponernos un yugo que parece tan duro? Ninguno de los que suelen tener los hombres: ni la retórica que persuade, ni el oro que seduce, ni la fuerza que constriñe, y no obstante, ¡maravilla increíble! ha obtenido lo que quería, á pesar de todas las resistencias. Los jurisconsultos se alarmaron, los Césares lanzaron edictos, los filósofos empaparon en

(1) Tal es la que imponen sus propias pasiones y las de los que los llevan al mal, á los que han sacudido el yugo de Dios. (N. del T.)

(2) Se entiende si juzgamos con el criterio de las pasiones. (N. del T.

©Biblioteca Nacional de Colombia

hiel sus plumas, los verdugos tomaron sus hachas y el populacho trajo leña para las hogueras; pero todo fué inútil: la ley de Jesucristo debía ser recibida, y lo fué porque el autor tenía dos auxiliares á quienes nada resiste, es á saber, la justicia y su propia divinidad.

No han faltado tentativas para precipitar á Jesucristo de sus altares y anonadar su reino; pero hará presto veinte siglos que Jesucristo se está riendo de la fuerza y de la ciencia conjuradas contra él, y haciendo de todas las obras de sus enemigos ruinas que le sirven de pedestal.

Corría el siglo cuarto de nuestra era, y Juliano el apóstata había jurado, en medio de sus cortesanos, mágicos y filósofos, destruír enteramente el Cristianismo tan luégo como hubiera arreglado sus asuntos con los Persas. Todo parecía salir á la medida de los deseos del Emperador, que se dirigía victorioso á las orillas del Eufrates y enviaba á sus amigos pomposos boletines con las noticias de sus triunfos, cuando el filósofo Libanio encontró á un cristiano en las calles de Antioquía, y con sonrisa burlona le dijo:—"*Díme, ¿qué hace el Hijo del Carpintero?*"—"*En este momento está haciendo un ataúd*," le respondió el cristiano, y lo acertó: el ataúd que el Hijo del Carpintero fabricaba era el del temerario apóstata que, vencido poco después, y herido en el corazón por una javalina, había de arrojar su sangre al Cielo exclamando:—"*¡ Venciste, Galileo !*"

Catorce siglos más tarde, cuando Voltaire, patrocinado por la Pompadour y por todo el *corral* de la Tencin, (1) decía, frotándose las manos de alegría:—"¡Buena la habrá Cristo dentro de veinte años!" el Hijo de Carpintero fabricaba otro

(1) La señora de Tencin daba cenas á los filósofos, y para contarlo decía que daba de comer á sus bestias.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

ataúd, vasto y profundo como las infamias de la sociedad gangrenada que había de hundirse en él: ese ataúd se llamó 93. Unos días después, cuando un nuevo César, ebrio de gloria y de orgullo, se atrevió á poner manos violentas en el manso Pontífice á quien Cristo había consagrado vicario suyo, el Hijo del Carpintero hizo otro ataúd, glorioso pero estrecho, que se llamó Santa-Elena. Más tarde todavía, en 1830, un pueblo exaltado contemplaba el saqueo del Palacio Arzobispal de París y exclamaba, al ver arrastrado por las aguas del Sena un crucifijo de marfil:—"*¡Se va Cristo! ¡Se va Cristo!*" Sólo la imagen se iba mientras que el verdadero Cristo, el Hijo del Carpintero, acepillaba las tablas de otro ataúd en que había de irse, en medio de las risas de la multitud, la monarquía de Julio, (1) y para que la reparación fuera más completa, el día que esto sucedió (24 de Febrero de 1848), el pueblo llevó en triunfo por las calles de París un Cristo hallado en el Palacio de los Reyes. No sé qué féretro estará labrando en estos momentos el Hijo del Carpintero; pero sé que en diez y ocho siglos Cristo no ha hecho más que bautismos y entierros, y que cruza los siglos, siempre como en el Calvario, entre dos ladrones, llevando á su izquierda á los malos que le insultan, y á su derecha á los justos que le bendicen y repiten en sus cánticos la aclamación de Juliano:—"¡Venciste, Galileo!"

II. ¡Feliz victoria y maravilloso triunfo á los cuales debe la humanidad virtudes que la colman de alegría y la civilización que constituye su gloria!

Jesús no pide al hombre que le obedezca, sino para darle en cambio la más amplia de las liberta-

(1) Alude á la revolución que elevó á Luis Felipe en 1830, y á la otra que lo derribó en 1848.—(N. del T.)

©Biblioteca Nacional de Colombia

des: nos quita el yugo de nuestros vicios, que son otros tántos tiranos, y los peores entre todos los tiranos, porque esclavizan el alma; nos liberta de las servidumbres y bajezas á que los hombres se someten para tener con que satisfacer sus insaciables concupiscencias; nos pone en estado de no ceder ni á las amenazas ni á las adulaciones, y por fin, rompe todas las cadenas que pudieran atarnos, y las rompe haciéndonos capaces de preferir la justicia á la vida y la muerte á la apostasía, porque el martirio, como lo dijo un pensador, es una invención del Cielo para domar á los señores de la tierra. ¡Feliz el alma que sabe aceptar el *yugo suave* que sujeta para dar libertad; feliz, ligera y libre como el *pájaro que se ha escapado de las redes del cazador!*

Esta libertad engendra en los hijos de Dios elevación de pensamientos y grandeza de caracteres. Jesús es el águila poderosa de que habla Moisés en su magnífico cántico, que se cierne continuamente sobre las almas para estimularlas á volar al Cielo. *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos et super eos volitans;* águila que extiende sus fuertes alas para llevarnos consigo á las celestiales colinas: *Expandit alas suas atque portavit eos in humeris suis.* Y por un efecto maravilloso, al mismo tiempo que eleva al Cielo nuestros pensamientos y deseos, ha establecido en la tierra las bases de la verdadera civilización, trayendo á ella la verdadera justicia que había volado hacía largos siglos como la paloma del arca, por no haber hallado donde sentar el pie.

En el momento en que los ángeles anunciaban el nacimiento de Cristo, el mundo presentaba un espectáculo triste, tan triste que si me propusiera ponderarlo diría mucho y no acabaría: por todas partes opresión en la familia y en la ciudad; en

©Biblioteca Nacional de Colombia

todas partes la mujer reducida á la esclavitud, despreciada, vendida y repudiada; en todas partes el niño, víctima de una legislación bárbara, abandonado como pasto á los animales de la calle; en dondequiera el débil reducido á la servidumbre, el enfermo y el pobre abandonados. ¡Ay del pobre en el mundo de aquella época!

Si recorro los catorce cuarteles de Roma, centro y compendio de ese mundo, encuentro en una parte un inmenso anfiteatro donde se han reunido cien mil personas de toda condición á ver morir con gracia algunos centenares de gladiadores que acaban de decir al César: *morituri te salutant;* en otra parte veo la vía triunfal; subo al Capitolio detrás del vencedor, y veo que siguen su carro de marfil cien mil cautivos, á quienes no espera otra cosa que la esclavitud ó la muerte; un poco más lejos hallo parques, y en esos parques estanques á donde los sibaritas de la *época* arrojan hombres para pasto de las murenas. Busco un asilo para el enfermo, ó para el indigente, y me dicen que Roma es demasiado pobre para tener un hospital; salvo los umbrales de las academias, á ver si escucho una palabra, una siquiera, pronunciada en defensa de la justicia, y veo que nadie se levanta para protestar contra el escándalo; aplico por fin la mano al corazón de la humanidad, y no percibo ninguna palpitación generosa.

¿Quién soplará sobre ese gran cadáver que se llama mundo pagano, para restituírlo á la vida? El que mandó á Lázaro salir del sepulcro: el sol de justicia se levantó y las tinieblas se disiparon, los corazones se dilataron, las cadenas se rompieron, el derecho se depuró y la humanidad pudo respirar. Las naciones habían conocido al *ciudadano;* Cristo les mostró al hombre, fortificó el derecho, poniéndolo bajo el amparo del deber, y así fundó la civilización.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Si queréis saber qué cosa es esa civilización, escuchad las palabras de un hombre de gran talento:—"El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de acción y energía, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer elevada al rango de compañera del hombre, y compensado por decirlo así el deber de la sujeción con las respetuosas consideraciones de que se la rodea; la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas garantías de buen orden y de justicia; una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia, y de equidad, y de sentimientos de pundonor y de conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupción llegue al exceso de los antiguos; cierta suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida más dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares, y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfección en todos los ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases numerosas; un secreto impulso á proteger la debilidad, á socorrer el infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazón de la sociedad causándole el malestar y desazón de un remordimiento; un espíritu de universalidad, de propagación, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que re-

©Biblioteca Nacional de Colombia

sultan una agitación y un movimiento incesante, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el germen de grandes bienes, y señal de un poderoso principio de vida; hé aquí los grandes caracteres que distinguen á la civilización europea; hé aquí los rasgos que la colocan en un puesto inmensamente superior á todas las civilizaciones antiguas y modernas." (1)

Pero todavía nos queda por ver el lado más hermoso del cuadro, porque lo que Jesús trajo á la tierra fué más que la justicia, pues le trajo el fuego sagrado de la caridad. Siendo, como es, Hijo de Dios á la vez que hijo del hombre, nos dió en su persona adorable lo que nos faltaba, es á saber, un lazo que nos uniera á Dios, y lazo tan estrecho que la humanidad pudo contemplarse á sí misma al levantar sus miradas al trono de Dios. Desde entonces quien mira á Dios, mira al hombre con Él, y quien ama á Dios, ama á los hermanos que Dios se ha dado. Y como los más pequeños entre los hombres eran los que más habían padecido por efecto de la común degradación, plugo el Hombre-Dios rehabilitarlos particularmente al pasar por la tierra, naciendo, viviendo y muriendo como ellos; queriendo ser divino mendigo y divino crucificado para dar belleza al pobre y al que sufre. Sobre ellos hizo refluír á la vez la gloria del Calvario y la gloria del Tabor, y al separarse de nosotros por un tiempo, nos los dejó como su más viva imagen y su más querida porción. El pobre, protegido por Cristo, cruza la tierra respetado de las generaciones, y otro tanto acontece al desgraciado; ambos llaman á todos los siglos á que se ocupen de sus penas, y como la unción de Cristo los ha tocado, los siglos responden á su llamamiento y por dondequiera se

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

abren asilos que llevan escrito en sus frontispicios: *Christo in pauperibus*, y en esos asilos tienen á su servicio los pobres y los desgraciados, ángeles de caridad que, no contentos con aliviarlos, los honran.

Aun no es esto todo: Jesús es también el divino consolador que devuelve á las almas heridas por el pecado la paz y la alegría, y una alegría profunda, inefable, librándolas del remordimiento por medio del perdón. El mundo no tiene piedad de aquellos á quienes él mismo ha perdido, sino que hace lo que Satanás: tienta, y después acusa. Al Hijo Pródigo lo despoja, lo deshonra, y después lo envía á guardar puercos, y á Judas, cuando después de haber cedido á sus instigaciones viene á contarle sus remordimientos, le responde: —¿Qué me importa? No así Jesús, que llora de tristeza al ver alejarse á cada pródigo; pero hace llorar á éste de alegría, al propio tiempo que de arrepentimiento, inundándolo en lágrimas de ternura cuando vuelve. Se oprime el corazón al pensar cuán diferente habría sido la suerte de Judas, si, en vez de ir á importunar al Sanhedrín, se hubiera echado á los pies de Jesús llorando y le hubiera dicho:—*¡He pecado entregando la sangre del justo!*

A vos, Señor, autor de todos estos milagros; nudo sagrado que ata lo visible con lo invisible; fuente inagotable de nuestras alegrías presentes y de nuestra futura bienaventuranza, dirijo ahora mi oración: recibid, junto con nuestras adoraciones, el homenaje de nuestra razón, perfectamente sometida á vuestras enseñanzas, y el de nuestro corazón que palpita con el deseo de amaros. Dulce mediador, escuchad nuestra oración. Dios mío, perdonad á los que os insultan, *aun cuando saben lo que hacen*. ¡Oh Jesús! quedáos con nosotros,

©Biblioteca Nacional de Colombia

porque se hace noche, *y la luz de la verdad ha disminuído mucho para los hijos de los hombres.* Penetrad con vuestra unción en los corazones que os resisten, y despertad, aunque sea por medio del rayo, á los indiferentes que os olvidan. Divino consolador: secad las lágrimas de los que lloran.

A los desesperados que tratan de buscar en el suicidio un refugio contra sus penas, abridles en vuestro corazón un asilo y devolvedles la esperanza, otorgándoles la gracia de implorar vuestro perdón; á las almas, quizás generosas, que se engañan queriendo fundar sin Vos la felicidad de los pueblos en un progreso quimérico, hacedles entender que sólo Vos sois la luz y la justicia; que sólo Vos sois bastante fuerte para oponer un dique á las pasiones que llenan de desolación la tierra; que sólo Vos podéis hermanar el orden con la libertad. Divino Redentor: dad libertad á todos los esclavos redimidos con vuestra sangre, y haced un último ataúd en que queden para siempre sepultados los errores, las pasiones y las miserias que nos tiranizan, y con ellas las manchas que nos deshonran.

FIN.

CORRECCION A LA NOTA DE LA PAGINA 199.

Aunque nada hay definido con relación al fuego del infierno, bastando para no caer en herejía formal que se crea en la existencia de una pena eterna de que hace parte la pena llamada de daño, las expresiones de la Sagrada Escritura, y sobre todo del Evangelio, relativas al fuego del infierno, no parecen permitir que se tome la palabra en un sentido figurado, y por esto los Profetas y expositores y el pueblo cristiano, han creído siempre que el fuego que atormenta á los réprobos es fuego verdadero y material. Cómo pueda hacerse éste sensible al espíritu separado del cuerpo, es cosa que no comprendemos, pero que no excede los límites del poder divino.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ÍNDICE.

Págs.

Advertencia del Traductor III
El Hombre á carta cabal 1

CAPITULO I.—*¿Qué me importa?*—I. El pájaro negro.—El gran problema.—La partida aventurada.—El anciano que se duerme.—II. El azote social.—La grande injusticia.—Peligrosa ilusión.—Lo que puede la voluntad. 3

CAPITULO II.—*¿Bastará?*—I. El honor.—Es parcial en sus leyes.—Es hipócrita en su modo de proceder.—Es impotente en su acción.—II. El honor mutila el Decálogo.—Desconoce al Hijo de Dios.—No deja al alma para obrar sino motivos naturales 25

CAPITULO III.—*El faro.*—La copa.—I. Dios.—La razón.—Lo que puede y lo que no puede.—La fe.—Bases racionales del Cristianismo.—II. El Catolicismo es el verdadero Cristianismo.—¿Por qué hay tántos hombres sin fe?..... 44

CAPITULO IV.—*El becerro de oro.*—I. La fiebre de los negocios.—Peligros de la riqueza.—La juventud dorada.—El lujo.—II. La veleta.—Los ladrones.—La dificultad—*Sursum corda* 67

CAPITULO V.—*El Héroe.*—El sensualismo.—I. Grande enemigo de los individuos, de los pueblos y de la humanidad.—II. La pérdida de la fuerza moral.—La ceguedad espiritual.—III. Prudencia cristiana.—Lo que hemos de evitar.—Falta uno 88

CAPITULO VI.—*¿A dónde va la gloria?*—I. El orgullo y la humildad.—II. La fatuidad.—Los descontentos.—El cortesano.—La cólera.—La envidia.—Mal cálculo.—El desprecio.—III. Dios resiste á los soberbios.—Los ciegos. El divino modelo 107

©Biblioteca Nacional de Colombia

Págs.

CAPITULO VII.—*La perla de los maridos.*—El matrimonio. I. Saber escoger.—La justicia.—La libertad.—Lo que ha de amarse.—II. El anillo nupcial.—La fidelidad.—El respeto.—La protección.—Debe amarse lo bastante para hacerse amar..... 129

CAPITULO VIII.—*El padre.*—La paternidad.—I. El derecho de bendecir.—II. Proveer y prever.—Educar.—Suavidad y firmeza.—Ejemplo.—Vocación.—III. Lo que el hijo debe al padre.—Frutos de una bendición..... 152

CAPITULO IX.—*La estrella.*—I. ¿Por qué hemos de avergonzarnos?—Hacerlo es sacrificar el deber al miedo.—La libertad.—La verdadera grandeza.—La ingratitud.—II.—Poder del buen ejemplo por la convicción que revela.—Por la fuerza que supone.—Por la gracia que lo acompaña.—III. La actividad en el bien.—Es un deber. Es una necesidad.—Dios lo quiere..... 173

CAPITULO X.—*¿Vacilarémos?*—La tentación.—I. El mal rico.—¿Por qué para siempre?—II. El espiritismo y las reencarnaciones.—Refutación.—Las pasiones.—La virtud..... 196

CAPITULO XI.—*El sacerdote.*—I. Ministro del sacrificio.—Organo de la verdad.—Propagador de la gracia.—II. ¿Por qué vive solo?—Para ser el camino, la verdad, la vida.—III. ¿Qué prueba esto?—¿Por qué le tienen miedo?..... 218

CAPITULO XII.—*Jesucristo.*—I. Su dominio sobre las inteligencias.—Lo que éste produce.—II. Su dominio sobre los corazones.—Cómo lo obtiene.—Resultados que produce.—III. Su imperio sobre las voluntades.—Los ataúdes.—La resurrección.—Plegaria..... 240

©Biblioteca Nacional de Colombia